EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

¡UNA LÁGRIMA!

BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITO POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

ARCHIVO TEATRAL
MILLÁ
S. Pablo, 21-BARCELONA

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.--40.--2.°
1875.

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Tercera edicion.)
La agonía. (Tercera edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural. (Segunda edicion.)
La cosecha. (Segunda edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido. (Segunda edicion.)
Oros, copas, espadas y bastos. (Cuarta edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (Música de Oudrid.)
As en puerta. (Música de Oudrid.)
La perla negra. (Música de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
La conquista de Madrid. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
Cadenas de oro (Música de Arrieta.) (4).
Una revancha. (Música de Campo.)
La ínsula Barataria. (Música de Arrieta.)
Punto y aparte. (Música de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (Música de Rogel.) (Segunda edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M.ª de Rogel.)
La varita de virtudes. (Música de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (Música de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (Música de Marqués.)
Justos por pecadores. (Música de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (Música de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (Música de Caballero.)
El conde y el condenado. (Música de Rogel é Iuzenga) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (3.ª ed.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapies. (M. de Barbieri)

OBRAS NO DRAMATICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.
(5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

¡UNA LÁGRIMA!

BOCETO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITO POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

(SOBRE UN PENSAMIENTO DE OCTAVE FEUILLET.)

Estrenado en el Teatro del CIRCO de Madrid el 31 de Diciembre de 1874.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA DE RIOS.....	Doña Elisa Boldun.
LUIS DE URQUIZA.....	Don Rafael Calvo.
EL CONDE.....	Don Ricardo Calvo.
JUAN..... ...	»

La escena en nuestros dias, en una casa de campo á las inmediaciones de Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley

REMOTE STORAGE

ACTO ÚNICO.

Sala de verano.—Puertas y ventanas que dan al jardin.—Jarrones con flores.—Pajarera de lujo.—Piano.—Á la izquierda un velador lleno de álbums y periódicos.—Á la derecha un bastidor con un bordado de tapicería casi concluido.—Sobre el velador tintero elegante, papel y plumas.

ESCENA PRIMERA.

URQUIZA, JUAN.

JUAN. Sírvase usted esperar.
URQ. Está bien.
JUAN. ¿Á quién anuncio?
URQ. Diga usted que quiere verle
un... nadie, un amigo suyo!
JUAN. El caso es que el señor Conde
pidió su escopeta... y dudo...
á estas horas no acostumbra
á recibir.
URQ. Yo interrumpo
por breves momentos solo
su ocupacion!...
JUAN. Voy al punto.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

URQUIZA

¡Era un muchacho excelente
cuando estudiábamos juntos!
¡Buen corazon, genio franco!
¿Mas qué habrá hecho de él el nudo
matrimonial?—Dios lo sabe!
Un pícaro ó un cartujo!
Diez años de suegra, ¡diantre!
y de qué suegra! Horror! Uno
de esos seres impecables,
rígidos, crueles, adustos,
que en vez de hacernos simpática
su virtud, nos dan impulsos,
con tal de no parecernos
á ellos, de hacernos tunos.
Y sin contar su mujer;
otra que tal de seguro!
¡Hay para cambiar á un hombre
de genio, de alma y de gustos!
En fin, veremos!

CONDE. (Dentro.) No dice
su nombre? Algun importuno...

URQ. El cazador contrariado
en sus planes; mal augurio!

ESCENA III.

URQUIZA, el CONDE, en traje de caza, por la izquierda.

URQ. Enrique, un abrazo!...

CONDE. (Aterrado al conocerle.) ¡Cómo!
Urquiza! Luis! tú!...

URQ ¿Te asusto?

CONDE. Tú aquí, desdichado? Vete!...
Si saben que estamos juntos!...

URQ. Amigo mio, agradezco
esa cara de difunto
y ese terror que te embarga.

Temía, te lo aseguro,
algo de eso, mas no tanto.
Venga esa mano!...

CONDE. (Dándosela.) (Yo sudo!)

URQ. ¿No hay en tu alma ni un átomo
del afecto noble y puro
que me tenías? No guardas
en ese pecho ninguno
de aquellos gratos recuerdos
de la juventud?

CONDE. Te juro
que soy el mismo de siempre.
Pero á mi pesar te anuncio
que me comprometes. ¡Claro!
¡Tú en este santo tugurio!
Tú en mi casa, donde siempre
se pronuncia el nombre tuyo
con un legítimo espanto
y un horror...

URQ. (Sonriéndose.) Terrible!

CONDE. (Con gravedad.) Y justo!
Verte aquí!... Llevar tu audacia...

URQ. Pobre Enrique!..

CONDE. Me confundo!
Vamos, dí pronto qué buscas!
Si tienes algun apuro...
yo!...

URQ. Permites que me siente?

CONDE. Perdona, estoy tan convulso...
tan nervioso, que... en fin, habla!
por ahora estamos seguros!
Mi esposa está en el jardin,
en su invernadero, y dudo
que venga ántes de media hora.
Tu vista me ha dado un susto,
así, de pronto, que... siéntate,
y cree que aunque en el mundo
piense de tí lo que piensa
mi mujer, en este oscuro
(Señalándose el pecho.)
rincon, mi alma te guarda
el afecto que te tuvo. (Se sientan.)

Diantre de Luis! Y estás jóven!
(Dándole una palmada.)
Ya has cumplido nueve lustros
como yo, cuarenta y cinco
años, como dice el vulgo,
y representas diez ménos
que yo. Sí tal! Te das untos?
Tú no envejeces!

URQ. Qué quieres?
No me incliné al santo yugo,
no he sido nunca juicioso:
amo, bebo, juego, fumo,
llevo una vida de perros...
y eso le conserva á uno!...

CONDE. Diablo de Urquiza! Tú siempre
tan calavera!... ¿Por último,
qué buscas aquí?

URQ. Ante todo,
tu suegra dejó este mundo?

CONDE. Sí, amigo mio!... (Con alegría.) Es decir...
Sí, amigo mio!... (Con gravedad.)

URQ. (Limpiándole los ojos con su pañuelo.)
Te enjugo
los ojos!... ¿No hay más parientes
de tu mujer?...

CONDE. Oh! ninguno!

URQ No tienes hijos?

CONDE. No, y no es
culpa mia; te aseguro...

URQ. Quisieras tenerlos?

CONDE. Claro.

URQ. Tu esposa tambien?

CONDE. Presumo...
Las mujeres siempre quieren
tener un retoño suyo...
mas cuando el cielo no ayuda,
ni rezos .. ni baños rusos...
Pero este interrogatorio
me parece un subterfugio!
Tú no vendrás de Madrid
sólo por tener el gusto
de saber si yo soy padre;

dejemos el disimulo
y hablemos á cartas vistas!

URQ. Ese es mi deseo único.
Puesto que tu esposa y tú
sufrís el triste disgusto
de no tener hijos, yo
vengo hoy á ofreceros uno!

CONDE. Qué?

URQ. Una niña encantadora;
un ángel precioso y puro,
que haría de vuestra casa
un eden!

CONDE. ¡Siempre tan chusco!
¿Qué broma es esa?

URQ. No es broma¡
y en prueba de ello, oye!

CONDE. Escucho!

URQ. Permite que te recuerde
ántes, no seré difuso,
una tristísima historia
y un mal paso...

CONDE. Si es el tuyo
lo sé de memoria!..

URQ. Importa
recordártele!

CONDE. Á tu gusto.

URQ. Tu suegra, que en paz descanse...

CONDE. Amen!

URQ. Há veinte años justos,
vivía con una hermana...

CONDE. Preciosa!... no te interrumpo.

URQ. Mucho más jóven, á quien,
por ser su padre difunto,
servía de madre.

CONDE. No,
de madrastra!—Era un conjunto
mi suegra de cualidades
divinas!... rezaba mucho!
era una santa!...

URQ. (Con ironía.) Quería
tanto á su hermana, que tuvo
el placer de malcasarla

con el baron del Sauco,
á los quince años; su esposo
era viejo avaro.

CONDE. Y bruto!
te lo concedo.

URQ. Enriqueta,
no por eso la disculpo,
al verse tan desgraciada,
quiso lanzarse al gran mundo,
aturdirse, ser la reina
de la moda por su lujo!
La ví y la amé. Al poco tiempo,
viendo que no estaba oculto
nuestro secreto, y en alas
de un desesperado impulso,
huimos ambos de España,
dejando en ella, era justo,
y en su familia, un recuerdo...

CONDE. Escandaloso...

URQ. Profundo.
Pasada la embriaguez
de un amor que la condujo
á la deshonra, Enriqueta,
sufriendo el dolor agudo
de su falta, y mereciendo
la reprobacion del mundo,
buscó la paz y el consuelo
con el amor de los suyos.
Escribió cien y cien cartas
á la que fué su verdugo,
su hermana, despues tu suegra.
Buscó su último recurso
en su sobrina, hoy tu esposa.
Lloró, suplicó, y estuvo
esperando por dos años
en un retiro absoluto,
para morir perdonada,
un caritativo impulso
de su familia, una frase
de perdon, y no la obtuvo!

CONDE. No era fácil!

URQ. La infeliz

sufrir más tiempo no pudo
castigo tan cruel, y al cabo
logró un perdon más seguro,
espirando con el nombre
de Dios en su aliento último.
¡Qué tres años de amarguras!
¡qué pesares tan profundos!
¡qué horribles remordimientos!
¡Ay Enrique!

CONDE. Pues te juro
que yo me hubiera enmendado
para siempre de ese flujo
galante y conquistador
que á Dios concederte plugo!

URQ. Qué quieres, Enrique? El hombre
corregir suele á menudo
alguna de sus virtudes,
mas sus defectos, ninguno!
Al borde de aquella tumba,
que el crímen siempre es fecundo,
quedó arrodillado un ángel,
una niña, triste fruto
y eterno padron de infamia
para su madre en el mundo!

CONDE. Lo sé!

URQ. Mientras fué una niña,
sin inconveniente alguno
la tuve siempre á mi lado,
siendo mi encanto y mi orgullo:
despues entró en un colegio
donde por decoro mútuo
vive aún.

CONDE. Y qué edad tiene?

URQ. Cumple quince años por junio;
ya es tiempo de que yo piense
en su porvenir.

CONDE. Es justo!

URQ. Volverla á mi casa, cuando
legalmente el nombre suyo
no es el mio, es recordar
con cinismo inoportuno
su situacion delicada;

es alejar de seguro,
los pretendientes, al ménos
los más dignos, pues ninguno
vendrá á buscar una esposa
entre mis desiertos muros.
¡Pobre niña!

CONDE. Hijo! qué quieres?
ese es el triste producto
de esas pasiones volcánicas.
Nosotros, hombres oscuros,
que llevamos nuestra vida
por legal y estrecho surco,
tenemos pocos placeres,
algunas veces, ninguno,
pero gozamos de calma.
Tú has escogido otro rumbo,
has hecho el don Juan Tenorio,
te habrás divertido mucho,
pero... al fin y al cabo, qué?
Huye el placer como el humo,
y cuando liquidas, queda
en tu alma el infortunio!

URQ. Tienes razon y ahora ya
comprenderás lo que sufro.
En mi ansiedad, he pensado
en vosotros...

CONDE. Difícilto...

URQ. Viviendo tu suegra hubiera
sido mi plan un absurdo.
Ella sería implacable!
Mas tu esposa y tú no dudo
que sereis más generosos!
Enmendad el fallo injusto
de la suerte, y recoged
en vuestro hogar casto y puro
á esa desdichada niña
que está tan sola en el mundo.
Es vuestra prima... es hermosa!...
ya vereis... la querreis mucho.
Guardadla hasta que un esposo
la dé un porvenir seguro!...
Toda mi fortuna es suya!...

Vamos, Enrique, un impulso
del corazon!... y mi vida,
mi fe!... mi aliento son tuyos!

CONDE. Con que, ¡á eso has venido?

URQ. Á eso!

CONDE. He tenido mucho gusto (Levantándose.)
en verte, pero es dificil
que arreglemos ese asunto.

URQ. Te niegas?

CONDE. Por mí desde ahora
te diría, tráela al punto,
pero no querrás que imponga
por fuerza á mi esposa el fruto
de tus locos devaneos
con su tia!...

URQ. Ya difunto
el baron, muerta su madre...

CONDE. Obligarla fuera injusto...

URQ. Pero y si ella lo aceptára
con placer?

CONDE. No seas iluso.
Una mujer educada
en el más austero culto
de la virtud, escuchando
siempre el lenguaje iracundo
de su madre, contra todos
los que sufren el influjo
del amor; contra su hermana,
contra tí, en quien mira juntos
los pecados capitales...
¡los siete!... iría con gusto
á admitirte aquí? Convéncete
de que tu plan es absurdo!

URQ. Lo sería, si tu esposa
en detalles ó en conjunto,
fuera como tú la juzgas.

CONDE. Yo la conozco y me fundo ..

URQ. ¿Conoces tú á tu mujer?

CONDE. Hombre! (Muy sorprendido.)

URQ. (Con seguridad.) Yo te lo pregunto!
Son muy pocos los maridos
que entienden de esos dibujos!

Todos creen que sus mujeres
tienen el alma de estuco,
y son frias, insensibles.
¿Crees que la tuya, y la juzgo
mejor que tú, no ha guardado
de su pecho en lo profundo
un compasivo recuerdo,
y un interés, aunque oculto,
hácia aquella desgraciada
que entre sus brazos la tuvo
tantas veces?

CONDE. No hay tal cosa,
y yerras punto por punto.
Ustedes los calaveras
creen que no hay por el mundo
más que mujeres románticas
y de entendimiento obtuso,
impresionables, nerviosas
y casadas con estultos.
Pues no señor, hay tambien
señoras de mucho pulso
y mujeres muy honradas
que no tienen esos gustos.

URQ. Todas las mujeres tienen
corazon... cuando sabe uno...

CONDE. La mia no...

URQ. Pues la tuya
tambien!...

CONDE. Basta! no disputo!
Voy á anunciarte.—Verás
á mi mujer.—Ponte mústio.
Habla á su imaginacion.
Si ántes de cinco minutos
te regala por respuesta
un sofion de los más bruscos,
me lavo como Pilatos
las manos y te saludo!

URQ. Pero es que tú no comprendes
que este deseo importuno
me está desgarrando el alma?
¿No adivinas lo que sufro (Conmovido.)
al ofrecer á un extraño

mi hija, mi eden. mi amor único,
por ver que soy un obstáculo
á su bienestar futuro?
Si á través de mis palabras
ves el afan con que lucho,
¿no comprendes esta pena
que en balde ocultar procuro?

CONDE. Sí... pero... ¡y qué quieres que haga?
¿Cómo abordo yo el asunto?

URQ. Habla á tu mujer; prepárala.

CONDE. Sí; ¿pero cómo la anuncio
que estás aquí?...

URQ. ¡Por tu madre!

CONDE. Voy á intentar... ¡No aseguro
nada!...

URQ. Gracias! (Dándole la mano.)

CONDE. (Pues señor...
el negocio!...) Voy al punto!
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

URQUIZA.

No va el pobre muy propicio.
teme que su cara esposa...
¡Oh Dios! por verla dichosa
acepta mi sacrificio!

ESCENA V.

URQUIZA, el CONDE, por el foro rápidamente.

CONDE. Chico!...

URQ. Ya vuelves?

CONDE. No es eso.
Como no ha de recibirte,
de nada puede servirte
la amistad que te profeso.

URQ. Ah!

CONDE. Espera.—Lo principal
para hablar con mi mujer

es que tú la puedas ver
de una manera casual.
Si ella sabe que eres tú,
vamos, ten por cosa cierta,
Luis, que te cierra la puerta
y nos lleva Belcebú.
No es que servirte rehuyo,
es que temo una querella.
Es preciso que oiga ella
un nombre que no sea el tuyo.

URQ. Cómo?

CONDE. Me ha ocurrido al pronto
la idea y es excelente.

URQ. Tal ficcion no es conveniente
ni oportuna...

CONDE. No seas tonto.
Mi mujer no te ha tratado,
ni te conoce de vista.
Yo preparo la entrevista,
y una vez tú aquí instalado,
pon en juego tu talento,
obra con tino y con calma,
y si conmueves su alma,
descubres tu fingimiento.

URQ. Pesada juego la broma!

CONDE. Yo le digo que eres... Rada,
nuestro antiguo camarada
que está de cónsul en Roma.
No le conoce tampoco;
tú inventas cualquier historia,
dila que estás en la gloria,
que te has muerto.

URQ. Tú estás loco.

CONDE. Y que eres tú el encargado,
por tu moribundo amigo,
de buscar amor y abrigo
á esa niña que ha dejado.
Tal vez la conocerás;
emplea recursos buenos,
y ¡qué demonio! á lo ménos
de ese modo la hablarás!

URQ. En vano tu voz me asedia,

y mal emplear me sabe
en un asunto tan grave
un recurso de comedia.
Estás tú cierto ademas
de que ella no me conoce?

CONDE. Como seis y seis son doce;
si no te ha visto jamás!
Á raíz de tu aventura
tú de España te alejaste;
yo estaba, cuando tornaste,
con ella en Extremadura.
Los pocos meses de invierno
que ambos en Madrid pasamos,
sólo en coche paseamos
en un *tête-à-tête* eterno!
Lo demas del año aquí,
á seis leguas de la córte;
créeme á mí, no te importe
tal reparo y hazlo así!

URQ. Yo desde que era muy niña
no la he vuelto á ver; con todo.
¿crees tú que ella á su modo,
la mujer siempre escudriña,
no habrá hecho por conocer
de su tia al seductor,
y al que tuvo tanto horror
su madre?

CONDE. No puede ser!
¿Con qué objeto iba mi esposa?...
¡Teneis una vanidad!

URQ. Sólo por curiosidad;
la mujer es tan curiosa,
que de esas debilidades
su desventura proviene.

CONDE. ¡Es que mi mujer no tiene
nunca esas curiosidades!

URQ. Hombre!...

CONDE. Nunca!

URQ. Puede ser...

CONDE. ¡El hombre siempre es injusto
y mal pensado!

URQ. Á tu gusto!...

CONDE. Cuando digo... ¡Mi mujer!
(Aparece la Condesa por el foro y examina desde léjos al Conde y Urquiza.)
URQ. (Ap. al Conde.)
(Ah! con ese cuento voy
á embrollarme y temo...
CONDE. Nada!
Toma mi consejo, Rada!
cónsul en Roma!...
URQ. Ya estoy!)

ESCENA VI.

EL CONDE, URQUIZA, la CONDESA, con flores que deja en los jarrones.

COND. Ah! Ustedes dispensen... (Saludando.)
URQ (Vamos!
es bonita!—Eso ya es bueno!)
CONDE. Amalia mia, este amigo
ha llegado hace un momento
y ya íbamos á avisarte.
Te presento á un compañero
de Universidad: Juan Rada;
hace años que no nos vemos;
está de cónsul en Roma;
viene á ofrecer al gobierno
su dimision.—Ah! parece
que trae un asunto serio
de que hablarte; yo he querido
saber, pero es un secreto
segun me ha dicho.—Dispensa,
amigo Juan, si te dejo;
pero he prometido al juez
acompañarle á un ojeo
en mi dehesa y me espera.
No tardaré mucho tiempo;
está cerca y voy en coche.
Querida mia, hasta luégo;
sé galante con mi esposa...
COND. (Á Urquiza.) ¿Permite usted, caballero,
que le diga dos palabras

á mi marido?

URQ. (¡Este enredo!...)

COND. (Ap. al Conde con gravedad.)
(¿Por qué dices que es Juan Rada,
siendo Luis de Urquiza?

CONDE. (Retrocediendo.) ¡Cielos!
le conocías?

COND. Parece!...
Vamos... qué significa esto?

CONDE. Hija!... es toda una aventura. (Aturdido.)
Él te dirá... yo no puedo
detenerme!... ya verás!
el caso es raro en extremo...
yo no tengo que ver nada...
tú te impacientas, lo veo...)
Con que... (Sálvese el que pueda!)
Adios, chico! (Ahí queda eso!)
(Váse por el foro con rapidez. La Condesa alza los ojos al cielo, se encoge de hombros y baja al proscenio.)

ESCENA VII.

LA CONDESA, URQUIZA.

COND. Señor... de Rada!...

URQ. Señora...

COND. Tome usté asiento si gusta. (Sentándose.)

URQ. Gracias. (Se sienta.)

COND. Si á usted no le asusta
ver bordar, en una hora
mi trabajo á acabar voy.

URQ. Oh!... (Inclinándose.)

COND. Mi disculpa será
que es para una iglesia...

URQ. Ya!

COND. Y debo entregarla hoy!

URQ. (Por este enredo maldito
no sé ni cómo empezar!)
Señora, en primer lugar
su indulgencia necesito,
pues quiere mi opaca estrella
que llegue en mala ocasion

á cumplir una mision
bastante triste... (¡Es muy bella!)
Para cumplirla fielmente,
voy á verme precisado
á evocar hoy, mal mi grado,
un recuerdo inconveniente,
y á disgustarla quizá,
pronunciando un nombre que
debe impresionar á usté:
El de Luis de Urquiza!

COND. Ah!

URQ. Sin tratarle íntimamente
hace años le conocía.
En paseo le veía...
le hablaba...

COND. ¡Naturalmente!

URQ. Pero esa amistad trivial
ha venido á reanudarse,
ó mejor dicho, á intimarse
en un momento fatal.
Para arreglar intereses
y dar á un negocio fin,
Urquiza llegó á Turin...
á Roma, hace cuatro meses.
Yo le dí hospitalidad,
nuestro afecto se estrechó,
cuando de pronto, cayó
enfermo de gravedad.
¿Quién en tal lance no toma
interés... busca remedios?...
yo empleé todos los medios
que Turin ofrece...

COND. (Con frialdad.) Roma!

URQ. Sí, Roma! Las dos ciudades
son italianas, y estoy
ya en una, ya en otra... (¡Voy
á decir más necedades!)
En fin, para terminar,
siguió de aquel mal el curso,
y no encontrando recurso
que le pudiera aliviar,
aunque le asistimos bien

y aunque nada le faltó...
el pobre Urquiza... murió!...

COND. Requiescat in pace amen!

URQ. Si oyera desde la fosa
la oracion que usted le envía,
muy mal rato pasaría! ..

COND. La pérdida no es gran cosa!

URQ. Cierto!... las hay más notables,
pero aunque el mundo severo
no pronuncia de ligero
sus fallos inapelables,
habría algo que decir
en pró de su historia triste!
Ademas, si él ya no existe,
qué más quiere usté exigir?
¿Pudo hacer más que luchar?
Cuando su vida se trunca,
qué le pide usted?

COND. Que nunca
se atreva á resucitar!

URQ. Qué? (Sorprendido.)

COND. ¿Cuál es la comision?
En sus últimos momentos,
á qué *nobles* sentimientos
se entregó su corazon?

URQ. Dejaba en el mundo un ser
que era su aliento y su vida,
la única sombra querida
de sus recuerdos de ayer;
una hija sola y bella
que con ajeno apellido
junto á una tumba ha nacido.
¡Si será triste su estrella!
Ese ser desventurado
es el que Urquiza desea
que usted ampare, y que sea
casi feliz á su lado.

COND. Pero si esa señorita
es por su difunto padre
rica, y rica por su madre,
para qué me necesita?

URQ. Busca el honrado sosten

de una virtud con talento.

COND. Gracias. ¿No está en un convento?...

URQ. Sí señora!

COND. Allí está bien!

URQ. Cierto! mas fuera crueldad
hacerla, sin vocacion,
entrar en la religion,
de quince años.—¿No es verdad?
No viviendo allí, es forzoso
que álguien proteja su vida,
hasta que su mano pida
el que anhele ser su esposo,
y usted su única parienta,
puede cubrir con un manto
de honradez el triste llanto
de su orfandad y su afrenta.
Y tanto en usted fiaba
Urquiza, que á haber vivido,
él mismo hubiera venido
á implorar lo que esperaba,
en la firme conviccion
de que mujer que atesora
las prendas de usted, señora,
tiene hermoso el corazon! (Pausa corta.)

COND. Y hubiera pensado mal
exponiendo de seguro,
su intento hoy honrado y puro
á una repulsa formal.
Dicen que á pesar de ser
un conjunto de maldades
y perversas cualidades,
tuvo ingenio...

URQ. (Con ironía.) Ya es tener!

COND. Y habiendo él adivinado,
por lo mucho que me cuesta
lo crüel de mi respuesta,
nunca la hubiera buscado.

URQ. Yo entrego á usted sin dolor (Levantándose.)
la maladada memoria
de ese amigo que esté en gloria
á su perpétuo rencor;
pero aunque esté en los infiernos

y usté á su deber se ciña...
¿qué culpa tiene esa niña
de los errores paternos? (Pausa corta.)
Si es ocupacion cristiana (Levantándose.)
trabajar con tal primor
para el templo *del Señor*
por quien tanto usted se afana,
más cristiana es en verdad
la caridad que la pido,
que amparar al desvalido
es acto de caridad!

COND. Usted es hombre de mundo... (Levantándose.)
¿qué puede el mundo pensar
al verme patrocinar
con descaro sin segundo
una falta, un deshonor
que hay en la familia mia,
y que cubre todavía
mi semblante de rubor?
Hay faltas, señor de Rada,
que nunca se legitiman,
y en ellas, los que se estiman,
no podemos hacer nada.

URQ. Señora... en la plenitud
del bien que el alma desea,
yo me he formado una idea
distinta de la virtud!
Y mientras de fe no mude,
creo que puede halagarla
mi manera de juzgarla...

COND. Permita usted que lo dude! (Maliciosamente.)

URQ. Creia yo, francamente,
que la virtud verdadera
era más sublime y era
á la vez más indulgente.
Que desde el excelso trono
donde recibe loores,
lanzaba á los pecadores
miradas libres de encono;
y que dulce y cariñosa,
por la paz que Dios la envía,
hasta al perverso tendía

una mano generosa
Yo creía en mi ilusion
que dócil al sentimiento,
no cifraba el cumplimiento
de su elevada mision
en ir á misa, rezar,
poner á Dios por testigo,
dar dos cuartos á un mendigo
y bordar paños de altar.
Esos fáciles deberes
que no merman la opulencia,
y entretienen la existencia
aislada de las mujeres,
que se concilian tan bien
con el lujo y la elegancia,
y que hasta dan importancia
á las señoras tambien.
Esa virtud tan graciosa
bordando un alba ó un terno,
á los ojos del Eterno
debe ser muy poca cosa.
Yo creí que la virtud,
como hija santa de Dios,
iba del dolor en pos
dando al alma la salud.
Si en su tránsito fecundo,
donde hay tanto mal de sobra,
hallaba una buena obra,
de esas que critica el mundo,
sin fijarse en la opinion,
tranquila con su conciencia,
consagraba su existencia
á tan santa obligacion,
y siendo amparo y sosten
de los tristes, por igual,
libraba al alma del mal
y enseñaba al hombre el bien.
Toda indulgencia y amor;
siempre dulce... siempre esclava;
así á la virtud soñaba
este pobre pecador...
y ¡era la virtud tan bella

como la habia soñado...
que si yo me he equivocado,
tanto peor para ella!

COND. Señor de Rada... perdon!...
como en mí no hay pretensiones
de tan raras perfecciones,
no es para mí la leccion!
Pero creo tener juicio,
y al ver del mundo el estado,
yo no sé si me he formado
idea exacta del vicio...

URQ. (Sonriendo galantemente.)
Es difícil á fe mia...

COND. Tal vez por estar alerta
contra él, en mí no despierta
la más débil simpatía.
Yo sé muy bien que los hombres,
para poder disculparle,
ponen gran empeño en darle
los más poéticos nombres...
Arranques del corazon!...
fatalidad del destino!...
mal ejemplo! poco tino
en la amorosa eleccion!...
Encantadas ilusiones!...
ceguedad del sentimiento,
ó desencadenamiento
terrible de las pasiones.
Tras la tela seductora
con que el vicio se reviste,
sólo una verdad existe
prosáica y desgarradora,
que con pretestos distintos
ellas y ellos, sin luchar,
se van dejando arrastrar
á placer de sus instintos.
Para los vulgares séres
que en la paz cifran su eden,
como usted dice muy bien,
fáciles son los deberes.
Pero aunque sean muy bellos
porque Dios nos los envía,

yo creo que es todavía
más fácil faltar á ellos.
Sé que una mujer honrada
no debe ser implacable
con que la que ha sido culpable
y es despues desventurada:
aun queriendo ser virtuosa,
sé bien que es lucha muy séria
la virtud y la miseria
para salir victoriosa.
Mas si esa falta se explica,
qué sancion puede tener
la falta de una mujer,
noble y educada y rica?
Juzguemos con caridad
faltas en que hay sacrificio,
y tengamos para el vicio
eterna severidad:
sólo así la juventud,
al ver esa diferencia,
podrá elegir con conciencia
entre el vicio y la virtud!

URQ. Con talento y con razon
mi causa está sentenciada.
¿Mas no le queda á usted nada
oculto en el corazon?
En el fiel de la balanza
con que pesa su justicia,
no influyen ni una caricia,
ni un dolor, ni una esperanza?
Si es tan legal la sentencia,
y justa é inapelable,
¿cómo el crímen del culpable
va á expiarle la inocencia?
Si esa niña abandonada
queda sin honrado abrigo,
es justo darla un castigo
si no ha delinquido en nada?
Equivocarse es posible
en un asunto tan grave,
si Dios no nos da la clave
de su equidad infalible,

que aunque fuerte y soberana
en sus sentencias mejores,
comete muchos errores
la pobre justicia humana!

COND. ¿Por qué ese interés se toma
en una causa juzgada,
señor de Urquiza... de Rada!...
me equivoqué... Turin... Roma!

URQ. Ah! perdone usted, Condesa,
esta ficcion que no es mia;
yo á hablar con usted venía
cara á cara y no me pesa!

COND. ¿Fué invencion de mi marido?

URQ. ¿No es verdad que era mejor
que con mi propio dolor
me hubiera á usted dirigido?
Rendir á su honor la palma
implorando su clemencia,
y pintarla con vehemencia
los tormentos de mi alma,
¿no era el camino seguro
para poder conmover
el pecho de una mujer
más tierno, cuanto más puro?
A haberme así presentado,
hubiera usted comprendido
que cuando el hombre ha sufrido
aún puede ser perdonado,
y que el mayor homenaje
que yo pudiera rendir
á su virtud, es venir
en humilde vasallaje
á implorar bajo este techo
para esa niña olvidada,
un rincon en su morada (Conmovido.)
y otro rincon en su pecho!

COND. Urquiza, no soy de roca (Conmovida tambien.)
y su acento me conmueve;
pero usted mismo no debe
ajar la virtud que invoca.
Si, como usted me decía,
sóla estuviera en el mundo

esa niña. en un segundo,
yo misma me la traería.

URQ. Ah!

COND. Pero vive aún el hombre
que, si es su padre en conciencia,
aún dándola la existencia
no pudo darla su nombre.
Él nuestra casa ultrajó,
él nuestra desgracia ha sido,
y en mi sangre, en mi apellido,
un borron eterno hechó.
Será su dolor sin tasa,
grande, sincero, profundo,
pero ¿es natural que el mundo
le vea en mi propia casa?
Sea usted juez de los dos;
dicte el fallo desde ahora.

URQ. Tiene usted razon, señora!
Adios para siempre!

COND. (Disimulando su emocion.) Adios!
(Cuando Urquiza está cerca del foro, vuelve.)

URQ. Aunque represento el vicio
para usted, ¡oh! no me ofendo;
voy á probarla que entiendo
el valor del sacrificio!
Pues usted de ella se apiada,
y *sin mí* la ampararía,
y á su lado la tendría,
buena, dichosa y honrada,
yo á verla no volveré...
¡es tan buena y tan hermosa!...
sea con usted dichosa...
y contento moriré...
Ya es desde hoy para mí extraña,
yo mataré el amor mio,
é iré á morir, se lo fio,
muy lejos de ella... y de España.
Viva con ojos serenos
mientras me ahogue á mí el llanto,
pero... quiérala usted tanto...
que no me eche á mí de ménos!

COND. Con tan triste condicion,

mi hija es desde este momento;
yo iré á buscarla al convento...

URQ. Mañana?

COND. Sin dilacion!

URQ. Ya esta noche la veré...
la hablaré de mi partida ..
de su nuevo plan de vida...
¡imposible!... ¡no podré!...
Me faltaría el valor,
me olvidaría quizás...
No!... si no he de verla más,
escribirla es lo mejor!
Pretexto un viaje urgente...
Su vista no me coarta!. .
Usted la dará mi carta...

COND. Sí!

URQ. Dos líneas solamente!
(Se sienta y escribe, pero colocado en la mesa de modo que el público pueda ver su fisonomía, y la agitacion de su alma.)
«*Alma mia,*» ¡es hechicera!
Usted verá... «*mi consuelo!*»
Al ver sus ojos de cielo
no hay nadie que no la quiera!
«*Un imperioso deber*
»*de tí á alejarme me obliga.*
»*Una parienta... una amiga*
»*de la que te ha dado el ser,*
»*será durante la ausencia*
»*de tu desdichado padre,*
»*la que te sirva de madre:*
»*velará por tu inocencia;*
»*El santo amor que hay en mí*
(Conmoviéndose por grados, cada vez más.)
»*en tí depositará,*
»*y como yo te querrá...*
No es verdad, Condesa?...

COND. (Procurando dominar su emocion.) Sí!

URQ. »*Escribe de cuando en cuando*
»*á tu padre que te adora,*
»*y aunque no me veas...* (Limpiándose los ojos.)

COND. (Mirándole, conmovida.) (¡Llora!)

URQ. *»No me vayas olvidando!»*
¡Cuándo podremos los dos
abrazarnos todo un dia?
«Adios... adios... hija mia.»
Gracias señora, y adios!
(Se levanta, da la carta abierta á la Condesa, la aprieta la mano y llorando va á dirigirse al foro.)

COND. Diga lo que quiera el mundo,
(Con una explosion de sentimiento.)
usted cumple su deber!
Nada puede una mujer
ante un dolor tan profundo!...
No seré yo quien exija
que esa lágrima asomada (Con rapidez.)
caiga al suelo abandonada...
¡Tráigame usted á su hija!

URQ. Ah! perdon! dicha!... placer!...
(Fuera de sí arrodillándose.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, el CONDE por el foro.

CONDE. Qué es esto? Pues no decías?... (Á la Condesa.)

URQ. ¿Ves como no conocías
el alma de tu mujer?
(Besando la mano que le ha tendido la Condesa. Ésta se limpia los ojos.—Telon rápido.)

FIN DEL BOCETO DRAMÁTICO.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
El que la sigue	1	Jacobo Sales	»
El que todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
Por dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
¡Una lágrima!	1	L. M. de Larra	»
Un marido soltero	1	Antonio Zamora	»
Á mí qué	2	Eduardo J. Cortés	»
El corazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
El Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
Los bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
Un mandamiento de la ley de Dios	2	Mariano Chacel	»
Carracuca	3	N. N.	»
El ángel del hogar	3	Ángel Torromé	»
El árbol sin raíces	3	Herranz y F. Bremon	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
El estómago	3	Enrique Gaspar	»
El sorteo	3	Luis Blanc	»
Jugar al escondite	3	Eusebio Blasco	»
La esposa del vengador	3	José Echegaray	»
La mayor venganza	3	F. Sanchez de Castro	»
La Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
La hiedra de la masía	4	Federico Soler	»
Quimeras de un sueño. (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
Empleo desconocido	1	F. Reparaz	Música
El barberillo de Lavapies	3	L. Mariano de Larra	Libro.
El velo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
El maestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.
Los dos sargentos franceses	3	Emilio Alvarez	Libro.
Un paseite á la Habana	3	E. Gaspar	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

SUEÑOS DE ORO,

ZARZUELA FANTASTICA DE GRANDE ESPECTACULO

EN PROSA Y VERSO,

DIVIDIDA EN TRES ACTOS Y ONCE CUADROS,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MÚSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

MADRID.

OFICINA, PEZ, 40, 2.º

1872.

SUEÑOS DE ORO.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
A caza de cuervos.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1).
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Tercera edicion.)
La agonía. (Tercera edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Cuarta edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (Música de Oudrid.)
As en puerta. (Música de Oudrid.)
La perla negra. (Música de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (Música de Gaztambide.) (Tercera edicion.)
La conquista de Madrid. (Música de Gaztambide.) (Segunda edicion.)
Cadenas de oro (Música de Arrieta.) (4).
Una revancha. (Música de Campo.)
La ínsula Barataria. (Música de Arrieta.)
Punto y aparte. (Música de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (Música de Rogel.) (Segunda edicion.)
Los infiernos de Madrid. (M.ª de Rogel.)
La varita de virtudes. (Música de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (Música de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (Música de Marqués.)
Justos por pecadores. (Música de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (Música de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (Música de Caballero.)
El conde y el condenado. (Música de Rogel é Inzenga (5).
Sueños de oro. (Música de Barbieri.)

OBRAS NO DRAMATICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete
(5) Id. con D. Antonio García Gutierrez.

2

SUEÑOS DE ORO,

ZARZUELA FANTASTICA DE GRANDE ESPECTACULO

EN PROSA Y VERSO,

DIVIDIDA EN TRES ACTOS Y ONCE CUADROS,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA,

MUSICA DEL

MAESTRO BARBIERI.

DECORACIONES Y MAQUINARIA DE

FERRI Y BUSATO.

Estrenada en el Teatro de la Zarzuela el 21 de Diciembre de 1872.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
PILAR	D.ª MATILDE FRANCO.
CÁRMEN DUQUESA DEL CARACOL	D.ª DOLORES FERNANDEZ.
LA FORTUNA ARABELLA	D.ª CÁRMEN ALVAREZ.
LA HERMOSURA ALEPPA	D.ª CLARA LOPEZ.
LA VIRTUD UNA HERMANA DE LA CARIDAD	D.ª CAROLINA LOPEZ.
MENGA CAMARISTA	STA. SAMPELA.
HERMOSA 1.ª	STA. LUJAN.
HERMOSA 2.ª	STA. BERGES.
PASCUAL	D. JOAQUÍN MANINI.
EL TIO ROQUE LORD BOLLIMBROKE CIRCASIO DON DIMAS	D. FRANCISCO ARDERIUS.
COLÁS EL PRÍNCIPE	D. JUAN OREJON.
EL ALCALDE	D. LUIS PONZANO.

Aldeanas, camaristas, lacayos, músicos, etc., etc.—Coros de ambos sexos, acompañamiento, bailarinas y figurantas.

El sitio y la época de la accion á gusto del público.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.—LA ALDEA.

Alrededores de un pueblo. El proscenio es la carretera. Á la izquierda, en primer término, la fachada de un edificio con puerta grande practicable y ventana encima. Un letrero sobre la puerta que dice: *Posada.* Á la derecha casas pobres, practicables. Todo el fondo son tierras labradas con diferentes sendas para bajar á la escena. En último término horizonte con viñas y olivares. La accion empieza poco ántes de anochecer.

SINFONÍA Á TELON CORRIDO.

La escena sola, sin más personaje que el TIO ROQUE, envuelto en una manta y recostado en un banco de piedra que hay al lado de la puerta de la posada, durmiendo. Al concluir la sinfonía se oyen esquilas de ganado y voces lejanas.

ESCENA PRIMERA.

ALDEANAS y ALDEANOS dentro; el TIO ROQUE, durmiendo.

MÚSICA.—INTRODUCCION.

CORO dentro.

UNOS.

La luz del dia
se extingue ya.
Á nuestra aldea
tornad, tornad.

OTROS. Ya nos saludan
con su humear
las chimeneas
de nuestro hogar.

UNOS. Hácia la aldea
bajad, bajad,
que la hora llega
de descansar.

OTROS. El sol esconde
sus rayos ya;
á nuestra aldea
tornad! tornad!

(Aparecen por distintas sendas del foro hombres y mujeres; unos con cestas, otros con aperos de labranza.

ROQUE. (Despertándose y bostezando.)
Ah! Ah!
Unos dias vienen
y otros dias van,
y estas pobres gentes
trabajando están.
Desde que nacieron
ganan así el pan,
y lo mismo han hecho
y lo mismo harán.
Ah! Ah! (Bostezando.)

ESCENA II.

El TIO ROQUE, COLÁS, MENGA, ALDEANOS de ambos sexos.

COLAS y TODOS. Llegando vamos
á nuestro hogar,
que la hora es esta
de descansar.

COLAS. Hola! tio Roque!
¿Despierto ya?
Como aquí le dejamos

aquí se está.

ROQUE. Ah! Ah! (Bostezando.)
Cuando despunta el dia
y el sol asoma,
aún no he dado yo cuenta
de mi persona;
sólo á las doce,
que ya voy despertando,
se me conoce.
Cuando al llegar la tarde
ya me he cansado
de estar hora tras hora
sin un cuidado,
duermo la mona...
y vuelvo á no dar cuenta
de mi persona.

—

COLAS y TODOS. Este tio Roque
con vida tal,
siempre ha sido un zopenco
y lo será.

ROQUE. Jamás, jamás.
Si yo soy un zopenco,
vosotros más.

—

Labrais la tierra,
ganais el pan,
y yo le como
sin trabajar.
Pasais afanes,
buscais la paz,
y andais al morro
por quién es más.
De vuestros goces
sabeis ahorrar
para si llega
la ancianidad,

y el mejor dia,
sin más ni más,
los que así penan
al hoyo van.

COLAS y TODOS. Eso es, tio Roque,
mucha verdad,
y es el morirse,
antiguo ya;
mas tan y miéntras,
es natural
beber el vino
y hacer el pan.

COLAS. Presiga el oraor
que á la fe y la verdá
paece un catredático
de tísica y moral.

—

ROQUE. El rey trabaja
por gobernar,
y busca gloria
el general.
Suda el ministro
como un patan
por adquirir
y por brillar.
Y cuando todos
con tanto afan
lo que desean
van á alcanzar...
¡Hacen un gesto!...
¡tuercen la faz!...
y se los traga
la eternidad!...

—

COLAS y TODOS. Eso es, tio Roque,
mucha verdad,
y es el morirse

antíguo ya.
Mas tan y mientras,
es natural
beber el vino
y hacer el pan!...

—

ROQUE. Dejadme en paz,
dejadme en paz,
que vuestras voces
me aturden ya!

TODOS. Dejaile en paz
dejaile en paz,
que es un estúpido
y lo será!

HABLADO.

ROQUE. Gracias mil, amado pueblo,
pero dejadme dormir,
que me habeis hecho perder
la postura más feliz.

MENGA. Pero tio Roque: usté acaso
pretende llamar vivir
á estar siempre adormilao
metio en su cuchitril
como el pez en la pecera,
en su cobacha el mastin,
en su calabozo el preso,
y la oveja en su redil?

ROQUE. Ellos comen y están sanos:
lo mismo me pasa á mí!

COLAS. Es que el tio Roque ya es viejo
y sin parientes, y sin
familia, y segun se ice
sin un mal maravedí,
pero cuando s'aiga visto
de su vida en el abril,

de juro no emplearía
sus veinte años en dormir.

ROQUE. Hay quien nace cojo... ó manco
ó feo... ó tonto...

COLAS. Eso sí...

ROQUE. Pues bien: yo he nacido sabio!
y desde muy chiquitin
me daba todo lo mismo,
y siempre he sido feliz.

COLAS. Cuando guipara á una moza
y le hiciera á usté tilin,
y le gustára de frente
lo mesmo que de perfil,
ya andaría usted á escape
paa atraparla...

ROQUE. Yo?...

COLAS. Sí!

ROQUE. Mira; lo que es las muchachas
son de la piel de Cain;
y es un manjar agradable,
y las hay siempre... hasta allí!...
Y yo he tenido mis dias...
pero no he hecho el paladin
con ninguna; si han venido
las he dejado venir,
y si se han marchado luégo,
«no me acuerdo si te ví!»

COLAS. Y nunca ha salio usté
del pueblo, ni ha hecho por dir
á buscar fortuna?...

ROQUE. No!...

COLAS. Hombre!...

ROQUE. Ya la tengo!

MENGA. Aquí?

ROQUE. Digo! qué mayor fortuna
puede el mortal adquirir,
que comer sin trabajar,

que es lo que me pasa á mí?
Mi hermana es la posadera
que en este camino ruin,
da siempre gato por liebre
á cuantos van á Madrid.
Cómo, de lo que la sobra;
y tengo para dormir,
el pajar desde Setiembre
y este banco desde Abril.
La cosecha es mala?... Cómo.
Es buena? Cómo, y así
que sea mala ó sea buena
me importa un grano de anís.

COLAS. Si llovieran onzas de oro,
ya saldría usted de ahí
y andaría á puñetazos
por ver si atrapaba mil.

ROQUE. Lo sentiría.

MENGA. Por qué?

ROQUE. Yo? por no poder dormir
encima del banco; digo!
Una granizada así!
Me acostaría debajo,
os vería combatir,
y saldría al acabarse
el chaparron.

COLAS. Pus si á mí
de ijeran: «Mia, Colás,
»del cielo van á venir
»ochavos morunos»... ¡Anda!...
Cogía una olla, así,
en caa mano; en los deos
las dos puntas del mandil;
en la cabeza un barreño
ó el arteson para iñir... [1]

---

1 En algunos pueblos de Castilla dicen *iñir* por amasar.

Una espuerta en caa pie
y en la boca un calcetin,
y me estaba treinta dias
sin comer y sin dormir.

ROQUE. Quien mucho abarca... no aprieta.

COLAS. Como yo apretára, sí;
sea yo rico y dempues
veremos si sé vivir!

MENGA. Si fueras rico, qué harías?

COLAS. No lo quió pensar!...

MENGA. Di.

TODOS. Di.

COLAS. Ir siempre de frá y con guantes
y chistera y corbatin.
Pasear en carretela
con diez caballos...

ROQUE. Así,
como van las diligencias...

COLAS. Comer pavos y perdiz... (Sin oirle.)
y tener veinte lacayos
ayudándome á vestir;
y llevar siempre una murga
tocando delante é mí
como hiciendo: «Echarse á un lao,
que viene Colás.» Chin!... Chin!...

(Todos se rien y le remedan.)

ROQUE. Eres un bruto, Colás.

COLAS. Mil gracias!

ROQUE. Eres cerril!...
Dios te oirá... no tengas duda,
tú serás rico y feliz!...

(Se echa en el banco.)

MENGA. Pase el príncipe Colás... (Riendo.)

COLAS. Que no sus burleis de mí!...

TODOS. Murga! murga!

COLAS. No seais brutos!
MENGA. Pase usía!
TODOS. Chin! chin! chin!...

(Todos se van haciendo cortesías á Colás y cantándole la marcha real. Él se entra incomodado en la posada y cierra.)

ESCENA III.

Se abre la ventana de la primera casa de la derecha y aparece PILAR cosiendo. En las ventanas hay macetas con flores y dos pájaros en jaulas.

PILAR, en la casa, el TIO ROQUE, en el banco.

MUSICA.

PILAR.
Á través de mis cristales,
de mis flores á través,
todos pasan á estas horas,
todos pasan... ménos él!
desde el alba están mis ojos
anhelando ese placer,
y los cierra mi plegaria,
sin que le haya vuelto á ver.
Fijos mis ojos
en la labor,
no tienen tiempo
para su amor.
¡Ay ojos mios!
llorad! llorad!
que es mala consejera
la soledad!

—

ROQUE.
Este es ahora
otro cantar,
que no me deja
(Se vuelve del otro lado.)
dormir en paz!

—

PILAR. De mis pájaros el canto,
del color de mi clavel,
todos me hablan cuando pasan,
todos me hablan... ménos él.
Y yo sola paso un dia
y otro dia y luégo un mes,
y los sueños de mi alma
realizarse no se ven!
Fijos mis ojos
en la labor,
no tienen tiempo
para su amor.
¡Ay ojos mios!
llorad! llorad!
que es mala consejera
la soledad!

—

ROQUE. Esta muchacha
con su cantar,
ay! no me deja
(Se vuelve del otro lado.)
dormir en paz!

—

(Pilar cierra su ventana. Cármen abre la puerta de la segunda casa y sale á la escena, mirando al foro.)

ESCENA IV.

CÁRMEN, á poco PASCUAL.

HABLADO.

CARMEN. Por ser víspera de fiesta
mucho tarda mi galan.
Mejor!... así como así
esto no puede durar.
Me tachará de inconstante

de falsa me acusará,
pero yo debo ante todo
por mi porvenir mirar.
Ya está aquí!... Prudencia y tino!...

PASC. (Que viene por detrás de la posada.)
Cármen del alma!...

CARMEN. Pascual!...

PASC. Encanto de mis sentidos
lugareñita sin par,
más bonita que las rosas
que nacen en tu rosal...
boquita de miel y azúcar
que al sonreir ó al hablar,
si calla me vuelve loco
y si me responde, más.
Ojos de color de cielo,
que como en el cielo están,
serenos brillan un dia
y otros no quieren brillar.
¿Qué tienes hoy? ¿Por qué escuchas
mi acento con frialdad,
y tus lindos ojos bajas
y no me quieres mirar?

CARMEN. ¡Ay Pascual! lo siento mucho;
lo siento mucho, Pascual,
pero es preciso que hablemos
con mucha formalidad!
Tú me quieres... lo confieso;
yo te quiero; claro está,
y así se pasan los dias
y los meses, y á pasar
va un año, y otro despues,
y siguiendo en este afan
nos pasaremos nosotros
sin poderlo remediar,
Yo ya para el matrimonio
tengo una bonita edad;

no te extrañe por lo tanto
que no me quiera pasar.
Mi madre es anciana y pobre;
tu tio creo que lo es más;
y con todo nuestro amor
nos reunimos un par
que para morirnos de hambre
poquito nos falta ya.
Yo... no puedo estar soltera,
tú... no te puedes casar;
conque... ya he dicho el principio,
adivina tú el final.

PASC. Pero no me quieres?...

CARMEN. Mucho:
pues por lo mismo, Pascual,
no quiero que nos muramos
los dos de necesidad.

PASC. Todos los pobres se casan
en el pueblo!

CARMEN. Así les va.
Unos dias sin comer,
otros dias sin cenar,
los domingos sin vestido,
los sábados sin jornal,
y el resto de la semana
sin comida en el hogar!

PASC. Y qué quieres tú que hagamos?

CARMEN. Buscársela cada cual.
Tú... busca una mujer rica:
la viuda del sacristan,
por ejemplo; mira, dicen
que tiene un buen capital.
Yo... si en el pueblo no encuentro
un partido regular,
me iré á Madrid á servir.
Tengo un tio capellan
y un primo guardia del rey

y una hermana de papá
tiene casa de pupilos
en Chamberí... conque...

PASC. Y vas...

CARMEN. Ya ves tú!

PASC. Ya veo, Cármen,
que tu amor no era verdad!

CARMEN. Mire usted que es mucho cuento;
con seis reales de jornal,
y eso el dia que trabajas,
contigo me he de casar.
¿No comprendes, infeliz,
que el amor luégo se va
y quedan ocho ó diez bocas
que tienes que alimentar?

PASC. Dios cuida á los pajarillos
y el alimento les da.
¿Cómo á los hijos del pobre
podría desamparar?

CARMEN. Los pajarillos del campo
comen muy poco, Pascual,
y los hijos de los pobres
se comen cada uno un pan.
Créeme á mí: nuestro amor
es una calamidad.
Quedemos libres y luégo...
búsquesela cada cual.

PASC. Si yo fuera rico!...

CARMEN. Toma!

PASC. Con qué placer, con qué afan
pondría á tus lindos piés
mi fortuna y mi caudal!
Joyas y trajes y galas
te daría más y más
para tu cuello de nieve
y tus manitas de azahar.
Y todo el pueblo diría

al vernos juntos: «Ahí van.
Mira qué bonita es Cármen
y qué feliz es Pascual!»

CARMEN. (Pobrecillo!...) Yo tambien
si fuera muy rica...

PASC. Cá!
Si Dios te hiciera muy rica
buscarías sin cesar
otro hombre más rico aún
que te diera mucho más.
Eres ambiciosa...

CARMEN. Yo!...

PASC. Me dirias: «La verdad...
ya ves... tú no tienes nada...
nuestra boda es desigual...»

CARMEN. No lo creas!

PASC. Adios, Cármen!
Sé muy dichosa!...

CARMEN. Te vas?

PASC. Tú lo quieres!...

CARMEN. Somos pobres!...

PASC. Cierto!...

(Se abre la ventana de la primera casa y aparece Pilar, cosiendo y mirándolos.)

PILAR. (Están juntos!...)

PASC. (Sorprendido.) (Pilar!)

ESCENA V.

CÁRMEN, PASCUAL en la escena, el TIO ROQUE despertándose, PILAR en la casita.

MÚSICA.

PASC. Ingrata Cármen mia,
quédate adios,
que no hay dicha en el mundo

para los dos.

CARMEN. Pascual; yo siento mucho
dejarte así:
pero el amor no basta
para vivir.

ROQUE. (Mire usté que la cosa
tiene que ver:
siempre ha de andar el hombre
tras la mujer!)

PILAR. (Ni me mira siquiera.
¡Cuánto mejor
que nunca aquí naciera
mi pobre amor!)

—

CARMEN. Conque te vas?

PASC. Para no volver nunca
á verte más.

ROQUE. Hombre, por qué? (Levantándose.)

PASC. Ay tio Roque del alma,
sépalo usté.

—

Ya no me quiere esta chica.
Porque espera ser muy rica
y gastar cintas y trajes
y en pulseras y en encajes
un caudal.

CARMEN. Él no tiene plata ó cobre,
yo soy pobre y él es pobre;
con el hambre á bofetadas
andaremos en las gradas
del altar!

ROQUE. Poderoso caballero
es el tonto don dinero,
y por moños y pinturas
las mujeres se hacen duras
de pelar.

—

Esta muchacha,
dice muy bien:
todo casorio
es un belen;
y si ella tiene
fecundidad...
figúrate la casa
cómo andará!

CARMEN. Si yo no gano
para comer,
y él muerto de hambre
está tambien,
nuestros amores
pronto se irán...
como se van del techo
donde no hay pan.

PASC. Amante y mozo,
siempre pensé
ganar bastante
para comer.
Pero esta moza
quiere aspirar
á ir emperegilada
sin trabajar.

PILAR. (Si con tal prueba
no entiende bien
que amor no siente
Cármen por él,
triste desgracia
mia será,
por su amor imposible,
perder mi paz!...

(Cármen entra en su casa. Pascual se va por detrás de la posada. Empieza á oscurecer más.)

ESCENA VI.

PILAR, en su ventana, el TIO ROQUE.

HABLADO.

ROQUE. Pascual se muere por Cármen,
y como ella no le quiere...
es lo mismo que si un calvo
se encuentra en la calle un peine.
Hola, Pilar? y tu abuela?...
PILAR. Tan viejecita y tan débil!
ROQUE. Y tú siempre trabajando?
PILAR. ¿Qué ha de hacer la que no tiene
otros bienes de fortuna? (Pausa.)
¿Han reñido para siempre?
ROQUE. Quienes?
PILAR. Cármen y Pascual!
ROQUE. Hija mia, ni lo pienses!
Cuando una mujer es mala
nunca encuentra quien la deje!
PILAR. Buen premio para las buenas!
ROQUE. Ese es el mundo ¿qué quieres!
Ni hay en la tierra bribones
que defensores no encuentren,
ni mujer de mala nota
que sin marido se quede.
PILAR. ¡Cómo ha de ser! (Suspirando.)
ROQUE. Mal suspiro!
tiene ya ese pecho huesped?
PILAR. No señor!
ROQUE. Pues si es Pascual...
PILAR. Quién le ha dicho?...
ROQUE. Francamente,
busca otro inquilino, hija,
porque ese no te conviene.
PILAR. Ya lo sé!... (Yendo á cerrar las hojas de la ventana.)
ROQUE. Tan pronto cierras?

PILAR. La noche sus sombras tiende
y he de velar...
ROQUE. (¡Pobrecilla!...)
PILAR. Y usted se queda?...
ROQUE. Yo siempre,
me vuelvo á dormir al banco!
PILAR. Venturosos los que duermen!
Buenas noches!
ROQUE. Dios tan buenas
te las dé como mereces!
PILAR. (Imposible sueño de oro...
dame paz y desvanécete!...)

(Cierra la ventana. Oscuro completo.)

ESCENA VII.

EL TIO ROQUE.

¡Pero que no ha de estar nadie
satisfecho con su suerte,
y que ha de soñar el hombre
con todo lo que no tiene!
Con ser millonario el pobre,
con ser poderoso el débil,
con ser jovencito el viejo,
con afeitarse el imberbe;
la rubia con ser morena,
el cura con ser alferez,
el cojo con ser torero
y el casado con ser célibe!
Todos ven sus *sueños de oro*.
realizarse cuando duermen,
y al despertar vuelven todos
á anhelar lo que no tienen!
Virtud! *Fortuna*! *Belleza*!
diosas de la tierra siempre,
por qué no venís al mundo

á contentar á las gentes?
Basta de filosofía...
ya va cayendo el relente...
al banco, muy buenas noches
con el permiso de ustedes!
(Se echa en el banco rebujado en la manta.)

CUADRO SEGUNDO.—LA APARICION.

ESCENA VIII.

Es de noche completamente. Se oye una música lejana, y se extiende una nube por la escena, en la cual aparecen en un hueco resplandeciente la FORTUNA á la derecha, la HERMOSURA á la izquierda, y la VIRTUD en el centro formando un grupo.—Las tres van cubiertas con mantos largos. Bajan poco á poco á la escena, mientras dentro canta un coro de ángeles.

MUSICA.

CORO. (Dentro.) Dormid, mortales,
dejad pasar
los sueños de oro
de vuestra edad.
Que no se lleguen
á realizar
si quiere el hombre
vivir en paz.

—

Reinas del mundo,

pasad, pasad
como relámpago
vago y fugaz.
Feliz el hombre
que os ve pasar
sin entregaros
su voluntad.

(Mientras el coro el tio Roque ha abierto los ojos.—Pilar y Cármen se han asomado á sus respectivas ventanas. Colás ha aparecido en la ventana alta de la posada. Á la conclusion de la música la FORTUNA, la HERMOSURA y la VIRTUD, están en el centro de la escena. La nube ha desaparecido, y el teatro ha vuelto á quedar á oscuras.

ESCENA IX.

La FORTUNA, la VIRTUD, la HERMOSURA, el TIO ROQUE, PILAR, CÁRMEN y COLÁS.

HABLADO.

PILAR. (Qué es lo que han visto mis ojos?)
CARMEN. (Qué rumor llegó á mi oido?)
ROQUE. (Estoy soñando ó despierto?)
COLAS. (Qué gentuza es la que miro?)
LAS TRES. ¡Ah de la Posada!... (Llamando á la puerta.)
COLAS. Calle!
¿Serán méndigas? de fijo!
Quién va?
LA FORT. Quien busca posada.
COLAS. Pus está bueno el camino
para andar así de noche.
Seis mujeres ó vestiglos?...
Seis Carlistas ú Ceviles,
ú petroleros?... icirlo!...
FORT. Tres viajeras!
COLAS. Ya bajo.

PILAR. (Fué un sueño!...)
CARMEN. (Será un delirio!...)
ROQUE. (Muy curado estoy de espanto,
pero jurára haber visto
unas caras más extrañas
y unos colores más vivos!...
CARMEN. Eh! yo salgo! (Saliendo y examinando la escena.)
COLAS. (Abriendo la puerta de la posada.) ¿Qué se ofrece?
FORT. Albergue...
HERM. Posada...
VIRTUD. Abrigo.
COLAS. Traen con qué pagar?
FORT. De sobra.
COLAS. Adrento!... (¡Pues yo lo he visto!)
(Entran las tres en la posada y se cierra la puerta. Colás baja al proscenio.)
¡Tio Roque!...
ROQUE. Qué se te ofrece?
COLAS. No estaban aquí ahora mismo
así como unas pantasmas?...
ROQUE. Hombre!... yo estaba dormido!...
(Extraño lance!)
CARMEN. Colás!
(Apartándose del umbral de su casa y bajando al proscenio.)
dime, tambien tú has oido?...
COLAS. El qué!...
CARMEN. Unas voces muy raras.
COLAS. Sí tal!... como unos quejíos ..
ah! ah!... (Imitando el canto de adentro.)
ROQUE. Yo tambien!...
PILAR. (Saliendo.) Y yo!...
COLAS. Ay! entónces he metío
en la posada tres brujas...
porque eran ellas, de fijo...
Socorro!...
CARMEN. Calla!
ROQUE. No grites! (Ruido dentro.)

PILAR. Qué rumor!

COLAS. Que rebullicio!

(Sale todo el coro apresuradamente, unos detrás de otros con sorpresa y aturdimiento mirando á todas partes.)

ESCENA X.

DICHOS, ALDEANOS de ambos sexos.

MÚSICA.

UNOS. Qué es esto? qué pasa?
¿qué es esto, qué ocurre?
la gente discurre
de aquí para allá!
despiértanse todos,
de pechos, de bruces,
y hay voces y hay luces...
y no se ve ná...

OTROS. (Azorados y lo mismo que los primeros.)
¿Qué es esto, qué pasa? etcétera.

OTROS. ¿Qué es esto, qué pasa? etcétera.

(Todos con la misma música que los primeros.)

ESCENA XI.

DICHOS, PASCUAL, despues el ALCALDE.

HABLADO.

COLAS. ¿Tambien Pascual se ha despertao?

PASC. No habeis visto á tres viajeras vestidas de un modo muy raro?

ROQUE. ¿Conque todo el pueblo las ha visto? Pues si las mozas viajan de incógnito se han lucido!

COLAS. Toos hablamos de lo mesmo. Toos nos hemos despertao con la música y toos estamos como quien ve visiones!

PASC. Y las viajeras?

COLAS. En la posada.

TODOS. En la posada?

COLAS. Yo mesmo las he abierto la puerta, y con paso desmesurado y sin hablarme palabra han comenzao á subir la escalera!

MENGA. Sin duda son brujas!

COLAS. Yo creo que son algunas cospiraoras!

PASC. Es preciso verlas!

MENGA. Hablarlas! (Entra el Alcalde.)

COLAS. Aquí está el Alcalde! Tio Canuto! á usté le toca sacarnos de esta certidumbre, y acabar con la quietud del pueblo.

ROQUE. (Malo me he puesto! Alcalde dijo? alguna barbaridad tendremos!)

ALC. Son esos los deseos de la multitud, vamos al decir, del pueblo?

TODOS. Sí, sí.

UNOS. Sepamos quiénes son y qué buscan!

OTROS. Que se asomen, que se asomen!

ROQUE. No ló dije!

ALC. Posadero! Posadero! (Llamando.)

CARMEN. No responde nadie!

COLAS. Á que han matao á mi tio!

MENGA. No andeis con llamadas! aquí hay quijarros!

TODOS. Justo! apedrear la casa!

ALC. Vamos con calma!

TODOS. Á la una! á la una! (Empiezan á tirar piedras á la posada.)

ROQUE. (Alcaldada tenemos! á motin me huele!)

TODOS. Que se asomen, que se asomen! (Golpean á la puerta.)

(En el centro de la fachada se abre un hueco grande con un balcon saliente, y en él las tres viajeras formando grupo.)

ESCENA XII.

DICHOS, la FORTUNA, la HERMOSURA y la VIRTUD.

FORT. Aquí nos teneis!

TODOS. Ah! (Retrocediendo.)

MENGA. Este boquete es nuevo en la posada!

COLAS. Ese balcon ha nacio sin sembrarle!

PASC. Estoy absorto!

ROQUE. Pues señor... ¡Si estaremos todos borrachos!

FORT. ¿Qué quereis de nosotras? ¿Por qué nos haceis aparecer por fuerza á vuestra vista?

COLAS. Que lo diga el Alcalde!... que hable! que hable!

ALC. Señoras mias!... Me alegraré que al recibo de esta... esteis con toda la cabal salud que yo para mí deseo!

ROQUE. La mia es buena para lo que usté guste mandar!...

MENGA. Que lo diga claro!

COLAS. Que no las escriba!

ALC. Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? Qué música traen? Qué viento corre? qué balcon es ese?

FORT. Amigos mios! La mayor felicidad que podemos daros, es que no nos conozcais; dejadnos en paz dormir tranquilas y Dios os ayude!

UNOS. No! No!

OTROS. Apedrearlas! apedrearlas!

ROQUE. (Ya pareció el *crucifícale* de todos los pueblos!)

FORT. Os empeñais en ello?

TODOS. Si! sí!

FORT. Quereis conocernos?

TODOS. Sí! sí! (Gran alboroto.)

FORT. Á vuestro gusto, y Dios quiera que no os arrepintais algun dia de lo que haceis esta noche.

(El balcon baja con las tres viajeras hasta llegar al tablado. Todos retroceden.)

TODOS. Qué asombro!

ALC. (Me parece que estas brujas van á dormir esta noche en la cárcel.)

ROQUE. Vaya! vaya! Por no ver visiones me acuesto á las oraciones!... yo no tengo nada que ver con esto!... (Se dirige al banco.)

FORT. ¿Por qué retrocedeis á nuestra vista? qué os ha dado?

ALC. Á mí me toca como autoridad dirigir el interrogatorio!

GOLAS. Sí, que las digiera eso del enjuagatorio!

FORT. Puesto que la cosa va despacio, nos permitireis que nos sentemos.

(El balcon se convierte en un magnífico divan, donde se sientan las tres viajeras. La luz eléctrica ilumina á la VIRTUD hasta el final de la escena.)

ALC. ¡Otro mueble nuevo!

TODOS. Mágia! mágia!

ALC. Silencio! Usté, que es la más parlanchina, quién es? qué busca? dónde ha nacido? adónde va?

TODOS. Eso! eso! que hablen! que hablen! (Gran confusion. Todos se levantan otra vez.)

CUADRO TERCERO.—TODOS FELICES.

MÚSICA.

FORTUNA.

Yo soy del mundo entero
la reina universal,
yo doy y quito tronos
y aplauso popular.
Yo doy á manos llenas
corriendo sin cesar,
laureles y victorias

y honores y caudal.
Derramo mis favores
y corro con afan,
gritando á todo el mundo:
¿Quién quiere más?
¿Quién quiere más?

—

CORO GENERAL. Quién será,
quién no será?
Pues tanto y tanto tiene,
y tanto y tanto da?

ROQUE. Si lo que tiene
así lo da,
con muy poco trabajo
lo ganará.

HERMOSURA. Yo soy el encanto
que busca el amor;
por mí pierde el hombre
fortuna y razon.
Yo arruino á los ricos,
yo excito el valor
y pierdo los reinos
y amanso al leon.
El sabio y el necio
me brindan su amor:
¡no hay nadie en el mundo
más grande que yo!
Esa soy yo!
esa soy yo!

CORO. Quién será?
quién no será
Pues tanto poder tiene
y tanta vanidad.

ROQUE. Si así tapada
es guapa ya,
lo que es en destapándose
cómo será?

VIRTUD. (Dándola un rayo de luz eléctrica por donde va.)
Yo me oculto á las miradas
del galan y el seductor;
huyo el fausto y la grandeza
y los riesgos del amor.
Yo soy sola, yo soy pobre,
yo no voy tras el placer,
pero todo el mundo dice
si me llega á conocer...
Ay, qué mujer!
ay, qué mujer!

CORO. Quién será?
quién no será?
que tal aureola lleva
y tan tapada va?

ROQUE. (Esta enlutada
me huele mal,
que si tanto se tapa
fea será!)

—

CORO. Decidnos vuestros nombres
porque es razon,
y no nos lo ha explicado
la relacion.

FORT. Yo soy la Fortuna!
(Descubriéndose y dejando ver un riquísimo traje alegórico.)

TODOS. Se da á conocer!

HERM. Yo soy la Hermosura! (Id. el suyo.)

CORO. ¡Hermosa mujer!
Y la otra tapada?

VIRTUD. Yo soy *La Virtud*! (Id.)

CORO. Qué triste! qué pobre!
Jesús!... Jesús!...

Á UNA TODOS.

PILAR.

Si esto no es sueño,
si es realidad,
triste es la vida
que he de pasar.
Pues con belleza
y juventud
tan triste y pobre
va la virtud.

PASCUAL y CÁRMEN.

Si lo que dicen
es la verdad,
estas tres damas
¿á qué vendrán?
Oro y belleza
nos pueden dar
y hacer dichoso
al pueblo ya!

COLÁS.

Si estas tres damas
vienen y van
por toda España
como aquí están,
el mejor dia,
sin más ni más,
las dan un susto
muy regular.

TIO ROQUE.

Ya endemoniados
todos están
ambicionando
oro y caudal.
¡Qué desdichada
humanidad,
siempre anhelando
conseguir más!

LAS TRES.

Si descontentos
estos están
con su fortuna
y su caudal,
ninguno de ellos
se acordará
de que la vida
pasa fugaz.

CORO.

Si esto no es sueño,
si es realidad,
este es un lance
de gravedad.
¡Oro y belleza
nos pueden dar
y hacer al pueblo
dichoso ya!

HABLADO.

ALC. ¡Vivan las viajeras!

TODOS. Vivan! vivan! (Gran alboroto.)

CARMEN. ¿Y no quereis favorecernos con vuestros dones, ya que en hora feliz habeis pisado nuestro pueblo?

ROQUE. Ya empiezan los memoriales!

TODOS. Sí, sí!. .

PILAR. (Le perderé para siempre!...)

ROQUE (Estas divinidades van á convertir al pueblo en un infierno!)

FORT. Hable uno solo si es posible!

ALC. El orador más notable de la comarca soy yo...

MENGA. Yo hablo más claro!

COLAS. Y yo más juerte!
TODOS. Y yo! y yo!...
FORT. Así no nos entenderemos nunca!...
CARMEN. Yo quiero hablar!...
TODOS. Cármen!... Cármen!... Que hable! Silencio!
ROQUE. Se abre la sesion... y empieza el escándalo!...

—

CARMEN. En esta aldea bendita,
el que ménos y el que más
de virtud no necesita,
que aquel que la solicita
es por verla... en los demas!
Virtuosas hay á montones,
que entre yerbas y terrones
nos enseña la experiencia
que en teniendo ancha conciencia
todas son buenas acciones.
De hermosura estamos bien!
Si tantas feas se ven,
en cambio hermosas hay dos:
la prima de Juan de Dios...
y yo!... que lo soy tambien!
ROQUE. (Y modesta, eso es aparte!...)
CARMEN. Todos comprenden el arte
de pasarse sin belleza
y sin virtud... Lo que parte
á todos es la pobreza!
Por eso todos á una,
en esta arenga oportuna,
belleza y virtud dejando,
lo que estamos anhelando
es Fortuna!...
CASI TODOS. Sí... fortuna!...
CARMEN. Con oro, fausto y poder
parece hermosa la fea;
el ruin lo deja de ser,
y es grande (aunque no lo sea)

la virtud de la mujer.
Nadie es feo con brillantes,
ni imbécil con un tesoro;
ni hay mano horrible con guantes;
ni orejas extravagantes
con ricos pendientes de oro.
Con buena luz nunca es noche:
no hay cuello horrible con broche
de perlas y de esmeraldas,
ni hay zambas con ricas faldas
ni cojea el que va en coche.
Con mil talegos de escudos
hablan bien hasta los mudos;
y los mismos jorobados
lo son mientras van desnudos
porque están desnivelados.
Por todas estas razones,
los modernos corazones
dejamos sin amargura
la virtud y la hermosura
con todas sus perfecciones.
Y á la faz del mundo entero
no hay hidalgo ni pechero,
al mirar lo que le falta,
que no pida en voz muy alta
«dinero!... dinero!... dinero y dinero!

TODOS. (Á gritos.) Dinero!...

FORT. Esa es solo tu opinion;
pero ya que á esta ocasion
llegan los buenos y malos,
las tres haremos regalos
segun vuestra peticion!...
Nuestra bondad bienhechora
dará á todos el tesoro
de su idea engañadora,
realizando desde ahora
todos vuestros sueños de oro.

Descontentos de la suerte
lo mismo el débil que el fuerte
viven todos los humanos;
y alzan al cielo las manos
al tropezar con la muerte...
«Á haber sido en mi camino
»árbitro de mi destino,»
dicen todos, «sólo un dia,
»otra mi vida sería
»y mi porvenir divino!...»
Pues para que no haya engaño
ni maldigais vuestro daño,
tendreis los que así gritais
aquello que ambicionais
no ya un dia, sino un año!
Nadie enojarse podrá
de su locura ó su acuerdo,
pues ese año vivirá
para todos sin recuerdo
de lo que ha sido ó será...
Vuestro porvenir ignoro,
mas si perdeis el tesoro
que hoy pedis con tanto empeño,
todos vuestros sueños de oro
volverán á ser un sueño!

PILAR. (Yo olvidarme de él no quiero!)
CARMEN. (Nadie sabrá mi linaje!...)
PASC. (Así conseguirla espero!...)
COLAS. (Con olvido y con dinero
qué manífico equipaje!...)
CARMEN. Oh dicha!
PASC. Oh placer!
MENGA. Oh! gloria!
FORT. Tened buen tino y memoria!
COLAS. Soy rico!
UNO. Ya no soy manco!...
CARMEN. Desde hoy comienza mi historia!

ROQUE. ¡Buena está la pepitoria!
al banco, tio Roque, al banco!...
(Se dirige al banco y se sienta en él.)
FORT. Agrupaos en monton
conforme á vuestra ambicion
y exponed vuestro deseos!...
COLAS. Aquí, probes!...
ALC. Aquí feos!...
ROQUE. Presenciemos la funcion.

MUSICA.

El grupo de pobres, que deben ser casi todos, se acerca. En él estarán CÁRMEN, PASCUAL, COLÁS y MENGA. Las tres viajeras en el divan sentadas.

CORO DE POBRES. Fuera miseria,
y afuera andrajos;
eso te piden
altos y bajos...
danos, Fortuna,
dánosla ya!...
FORT. Así será!...
así será!...
Los pobres de este pueblo
ricos sois ya!...
(Cambio general de trajes. Todos aparecen ricamente vestidos, con joyas, cruces, bordados, uniformes, etc., etc.)
TODOS. Já! já! já! já!...
Quién nos tose ya!
quién nos tose ya!...
ELLAS. Caballeros!...
ELLOS. Señoritas!...
ELLAS. La carroza!...
ELLOS. ¡Qué esplendor!...
TODOS. Ser poderosos y ricos

es lo mejor.

—

(El grupo de feos, ménos numeroso, se presenta; unos viejos; otros cojos, otros mancos.—En él están el Alcalde y el Posadero.)

CORO DE FEOS. Feos y horribles,
viejos y enfermos,
sólo servimos
para estafermos,
danos belleza,
dánosla ya!...

HERM. Así será...
así será...
Los feos de este pueblo
bellos sois ya!...

(Cambio general de trajes. Las mujeres trajes caprichosos y sencillos. Los hombres, sencillos pero bien adornados.)

TODOS. (Los feos.) Já! já! já! já!
quién nos tose ya!...
quién nos tose ya!...

ELLAS. ¡Qué buen mozo!...

ELLOS. Qué bonita!...

ELLAS. Yo te adoro!

ELLOS. Ten mi amor!...

TODOS. Ser tan jóvenes y guapos
es lo mejor.

—

(No hay grupo para la Virtud. Pilar se acerca al proscenio.)

PILAR. Con mi trabajo
gano el sustento,
y por el oro
no me atormento,
que sólo quiero
virtuosa ser!

TODOS. Loca está sin remedio
esta mujer!

VIRTUD. Tú lo eres ya!

pero pura tu alma
siempre será!
(La luz eléctrica ilumina la figura de Pilar.)

TODOS. Vámonos ya!
á gozar de esta nueva
felicidad!...

FORT. Y tú que nada pides,
qué haces ahí? (Al tio Roque.)

ROQUE. Desear que se larguen
para dormir!

FORT. No quieres nada?

ROQUE. ¿Qué he de querer?...

FORT. (Pues por fuerza ó de grado
rico has de ser!)
(Sigue la música en la orquesta.)

HABLADO.

ROQUE. Vayan ustedes con Dios
y que lleven buen viaje:
cuide aquel de su equipaje,
(Señalando varios grupos.)
enamórense estos dos:
vaya de la gloria en pos
aquel otro majadero:
derrame el de allá dinero,
busque aquel tonto un registro
para ser grande y ministro.
¡Yo por mi manta me muero!
Si el mundo comedia es
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles
y á veces el entremés,
es entenderlo al revés
querer fausto y ambicion;
La dicha está en la inaccion,
y en dormir cifro mi empeño,

ya que al fin *la vida es sueño,*
como dijo Calderon.

(Se envuelve en la manta y se echa en el banco.)

FORT. Vamos!

TODOS. Vamos!

ROQUE. De aquí á un año
nos veremos por aquí.

FORT. Tio Roque, vente tras mí!

ROQUE. El relente me hace daño.

(Se tiende en el banco y se arropa.)

FORT. (Duerme: y sea tu sueño extraño.)

TODOS. Vamos! Vamos!...

VIRTUD. Tú, Pilar,
ven conmigo sin temblar!

PILAR. ¿Qué sacaré de mi empeño,
si al cabo la vida es sueño?

VIRTUD. Ver el cielo al despertar!...

MUTACION.

La decoracion cambia desvaneciéndose y aparecen tres caminos o sendas anchas que se pierden hasta el foro. El del centro lleno de zarzas ó malezas á donde se dirige LA VIRTUD y PILAR. El de la derecha con estalactitas de brillantes y piedras preciosas de colores, y el de la izquierda con grupos de amorcitos, palomas y flechas. Por éste, que es el de la HERMOSURA, va ésta y los que eran feos, y por el otro LA FORTUNA y los que eran pobres: cada uno de los tres caminos está iluminado por la luz Drumon, pero de distinto color. La FORTUNA sube en un velocípedo. La HERMOSURA en un carro de concha con palomas. La VIRTUD á pie.

CORO GENERAL. Si es sueño nuestra dicha,
si es sueño nuestra gloria,
olvide la memoria
las penas del ayer.

Corramos por el mundo
en pos de la ventura,
que el oro y la hermosura
engendran el placer.

(Todos se van alejando. El banco en que está acostado el TIO ROQUE se cambia en un carro lleno de oro y piedras preciosas.)

ROQUE. (Medio dormido.)

Puesto que el mundo
es un belen...
duérmete, Roque,
duérmete bien!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Tocador exageradamente rico en el que brilla el oro por todas partes. Á la izquierda un mueble con espejo: otros de diversas clases. En un asiento bajo, la Duquesa rodeada de todas sus camaristas ricamente vestidas.

CUADRO CUARTO.—¡ECHE USTED MILLOMES!

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA, DONCELLAS.

MUSICA.

DONC. (Concluyendo de adornar á la Duquesa con multitud de joyas.)

Perlas coronen
su altiva frente,
de gran tamaño
de rico oriente;
brille en sus ojos
la luz del sol...
Sobre su silla
de nácar y oro,
de sus riquezas

luzca el tesoro.
la alta Duquesa
del Caracol.

OTRAS. (Con tantas joyas
¡por San Antonio!
se está poniendo
como un demonio;
y al verla el mundo
vestida así,
más que Duquesa
ni señoría,
verá un estante
de joyería
de los más cursis
que hay en Madrid!)

DUQUESA. Estoy bien así? (Levantándose.)

TODAS. Oh sí!
(Como un escaparate!)

DUQUESA. Venid aquí... (Todas la rodean.)
El Príncipe Colasino
se ha cruzado en mi camino;
es un ente estrafalario,
pretencioso, millonario;
yo le tengo por borrico,
pero es rico, rico, rico
más que las minas
del Potosí...

TODAS. (¡Ay de mí!
¡quién me trajera uno así!)

—

DUQUESA. Con la suya comparada
mi riqueza es casi nada;
tiene dos ó tres estados
y cañones y soldados;
y aunque pasa por borrico,
es tan rico, rico, rico
que ser su esposa

le prometí.

TODAS. (Ay de mí!
Que me traigan uno así!)

—

DUQUESA. Porque al punto se logre
vuestra ilusion,
rezad á Santa Rita
una oracion.

—

TODAS. Santa Rita, Santa Rita, Santa Rita,
cada una de nosotras,
para el uso de diario,
necesita, necesita, necesita
un marido millonario
aunque sea un animal;
Sí tal! Sí tal,
aunque sea un animal.
Danos pronto, pronto, pronto, pronto, pronto,
un espléndido marido;
y aunque sea el desdichado
feo y tonto, feo y tonto, feo y tonto
no te dé ningun cuidado;
que á ninguna le irá mal,
no tal! no tal!
á ninguna le irá mal.

HABLADO.

DUQ. Sois chicas de habilidad. Estoy perfectamente. El Príncipe Colasino ha de encontrarme hechicera.

CAM. Si la señora Duquesa fuese tan buena que nos diera sus órdenes...

DUQ. Acerca de qué?...

CAM. Vuecencia nos perdone. Pero como hemos observado que cuando viene á verla... cierto sujeto, siempre acaba en riña la entrevista, nos atrevemos á preguntar á V. S. si no sería mejor impedirle la entrada en él

palacio.

DUQ. Hablais de Pascual?...

CAM. Ciertamente!

DUQ. Has de saber, hija mia, que durante muchos años hemos vivido en la misma aldea pobres y miserables.

CAM. Vuecencia, señora?

DUQ. Mis ilustres padres, á quienes yo no he conocido, me perdieron de niña en un viaje, y yo fuí recogida por unos aldeanos, que me dieron su humilde casa y sus cuidados. Pascual me amó y yo creo que le correspondí...

CAM. (No está segura!...)

DUQ. De pronto un dia, hace seis meses, se presentó en nuestro pueblo mi prima la Princesa Arabella; me explicó el misterio de mi nacimiento, y me trajo á su palacio entregándome la fortuna de mis padres difuntos y el título de duquesa que me pertenecia. Pascual me siguió, y como era natural, yo... sintiéndolo mucho, por supuesto...

CAM. Por supuesto. .

TODAS. Por supuesto!...

DUQ. Le expliqué la *diferiencia* de nuestras posiciones respectivas y nos separamos.

CAM. Buen viaje.

TODAS. Si te ví no me acuerdo!

DUQ. Parece que el destino se empeñaba en reunirnos... dos dias despues Pascual salvó la vida á un Lord inglés riquísimo, y éste le regaló un millon en agradecimiento...

CAM. ¡Qué cosas tan raras tienen los ingleses!

DUQ. Corrió Pascual á ofrecérmelo y á reclamar mi mano y mis juramentos. porque parece que yo le habia hecho juramentos.

CAM. Todo puede ser.

DUQ. ¿Podía yo acaso aceptar su modesta fortuna, siendo duquesa, y habiéndome visto el Príncipe Colasino, ese interesante jóven, con más millones que años? ¿Qué mujer de juicio puede vacilar en ocasion semejante?

Puede que yo ame á Pascual...

CAM. Puede...

TODAS. Puede!...

DUQ. Pero una cosa es el amor, y otra cosa es el dinero... Á ser Pascual tan rico como el Príncipe, no vacilaría: mi amor era lo primero...

CAM. Con tanta más razon cuanto que Pascual es buen mozo, tiene talento, habla muy bien, y el Príncipe, salvo el respeto debido á vuecencia, es un bárbaro...

DUQ. Pues por eso elegiría yo á Pascual siendo idéntica la fortuna de ambos...

CAM. (Qué sentimientos tan delicados tiene esta señora!...

TODAS. Muy delicados!...)

CAM. Por eso preguntábamos á vuecencia si no sería más conveniente decir al señor Pascual que vuecencia no recibe...

DUQ. Si os empeñais...

CAM. Y como tal vez pudiera fijarse en alguna de nosotras...

DUQ. Cómo?

CAM. Tiene un millon...

DUQ. (¡Esto es inaudito! Ya no hay clases! Todas quieren ser millonarias!...) Qué ruido es ese? (Rumor dentro.)

CAM. Señora... Señora... El Príncipe llega!... (Mirando por una ventana.)

TODAS. Cuántos criados!... Qué lujo!...

DUQ. Apartaos todas á este lado y conservad la reserva compostura que mi ilustre nombre merece. Recibámosle dignamente.

TODAS. Sereis servida... (Todas se colocan á la izquierda haciendo semicírculo.)

ESCENA II.

DICHAS, el PRÍNCIPE COLASINO, CABALLEROS, MÚSICOS, ACOMPAÑA MIENTO.

MUSICA.

El Príncipe de gran uniforme con todas las cruces y bandas que le quepan encima, acompañado de gentiles-hombres, lacayos, etc; lujo exagerado y de mal gusto. Se colocan los Caballeros á la derecha detrás del Príncipe. Los Lacayos al foro.

CORO DE CABALLEROS y CRIADOS.
Entremos, señores,
con paso marcial,
que este asunto exige
gran solemnidad.

CORO DE DAMAS. Mucha compostura,
mucha gravedad,
que el asunto exige
gran solemnidad!

PRÍNCIPE y CABALLEROS.
Señora Duquesa! (Cortesías.)

DUQUESA. Príncipe, ¿qué tal? (Cortesías.)

PRINCIPE. Á vuestro servicio. (Cortesías.)

DUQUESA. Gracias y mandar! (Cortesías.)

PRINCIPE. Os prometí un concierto
y aquí os le voy á dar,
aunque too esto sea
música celestial.

DUQUESA. Cuando os digneis mandárlo
ya pueden empezar.

PRINCIPE. Duquesa, á vuestro gusto...
(Ella le indica que en seguida.)
Pues que escomiencen ya.
La solfa más de moda
que acaba é llegar.
(Pieza instrumental de mucho bombo yruido. Aplausos.)

DAMAS. (¡Jesús, qué trompetazos!)
CABALLEROS. (¡Huy! qué barbaridad!)
DAMAS. Magnífico! (Aplaudiendo.)
CABALLEROS. Magnífico! (Aplaudiendo.)
TODOS. No puede sonar más!
PRINCIPE. (Tocan segun su sueldo,
y estoy temiendo ya,
que en un concierto de estos
los bofes van á echar.)
DUQUESA. Yo sé, Príncipe ilustre,
que vos sabeis cantar:
dadnos aquí una muestra
de vuestra habilidad.
PRINCIPE. Con mucho gusto
sus la daré,
y verán todos
lo que yo sé.

(Coge la guitarra y canta con voz rasgada.)

1.ª

Al superintendente
l'han levantao
un falso testimonio
que está opilao.
¡Cómo anda el mundo!
ni el superintendente
está seguro!

2.ª

La puerta de Toledo
tiene una cosa,
que se cierra y se abre
como las otras.
Porque las puertas,
unas están cerradas
y otras abiertas.

—

TODOS. Bravo! bien va!

Bravo! bien va!
Lo que es en ese género,
no se puede hacer más.

Á UNA.

PRINCIPE. Con mi canto he dao golpe,
y al oirme así cantar
no tendrá pa ser mi esposa
la menor deficultá.
Já! já! já! já!
la menor deficultá!

DUQUESA. La verdad es que es muy bruto,
pero tiene mucha sal,
y en cantando seguidillas
se le puede perdonar,
já! já! já! já!
se le puede perdonar.

CORO DE HOMBRES. Este príncipe se explica
con pureza sin igual,
y usa el mágico lenguaje
que se estila en Fuencarral,
já! já! já! já!
que se estila en Fuencarral.

CORO DE DAMAS. Este príncipe manchego
es un ente original,
y lo que es cantando coplas
no se puede pedir más,
já! já! já! já!
no se puede pedir más.

HABLADO.

PRINCIPE. Conque aquí está á vuestros piés
el príncipe Colasino,
cual si dijéramos *naide*.

DUQUESA. Yo que tal honor recibo,
os doy las gracias.

PRINCIPE. Duquesa,

creo que está muy mal visto,
si hemos de hablar, que estas damas
permanezgan en su sitio.

DUQUESA. Cierto... (Indica á las damas que se retiren.)

PRINCIPE. (Á los Hombres.) Retirarsus!

TODOS. Vamos!

CAMARISTA. (Habla muy bien!...)

TODOS. (Es muy fino!)

(Las Damas se van por la izquierda, los Caballeros y Criados por el foro.)

ESCENA III.

DUQUESA, PRÍNCIPE.

DUQUESA. Y á qué debo tanto honor?

PRINCIPE. Tenía deseos vivos
de hablar con vos. Ensillémonos.

DUQUESA. Como gusteís. (Sentándose.)

PRINCIPE. Mis prencipios
son la franqueza. El aquel
que me trae estará dicho
en un periquete!

DUQUESA. Bien!

PRINCIPE. Escomienzo?

DUQUESA. Doy permiso.

PRINCIPE. Paece que yo tenía
en Sampretesburgo un tio
sin saberlo naide en casa.
Príncipe y primer menistro
del Cazar de Rusia!...

DUQUESA. Ah!...

PRINCIPE. Á éste tal le dió el capricho
de morirse; se conoce
que era un bárbaro!

DUQUESA. De fijo.

PRINCIPE. Pues bien: me nombró heredero
de sus casas y cortijos,

villas, millones y siervos,
nombres, honores y títulos;
y dende un ruin paraor
que está en metá del camino
de Madrid á Valdepeñas,
me elevó el bado propincio
á sublime personaje
y á caballero manífico.
Sus ví una tarde en Palacio,
y el amor, que es un mal bicho,
me ijo: «¿te gusta esa?
¡pues anda con ella, hijo!
que con trescientos millones
no hay hombre feo ni chico!»
Y con ese aquel, señora,
aquí estoy porque he venío.

DUQUESA. Yo siempre fuí una señora
y mis timbres nobilísimos
cuentan como mi ducado
la antigüedad de los siglos.
Rica soy y está á la vista.

PRINCIPE. Sí señora, ya lo he visto!

DUQUESA. Soy duquesa...

PRINCIPE. No es gran cosa!
pero yo me encalabrino,
y en gustándome una hembra
nunca arreparo en pelillos.

DUQUESA. Conque es decir que aspirais
á mi mano?...

PRINCIPE. No lo he dicho?
á la mano y á tó el cuerpo!

DUQUESA. Quiere usted ser mi marido?

PRINCIPE. Por lo cevil, sí señora.

DUQUESA. Y por la Iglesia?

PRINCIPE. Es antiguo.

DUQUESA. Pues, señor, yo no me caso
sin cura ni monaguillo.

PRINCIPE. Mientras haíga aquí millones
nos casarán por escrito
sin nenguna ceremonia
no un cura, tres arzobispos:
y aquí ha dao fin la audencia.
(Se levanta.)

DUQUESA. Tan pronto?

PRINCIPE. Fuí delegío
ayer mañana académico
de ciencias, y hoy á las cinco
debe de ser mi rececion;
no pueo faltar en mi sitio;
he de leer el descurso...

DUQUESA. Es vuestro?

PRINCIPE. Claro que es mio!
Me ha costao mi dinero...

DUQUESA. Ya!

PRINCIPE. Se lo he comprao á un chico
que escribe muy bien; he le dao
nueve duros y un vestío.
Me ha escrito allí unas retóricas
muy güenas y yo las firmo.
Conque, ¿en qué queamos, prenda?
Yo sé que hay álguien perdío
por esos peazos!

DUQUESA. Cierto!
anteriores compromisos
me ligaban á un muchacho...

PRINCIPE. Sus ligaban... ya!... y es rico...

DUQUESA. Un millon...

PRINCIPE. De renta?...

DUQUESA. No;
de capital!

PRINCIPE. Un perdío!

DUQUESA. Esa boda...

PRINCIPE. Era un bodorrio!

DUQUESA. Ya veis que pienso lo mismo

al daros mi mano!...

PRINCIPE. Vaya!...

DUQUESA. Sellad el pacto! (Ofreciéndole la mano.)

PRINCIPE. No atino!
¿qué pato es ese?

DUQUESA. Besad!

PRINCIPE. Pues es un pato esquisito;
beso y rebeso, y... (Besando la mano á la Duquesa.)

DUQUESA. Ya basta!

PRINCIPE. Y beso!...

DUQUESA. Pascual!
(Viendo á Pascual, que entra por el foro y los ve.)

PASCUAL. Dios mio!...

DUQUESA. (Nos vió!...) (Ap. al Príncipe.)

PRINCIPE. (Despacharle pronto!...)
(Tiene un millon... ¡Probe chico!)
Duquesa... besoos la mano! (Saludando.)
Á los piés de usted, amigo!... (Á Pascual.)
(Váse el Príncipe por el foro despues de hacer cortesías. La Duquesa queda pensativa: Pascual baja al proscenio.)

ESCENA IV.

LA DUQUESA, PASCUAL.

MUSICA.

PASCUAL. Yo te amaba y te ofrecía
bienestar, amor y fe,
sin pensar que cuando pobre
me engañastes otra vez.
Si tu alma no despierta
á la clara luz del bien,
por infame no mereces
ni aun el nombre de mujer!
Maldito sea

el corazon
que solo late
por la ambicion.
Quizá algun dia
lo sentirás,
ya que yo no he de verte,
jamás! jamás!

—

DUQUESA. Si en mi caso estuvieran
mujeres mil,
lo mismo que yo harian,
créame á mí!

—

PASCUAL. Sin ternura, sin constancia,
sin virtud, amor ni fe,
y sin alma y sin cariño,
¿de qué sirve la mujer?
Tras el oro corre ansiosa,
y al lograr tan pobre bien,
en tu alma miserable
no habrá dicha ni placer!
¡Maldito sea
el corazon
que solo late
por la ambicion.
Quizá algun dia
lo sentirás
ya que yo no he de verte,
jamás! jamás!

(Váse rápidamente por el foro. La Duquesa queda pensativa en el proscenio.)

ESCENA V.

LA DUQUESA, despues las DAMAS.

HABLADO.

¡Extraña impresion me han dejado sus palabras! Y sin

embargo, no dar mi mano al Príncipe sería una locura! ¿Qué mujer lo haría en mi caso? Mi prima Arabela me insulta con el lujo espléndido de su morada! Yo no soy bastante rica para brillar como ella, y el Príncipe me proporciona cuanto anhelo. Yo no tengo la culpa; obedezco al destino que me arrastra!...

(Música en la orquesta.)

VOCES. (Dentro.) Por aquí, por aquí.

DUQ. Qué es eso?

CAM. 1.ª Señora duquesa, el viajero inglés á quien recogimos en tan mal estado esta mañana en el jardin, está ya despierto y dice unas cosas que parece loco.

TODAS. Aquí viene, aquí viene. (Entrando por el foro con el tio Roque.)

DUQ. (Tendrá razon Pascual!) (Reflexionando.)

TODAS. Pasad, pasad, aquí está la señora.

BOLLIMB. Y aquí estamos todos.

ESCENA VI.

LA DUQUESA, LORD BOLLIMBROKE, y las DAMAS.

DUQ. Qué hombre será este?

BOLLIMB. (Con la fisonomía y el traje exagerado de inglés.) (Pero señor, qué patillas son estas? qué pantalones son estos? Adónde está mi manta?)

DUQ. Sed bien venido, caballero! Habeis descansado?

BOLLIMB. Eso de caballero, lo dice usted por mí?

DUQ. Seguramente.

BOLLIMB. (Pues señor, hace mucho tiempo que no se me quita la chispa!)

DUQ. Venis de muy lejos?

BOLLIMB. No lo sé á punto fijo... (Yo he visto esta cara en otra parte!)

DUQ. (Este hombre no me es desconocido!) No os comprendo!

BOLLIMB. Ni yo tampoco.

DUQ. Cómo habeis venido?

BOLLIMB. No por obra de varon, sino milagrosamente!

DUQ. Explicaos!
TODAS. Sí, que se explique!
BOLLIMB. Con mucho gusto.

MÚSICA.

BOLLIMBROKE. Á la puerta de mi casa,
pobre un dia me dormí,
y con más oro que peso
al siguiente amanecí.
Soy banquero cuatro dias,
soy ministro medio mes,
soy gran duque dos semanas
y hoy me encuentro lord inglés.
Y soy tan rico
de ayer acá,
y tanto el oro
me carga ya,
que aborreciendo
tanto millon,
tiro las onzas
por el balcon.

—

CAMARISTAS. ¿Tira usted las onzas
sin saber por qué?
¡ay, señor ministro!
¿dónde vive usted?

—

BOLLIMBROKE. Como soy un millonario
y tan rico y noble soy,
cuanto más dinero tengo
más aburridito estoy.
En Viena he sido duque
y en Italia cardenal
y en España de sargento
he saltado á general.
En la ensalada

me gusta echar
brillantes gordos
en vez de sal.
Y con billetes
de cuatro mil,
he empapelado
mi casa aquí.

—

CAMARISTAS. Si es que no son falsos,
¡ay, señor inglés!
¡qué bonita casa!
¿dónde vive usted?

HABLADO.

DUQUESA. Pero quién sois, en resúmen?
BOLLIMBROQUE. En resúmen no lo sé,
pero explíquemelo usté
que tendrá mejor chirumen.
No sé si es Jerez ó Aloque
el que me roba el reposo,
pero en tiempo más dichoso,
yo era, señora, el tio Roque.
Desde que apuntaba el sol
hasta que el sol se ocultaba,
yo siempre holgazaneaba...
DUQUESA. No érais inglés?
BOLLIMBROQUE. Español.
De aquel país singular
donde existe la receta
de perderse una peseta
y no poderla encontrar.
De aquella feliz nacion
donde se pasa la vida
todo el año, reducida
al cocido y al colchon;
y donde siempre verás

con tantos gobiernos buenos,
que aquel que trabaja ménos
es siempre el que come más.
Allí viví felizmente
y aquí mi vida se trunca:
¡allí no trabajé nunca
y comí perfectamente!
Jamás pensé en tener coche
y mi vida transcurría
tumbado al sol por el dia
y á la luna por la noche!
¡Oh! pueblo de bendiciones,
donde sólo no hay pereza
para pagar con largueza
todas las contribuciones!
¡Pueblo que envuelto en su manta
sin saber lo que le cuesta,
con una crisis se acuesta
y con otra se levanta!
¡Si envuelto en la manta estás
que hace feliz tu existencia,
mándame una de Palencia
por si no he de verte más!

DUQUESA. (Está loco!) (Á las Damas.)

TODAS. (Ya se ve!)

DUQUESA. Pero y usted ¿quién es hoy?

BOLLIMBROQUE. Yo dejé de ser quien soy
la noche que desperté!
Con un fin que no concibo,
presa de mil pesadillas,
me sacan de mis casillas
no sé si muerto ó si vivo.
Y borrando de mi mente
lo que soy cada semana,
la inútil riqueza humana
poseo contínuamente.
Ya me encuentro embajador,

ya me nombran general;
¿me porto en un cargo mal?
pues me dan otro mejor!
Mando mal? No hay quien se ofenda.
¿Tiro el oro? No hay cuidado!
Siempre que estoy arruinado
me hacen ministro de Hacienda!

DUQUESA. (Loco está...)

BOLLIMBROQUE. (Sentándose.) Esto me consuela!
Voy á dormir media hora. (Música lejana.)

DUQUESA. Qué ruido es ese?

CAMARISTA Señora!
es vuestra prima Arabela.

DUQUESA. Vuelve de Palacio ya?

CAMARISTA. Y prisa sin duda tiene!

DUQUESA. Cómo tan temprano viene?

BOLLIMBROQUE. (Una prima! ¿quién será?)

ESCENA VII.

DICHOS, ARABELLA, más rica y más elegantemente vestida que la Duquesa.

ARAB. Querida Duquesa!

DUQ. Prima del alma! (Se abrazan y besan. Todas las Damas están á la derecha. Ellas se retiran un poco á la izquierda, que es donde está el tio Roque.)

BOLLIMB. (Calla! Y o he visto esta cara en otra parte! Verdad es que como cada semana soy un caballero distinto... Vaya usted á ver!)

ARAB. Tengo que hablar con vos asuntos del mayor interés

DUQ. Retiraos. (Vánse las Camaristas.)

ARAB. Por fortuna no está el Príncipe. Creí que llegaba tarde!

DUQ. No os entiendo!...

ARAB. La fortuna os sonrie!

BOLLIMB. (Tambien á esta la sonrie la fortuna?)

ARAB. (Bajando la voz.) El rey de Suecia y Noruega, que está en esta córte de incógnito, os ha visto en el baile de ano-

che y... en confianza... se ha enamorado de vos perdidamente!

BOLLIMB. (Perdidamente? á perdicion me huele!)

DUQ. Qué decís? Será posible?

ARAB. Ya veis que vuestro enlace en estos momentos no puede ser más desventajoso ni más inconveniente.

DUQ. Quién lo duda! Ademas, el Príncipe es un imbécil!

BOLLIMB. (Qué bien trata esta señora á su futuro!)

ARAB. Tenemos que hablar despacio donde nadie nos oiga!

DUQ. (Un rey! el poder supremo!) (Reflexionando.)

ARAB. (Aquí está!) (Mirando al tio Roque.)

BOLLIMB. (Cómo me mira esta prima! Me escamo!)

ARAB. Lo primero es desahuciar al Príncipe!

DUQ. Y cómo?

ARAB. Ya le he escrito yo en palacio una carta en vuestro nombre y dentro de poco la tendrá en su poder!

DUQ. No le quitareis toda esperanza por si acaso!

BOLLIMB. (Me gusta esta mujer por lo prevenida que es!)

ARAB. Dejadme hacer. Vuestra ambicion se verá colmada! Id á vuestro tocador y esperadme!

DUQ. Os quedais?

ARAB. Un momento no más! (Mirando al tio Roque.)

BOLLIMB. (Me mira otra vez y se queda conmigo! Malo me he puesto!)

DUQ. (El mundo es mio!) (Váse.)

CUADRO QUINTO.—DIÓGENES.

ESCENA VIII.

ARABELLA, LORD BOLLIMBROQUE.

ARAB. (Y no he de poder vencer á este hombre!)

BOLLIMB. (Lo mejor es escurrirme!...) Señora! (Saludando para marcharse.)

ARAB. Deteneos!

BOLLIMB Ya me he detenido!

ARAB. Sé quién sois!

BOLLIMB. Ya sabeis más que yo!

ARAB. El poder misterioso que os protege es incansable!

BOLLIMB. Él es incansable? Pues yo ya me voy cansando! Si usted conoce á ese poder, hágame usted el favor de decirle que me deje en paz, y que lo mismo que me sacó de mi pueblo, me vuelva á él de repente, tan tio Roque como salí!

ARAB. Es decir que ni el oro, ni el fausto, ni el poder os seducen?

BOLLIMB. Maldita de Dios la cosa!

ARAB. En qué cifrais vuestra ambicion?

BOLLIMB. Ya lo he dicho veinte veces: en dormir en mi banco á la puerta de la posada.

ARAB. Es inconcebible!

BOLLIMB. Lo que es inconcebible, es que lleven á un hombre de bien de Ceca en Meca, sin preguntarle siquiera lo que le parece!

ARAB. ¿No habeis pensado nunca en poseer una mujer rica, bella, poderosa?

BOLLIMB. Ya es viejo Pedro para cabrero. No digo, que cuando jóven... hay en mi pueblo algunas chicas que ya!... pero lo que es hoy!

ARAB. Sabedlo todo... (Hablándolo con misterio.)

BOLLIMB. Vamos á ver! (Imitándola.)

ARAB. La madre... del rey de Suecia y Noruega... que viaja en esta córte...

BOLLIMB. De incógnito, ya sé la relacion!...

ARAB. Se ha enamorado de vos perdidamente!

BOLLIMB. Con que la madre eh?... Tambien perdidamente? Pues no tiene el demonio por donde coger á esa familia real.

ARAB. Qué os parece?

BOLLIMB. De la reina Sueca? que me hago el sueco!

ARAB. Y si quisiera daros su mano?

BOLLIMB. Que no me la dé! Porque la puede hacer falta!

ARAB. ¡Sabeis que si la Fortuna se cansára de protegeros!...

BOLLIMB. Me haria el ser más feliz de la tierra! ¿Cuándo la he pedido yo á esa señora que me proteja? ¿Á mí qué falta me hacen sus beneficios?.. Sabe usted lo que yo la diria, si la viera á mi lado y fuera un ser de carne y hueso como nosotros?

ARAB. Quisiera saberlo!

BOLLIMB. Pues voy á daros gusto. «Señora,» la diria, el dómine de mi pueblo, que cuando yo era chico me queria por fuerza enseñar latin, me decia que hubo en otros tiempos un filósofo griego que se llamaba Hermógenes!

ARAB. Diógenes!

BOLLIMB. Bueno; Diógenes ó Hermógenes; el nombre es lo de ménos. Pues ese Hermógenes vivia sin ropa en un tonel y andaba siempre con un farol buscando un hombre sin encontrale nunca. Ese hombre que buscaba, si yo hubiera nacido un poco ántes, era yo! Otro Hermógenes, que daria todas las riquezas, todos los honores, todos los poderes del mundo, por decir á la Fortuna. «*Que usted se alivie*» *esta es mi casa*! *Tio Roque*! al tonel!

ARAB. (Puesto que nada logro contigo, cúmplase tu gusto!...

(Música en la orquesta.)

(Aparece un tonel grande, dentro del cual queda el tio Roque escondido.)

BOLLIMB. Eh!... que es esto!... Un tonel!... ¡Magnífico!... Poco á poco! .. no desnudarme... Señora! Señora!... que se llevan la ropa!...

ARAB. Así estaba Diógenes!...

BOLLIMB. Estos son otros tiempos!... que no estoy presentable!...

ARAB. (La Fortuna nada puede contigo!... Veremos si te vence la Hermosura!...)

BOLLIMB. Hágame usted el favor de darme una manta!... (Aparece por el aire una manta que entra sola en el tonel.) Ajá! já!... Ahora ya le puedo decir á la Fortuna: «Corre, imbécil, marcha!... marcha!»

ARAB. Marcha!... (El tonel echa á rodar por la escena y desaparece.)

BOLLIMB. Uf! que se me va la cabeza! que me hundo!... más despacio! más despacio! (Arabela se va por la izquierda.)

CUADRO SEXTO.—LA CABAÑA.

MUTACION.

Decoracion caprichosa de campo. Á la izquierda una cabaña pequeña con interior pobre y á la puerta Cármen. Todo el escenario es un lago rodeado de peñas y juncos. Al otro lado del lago, en lontananza, un palacio en perspectiva. Todo el tinte general del cuadro ha de ser triste y melancólico.

ESCENA IX.

PILAR sola.

MUSICA.

Sin patria y sin familia,

sin dicha y sin hogar,
los seres desgraciados
cruzando el mundo van.
Si tú, Vírgen purísima,
los miras sin piedad,
y en pos de la miseria
la muerte ha de llegar,
á mi anciana madre,
no llames á tí;
que sola en el mundo,
¿qué va á ser de mí?
¡oye mi plegaria!
¡ampara á las dos!
¡oh! Vírgen purísima!
¡oh, madre de Dios!
(Queda de rodillas dentro de la cabaña.)

ESCENA X.

PILAR, en la cabaña, el PRÍNCIPE por la derecha con una carta en la mano.

HABLADO.

PRINCIPE. Esto es una atrociá
que sólo me pasa á mí.
¡Calabazas y menuas;
ó me mata el berrenchin,
ó tomo aquí una venganza
que va á asombrar el país.
Y la carta está así puesta,
con un cierto retintin,
que aunque haiga mucha prudencia
no se puee resistir.

—

«Ántes Príncipe y señor (Leyendó.)
»que pasemos un mal rato

»firmando con poco amor
»las *cápsulas* del contrato,
»en nombre de la Duquesa
»con pesar sus *senífico*,
»que no admite, aunque le pesa,
»un marido *academíco*.
»Y si insiste en desear
»de ella el *suspirao* sí,
»cuando *deprenda* usté á hablar,
»*guélvase* usté por aquí.»

—

Pero como yo he sabío (Declamando.)
que hay otra causa más ruin
en too esto, y que es lo otro
que no me quiee decir,
he pensao dar un golpe...
pero qué golpe, ¡hasta allí!...
Mis informes son esatos...
hago á esa probe feliz!...
(Se acerca á la cabaña y mira adentro.)
Aquí es: justo y cabal!...

PILAR. Qué es esto? Quién entra así?...

PRINCIPE. Una presona ecente...

PILAR. Pero...

PRINCIPE. Vamos al dicir!...

PILAR. Qué quereis?...

PRINCIPE. Casi naita!...
(Pues yo he visto este perfil...)

PILAR. (No desconozco esta voz!)
No entiendo...

PRINCIPE. Pus vais á oir!
Me ha pegao una tostáa
una duquesa encivil,
á quien al darla mi mano
la daba yo un Potosí;
y ha dejao de ser mi esposa,
que no es un grano de anís,

para ser... lo que llamamos...
con el rey de otro país,
presona de confianza...
arreglito... ú cosa así.

PILAR. Y qué tengo yo que ver?

PRINCIPE. Y qué hablar y qué icir.
He dicho yo: ¿no eres rico
aunque pases por cerril?
¿No tienes de capital
trescientos millones?

PILAR. (Admirada.) Sí?

PRINCIPE. Prenda, ni ochavo ménos!

PILAR. Unos tanto!...

PRINCIPE. Y otros sin...
Ya he entendido la indireta.
Pues tóo es pa usté!

PILAR. Para mí!

PRINCIPE. He preguntao á tóo el mundo
qué moza hay por el país
más honráa y más juiciosa
y más probe; en un dicir,
Jesús, tóos me han respondío:
Pilarcica vive ahí
junto al lago, más humilde
y recatá que un jazmin,
y más probe que las ratas
y más rubia que el mahiz,
y yo he dicho: «pus á ella!»
y pa eso he venío aquí.

PILAR. Acabad!

PRINCIPE. Esta es mi mano:
yo no me he de arrepentir;
aquí hay trescientos millones,
conque diga usted que sí!

PILAR. Tal fortuna!...

PRINCIPE. Y ni un billete:
que yo no quió recibil

nunca tacones de banco
ni papelotes así...
onzas de oro...y mucha plata!...

PILAR. Señor; os doy gracias mil,
pero... no soy libre!...

PRINCIPE. Cómo!

PILAR. Amo á otro hombre!

PRINCIPE. Ya entendí...
Esa virtú era un embrollo!

PILAR. No señor!...

PRINCIPE. ¿Qué quié icir?...

PILAR. Amo á quien nunca ha sabido
el amor que guardo aquí:
á quien quiere á otra mujer.

PRINCIPE. Aónde es eso?...

PILAR. En mi país...
Sin su amor mi corazon
no será nunca feliz.
¿Para qué quiero el dinero
si él no me le ofrece á mí?

PRINCIPE. Para gastarle y triunfar,
y comer bien, y vivir,
y comprarse un polison,
que es lo que me gusta á mí.

PILAR. Os cansais en vano: nunca
uniré mi porvenir
á un hombre á quien yo no pueda
con mi amor hacer feliz!

PRINCIPE. Quién lo habia de pensar!
quién lo habia de decir!
¡Hija, cómo se conoce
que no estamos en Madrid!

PILAR. Id con Dios, y él os ayude!...

PRINCIPE. Usted no me entiende á mí.
Tengo trescientos millones,
y la pido con buen fin...
y soy Príncipe... y la ofrezgo

matrimonio...

PILAR. Ya lo oí...

PRINCIPE. Y contesta usté que nones?

PILAR. Sí señor!

PRINCIPE. Pus á vivir!
Guenas tardes.—Que aproveche,
que yo estoy de más aquí,
y el onceno no estorbar.
Diquiá nunca.—Me lucí!... (Sale de la cabaña.)
Aunque dé la vuelta al mundo
y la busque con candil,
en too el globo terrásqueo
no hay otra mujer así! (Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

PILAR.

(Música pianísimo en la orquesta.)

Cada vez la suerte mia
ménos apoyo me ofrece,
y la vida me parece
más amarga y más sombría.
Lejos de la patria mia
para dar algun consuelo
á la que cifró su anhelo
en velar por mi niñez,
¿qué haré sola, si hoy tal vez
va su alma á entrar en el cielo?
¡Sola, pobre, abandonada,
sin poder dar al olvido
este triste amor perdido
en las sombras de la nada!
¿Por qué del mundo olvidada
vive con tal inquietud
la que ve su juventud
al borde de la indigencia,

confiando su existencia
al trabajo y la virtud?
Si pruebas del cielo son
las luchas que ofrece el mundo,
que arranque este amor profundo
que guarda mi corazon!
¡Sóbrame resignacion,
pero la fe no me alcanza!
¡Dame, oh cielo confianza
en tu justicia ofrecida,
y aunque me quites la vida
no me quites la esperanza!

(Pascual entra en la escena por la derecha pensativo y se acerca al lago poco á poco, mientras Pilar oculta su frente en las manos.)

ESCENA XII.

PILAR, PASCUAL.

PASCUAL. Por mi amor pedí á la suerte
el oro que al hombre ciega,
y hoy esa mujer me entrega
al desprecio y á la muerte.
No soy al dolor tan fuerte
que le arrostre decidido.
Perder la existencia pido
y este lago me convida
á que despeñe mi vida
en las sombras del olvido.

PILAR. (Esa voz! Sueño sin duda...)
(Levantándose con rapidez.)

PASCUAL. ¡Dulce y bienhechora calma
siente á su pesar el alma!

PILAR. (Pascual!... mi razon me acuda!) (Reconociéndole.)

PASCUAL. Sepúltese en tu honda muda
toda mi fortuna ya... (Tira al lago una cartera.)

(Al borde del lago entre los juncos. Cármen sale de la cabaña y se acerca donde Pascual está casi oculto.)

PILAR. Llega al lago... ¿dónde va?
es él!... Dios mio... valor!...

PASCUAL. Muera aquí el maldito amor,
que es mi desventura!...

PILAR. (Dando un grito desgarrador al mismo tiempo que la música en la orquesta de un fuerte.)
Ah!

(Al grito Pascual se detiene en el pico de una peña y baja al proscenio casi arrastrado por Cármen.)

MUSICA.

PASCUAL. Quién es!
PILAR. Detente!
PASCUAL. Pilar!... (Reconociéndola.)
PILAR. Yo soy!
PASCUAL. Tú en este sitio ..
PILAR. (Sin fuerza estoy!...)
Qué intentas?
PASCUAL. Calla!
PILAR. Huye de ahí!...
(Apartándole del lago.)
PASCUAL. Dios te ha enviado!
PILAR. (Triste de mí!)

—

PASCUAL. De la ingrata que adoraba
despreciado fuí otra vez,
y en los brazos de la muerte
calma y dicha hallar pensé!

PILAR. De un amor sin esperanza
triste y sola un dia huí,
y luchando con la suerte
aún con vida estoy aquí.

PASCUAL. Yo quería!
PILAR. Yo adoraba!

PASCUAL. Yo sufría!
PILAR. Ya lo se!
PASCUAL. Celos tuve!...
PILAR. Yo los tengo!
PASCUAL. Y aún adoro!
PILAR. Yo tambien.
LOS DOS. Dime por qué,
dime por qué.
arrancar este amor de mi alma
yo no podré...
yo no podré!...

—

PILAR. En Dios confia,
que da la calma!
PASCUAL. Tú, amiga mia,
cura mi alma!
PILAR. Yo, no por cierto,
que débil soy!...
PASCUAL. Tú mi consuelo
sé desde hoy!...
Nada poseo.
PILAR. Pobre eres?
PASCUAL. Sí!
PILAR. Huye, Pascual,
huye de mí!...
PILAR. (Luché con valor
en la soledad,
y tuvo de mí
el cielo piedad!
Combate cruel
y horrible inquietud
tendrá aquí con él
mi pobre virtud!...)
PASCUAL. Unidos aquí
en dulce amistad,
yo amparo te doy,
fe tú me darás!

Iremos del bien
unidos en pos
y el cielo sabrá
velar por los dos!...

PILAR. Adios... (Retirándose á la cabaña. Pascual la sigue.)

PASCUAL. Oh! no te alejes!
la vida te debí!
y es tuya desde ahora.

PILAR. Piedad, Señor, de mí!...

(Arrodillándose dentro de la cabaña. Pascual ha entrado tambien y está á su lado de pie. Mientras se repite la cabaleta, la cabaña se va retirando con los dos personajes que hay dentro, el lago desaparece, y el palacio lejano va avanzando hácia el público y haciéndose cada vez más grande hasta llenar con su fachada y gran pórtico abierto toda la escena.—Es el jardin del templo de la Hermosura.— Grupos de mujeres hermosísimas.—Amores, palomas.—Estátuas animadas, etc.)

CUADRO SÉTIMO.—¡LOS ESPEJOS!

PILAR. Luché con valor
en la soledad, etc.
(Alejándose á la vista del público.)

PASCUAL. Unidos aquí
en dulce amistad, etc.

ESCENA XIII.

La HERMOSURA y CORO DE MUJERES HERMOSAS en el jardin del palacio, con espejos en las manos.—Bailable.

MUTACION.

Aquí de la hermosura

los rayos hechiceros
ofrecen la ventura
al mísero mortal.
La tierra nos parece
un grato paraiso,
y aquí el amor ofrece,
la dicha universal.
La juventud dorada
la gracia encantadora,
su vida enamorada
aquí miran correr,
y estrechamente unidos
en lazos amorosos
son siempre aquí dichosos
el hombre y la mujer.

(De pronto aparece el tio Roque, dando vueltas y llegando al centro de la escena, vestido de bailarin como los hermosos.)

ROQUE. ¡Viaje de recreo!
Qué raro es el wagon!
al fin hemos llegado!
¡Bonita es la estacion!

(Todas las mujeres le rodean.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion caprichosa que es la ampliacion del camino de la Hermosura del primer acto. Grupos de mujeres vestidas de griegas y circasianas. En el centro un tocador con espejo y adornos caprichosos. Por todas partes espejos, palomas, cupidos, flores, etc., etc.

CUADRO OCTAVO.—¡NI POR ESAS!

ALEPPA en el grupo del centro acabándose de adornar; los demas grupos caprichosos hacen lo mismo. Unas concluyen de abrocharse el calzado, otras se recogen las trenzas, otras se miran á los espejos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ALEPPA, CIRCASIANAS.

MUSICA.

CIRCASIANAS.

Ya han terminado,
¡gracias á Dios!
nuestras cuatro horas
de tocador;
dinos, Aleppa,

si estamos bien,
que tu buen gusto
dicta la ley.

—

ALEPPA. Á ver de frente...
(Todas se colocan de frente al público.)
bravo!... muy bien!...
Á ver de espaldas...
(Todas se vuelven de espaldas.)
¡Bravo tambien!...
Estais preciosas!...
TODAS. Tú lo eres más!...
ALEPPA. *¡Ay infeliz de la que nace hermosa!...*
TODAS. Eso es verdad!...
Eso es verdad!...

—

ALEPPA y TODAS. Todos los hombres corren
tras de nosotras,
y en cuanto nos olvidan
se van con otras!
¿Por qué, Dios santo,
se casan con las feas
los chicos guapos?

—

¡Esto es terrible!
¡esto es cruel!
el ser bonitas
es mal papel!...
Todos al vernos
mueren de amor,
pero casarse...
¡quiá!... no señor!

—

No hay hombre que al mirarnos
no se derrita,
y no diga: «¡ay, qué mona!»
y «¡ay, qué bonita!...»

Esto en la calle...
más lo que es por la iglesia
no pasa nadie!...

—

Las chicas guapas,
y esto es cruel,
ven sus encantos
desparecer,
y así se quedan,
para vestir
á las imágenes
de su país!...

ALEPPA. Eso es verdad!... Eso es verdad!...

TODAS. ¡*Ay infetiz de la que nace hermosa*!
Fatalidad!... Fatalidad!...

—

(Fuerte en la orquesta. El tocador del centro se abre, y sale un lecho elegante con amorcitos, y en él CIRCASIO durmiendo Todas se acercan admiradas.)

UNAS. Pero qué es esto!
¡Cielos, que ví!...

OTRAS. Es un buen mozo...
¿cómo entró aquí?

UNAS. Bella figura!...
dormido está!...

TODAS. De dónde viene!...
y á dónde va!...

—

Fino es su cutis!...
(Rodeándole y examinándole con detencion.)
blanca su tez!...
¡ay, qué alegría!
¡ay, qué placer!
Pues el destino
le trae así...
ese buen mozo
es para mí!...

TODAS. (Con gran alboroto y disputando unas con otras.)
Para mí!... para mí!... para mí!...
¡Fuera! fuera de su lado,
que á ese mozo delicado
yo le quiero, yo le adoro
desde el punto que le ví,
Yo le elijo! yo le escojo!
yo le agarro! yo le cojo!
yo le quiero y le requiero
y le tomo para mí!
Fuera de aquí vosotras,
fuera de aquí, etc.
(Riñen. Aleppa las separa.)

ESCENA II.

ALEPPA, CIRCASIO, CIRCASIANAS y GRIEGAS.

HABLADO.

TODAS. ¡Ay, qué monísimo es!...
ALEPPA. Dejadme acercar... ¿qué es esto?
TODAS. Qué?
ALEPPA. Su nombre. «Soy Circasio.»
(Leyendo un tarjeton.)
TODAS. Ah!
ALEPPA. Y trae una carta al cuello!...
TODAS. Que se lea, que se lea!...
(Coge la carta con la cinta y bajan al proscenio.)
ALEPPA. No desperteis al mancebo,
venid aquí... eh! tú, mocita...
(Á una que se quedaba al lado de Circasio.)
TODAS. Niña!...
UNA. Si ya va corriendo!...
(Baja como todas.)
ALEPPA. Firma mi hermana Arabella!
UNA. Quién es?

OTRA. No la conocemos!
ALEPPA. Es la princesa más rica
del continente europeo.
VARIAS. Eso no importa... la carta!...
OTRAS. Lee alto y claro!
ALEPPA. Silencio.
«Oh! tú, hermana linda y bella, (Leyendo.)
»que vives siempre entre rosas
»quejándote de tu estrella,
»pues no basta ser hermosas
»para no reñir con ella;
»y vosotras las que estais
»soñando con el amor,
»y por más que os adornais,
»ni la ventura encontrais,
»ni atrapais á un seductor.
»Recibid con alegría,
»como cosa buena y mia,
»como obsequio sin segundo,
»al mejor mozo del mundo
»que mi cariño os envia.
»Bello, jóven y gracioso,
»se cimbrea como un pino,
»es sencillo, es ruboroso,
»si está echado, está precioso,
»si está de pie, está divino!...
»Su cara es la primavera!
»Tiene el frescor de la higuera
»y el cabello del aromo,
»y el talle de la palmera
»y el olor del cinamomo.
»Es lo que suelen llamar
»por esos mundos «la mar.»
»¡Venturosa la mujer
»que le enseñe al despertar,
»á idolatrar y á querer!...»
TODAS. Yó! yo! yo!...

ALEPPA. Me toca á mí!
UNA. Aquí no hay categorías...
OTRA. ¡Digo!... con un mozo así
andarse con cortesías!...
ALEPPA. Mi hermana le manda!
TODAS. Sí.
UNA. Pero dice para todas...
OTRA. Pues decision!
OTRA. Pecho ancho!...
ALEPPA. Yo soy...
TODAS. Ya nos incomodas!...
UNA. Que se celebren sus bodas
con la que tenga más gancho.
TODAS Sí!... sí!...
ALEPPA. Pues que lo quereis,
id á despertarle ya!...
TODAS. Arriba, buen mozo!...
(Zarandeando á Circasio en su lecho de flores.)
CIRCASIO. (Despertando.) Ah!
TODAS. Arriba!...
CIRCASIO. Qué es lo que haceis?
TODAS. Despierta y mira!...
CIRCASIO. (Echándose de la cama.) Ya voy!...
TODAS. Míranos!... (Le rodean.)
CIRCASIO. Nadie me toque!...
ALEPPA. (Sigue la escena: el tio Roque
volviendo en sí!)
CIRCASIO. (Mirando á todas partes.) ¿Dónde estoy?...
ALEPPA. Estás donde te ofrecen
dicha y ventura,
la juventud, las gracias
y la hermosura... (Circasio se ruboriza.
¿Por qué te tapas?
Es que á tí no te gustan
las chicas guapas?
CIRCASIO. ¿Adónde están mis canas
y mis patillas?

¿Por qué me echan piropos
estas chiquillas?
¡Cielo bendito!...

TODAS. Acérquese usté un poco,
mozo bonito!...

CIRCASIO. (Si segun me figuro
sigo soñando,
confieso que este sueño
me va gustando.
¡Jóven y hermoso!
la ilusion de estas chicas
va á durar poco!...)
Bellas adoradas
de la hermosura,
que desprecian los dones
de la fortuna,
y siempre amando
la virtud se os olvida...
de cuando en cuando...
Mirad que en este mundo
todo es mentira...
y hasta las más hermosas
no sois tan lindas;
mirad que luégo
vamos á despertarnos
todos muy feos.
Mirad que es muy posible
que vuestros ojos
se equivoquen al verme
tan guapo mozo...
¡Conque chiquillas...
basta ya de piropos
y seguidillas... (Quiere irse; todas le detienen.)

—

TODAS. No te vayas!... no te vayas!...

CIRC. Adelante con los faroles!...

ALEPPA. Te digo que eres hermoso!

TODAS. Hermosísimo!

CIRC. Estas mujeres son capaces de ruborizar á un guardia civil!...

ALEPPA. Aquí la juventud, el amor y la belleza son los únicos dioses que conocemos. Tú eres jóven, eres guapo, serás enamorado... ¿Cómo has de separarte nunca de nosotras?

CIRC. ¿No conoceis los diamantes americanos? ¿No habeis visto jamás monedas de cinco duros de platino? ¿No os han endosado nunca un billete falso de cuatro mil reales con su estambrito y todo? Pues todo eso junto soy yo. Un caballero de dublé, capaz de dar un petardo al lucero del alba. Mi juventud tiene ya sesenta años! Mi cuerpo con cutis de alabastro, es un libro viejo encuadernado en pergamino, y respecto á pertenecer al regimiento de Cupido, hace ya mucho tiempo que colgué el uniforme.

UNA. Si eres jóven!

CIRC. Me escamo!

OTRA. Pero si eres guapo!

CIRC. Me escurro!

OTRA. Si serás enamorado!

CIRC. Me retiro!

ALEPPA. Basta! Parece imposible que haya un mortal más frio que tú!

CIRC. Lo que parece imposible es que haya gentes que se empeñen en que ande un reló cuando ya se le ha acabado la cuerda! Yo soy presa como vosotras y como todo el mundo que me rodea hace mucho tiempo, de una pesadilla inexplicable, pero todos os entregais á ella, como si fuera verdad, y á mí no me la pega nadie, ni durmiendo. He sido millonario y no he hecho caso. Ahora parece que soy hermoso, pero yo me miro las narices, me toco las pantorrillas y 'digo que vuelvo... Y si todas las mujeres del mundo me adulan, me miman y me enamoran, me figuro que estoy redeado de moscas... me sacudo y me duermo!

TODAS. No puede ser! no puede ser!

ALEPPA. (Este hombre es invulnerable!)

TODAS. Circasío!... Circasio!...

CIRC. Qué es eso de Circasio?

ALEPPA. Tu nombre. Le traias en una tarjeta colgada del cuello.

CIRC. Sí. Ya conozco el método. He sido en Rusia Peterof-Ramenof-Caterowich; en Inglaterra, Lord Bollimbrok; en Turquía, Abdul-Eda-Mejid-Buceff; en Portugal Joao Carvallo de Souza Mascarenhas de Ponte Riveiro dos Santos Bastos de Figueredo, y estoy seguro que si dura esto un poco, apuraré todos los calendarios de la tierra... pero, ¡ni por esas!... Circasitos á mí? al banco! al banco!

TODAS. Círcasio! Circasio!...

ALEPPA. Eres el primer hombre que resiste á la hermosura!

TODAS. Míranos bien!

CIRC. Si os conozco de memoria. Sois unas circasianas del guardarropía, y el dia ménos pensado... pif... paf! mágia y refajos amarillos hasta el fin del mundo!...

ALEPPA. (Este hombre se me escapa como se le ha escapado á la Fortuna.—Será posible que en este mundo de locos hayamos encontrado un cuerdo?)

CIRC. Háganme ustedes el favor de estarse quietas!...

TODAS. Circasio!...

CIRC. Como si me dijerais Agapito. Estoy de pié hace media hora y tengo un sueño que no veo. Apartaos, que quiero dormir!...

ALEPPA. Ahora lo veremos!

TODAS. Ahora lo veremos!

MUSICA.

CORO.

Míranos, que somos guapas
y tenemos mucha sal,
y en tus ojos retrecheros
nos queremos retratar.
Mira qué bonitos cuerpos,

mira qué graciosa faz
y qué cutis de alabastro
y qué modo de mirar.
Abre los ojitos,
no te eches atrás,
que estas muchachitas
para tí serán.

CIRCASIO. Mal en este espejo
os podreis mirar
cuando mi azogue
está ya el cristal.

CARO. Nuestras manos son de nieve,
nuestros labios de coral,
nuestros ojos de azabache
y de nacar nuestra faz.
Nuestro amor es un incendio,
nuestro pecho es un bolcan,
y en la luz de nuestros ojos
te queremos abrasar.
Si en tu pecho prende
la llama voraz,
sin arder la casa
no se apagará!

CIRCASIO. Cuando el edificio
se ha caido ya,
no le incendia nadie
ni con agua-rás.

(Todas le empujan y él huye de ellas, que le siguen.)
(Sigue la música piano en la orquesta hasta verificada la mutacion.)

ESCENA III.

ALEPPA.

HABLADO.

ALEPPA. ¡Sabio por naturaleza,

ó por necio indiferente,
despreciaste cuerdamente
la fortuna y la belleza!
mucho adelantado lleva
para tu bien tu desprecio;
si eres sabio ó eres necio,
dígalo la última prueba!...

(Aleppa se retira. Circasio baja por escotillon durmiéndose.)

MUTACION.

Habitacion pobre de Pilar, aboardillada. Algunos efectos de casa pintados. Puerta á la derecha y al foro. Forillo de casa pobre.

CUADRO NOVENO.—VIRTUTI ET MÉRITO.

ESCENA IV.

PASCUAL pobremente vestido y la HERMANA DE LA CARIDAD.

PASC. ¿Pero es posible que no haya esperanza?

HERM. Ahora duerme. ¿Quién sabe si ese sueño será el último?

PASC. Es indispensable apartar á Pilar de ese lecho de muerte!...

HERM. Tres dias lleva sin pegar los ojos y no quiere que ni yo misma la reemplace al lado de su pobre abuela!

PASC. Sin dinero, sin recursos, viviendo sólo de la caridad, cómo es posible que pueda atender á una enfermedad tan larga y á una desgracia probable?

HERM. No hay que desesperar. Yo estoy aquí para ayudarla, y el médico de la beneficencia no la desampara.

PASC. Oh! yo sé que todo es inútil.—Sólo la riqueza podria dar á esa anciana el clima que necesita; sólo la fortuna podria proporcionarla las comodidades de que carece!...

HERM. Todo eso es cierto. Pero qué hacer, si todos somos pobres?

PASC. ¡Y pensar que si yo fuera rico, podría aun sin saberlo Pilar, prolongar los dias de su abuela y hacerla á ella feliz!

HERM. Veo que usted ha tenido ambicion, y no está curado del todo de sus malos pensamientos. Pída usted á Dios siempre en vez de oro, salud y trabajo! El oro no libra al cuerpo de las enfermedades ni al alma de los vicios. Ella! silencio! (Viendo á Pilar, que sale por la derecha.)

ESCENA V.

DICHOS, PILAR.

PASC. Pilar! (Saliendo á su encuentro.)

PILAR. Hermana mia, abuelita os llama; quiere hablar con vos dos palabras á solas.

HERM. Voy al punto! Valor y resignacion.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

PILAR, PASCUAL.

PASC. Pilar mia! qué podria yo hacer para sacaros de la miseria que os rodea!

PILAR. Es la nuestra ó la tuya la que tanto te apesara?

PASC. Por qué me dices eso?

PILAR. Aún no sé si tu alma está curada del amor que tuviste á Cármen!

PASC. Oh! yo te juro que su recuerdo ha muerto para mí.

PILAR. ¿Quién sabe si al encontrarla otra vez rica y poderosa, no echarás de ménos tu perdida fortuna?

PASC. La amé un dia cuando no conocía su alma. Por ella pedí á Dios riqueza que ofrecerla, y con riqueza y todo recibí mi segundo desengaño. Tú me amaste cuando pobre; pobre me sigues amando, y pobre ó rico, para tí será siempre mi vida entera.

PILAR. ¡Dios lo haga!

PASC. Tú verás si pago tu amor eterno con la eternidad del mio!

PILAR. Espera... (Mirando á la puerta de la derecha.) Qué hay, hermana?

ESCENA VII.

DICHOS, LA HERMANA DE LA CARIDAD, por la derecha.

HERM. Pilar! ampárete Dios! No hay esperanza!

PILAR. Cielos! mi abuelita!...

PASC. Se muere, no es cierto?...

PILAR. Ah! dejadme!... ¡por qué no viene el médico? yo correré á buscarle!... (Dirigiéndose al foro.)

PASC. Sí... el médico!... Corramos...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. DIMAS con leviton largo, baston y muy agitado.

DIMAS. El médico! el médico... ya pareció el médico!...

PASC. Don Dimas!

PILAR. Corra usted, amigo mio!...

DIMAS. Correr! correr! no hago otra cosa desde que amanece! que subir y bajar escaleras! qué agitacion! qué jaleo!... Esto de ser médico de pobres es una ganga!...

PILAR. Sígame usted, mí abuelita le espera!

PASC. Venga usted con nosotros!...

DIMAS. (Cuando digo que yo he visto todas estas caras en otra parte!)

HERM. ¿Trae usted la medicina que nos ofreció anoche?

DIMAS. Anoche!... Yo no sé cuándo es de noche ni de dia, pero aquí traigo el bolsillo lleno de potingues... (Saca del bolsillo dos frascos que Pilar coge y se va con ellos por la derecha.) Siempre me los encuentro, sin saber cómo, atestados de porquerías!

HERM. Tendrá usted mucho que hacer?

DIMAS. Sin tregua ni descanso.—Parece que soy un sábio y un médico de los más filantrópicos.—Todo gratis!... todo gratis!... Así estoy tan lucido!

HERM. La virtud no necesita premio.

DIMAS. Sí.—La virtud!... Yo me alegro que me hayan hecho de repente tan virtuoso, pero la verdad es, que me han vestido mis enemigos.—Mire usted que para ser virtuoso plantarle á uno este leviton encima, y condenarlé á chistera perpétua es de lo más triste que hay en el mundo!

HERM. No entra usted?

DIMAS. Por fuerza. El dia es atareadísimo.

PASC. ¿Cómo ha tardado usted tanto?

DIMAS. He tenido que sacar á un caballero medio entresijo, y en cuanto adobe los hipocondríos á esta señora, tengo que ir á arreglar la lengua á un diputado ministerial: no puede decir más que «*Fulano, sí!*» y voy á ver si cortándole de raiz el frenillo, dice alguna vez que *no*! Pero todo gratis! todo gratis!...

PASC. Venga usted! Corra usted!

DIMAS. Esto de ser virtuoso á la carrera, me va disgustando del oficio!!! (Vánse Pascual y D. Dimas por la derecha.)

ESCENA IX.

LA HERMANA DE LA CARIDAD, CÁRMEN á poco por el foro.

HERM. Difícil me parece triunfar de su apatía!... Á bien que poco falta. ¡Esperemos!... (Cármen entra con rapidez.)

CARMEN. Aquí es! no me cabe duda!

HERM. (Cármen aquí! ya lo esperaba!)

CARMEN. Perdone usted, hermana! No vive en esta casa un jóven llamado Pascual?

HERM. No vive aquí! pero es casi de la familia!

CARMEN. Yo necesito hablarle.

HERM. Está adentro con su prometida!

CARMEN. Con su prometida? Eso es imposible! Su prometida soy yo!

HERM. Vos! Una señora tan distinguida y él un pobre jornalero!

CARMEN. Eso no es del caso! Dígale usted que la Duquesa... no... que Cármen desea hablarle!

HERM. Será usted servida. (La prueba para Pascual va á ser decisiva!) (Váse por la puerta derecha.)

ESCENA X.

CÁRMEN sola.

¡Fatal y necia ambicion!
¡maldito y fiero destino,
que ahora me roba sin tino
la pública estimacion!
Tan descarada y ruidosa
ha sido mi loca empresa,
que ni un hombre me profesa
amor para ser su esposa.
Y hay un poder sobrehumano
que me grita aunque me asombre:
«¡Tú necesitas que un hombre
honrado te de su mano!»
¡Su amor era sin igual!
y aunque yo le despreció,
él... aún me adora! lo sé ..
nadie mejor que Pascual.

ESCENA XI.

CÁRMEN, PASCUAL, á poco la HERMANA DE LA CARIDAD, que se queda oyéndòlos en el foro.

PASC. Quién me busca?... Cármen! (Retrocediendo.)
CARMEN. Él!...
PASCUAL. Cármen!... qué es esto?
CARMEN. Yo soy,
que vengo á buscarte hoy.
PASCUAL. Buscarme?... duda cruel!
CARMEN. Si justamente ofendido
que hoy te suplique deseas,
hoy vengo para que seas,
aunque pobre, mi marido.
PASCUAL. (Con amargura.)
Tiré al lago mi fortuna
puesto que no te bastaba!
CARMEN. Yo soy rica y te amo.
PASCUAL. Acaba.
CARMEN. No hay otra razon?
PASCUAL. Ninguna!
CARMEN. Entónces hé aquí mi mano;
soy duquesa... tengo trenes...
PASCUAL. (Interrumpiéndola pero con entereza é intencion.)
Yo soy más rico!...
CARMEN. (Sorprendida.) ¿Qué bienes
de repente has encontrado?
PASCUAL. Un imperdible caudal!
CARMEN. En oro?...
PASCUAL. Mejor que en oro!
CARMEN. Es un tesoro?
(Sale la Hermana de la Caridad y se queda en el foro.)
PASCUAL. Un tesoro!
CARMUN. Conmigo?
PASCUAL. Sin tí!
CARMEN. (Ofendida.) Pascual!... (Pausa.)

PASCUAL. (Sin énfasis dramático, sino con sentida naturaiidad.)

En un rincon escondida
y en sus lágrimas bañada,
y pobre y desamparada
y por la desgracia herida;
cifrando en mí su bien todo,
sin oro, nombre ni rango;
como una perla en el fango,
como un brillante en el lodo;
pura como el rosicler
que entre nubes de oro y grana
va pintando la mañana,
vive ahí dentro una mujer.
Su alma abierta al sentimiento
en su pudor se recrea;
nunca una libiana idea
penetró en su pensamiento,
y el falso brillo del mal
que empaña con la intencion,
pasó por su corazon
como el sol por el cristal.
No es brillante su belleza;
pero su alma vale tanto
que, cubierta con el manto
inmortal de la pureza,
no habrá mujer más hermosa
en cuanto abarca la vista,
ni corazon que resista
su mirada ruborosa.
Esa mi esposa ha de ser!
esa mi alma!... mi bien, esa!...
Conque... señora Duquesa...
¿le gusta á usted mi mujer?...

CARMEN. (¡Vergüenza!)

HERM. (Con alegría.) (¡Mio eres ya!)

CARMEN. Desplegar no puedo el labio!

ESCENA XII.

DICHOS, D. DIMAS por la derecha.

DIMAS. Lo dicho, que soy un sabio!

CARMEN. (¡Qué venturosa será!...)

HERM. ¿Está mejor?...

DIMAS. Ya la he compuesto la columna vertebral! Cosa corriente; ahora me voy á descansar...

CARMEN. Ah!... (Deteniéndole.) Usted es ese doctor más célebre aún por su caridad que por su talento?

DIMAS. De todo hay! tengo donde escoger!

CARMEN. (¿Usted es amigo de Pascual?) (Ap. á D. Dimas.)

DIMAS. (Mire usted: yo nunca he sido amigo de nadie!... pero ahora le ha dado á todo el mundo por ser amigo mio!)

CARMEN. (Es preciso que usted le hable!... Yo le amo; yo renuncio á mi fortuna, yo seré lo que él quiera, pero sin él no puedo vivir!)

DIMAS. ¿Y yo qué tengo que ver con eso? ¿Tiene usted alguna pierna rota?... se le ha descompuesto á usted alguna cosa? Saque usted la lengua!... En un periquete!...)

CARMEN. ¡Un médico como usted entiende de todo!...

DIMAS. Mire usted! ya tengo mucha gana de no entender de nada!

ESCENA XIII.

DICHOS, COLÁS por el foro.

COLAS. Es aquí? Dios sea con tóos!

DIMAS. Adios! ahora se va á llenar la casa de gente!...

COLAS. Á usté vengo buscando! Calle! la Duquesa! la que ha tenío que ver con el otro!

DIMAS. Yo no le conozco á usted! (De mal humor.)

COLAS. Á usté, si le conoce todo el mundo!

DIMAS. Qué tripa se le ha roto á usted? Saque usted la lengua.

COLAS. Á mí no se me ha roto ná! Pero usté es amigo de Pilar, y yo ando tras de ella bebiendo los vientos. La he ofre-

cío mi fortuna y la ha despreciao; pero hoy que su agüela las lia y se quea sin comer, aquí estoy yo con tós mis millones.

DIMAS. Pero tengo yo cara de tia! Ustedes se figuran que me importa á mí nada de lo que me cuentan?

CARMEN. Un filántropo como usted debe ser bueno para todo!

COLAS. Eso! Un filantropio como usté, tiene que hacerlo tóo.

HERM. Un hombre caritativo y virtuoso, tiene que servir á todo el mundo.

DIMAS. Pues yo no soy virtuoso, ni quiero serlo, y si no me dejan irme pronto á mi casa, voy á envenenar á todo bicho viviente!

ESCENA XIV.

DICHOS, PILAR por la derecha buscando á Pascual.

PILAR. Ah! Pascual! mi abuelita está mucho mejor!

COLAS. Aquí está la reina del mundo! (Saliéndo á su encuentro.)

PASC. Eh! (Volviéndose con extrañeza.)

CARMEN. Por última vez, Pascual! (Acercándose á él.)

PILAR. ¿Quién es esta mujer?... (Mirando á Cármen.)

DIMAS. (Gracias á Dios! á ver si se enredan ahora unos con otros y me dejan á mí en paz.)

PASC. Esta es la compañera de mi vida! (Acercándose á Pilar.)

COLAS. Esta es la que desprecia el oro y el moro! ..

CARMEN. Príncipe!... Esta es mi mano!...

COLAS. Kiá! es la del otro... á mí no!...

DIMAS. Me alegro! tómate rey de Suecia!

CARMEN. De qué me ha servido entónces la fortuna?

DIMAS. Pues velay .. como dicen en mi pueblo!

COLAS. Dotor! Véngase usté comigo... Le nombro médico de cámara!...

CARMEN. No... conmigo!...

DIMAS. No tengo nada que ver con los poderosos... Me revientan!...

HERM. Preferirá ser médico de las damas bonitas.

DIMAS. No tengo nada que ver con la hermosura!... Me duermo!

PILAR. Venid con nosotros!

DIMAS. Con mucho gusto, pero con la virtud tampoco me divierto...

TODOS. Por qué? por qué?

DIMAS. Ahora lo verán ustedes.

MUSICA.

DIMAS.

Los mortales que son ricos
gastan siempre mal humor,
y aunque se harten de faisanes
hacen mal la digestion.
Sueñan siempre con ladrones
y padecen gota y tos,
y sus herederos dicen:
«¿cuándo te da un reventon?»
Gozan como uno,
rabian como tres,
si les va bien rabian,
y si no tambien.
Esta de los ricos
la existencia es;
padecer primero,
reventar despues!

—

TODAS.

Esta de los ricos, etc.

—

DIMAS.

Los que están enamorados
y son guapos ademas,
entre espejos y modistas
gastan su mejor edad.
Sufren celos y desdenes,
duermen poco, comen mal,
y sucumben esmirriados
de una tisis pulmunal.
Tienen siempre un genio
peor que Luzbel;

sí los aman rabian
y si no tambien.
Ésta es la hermosura
y éste el amor es;
padecer primero,
reventar despues.

—

TODOS. Esta es la hermosura, etc.

—

DIMAS. Las virtuosos verdaderos
viven como San Anton;
al comer y al divertirse
llaman siempre tentacion.
Lloran mucho si hace frio,
lloran más si hace calor,
y llorando y ayunando
se trasparentan al sol.
Viven miserables
un mes y otro mes;
si son buenos rabian
y si no tambien.
Ésta la existencia
de la virtud es;
padecer primero,
reventar despues.

—

TODOS. De todos los hombres
la existencia es
padecer primero,
reventar despues.

HABLADO.

HERM. El hombre que no piensa y que no siente no es hombre. Elija usted un camino bueno ó malo, pero ande usted por él hasta el fin de su vida.

PRINC. Conmigo.

CARMEN. Conmigo!

PILAR. Con nosotros!

DIMAS. Si he de ser franco, ustedes me son más simpáticos, pero para elegir su compañía necesito dos cosas. L primera que no me echen más sermones, y la segunda que me quiten esta levita y esta chistera insoportable.

PILAR. Desde luégo! (Golpe grande de campana chinesca.)

TODOS. Oh! que es eso...

DIMAS. Ay... el sartenero á estas horas!... (Váse.)

COLAS. Esto no tié remedio! Abul y mandal! (Váse por el foro.)

CARMEN. Adios para siempre. (Id. Váse por el foro.)

HERM. Vosotros lo habeis querido!

PASC. y PILAR. Qué quereis decir? (Suena la primera campanada de las doce.—Música en la arquesta.)

HERM.
Ya suena la hora marcada
para concluirse el plazo.
Selle vuestro eterno lazo
la postrera campanada.

MUTACION,

CUADRO DÉCIMO.—VAMOS DESPERTANDO.

Sigue la música piano en la orquesta y la campana acaba de dar las doce. Vista del mismo pueblo del primer acto, pero con diferente perspectiva. Á la derecha en primer término un banco sobre el que hay una manta y el tio Roque durmiendo en él.

ESCENA XV.

PILAR, PASCUAL, el TIO ROQUE, GENTES DEL PUEBLO que entran por distintos lados cabizbajos. Los últimos CÁRMEN y COLÁS. Todos con los trajes de aldeanos del primer acto.

PASCUAL. Por aquí, ven á mi lado.
PILAR. Pero ¿qué es esto, Pascual?
PASCUAL. Yo no acierto á comprender
dónde he visto este lugar!
PILAR. No estábamos en mi casa?
PASCUAL. Es sueño ó es realidad?
dónde estamos?
PILAR. Una sombra
incomprensible y tenaz
oculta á mi inteligencia
todavía la verdad!
PASCUAL. Las casas de nuestro pueblo
son estas.
PILAR. Allí mi hogar
se distingue!...

PASCUAL. Me parece
á la débil claridad
de la noche ver un bulto
en ese banco!...
(Se acerca al banco y mueve al tio Roque.)
ROQUE. Quién va?
PILAR. Es el tio Roque!
PASCUAL. El tio Roque!
ROQUE. Hola! Vaya un madrugar!
(Despertándose y mirándolos con extrañeza.)
á dónde vais á estas horas?
Hay alguna novedad
por el pueblo?
PASCUAL. Por el pueblo?
PILAR. Estoy loca!
ROQUE. Sí, lo estás:
porque si no, una muchacha
de tanta formalidad,
no se concibe que vaya
del brazo de su galan
cerca de la media noche
por las calles del lugar.
PASCUAL. Pero diga usted, tio Roque,
tiene usted seguridad
de ser usted?
ROQUE. De ser yo!
PASCUAL. De ser el tio Roque!
ROQUE. Ah!
Tú has empinado. Hijo mio,
acuéstate sin cenar,
porque cuando lo haces fuerte,
Pascualillo, estás fatal.
PILAR. Pero cómo estoy yo aquí?
ROQUE. Me quereis hacer tragar
que sois un par de sonámbulos!
Á su casa cada cual
y no repitais la escena,

pues si os llegan á atisbar
ó la ambiciosilla Cármen
ó el bárbaro de Colás,
van á decir de vosotros
lo que creo que es verdad,
que tú y él y que él y tú...
ya comprendeis lo demas.

PILAR. Qué es esto?

PASCUAL. Habrá sido un sueño!
Yo no sé si lo será;
mas si ha sido como el mio,
poco os le envidio en verdad.

PILAR. Usté ha soñado?

ROQUE. Y de firme!
Desde que ví anoche entrar
á aquellas tres viajeras
en la posada de Blas,
mi cabeza es una olla
de grillos: qué trajinar!
¡qué terrible batahola!

(Empieza á oirse en la orquesta piano la música de la introducicon del primer acto.)

en dos horas nada más
he recorrido durmiendo
toda la escala social!
Y segun las aprensiones
que todavía me dan,
no estoy despierto del todo.

(Viendo entrar al pueblo despacio y por distintos lados.)

Eh! Musiquitas? quién va?
vaya! siguen las visitas;
estos bultos dónde van?
Estoy despierto ó dormido!
qué será? qué no será?

(Van apareciendo despacio todos los que fueron ricos por la derecha, todos los que fueron hermosos por la izquierda, los primeros pobres, los segundos cojos, mancos y ciegos, con la música

del primer acto.)

CARMEN. No sé lo que me sucede! Parece que la tierra se me anda! Dónde voy de este modo!

COLAS. Si estaré así andando toda la noche diquia que amanezca! Paece que tengo así... como un bombo dentro de la sesera!

ALC. (En el otro grupo.) Pues no me acostao con vara y too! Aonde voy yo con todo este regimiento de sonámbulos?

ROQUE. Pero qué le ha dao al pueblo que anda de ceca en meca toda la noche?

TODOS. Tio Roque! Tio Roque!

ROQUE. Aónde van ustedes? Hay berbena?

TODOS. Es el tio Roque!

ROQUE. Pero estamos soñando?

(La Fortuna apareciendo en la escena por el foro.)

FORT. Ya no!

ROQUE. Volvemos á empezar otra vez!

FORT. Vuestros sueños de oro han concluido. Mi promesa comienza. Vosotros, los que elegísteis la fortuna y el poder, ¿qué habeis conseguído!

CARMEN Maldita sea mi eleccion, que sólo ha servido para perder mi tranquilidad y mi porvenir!

RICOS. Maldita sea!

COLAS. Yo bruto era, bruto soy y en paz y jugando!

FORT. Todos elegísteis los caminos anchos y brillantes de la riqueza y la hermosura; el camino de la virtud, árido y triste será vuestra eterna mansion. Vedlo!...

(Transformacion á la vista rápida de todo el pueblo en un lugar triste y oscuro, lleno de maleza y matorrales incultos.)

TODOS. Oh!... (Retrocediendo.)

FORT. Por él tendreis que andar mientras os dure la vida!...

TODOS. Triste mansion! (Vánse despacio y tristemente.)

FORT. (Á Pilar.) Y tú que por él has caminado lo mismo en tu despertar que en tu sueño, tú que sin temor á tu aislamiento y tu desgracia has confiado en el porvenir que la virtud te ofrecia, realiza en union del ser á quien amas, tus encantados sueños de oro. Esta senda estre-

cha ábrase á tu paso, y esta mansion lóbrega y triste, preséntete en todo su esplendor el paraiso de la virtud.

CUADRO UNDÉCIMO.—APOTEOSIS.

(Mientras la Virtud ha hablado, la escena se ha ido ensanchando y ha desaparecido el lugar triste y agreste, para dejar paso á la apoteosis final; marchándose PILAR y PASCUAL por la derecha. La FORTUNA se coloca á un lado de la escena y la HERMOSURA al otro. Á la gran transformacion empieza el CORO DE ÁNGELES del final del primer acto, cantado dentro. Cruzan los SUEÑOS DE ORO por el aire y desaparecen. Del centro de la decoracion, y por el foro, sube un templete con la VIRTUD en el centro extendiendo su manto sobre PILAR y PASCUAL. Á los dos lados aparecen la FORTUNA y la HERMOSURA, dominadas por la VIRTUD, y en segundo término el TIEMPO y la FE, completando el cuadro. Multitud de figuras alegóricias, simbolizando los diferentes deseos del hombre, llenan la escena. Cesa el canto, pero sigue la música piano en la orquesta.)

VIRTUD.

Ni el oro ni la alta cuna
la ventura al hombre dan,
ni calman su loco afan
los dones de la fortuna.
Muere al fin la juventud
en las sombras de la nada...
Sólo, hasta en la tumba helada
es inmortal la virtud!

(Cae el telon. Fuerte en la orquesta.)

FIN.

A — Es donarà el prospecte a qui el demani.

Primer Apunte

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA PRIMERA PIEDRA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades. .
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oncono no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (aleg
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA PRIMERA PIEDRA.

LA PRIMERA PIEDRA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado por primera vez en el teatro de Lope de Vega el 6 de Diciembre de 1862.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL.....	Doña Teodora Lamadrid.
ELISA.....	Doña Matilde Bagá.
RAMONA.....	Doña Josefa Ossorio.
DON MIGUEL.....	Don Joaquin Arjona.
DON EDUARDO.....	Don José Ortiz.
DON ENRIQUE.....	Don Ramon Benetti.
UN CRIADO.....	Don N.

La accion en Madrid: 186...

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Diez y seis años hace, Juan amigo, que se estrecharon por primera vez nuestras manos: yo era un niño y tú eras apenas un hombre. Desde entonces nuestra amistad se ha conservado incólume á pesar de nuestra vida literaria, la menos á propósito para guardar amigos, y de nuestro carácter independiente el menos apto para adquirirlos. Esta amistad á prueba de rencillas, de juicios críticos y de quejas del amor propio, existe hoy tan libre, leal y espontánea como el primer dia; y en Dios y en mi ánima te juro que no ha de romperse por mí, siquiera escribiera yo los peores dramas del mundo, ó tú criticaras los mejores mios con injusticia.

Sirva esto de preámbulo á mi carta como en respuesta anticipada á las suposiciones mezquinas que algun amigo bien intencionado podria hacer de la dedicatoria de *La Primera piedra*, al crítico de *La Iberia*. Que yo no mendigo elogios lo saben todos los que no son mis amigos y todos los que con mas ó menos acierto desempeñan en la prensa los cargos de críticos y de gacetilleros: que tú no eres escritor que tenga en cuenta la amistad para tus juicios, lo saben todos los autores, y asi, pues, pocos como nosotros podemos dedicarnos y admitirnos comedias, en la seguridad de que no hay en ello mas que una prueba de afecto, y un recuerdo de los muchos que en diez y seis años pueden conservarse.

Si yo algun dia he podido quejarme de cualquiera opinion tuya respecto á mis obras, á ti ha ido mi queja al mismo tiempo que mi mano, y si tu juicio ha sido equivocado, que de hombres es no ser infalibles, has procurado enmendarle, correspondiendo así con tu buena fé á la buena fé de mi cariño.

Explicada asi, no para nosotros, que no lo necesitamos, la dedicatoria de *La Primera piedra*, réstame hablarte dos palabras acerca de este drama, que sea cual fuere su éxito, á una opinion tuya debe su existencia.

Representóse un drama mio titulado *La Planta exótica*, que obtuvo, si no por su mérito literario, tan escaso como el de todas mis obras, por su intencion moral, los aplausos del público y los elogios de la prensa. Entre los tuyos apareció un cargo, si algo exagerado en aquella obra, no desnudo de fundamento. Por si no recuerdas tus palabras, voy á transcribírtelas.

«Debemos consignar que no nos hallamos conformes con ciertas »máximas pronunciadas por el General, cuya virtud tiene cierto ca»rácter agresivo, contándose entre ellas la que se refiere al arrepenti»miento, que es precisamente la virtud cristiana que mas purifica y »engrandece el alma, cuando es sincero.»

Pensando en esas palabras, pues, he querido probar con esta obrar que mi intolerancia no era absoluta, y que este es uno de los casos en que deben perdonarse las faltas; asi como yo creia que en aquel era imposible, en el mundo se entiende, la rehabilitacion de la culpable.

Si he conseguido mi objeto, al público toca decirlo; la intencion de la obra es para tí, como el desempeño es para la crítica.

Tú, que tan íntimamente me conoces, tú que sabes perfectamente mis intenciones y opiniones acerca del Teatro, comprenderás que si algun dia brota de mi pluma cualquiera idea atentatoria á las buenas costumbres y á los principios de sana moral y fé religiosa, será debida á la equivocacion del escritor y no á las ideas del hombre.

Precisamente hoy que tratan de resolverse los mas grandes problemas políticos y filosóficos que han agitado constantemente á la humanidad, es cuando mas falta hace inculcar en el pueblo las ideas de religion y moral; de religion, porque sin ella no hay educacion posible; de moral porque sin ella desapareceria la familia, lazo humano donde tienen su cuna todas las virtudes, su desarrollo todos los sacrificios, su objeto todas las aspiraciones. La santidad del hogar doméstico, los principios del Evangelio, el cumplimiento de los deberes, el perdon de las injurias, el amor al prójimo, objetos son tan oportunos para el Teatro, hábilmente manejados, como cualquiera otro, y de resultados mas dignos é imperecederos. Si el Teatro no puede enseñar lo bastante para que el hombre sea virtuoso, si no alcanza á corregir los vicios humanos, que no los aliente al menos, que no pervierta, que no desmoralice, que no disuelva.

Con estas ideas, dos cosas he tenido siempre en cuenta al escribi- para el Teatro; dos cosas que si creo necesarias en quien ha de emitir sus ideas en público, eran indispensables en quien, como yo, tenia que llevar desde muy niño con el producto de su trabajo y de su escaso talento, única herencia de mi padre, el apellido ilustre de Larra, tan odiado durante su vida como justamente respetado despues de su muerte.

Escribir obras que de mas ó menos mérito, porque este es independiente de la voluntad, conservaran la forma literaria hija del buen sentido que hemos recibido en herencia de los inmortales dramáticos que han ilustrado nuestra escena.

Pensarlas de modo que los padres de familia pudieran llevar á sus hijos á escucharlas, seguros de que no habian de beber en mis pensamientos ninguna idea desmoralizadora, ningun propósito disolvente.

Á estos dos principios, y no á habilidad mia, debo sin duda la constante benevolencia con que el público premia mis obras, y las demostraciones de cariño con que en los teatros de España saluda mi humilde nombre, garantia si no de acierto y de mérito relevante, de buena intencion y de sanas máximas al menos.

Á estos dos principios se reducen mis aspiraciones. Ajeno por completo á toda pandilla: retirado completamente de esa vida estéril para el corazon y para el arte, á que tantos jóvenes de talento se dedican, ahogando entre la maledicencia y las calumnias de café sus excelen-

tes facultades, y amando con ardor infatigable el trabajo, paso mi vida con la feliz seguridad del que tiene la conciencia tranquila, y la legitima satisfaccion del que se debe á sí propio su posicion en la sociedad y el porvenir desahogado de sus hijos.

Recibe, pues, al mismo tiempo que la dedicatoria de *La Primera piedra*, esta mi profesion de fé literaria, y admite ambas con el espansivo afecto que te las dirijo, y de que tú, pese á quien mal te conozca, has dado en varias ocasiones repetidas pruebas.

El que admite y cree merecidos los elogios que hace la crítica de su talento y sus obras, obligado está á admitir las censuras; y el dia, tal vez próximo, en que la crítica y el público rechacen cualquiera obra mia, me verás resignado dar la razon á ambos y agradecer el castigo que merezcan mis errores.

Es siempre tuyo de corazon

LUIS MARIANO DE LARRA.

San Fernando 14 de enero de 1861.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Isabel. Muebles de lujo. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. EDUARDO y RAMONA aparecen en escena.

EDUARDO. ¿Siempre tan bella?
RAMONA. Aun mejor
que antes de partir usted.
EDUARDO. ¿Te habló á menudo de mí?
RAMONA. No muchas veces. (Sonriendo.)
EDUARDO. ¡Cruel!
RAMONA. Ausencias causan olvido.
EDUARDO. Cierto.
RAMONA. Y ojos que no ven...
EDUARDO. Si aun viéndome fueron ciegos,
ausentes, ¿qué habrán de ser?
RAMONA. Siempre sucede lo mismo:
siempre al que nos quiere bien
despreciamos, ó queremos
al que nuestro amor no vé!
EDUARDO. ¡Ah! ¿acaso sigue ese ejemplo
tu señora?
RAMONA. ¡Puede ser!
EDUARDO. Explícate, que me importa

mucho.

RAMONA. No... yo nada sé.

EDUARDO. En vano callar intentas
lo que censuras tal vez.

RAMONA. Yo no lo censuro; digo
que es suerte de la mujer
dar amor al que la huye,
y al que la busca, desden.

EDUARDO. Tres años lejos de aqui
sin ver su rostro pasé,
y amor, terquedad ó empeño
mi llama hicieron crecer.
Vuelvo, amante como siempre,
su vida ignoro cuál es,
y antes que ella me la finja
la verdad quiero saber.
¿La han avisado?...

RAMONA. El criado
se lo ha dicho y...

EDUARDO. ¡Tarda á fé!

RAMONA. Es natural; de los baños
llegamos todos ayer.
y hoy pasaba la mañana
entre el equipaje y el...

EDUARDO. Habla y aprovecha el tiempo.
(Interrumpiéndola y dándole una moneda de oro.)

RAMONA. ¡Siempre tan amable!...

EDUARDO. (Con interés y en voz baja.) Á ver...

RAMONA. Pregunte usted.

EDUARDO. De mi nombre,
¿ni aun hace memoria?

RAMONA. ¡Eso es!

EDUARDO. ¿Otro es mas dichoso? (Con intencion.)

RAMONA. Si;
pero sin buscarlo él.

EDUARDO. ¡Ah! ¿La desprecia? (Con alegria.)

RAMONA. No tanto;
yo sé que la quiere bien,
pero ama á otra, segun
lo dá el incauto á entender,
y mas de mi ama enciende
el amor con su esquivez!

EDUARDO. ¡La invencible!... (Con ironia.)
RAMONA. Asi hasta ahora
sucede...
EDUARDO. ¡Bravo! ¿y quién es?
RAMONA. Don Enrique de Aguilar,
un diputado novel,
propietario de Navarra
y Baron de no sé qué...
EDUARDO. Y ama...
RAMONA. Á la niña...
EDUARDO. ¿Qué niña?... (Sorprendido.)
RAMONA. ¡Es verdad!... ¿no sabe usted?...
EDUARDO. ¡Nada! (Con extrañeza.)
RAMONA. Una jóven muy triste,
pobre, de buen parecer,
que hace tres años nos trajo
de Valencia don Miguel,
sobrina de la señora.
EDUARDO. ¡Cómo!... ¿una sobrina?...
RAMONA. Pues.
EDUARDO. ¡Nunca oí á Isabel hablar
de ningun hermano!... Y bien;
sigue en la casa...
RAMONA. Aqui sigue
viviendo á mesa y mantel...
EDUARDO. Y de este asunto, no sabe
Ramona... (Con intencion.)
RAMONA. ¿Qué he de saber?
EDUARDO. Sobrina suya... ¡me extraña!
¿La quiere mucho Isabel?
RAMONA. Nunca la ha querido... pero
desde que el otro la... ¿eh? (Con malicia.)
la quiere menos.
EDUARDO. ¡Entonces
no adivino!
RAMONA. Como usted
me sorprendí... Mi ama sale.
EDUARDO. ¡Vete! (Con temor.)
RAMONA. ¡Adios! (Váse por el foro.)
EDUARDO. (¡Qué hermosa es!)

ESCENA II.

D. EDUARDO, ISABEL por la derecha.

ISABEL. ¡Eduardo!... ¿usted por Madrid?
(Dándole la mano.)
EDUARDO. Yo por Madrid, Isabel.
ISABEL. Tres años fuera de España,
y sin escribirme...
(Sentándose é indicándolo una silla, que acepta.)
EDUARDO. ¡Tres!...
ISABEL. Y... ¿qué tal el consulado
de Génova? (Con volubilidad.)
EDUARDO. Se está bien
cuando no hay en la memoria
ningun recuerdo!
(Con intencion y ella sin querer comprenderle.)
ISABEL. Y usted
viene con licencia?
EDUARDO. Si:
absoluta.
ISABEL. ¡Oh!... el poder
es ingrato... sus servicios
no ha tenido en cuenta.
EDUARDO. (Sonriendo.) ¡Pues!
¿Quién premia en el mundo hoy
á aquellos que sirven bien?
ISABEL. Y viene usted...
EDUARDO. Como fuí.
ISABEL. No entiendo.
EDUARDO. Á querer á usted.
ISABEL. ¡Tan galante como siempre!
EDUARDO. Tan amante puede ser...
ISABEL. Quizá alguna genovesa
tenga derechos... (Con coqueteria.)
EDUARDO. No es
tan inconstante mi amor
cual quiere usted suponer.
ISABEL. Y... es buen pais?
(Cambiando de conversacion á insistiendo.)
EDUARDO. Á lo menos

no hay tanta pérfida en él.
ISABEL. ¡Pérfida es mucho!
EDUARDO. Ó ingrata,
que lo mismo viene á ser.
ISABEL. Es mucha la diferencia...
EDUARDO. Cuestion de nombres.
ISABEL. Eso es.
(¡Maldita vuelta!...) Y ahora
piensa usted ir...
EDUARDO. No lo sé...
aunque es difícil que parta
habiéndola vuelto á ver.
Aqui está lo que queria,
lo que olvidar no logré,
lo que usted con su inconstancia
no pudo hacerme perder.
ISABEL. ¡Otro empleo! (Con ironia.)
EDUARDO. Qué mal giro
toma esta entrevista...
ISABEL. (Distraida.) ¿Qué?
EDUARDO. Yo quiero que usted me entienda,
y usted no quiere entender:
yo disimulo muy mal,
y usted olvida muy bien!
ISABEL. No entiendo tampoco.
EDUARDO. Entonces
ya que la he podido ver
á solas, será forzoso
que nos expliquemos...
ISABEL. ¡Eh!
EDUARDO. Creo que basta de máscaras...
yo me la quito, Isabel.
ISABEL. Eduardo...
EDUARDO. Si; hace cuatro años
que la conocí y la amé...
Cuanto afecto puede un hombre
consagrar á una mujer,
cuanta constancia es posible
en usted deposité.
Usted no era libre aun,
y no tardó en prometer
que en cuanto á serlo llegara

moriría su desden.
Nos amamos. Usted misma,
si bien lo recuerda, fué
la que con menos reserva
se lo dió al mundo á entender.
Murió su marido, y cuando
sus promesas recordé,
cuando yo de mi constancia
pensaba el premio obtener,
usted con indiferencia,
incomprensible y cruel,
dió nuestro afecto por roto
y nuestra amistad tambien.
Yo comprendí fácilmente,
de su desvio á través,
que otro mas afortunado
iba á alcanzar lo que amé,
y dejando á mi despecho
libre el campo para él,
sali de España, señora,
para no volverla á ver.
Olvidarla fué imposible,
y friamente pensé
que es la venganza un manjar
amargo y dulce á la vez.
Quise olvidar en tres años,
y si mi amor no olvidé,
menos olvidar podria
mi venganza: aqui estoy pues
á amarla á usted decidido,
ó á hacerla á usted padecer
algo, por esos tres años
que mis ojos no la ven.

ISABEL. Cierta es la historia: con todo,
bueno es que conste tambien
que no sin algun motivo
de sentimientos cambié!
Tal vez fuí ligera... sea,
algo coqueta... tal vez,
pero ¿era tanta mi culpa
usándola con usted?
¡Usted, que de hombre insensible

tenia fama... lo sé!
que de corazon gastado
blasonaba, y con placer
hacia burla de cuantas
le habian querido bien!
Usted, que nuevo Tenorio,
contaba con avidez
sus conquistas una á una,
sus olvidos cien á cien.
Que persiguiendo sin tregua
la inocente sencillez,
burlaba, ricas ó pobres,
cuantas creian en él;
usted que siempre negaba
la virtud en la mujer,
porque con ruegos ó engaños
triunfó de ella alguna vez,
¿no merecia encontrar
alguna virtud tambien?
Yo con mi juego inocente
á sus víctimas vengué,
fué una venganza la mia
amarga y dulce á la vez.

EDUARDO. Y ese corazon, señora,
que tan vengativo fué,
¿no vive esclavo de otro hombre
que no le paga muuy bien?

ISABEL. ¡Basta! Solo mi marido (Levantándose.)
tuvo derecho á saber
lo que hice de mi existencia,
y ya no le tengo á él.
¡Libre soy! (Con entereza.)

EDUARDO. ¡No para mí!

ISABEL. Por Dios, conózcalo usted,
y no á una pobre señora
amenace descortés.

EDUARDO. Yo me he jurado á mí mismo
que nadie ha de poseer
el bien que yo disfrutaba
y usted me robó cruel.

ISABEL. Eduardo, esta casa es suya
si mi amigo quiere ser...

no llame á mi corazon,
porque ya ni mio es!

EDUARDO. Si usted me le dió, señora, (Con ironia.)
¿cómo suyo puede ser?

ISABEL. ¡Era mio y se le dí!...
es mio, y se le quité!...

ESCENA III.

ISABEL, D. EDUARDO, D. MIGUEL.

MIGUEL. ¡Esto es hacer lo que César,
llegar y ver y vencer!
(Deja el sombrero en una de las sillas del foro y dá la mano á Isabel con efusion

ISABEL. ¡Oh! ilustre doctor!

MIGUEL. Señora;
¿qué tal el viaje?

ISABEL. Bien.
(Sentándose al otro lado de la escena.)

MIGUEL. Y... ¡qué veo! ¡Don Eduardo! (Con extrañeza.)

ISABEL. Le tenemos otra vez
en Madrid... ¡Cónsul cesante!

MIGUEL. ¡Al panteon! (Sonriendo.)

EDUARDO. ¡Eso es!

MIGUEL. ¡Otro vago mas!

EDUARDO. No tanto...

MIGUEL. Si usted trae algo que hacer...

EDUARDO. ¡Siempre de franco pecó (Con ironia.)
el bueno de don Miguel!

MIGUEL. El que me quiera, ya sabe
cómo me debe querer.
¡Soy raro, yo no lo dudo,
pero mi divisa es,
decir la verdad á todos,
adular mal y hacer bien!

EDUARDO. ¡Lástima que el buen doctor
haya elegido un papel
que le creará enemigos
constantemente!...

MIGUEL. ¡Si á fé!
Pero ni tengo ambicion,

ni á nadie he de menester.
Con un capital modesto,
que dá sin esplendidez
á mi cuerpo lo preciso,
paso la vida muy bien,
y ni solicito honores,
ni cargos quiero tener,
que suelen perderse pronto
de la fortuna al vaiven;
asi soy, y tengo amigos
como usted...
(Acercándose á Isabel y dándole la mano mientras se dirige á Eduardo con la vista.)
y como usted,
que perdonan mis defectos
en gracia de mi honradez.

EDUARDO. Cierto; pero lo que á mí
siempre me extrañó en usted,
es que no siendo egoista
ni preocupado...

MIGUEL. ¿Qué?

EDUARDO. Aun viva sin compañera.
¿Le asusta á usted la mujer?

MIGUEL. No tal; yo tambien sentí
cuando jóven, y aun despues,
la justa necesidad
de unir mi ser á otro ser.
Pero sea que mi amor
á la ciencia consagré,
no tomando por oficio
lo que un ministerio es;
sea que ocupada el alma
en ver á otros padecer
no tuve tiempo bastante
para echarla de cortés,
pasé de los cuarenta años
sin que ninguna mujer
llegara á alegrar mi pecho
ni á mandar, esposa, en él.
¡Quién sabe si Dios me guarda
en su infinito saber
algun ángel que me ampare

al llegar á la vejez,
ó algun demonio que encienda
tardio fuego en mi ser,
y haga de mi ancianidad
escalon para sus pies?
Ni de insensible blasono
ni de seductor pequé:
Dios mandará en mí mañana
como ha mandado hasta ayer.

ISABEL. ¿No es usted libre por cálculo?

MIGUEL. Cálculo mezquino es
la soledad egoista
y el solitario placer.
No vive la dicha sola,
recibirla es menester,
y si yo no la disfruto
es porque no la encontré.
No hablemos, pues, mas del hombre,
que en mí existe rara vez,
y deje usted para el médico
su acostumbrado papel.
¿Está usted ya bien del todo? (Á Isabel.)

ISABEL. ¡Vuelvo mas triste!...

EDUARDO. Á mi ver
será una afeccion moral,
que el doctor no entienda bien.

MIGUEL. Usted dispense; si el médico
solo sabe conocer
cuando un órgano se inflama
ó cuando se tuerce un pié,
su papel en este mundo
es bien humilde papel.

EDUARDO. ¿Usted cura el alma?

MIGUEL. El alma
se puede curar tambien.

EDUARDO. Dejo entonces al enfermo,
y la cura elogiaré
si, como creo, el doctor
hace mas que prometer.
(Pasando en medio y dando la mano á Isabel.)

ISABEL. Don Eduardo, adios.

EDUARDO. Celebro (Á D. Miguel.)

haberle visto otra vez.

MIGUEL. ¡Gracias!

EDUARDO. Y usted... (Á Isabel que le interrumpe.)

ISABEL. Usted sabe
que hoy, lo mismo que ayer,
soy su amiga; que esta casa
es suya siempre, y merced
me hará con acompañarnos
y con venirnos á ver.

EDUARDO. No entiendo el plural...

ISABEL. (Sonriendo.) ¡Es cierto!...
Si viene usted á comer
hoy con nosotras, sabrá
el secreto...

EDUARDO. Hasta despues. (Afirmativamente.)
¡Soy curioso!... Adios, señora...

MIGUEL. Don Eduardo... (Saludándolo.)

EDUARDO. Don Miguel... (Idem.)
(Sale por el foro. Isabel hace un gesto de satisfaccion al quedar solos.)

ESCENA IV.

ISABEL, D. MIGUEL.

ISABEL. ¡Oh!... (Con placer.)

MIGUEL. La venida de ese hombre
¿le ha hecho á usted sin duda daño?

ISABEL. Si, don Miguel.

MIGUEL. ¡Es extraño!
¿no quiere darla su nombre?

ISABEL. Si.

MIGUEL. Pues no entiendo el rigor
con que le recibe airada.
Si usted estando aun casada
llegó á escuchar ese amor...

ISABEL. (Interrumpiéndole.)
Separada estaba ya
de mi esposo.

MIGUEL. Eso no altera
mi opinion: por donde quiera,
el mundo, que es malicioso,

á su lado le veia:
si usted á Eduardo juró
ser suya, y el mundo vió
el amor que le tenia;
si muerto su esposo al cabo,
á quien yo tanto estimé,
en don Eduardo observé,
mas que un amante, un esclavo,
¿con qué ley, con qué razon
rompió usted sus nuevos lazos,
haciendo á un tiempo pedazos
su honra y su corazon?

ISABEL. ¡Yo!...

MIGUEL. Isabel, yo que fuí amigo
verdadero de su esposo,
y que de su borrascoso
matrimonio fuí testigo,
pude en usted conocer
un carácter singular,
de esos que suelen labrar
la ruina de una mujer.

ISABEL. Me juzga usted con dureza.

MIGUEL. Con justicia nada mas.
Usted no tuvo jamás
para luchar fortaleza:
de temple inseguro el alma,
de imaginacion variable
y de condicion mudable,
vivió en egoista calma,
sin ver los males prolijos
que causó continuamente:
hizo bien, perfectamente
Dios, en no dar á usted hijos!

ISABEL. ¡Oh! tal retrato... (Avergonzada.)

MIGUEL. Isabel,
su esposo de usted murió,
y hoy, por usted, la hablo yo
como la hablaria él.

ISABEL. Y si á Eduardo tengo horror,
si á otro quiero con locura,
¿condenaré á la amargura
mi juventud y mi amor?

MIGUEL. Usted el mal se ha buscado...
ISABEL. ¿Quién mandar puede en su pecho?
MIGUEL. ¿Tiene á ese amor mas derecho
el mortal afortunado?
ISABEL. Si, le amo, ¡y es mi pasion
grande, inextinguible, inmensa!
MIGUEL. Y el hombre por quien...
ISABEL. (Interrumpiéndole.) ¡Ni piensa
que yo tengo corazon!
MIGUEL. Quien á hierro mata...
ISABEL. ¡Oh!
¡pero eso no puede ser!
MIGUEL. Vaya usted á convencer
al que el refran inventó!
ISABEL. Hay mas: yo que los desvelos
causé de tantos, ahora
siento que mi ser devora
la llama atroz de los celos.
MIGUEL. ¿Quiere á otra?
ISABEL. Lo adivino,
aunque no lo sé de cierto,
porque ya me hubiera muerto.
MIGUEL. ¡Es implacable el destino!
Y ella es...
ISABEL. ¡Elisa! (En voz baja y con odio.)
MIGUEL. Señora,
saber mas es necesario...
ISABEL. No es mi juicio temerario,
yo presiento que le adora...
MIGUEL. ¿Qué remedio si es verdad?
ISABEL. ¿Qué remedio? ¿y usted piensa
que he de perdonar la ofensa
si se trueca en realidad?
¡Ella! que me debe todo,
hasta el aire que respira,
ir á robarme...
MIGUEL. La ira (Interrumpiéndola.)
es de arreglarlo mal modo.
Cuando usted recogió á Elisa,
su sobrina, hace tres años,
iban á hacer los extraños
lo que elogia tan deprisa.

Usted, que porque su padre
con usted reñido estaba,
ni siquiera contestaba
á las cartas de su madre;
usted que no consoló
la pobreza de su hermano
siendo rica, y ni su mano
á su muerte le tendió;
¡qué menos podia hacer
por decoro á su apellido,
viendo ya á un desconocido,
yo, que la iba á recoger?
¿Qué la debe su sobrina
para cederla á usted nada?
¡el pan que come y la almohada
donde su cabeza inclina?
¡Usted no tiene derecho
para robarla un amante,
porque altiva y arrogante
la dé su casa y su lecho!

ISABEL. ¿Qué mas puedo darle?

MIGUEL. ¡Oh!
si usted no entiende...

ISABEL. Yo quiero
que usted se explique...

MIGUEL. Prefiero
callar verdades...

ISABEL. ¡Ya no!

MIGUEL. Sea; usted dia tras dia,
y hasta tal vez mi querer,
le ha dado usted á entender
el favor que recibia;
ni consoló su tristeza,
ni acompañó su abandono,
ni bajó usted de su trono
de protectora riqueza.
¡No vió en usted el amor
que ilustra á la caridad;
solo vió la realidad
tristísima del favor!
¿Cómo, pues, si su pasion
es cierta, exige ese afán,

que por un poco de pan
la dé á usted su corazon?

ISABEL. Yo antes no la conocia
y en tres años...

MIGUEL. ¡En tres años,
caben tantos desengaños
como instantes en un dia!

ISABEL. Caritativa con ella
le dí cuanto le faltaba...

MIGUEL. Mas amor necesitaba
su desventurada estrella.
Bien el que al desnudo viste
le proporciona reposo;
pero en el mundo es forzoso
tambien consolar al triste.
La caridad es del cielo,
y para el pobre y el niño,
mas que el oro sin cariño
vale el cobre con consuelo.

ISABEL. Busca usted las perfecciones
y es difícil encontrarlas.

MIGUEL. Pues si usted no supo darlas
no pida usted corazones.

ISABEL. Basta.

MIGUEL. ¡No diré jamás
otras verdades tan largas!

ISABEL. ¡Las verdades son amargas!

MIGUEL. ¡Las lágrimas lo son mas!
Y voy, pues usted se obstina
(Cambiando de tono.)
en no entender lo que pasa,
á ver qué ocurre en su casa...

ISABEL. Adentro está mi sobrina.

MIGUEL. ¡Veré á todos, y despues
que examine á cada cual,
sin mi tono doctoral
vendré á ponerme á esos pies!
(Váse por la izquierda saludando á Isabel con amabilidad aparente y con cierta frialdad que ha de guardad siempre hablando con ella. Isabel espera á que salga D. Miguel, que lo hace por la puerta primera de la izquierda, y se levanta.)

ESCENA V.

ISABEL.

¡Ese hombre es insoportable!
¡siempre el mismo! ¡qué mania
de censurar las acciones
ajenas!...
(Mira á todas partes con ansiedad y vuelve á sentarse.)
¡Oh! ¡qué fatiga
de viaje!
(Se queda un momento con la frente apoyada en su mano y como pensando.)
¿Será acaso
que mi razon se alucina,
ó aquellas dulces miradas,
aquellas tiernas sonrisas
eran para mí?
(Vuelve á levantarse y mira otra vez á todas partes.)
¿En Valencia
no estaba todos los dias
dándola ramos? ¡Tambien
á mí me los daba! ¡Inícua
condicion de la mujer!...
no poder por ella misma
averiguar...

ESCENA VI.

ISABEL, RAMONA por el foro. Despues ENRIQUE.

RAMONA. Don Enrique...
ISABEL. ¡Ah!... Él aqui... conoceria
mi turbacion... un momento...
que entre... que espere...
(Vacilando: váse por la derecha.)
RAMONA. La misma
que en los baños... lo está viendo
y... ¡estas gentes no adivinan!...
(Aparece D. Enrique.)

Pase usted, que la señora
sale ya...

ENRIQUE. ¿Y la señorita?

RAMONA. Buena.

ENRIQUE. ¿Descansaron?

RAMONA. Todos.

ENRIQUE. Gracias.

RAMONA. No hay... hasta la vista.
(Váse por el foro).

ENRIQUE. Adios. (Hoy mismo es forzoso
que termine mi agonia.)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

¿Por qué si me ama, se niega
á oirme? ¿Por qué se obstina
en que no pida su mano?
Misterio es por vida mia
que me cansa, y es forzoso
saberle por ella misma.
Sus lágrimas sin motivo
y sus ojos que me animan,
contradicciones me ofrecen
sin cesar que no se explican.
Hábleme al fin y sepamos
á qué atenernos... ¡Elisa! (Viéndola.)

ESCENA VIII.

D. ENRIQUE, ELISA por la izquierda.

ELISA. ¡Ah! ¡Enrique!... (¡Tan pronto!)

ENRIQUE. Apenas
disculpable es mi venida; (Con rapidez.)
llego: y hoy aprovechando
estos instantes, querria
saber si el alma que me oye
puede ó no puede ser mia.

ELISA. (¡Dios mio!)

ENRIQUE. Que yo la quiero
harto mis ojos lo indican,

que usted mi cariño paga
los suyos me pronostican.
¿Por qué siendo los dos libres
huye usted mas cada dia
de mi presencia, y mis frases
y mis miradas evita?
Antes de verla en Valencia
usted mi amor ya sabia;
en estos dos meses nunca
conseguí á solas oirla.
Hoy este instante aprovecho,
respóndame usted, Elisa.

ELISA. (¡Tormento horrible!) Yo, Enrique,
agradezco... sin familia,
sin bienes, yo ser no puedo
la esposa que necesita!
Yo fuera dichosa... y mucho,
mas ni merezco esa dicha,
ni Dios quiere que la tenga,
ni usted dármela podria.

ENRIQUE. ¡Oh! ¡de una vez acabemos!
¿Qué misterio hay en su vida
que asi á rechazar mi amor
y mi mano le precisa?

ELISA. ¡Oh! ¡ninguno!... (Con rapidez.)

ENRIQUE. Pues entonces...

ELISA. Por Dios...

ENRIQUE. Yo exijo...
(Suplicando é interrumpiéndole.)

ELISA. No insista
usted en esa esperanza
que no ha de mirar cumplida.

ENRIQUE. ¡Ah!... ¡usted no me ama!
(Con desaliento: ella á pesar suyo y dominándose.)

ELISA. Yo... Enrique...
¡Eso debe ser!

ENRIQUE. ¡Impia
terquedad!

MIGUEL. ¿Dónde? (Dentro.)

ELISA. Silencio.

ENRIQUE. ¡Basta! Será usted servida. (Frialdad.)

ESCENA IX.

ELISA, D. ENRIQUE, D. MIGUEL, por la izquierda, corriendo á ella y abrazándola.

MIGUEL. ¡Hija mia!
ELISA. ¡Don Miguel!
Perdone usted, es mi amigo
mas leal! (Á D. Enrique, dándose las manos.)
ENRIQUE. Lo mismo digo
yo de su amistad y de él!
MIGUEL. ¡Palida estás! ¿qué te pasa?
¿Te probó mal el viaje?
ELISA. Si... un poco. (Turbada.)
MIGUEL. (Á D. Enrique.) ¿Y usted?
ENRIQUE. (Con enojo.) No traje
buena salud á esta casa!
MIGUEL. Cierto, encuentro á ustedes dos
agitados... (Examinándolos.)
ENRIQUE. (Disimulando.) No en verdad...
MIGUEL. (Sonriendo)
¿Acaso es la enfermedad
que manda á sus hijos Dios?
¿De la que no hay nadie sano
cuando á veinte años asciende,
la que su contagio extiende
por todo el género humano?
ELISA. ¡Oh! (Bajando los ojos.)
ENRIQUE. ¡Yo!...
MIGUEL. Vuestra turbacion
(Cogiendo la mano á Elisa.)
bien claro lo manifiesta:
aqui tengo la respuesta,
pulsacion por pulsacion.
ELISA. ¡Ah! (Soltando la mano.)
MIGUEL. Elisa, si un ángel eres,
y para el amor nacida,
él vá á sembrar en tu vida
campo eterno de placeres.
Él vá á abrir tu juventud
á un horizonte mejor,

él en alas de tu amor
vá á dar premio á tu virtud.

ELISA. (¡Oh! ¡Jamás!) (Avergonzada.)

MIGUEL. (Sin entenderla.) ¿Qué?

ENRIQUE. Don Miguel,
usted, que la quiere tanto:
usted que adivina el llanto
y el mal que se oculta en él:
usted, hombre superior,
que al sembrar buenas acciones,
no dá á las preocupaciones
ni crédito ni valor;
descubra usted la razon
de ese hondo suspiro ahogado,
despues de haber rechazado
mi mano y mi corazon!

MIGUEL. ¡Ah! ¿no le amas?

ELISA. (¡Por piedad!) (Ap. á D. Miguel.)

MIGLEL. ¿En qué ese desprecio estriba?
¿Disculpan tu negativa,
tu pobreza y tu horfandad?

ELISA. Eso es...

MIGUEL. ¡Oh, niña inocente,
pasaron ya aquellos dias
en que rechazar podrias
su cariño impunemente!
El siglo que vá el camino
de la eternidad cruzando,
poco á poco ha ido labrando
del hombre el alto destino!
¿Porque él es noble, opulento,
tú huérfana, le rechazas?
La diferencia de razas!
gime esparcida en el viento.
¡Hoy todo hombre puede ser
lo que se atreve á escalar!
Hoy puede á todo llegar
el amor de la mujer!
Ya basta á la juventud
la riqueza de sus gracias.
¡Ya no hay mas aristocracias
que el talento y la virtud!

ELISA. (¡Oh!)
ENRIQUE. (¿Qué le importa mi nombre
si es mi amor inmenso y santo?
ELISA. ¿Y quién soy yo para tanto?
ENRIQUE. ¡Y qué soy yo mas que un hombre!
ELISA. (Quiero hablar á usted.)
(Con rapidez á D. Miguel ap.)
MIGUEL. (¡Á mí!)
ELISA. (Que se vaya.)
MIGUEL. (Que se explique
(Ap. á sí mismo.)
es forzoso...)
ENRIQUE. (Usted...)
MIGUEL. Enrique,
adios: yo me quedo aqui.
ENRIQUE. (Vá usted...) (Ap. á D. Miguel.)
MIGUEL. ¡Á hablarla, y ahora!
ENRIQUE. Convénzala usted.
MIGUEL. Quisiera
y confio...)
(Sale Ramona por la puerta primera derecha.)
RAMONA. Mi ama espera
á don Enrique... (Váse por el foro.)
ENRIQUE. Señora...
(Saludando y acercándose.)
Nadie cual yo la amará...
Dígaselo usted asi... (Á D. Miguel.)
MIGUEL. (¡Algun misterio hay aqui!)
ENRIQUE. Elisa... ¡te adoro! (Ap. á ella.)
ELISA. ¡Ah!
(En voz baja y con emocion. Enrique se vá por la derecha.)

ESCENA X.

ELISA, D MIGUEL.

ELISA. Por cuanto usted en el mundo (Con rapidez.)
ame mas, por cuanto estime
mi ventura, el que me oprime
mal espantoso y profundo
evite...

MIGUEL. ¿Qué puedo hacer
si á conocerlo no das?
ELISA. ¡Que Enrique no vuelva mas,
que no le vuelva yo á ver!
MIGUEL. ¿Qué razon? (Insistiendo.)
ELISA. Usted es bueno,
me quiere...
MIGUEL. ¡Como á una hija!
ELISA. ¡Hágalo usted, y no exija
nada mas!
MIGUEL. Guarde tu seno
ese secreto, y advierte,
pues que saberlo no imploro,
que yo tampoco lo ignoro!
ELISA. Usted sabe... ¿y de qué suerte?...
(Con terror: Miguel en voz baja: ella respirando y con fingida calma.)
MIGUEL. Es que ama á Enrique Isabel.
ELISA. (¡Ay!...) Eso es!...
MIGUEL. Mas si tu tia
en ese afecto confia
él no participa de él.
ELISA. No importa...
MIGUEL. Atroz sacrificio
tu vida vá á marchitar.
ELISA. La debo mucho, y matar
debo mi alma.
MIGUEL. ¡Y tu juicio!
Si es tu amor eterno y santo
y ves tu calma perdida,
qué vas á hacer de tu vida
sino un manantial de llanto?
ELISA. En él la sed de mi amor
por fuerza se apagará.
MIGUEL. ¡Ese llanto te ahogará!...
ELISA. ¡Entonces mucho mejor! (Amargura.)
Hay seres privilegiados
tan solo á sufrir nacidos,
en su virtud combatidos,
en su amor desventurados;
seres que vieron el dia
en medio de la tormenta,

y cuya vida es tan lenta
como la última agonia;
para ellos nunca hay piedad,
ni hay porvenir, ni hay amor!
para esos seres, señor,
la muerte es la libertad!

MIGUEL. Si pobre naciste, Elisa,
y niña murió tu padre,
y besaste de tu madre
la postrimera sonrisa,
hoy el cielo premia aqui
tu desgracia, y te dá un hombre
que su cariño y su nombre
quiere colocar en tí.
¡Admítele sin temblar
por el ajeno dolor;
el amar dá en el amor
como el torrente en el mar!

ELISA. ¡No mas!... ¡basta!... ¡es inflexible
mi resolucion!... ¡Me muero,
pero ser suya no quiero! (Desesperada.)

MIGUEL. Veré á Isabel...

ELISA. ¡Imposible! (Con solemnidad.)

MIGUEL. Si ella misma renunciara...

ELISA. ¡Nunca de Enrique seria!

MIGUEL. Entonces...

ELISA. ¡La suerte impia
otro estado me depara!

MIGUEL. ¿Qué le diré?...

ELISA. ¡Que su amor (Sarcasmo.)
llega muy tarde!

MIGUEL. ¡Cobarde
vacilacion!

ELISA. ¡Oh! ¡muy tarde!
¡Basta!... (¡Dios mio, valor!)

ESCENA XI.

ELISA, D. MIGUEL, ISABEL, ENRIQUE, derecha.

ISABEL. Vea usted... aun está aqui...
(Á Enrique, señalando á D. Miguel.)

MIGUEL. ¿Me buscaba usted? (Á Isabel.)
ISABEL. Yo, no...
Enrique me preguntó
por usted...
MIGUEL. Ya concluí.
Gozan de salud completa
todos mis amigos.
ISABEL. ¡Ah! (Mirando á Elisa.)
¿nadie hay enfermo? (Mirando á Elisa.)
MIGUEL. Quizá,
pero no dejo receta.
ENRIQUE. ¿Qué hay?
(Ap. con rapidez á Don Miguel.)
ELISA. (Á Isabel) Me retiro...
ISABEL. ¿Por qué? (Con intencion.)
¿estás mala?
ELISA. Yo...
ISABEL. Creí... (Observándola.)
MIGUEL. ¡Imposible! (Ap. á Enrique.)
ENRIQUE. Si es asi, (Ap. á D. Miguel.)
¡ya sé la causa! (Mirando á Isabel.)
MIGUEL. ¡Si á fé!
ENRIQUE. Entonces...
ISABEL. (¡Oh! ¡qué hablarán!)
(Observándolos.)
¡Parece que no estás buena!
¿Me ocultas alguna pena?
(Con fingida solicitud y Enrique con interés.)
ENRIQUE. ¿Qué tiene usted?
ISABEL. (¡Ese afan!...) (Observándole.)
ELISA. Nada.
ENRIQUE. ¿Si mi amor la escuda
(Acercándose y ap. con rapidez.)
qué teme usted?
ELISA. (Por favor,
déjeme usted.)
ENRIQUE. ¡Es rigor!
ISABEL. (¡Oh! se aman, ¡no tiene duda!)

ESCENA XII.

DICHOS, D. EDUARDO por el foro.

EDUARDO. Llego á tiempo, ¿no es verdad?
ISABEL. ¡Siempre!
MIGUEL. (Mirando á Elisa.) (¡Tan tenaz empeño!)
ISABEL. ¡Mi sobrina!
(Presentando Elisa á Eduardo. Ambos bajan la cabeza. Al levantarla este retrocede.)
EDUARDO. (¡Esto es sueño!)
ELISA. (Retrocede hasta colocarse al lado de D. Miguel, espantada.)
(¡Oh, Jesus! ¡por caridad
el brazo!)
(Ap. á D. Miguel y apoyándose en él para no caer.)
MIGUEL. ¿Qué es eso?
(Asustado al verla y ella pudiendo hablar apenas.)
ELISA. (¡Nada!
¡Oh, silencio! ¡muerta estoy!
ISABEL. ¿Qué ocurre en mi casa hoy?
(Mirando á todos sin comprender.)
EDUARDO. Yo... no... (¿Será una emboscada?)
(Mirando á Elisa y á Isabel alternativamente. Enrique mira á Eduardo.)
ISABEL. Vamos, pues, al comedor. (Á Enrique.)
ENRIQUE. (¡Ah!... ¡por no aceptar el mio!...
(Viendo á D. Miguel y Elisa del brazo.)
Señora... (Á Isabel, ofreciéndola el brazo.)
ELISA. (¡En usted confio!...
¡Sosténgame usted!)
EDUARDO. (Con decision.) (¡Valor!)
(Antes de salir cae el telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, aparece. D. MIGUEL, por el foro.

ELISA. ¿Me habrá entendido? ¡Si, si!
¡Dios sea loado!
MIGUEL. Me espanta
tu rostro; ¿qué significan
tus gestos y tus miradas?
ELISA. ¡Soy muy infeliz! (Con expansion.)
MIGUEL. ¿No tienes
corazones que te aman?
¿No estoy yo aqui, por qué temes?
ELISA. Si; ya lo sé; ¡gracias, gracias!
Por eso en esa comida
¡suplicio eterno! esperaba
que usted me entendiera!...
MIGUEL. Apenas
te dirigiste á esta sala,
cuando terminó, he corrido
tras de tí... Vamos, ¿qué pasa?
Confíate á mí... ¿qué tienes?
ELISA. ¡Oh! señor, antes que nada
necesito una promesa...
MIGUEL. ¿Cuál es?

ELISA. Que de mis palabras
no sabrá Enrique...
MIGUEL. ¡Lo juro!
ELISA. Pues entonces, sin tardanza,
sin dilacion, es preciso
que yo de esta casa salga.
MIGUEL. ¿Salir?... Cómo? (Sorprendido.)
ELISA. ¡Para siempre!
MIGUEL. ¿Estás en tí?
ELISA. Ni amenazas
ni ruegos podrán hacerme
retroceder. Si usted me ama,
no me pregunte; que nadie
pueda sorprender mi marcha...
que nadie siga mis pasos...
MIGUEL. Esa locura insensata
¿de qué ha nacido? La fiebre
te trastorna... (Examinándola.)
ELISA. (Llorando.) ¡Desdichada!
MIGUEL. Serénate... y despues... luego
que se recobre tu calma...
yo prometo acompañarte
adonde quiera que vayas.
Y... ¿adónde has de ir?
ELISA. Siendo lejos
de aqui, me es igual.
MICUEL. Repara
que ese escándalo te pierde.
ELISA. Mas me pierde la tardanza.
MIGUEL. ¿Qué dirá Enrique?... ¡tu tia!...
ELISA. ¿Usted, ¿qué dirá?
MIGUEL. ¡Yo, nada!
Compacer tu locura,
y si puedo, remediarla.
Si mi amistad siempre ha sido
noble y desinteresada;
si jamás del hombre el barro
manchó para tí mi alma,
si del dintel de un sepulcro
te arranqué donde llorabas,
y jamás á la mujer
miré al través de tus lágrimas

¿no tengo derecho, Elisa,
á tu entera confianza?
¡Fuí yo acaso como todos
los que á una mujer amparan,
buscando paga de amores
por virtudes mercenarias!

ELISA. No; usted es noble y bueno;
usted cual nadie, las almas
conquista, y siembra virtudes
por donde quiera que pasa;
feliz la que amarle pueda,
dichosa la esposa honrada
que á nombre del mundo premie
de virtud deuda tan larga.

MIGUEL. Por tu madre, Elisa mia;
por mi conducta, que ensalzas
sin razon, que hables te ruego.

ELISA. Mi madre mira mis lágrimas,
y mandándome que huya
compadece mi desgracia.

MIGUEL. Celos tienes de Isabel,
pueril temor te acobarda:
Enrique te ha conocido
y Enrique no puede amarla.

ELISA. No es eso, señor, no es eso:
usted que lee en el alma,
¿no comprende que en la mia
hay un secreto que espanta?
¿No adivina en esta triste
existencia, que se arrastra
lánguidamente, un misterio,
tumba de mis esperanzas?
En amar á Enrique y loca
rechazar al que me ama,
en no atender á su ruego,
en mi terror, en mi marcha,
¿no adivina usted que hay algo
que mas que los celos mata?

MIGUEL. Solo una cosa pudiera... (Temeroso.)
¡pero es imposible!...

ELISA. Basta:
no pregunte usted; no espere

mi confesion...

MIGUEL. ¡Desdichada! (Aterrado.)
Tú...

ELISA. (Interrumpiéndole.) Solo soy una huérfana
sin proteccion: me hace falta
un brazo que me acompañe
lejos de aqui, y una casa
donde trabajando viva
lo que de vivir me falta.
¿Me niega usted ese brazo?

MIGUEL. Nunca negué á la desgracia
mi apoyo, aun sin conocerla;
á tí te amo buena ó mala:
yo consuelo á los que sufren;
Dios de juzgarlos se encarga.

ELISA. ¡Gracias!... No mas: algun dia
lo sabrá usted todo, y tantas
serán mis penas, que puede
que me salve si hoy me ampara!
(Vá á dirigirse á la izquierda y aparece Enrique por el foro, interponiéndose á su paso.)

ESCENA II.

ELISA, D. MIGUEL, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Con rapidez.)
Espere usted un momento.

ELISA. ¡Otra vez!

ENRIQUE. ¡Una palabra! (Deteniéndola.)

ELISA. (Insistiendo en marcharse.) No...

ENRIQUE. Una sola: ¿es inmutable
su resolucion?... ¿no hay nada
que la convenza, ni ruegos
ni amor?...

ELISA. Dentro de esta casa
una mujer solo espera
de usted su dicha: es honrada,
bella, rica; cuantas prendas
al mas exigente halagan
tiene: premie usted, y pronto,
su cariño y su esperanza;
y cuando en brazos ajenos

su dicha logrado haya,
piense usted en que yo misma
le supliqué que la amara,
no ultraje usted mi recuerdo
y tenga á su Elisa lástima.

ENRIQUE. ¿Qué es esto?

ELISA. ¡Adios para siempre!
Hasta luego en esta sala.
(Á D. Miguel. Se vá por la izquierda conteniendo su llanto.)

ESCENA III.

D. MIGUEL, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Usted lo sabe?...

MIGUEL. (Eludiendo responder.) No tal...

ENRIQUE. ¡Oh!... su gratitud la engaña:
yo no puedo amar á nadie
mas que á ella, y nadie manda
en su corazon, ni debe
sacrificarle por nada.

MIGUEL. Sin embargo...

ENRIQUE. (Sorprendido.) ¿Y usted mismo
no pensaba esta mañana
lo mismo que yo?

MIGUEL. Tal vez
esté mi opinion cambiada.

ENRIQUE. Habrá razones que debo
conocer...

MIGUEL. Si usted la ama,
como dice, no atormente
su corazon ni su alma.

ENRIQUE. ¡Yo le doy la mia!

MIGUEL. ¡Es libre
de admitirla ó rechazarla!

ENRIQUE. ¡Libre!...

MIGUEL. Crea usted, Enrique,
en mi experiencia, que le habla.
Yo le quiero á usted de veras.
Cursé, cual sabe, las aulas
con su padre: yo le he visto
á usted nacer: mis palabras

son leales y sinceras...
¿por qué, pues, no ha de escucharlas?
Deje usted que pasen dias...
Elisa tal vez mañana,
si se ausenta...

ENRIQUE. ¡Cómo!... (Sorprendido.)

MIGUEL. (Con rapidez.) Puede
que si usté el secreto guarda...
cuando ella esté mas tranquila...
lejos de aqui... premie amada
su pasion.

ENRIQUE. Pero no entiendo...

MIGUEL. Si inspiro á usted confianza,
créame usté; dé tiempo al tiempo
y espere...

ENRIQUE. ¡Nunca tan rara
situacion crucé en mi vida!

MIGUEL. ¡Pronto estará terminada!

ESCENA IV.

ENRIQUE, D. MIGUEL, ISABEL, EDUARDO, por el foro.

ISABEL. No dirá usted que no tengo
amigos de confianza
cuando me dejan tan sola...

ENRIQUE. ¿Qué mejor acompañada? (Por Eduardo.)

EDUARDO. ¡Gracias! (¡Este don Enrique
es muy amable!) (Á Isabel.)

ISABEL. Á él le falta (Ap. á Eduardo.)
lo que á usted le sobra.

EDUARDO. ¿Á mí?...
¿Y qué es?...

ISABEL. Decision y audacia.
Doctor, parece que Elisa
está indispuesta.

MIGUEL. No es nada...
el cansancio del viaje...

EDUARDO. (Sin duda sabe esa página
de mi vida, y la ha traido
con ella; no es mala táctica...
Yo la haré hablar.)

ENRIQUE. (Es forzoso
que pierda toda esperanza
hoy mismo.)

ISABEL. (Si él no se explica
yo veré...) Usted que me hablaba
hace poco, don Eduardo,
de Génova y de sus plantas,
¿no ha visto usted ni mi estufa
ni mi jardin?...

EDUARDO. No, mañana,
cuando usted pueda enseñarme
sus maravillas...

ISABEL. Acaban
de traerme de Valencia
flores rarísimas...

EDUARDO. ¡Vaya!... (Con ironia.)
Celebro...

ISABEL. Tengo la suerte
de contar con la eficacia
del doctor, que es todo un sabio,
y suele clasificármelas.
¿Quiere usted acompañar (Á D. Miguel.)
al señor?... yo estoy cansada
y no quiero que por mí
pierda ese placer.

EDUARDO. Mil gracias...
yo puedo esperar...

ISABEL. (Insistiendo.) ¡No es justo!...

EDUARDO. ¿Viene usted?... (Á Enrique resignándose.)

ENRIQUE. Yo he visto tantas
en Valencia, que agradezco...

MIGUEL. (¡Prudencia! (Ap. á Enrique.)

ENRIQUE. Estará curada
cuando ustedes vuelvan...)

MIGUEL. ¿Vamos? (Á Eduardo.)

EDUARDO. ¡Bien jugado!... (Ap. á Isabel.)
(Él mismo trata
de estar á solas!... Entonces
esto es mejor que pensaba.
Se aman y él finge desdenes...
la otra es una salvaguardia...
¡Oh, Isabel, allá veremos

quién vence á quién!) Conque en marcha.
(Á D. Miguel. Ambos salen por el foro.)

ESCENA V.

ISABEL, D. ENRIQUE.

ISABEL. (¡Gracias á Dios!) No he podido
preguntar á usted aun
si ha descansado.
ENRIQUE. Segun... (Sonriendo.)
ISABEL. ¡Fué un viaje entretenido!
ENRIQUE. ¡Si por cierto!
ISABEL. Brevedad...
que ya es una gran ventaja...
ENRIQUE. Si, señora; hoy se viaja
con mucha comodidad.
ISABEL. Yo sigo algo delicada.
ENRIQUE. Siento como buen amigo...
ISABEL. Ya vé usted que se lo digo (Con intencion.)
sin que me pregunte nada.
ENRIQUE. Creí que estaba usted bien...
ISABEL. Venia usted distraido
con la campiña, y el ruido
de otras palabras tambien...
y observar no le fué dado (Con intencion.)
mi cansancio y mi fatiga.
ENRIQUE. ¡Qué quiere usted que le diga!
¡Siento no haberlo observado!
ISABEL. ¿Y para qué? (Con coqueteria.)
ENRIQUE. ¿Para qué?
Siempre es grato consolar
á quien sufre, si aliviar
no le podemos...
ISABEL. Si á fé;
grato es si un dolor punzante
nuestra pobre salud vicia,
una frase, una caricia
que nos sirvan de calmante.
Grato es que una voz amada
preste á los males consuelo,

que á veces vienen del cielo
una voz, una mirada;
pero son peor realmente
cuando el dolor nos sujeta,
la compasion indiscreta
ó el consuelo indiferente.

ENRIQUE. Fuera el mio verdadero
y como tal ofrecido...

ISABEL. Si hubiera á tiempo venido,
le hubiese admitido... pero...

ENRIQUE. Llega tarde.

ISABEL. Puede ser.

ENRIQUE. No es culpa mia, señora,
si el hombre á menudó ignora
la ocasion que ha de escoger.

ISABEL. Para hablar, para sentir,
cada instante es ocasion.

ENRIQUE. Tambien nuestro corazon
suele no saber vivir...
Muchas veces desalado
rompe á latidos el pecho,
como si viviera estrecho
en su rincon encerrado.
Y ansiando espacio encontrar
adonde latir mejor,
en otra prision peor
se suele el necio encerrar.

ISABEL. ¿Por eso sin duda alguna
guarda usted el suyo preso?

ENRIQUE. No es eso, Isabel, no es eso;
todo es cuestion de fortuna!
¿Cuántas veces despreciamos
lo que mas valor encierra,
y recorriendo la tierra
tras lo peor nos lanzamos?
¿Cuántas busca el hombre loco
lo difícil en la vida,
y de lo fácil se olvida
porque le ha costado poco?
¡Buenas las penas buscadas
hace en el hombre el deseo,
y son estéril trofeo

las venturas encontradas!

ISABEL. ¡Doctrina cruel!

ENRIQUE. ¡Infalible;
al hombre solo le agrada
pasar su vida contada
persiguiendo lo imposible!

ISABEL. ¡Es verdad, y esa es mi queja!
inútil es la esperanza;
cuanto mas tras él se avanza
mas lo imposible se aleja!

ENRIQUE. ¡Oh! no por eso, señora,
el que siente, cual yo siento,
en brazos del desaliento
deja la ilusion que adora:
se alcanza el bien en verdad
cuando hay desco profundo...
¿para qué sirve en el mundo
la fuerza de voluntad?

ISABEL. ¡Oh! qué feliz debe ser
la mujer amada asi!

ENRIQUE. ¡Esto es hablar!

ISABEL. Yo creí
que era sentir y querer.
¡Oh! no es usted el cobarde
que la ocasion no encontró
en mi camino: soy yo (Con amargura.)
la que ha llegado muy tarde.
Al dichoso, no le aterra
el mal que nunca ha sentido!

ENRIQUE. ¿Cree usted que yo no he tenido
ningun pesar en la tierra?

ISABEL. ¿Usted?... (Con incredulidad.)

ENRIQUE. Yo.

ISABEL. Jovén, amante,
correspondido sin duda,
¿qué pesar altera y muda
el color de su semblante?
¿Sabe usted lo que es pasar
la juventud sin amor,
burlándose del dolor
que se ha gozado en causar?
Y cuando hay menos belleza

por primera vez sentir
un amor que hace morir
y hace perder la cabeza?
Y no ser correspondida
y estar sola eternamente,
y pasar cobardemente
entre el despecho la vida?...

ENRIQUE. ¡No; mas conozco el tormento
de amar y de ser amado
sin que se mire logrado
ese cariño un momento;
de tener que renunciar
á lo que tanto se adora,
sin una razon, señora,
que lo pueda disculpar!

ISABEL. ¡Ah! usted...

ENRIQUE. Yo hablo solamente
de males imaginarios,
como usted.

ISABEL. ¡Extraordinarios (Con extrañeza.)
los juzgo!...

ENRIQUE. ¡Lo son realmente!

ISABEL. Dígame usted la verdad
y le entenderé mejor...
seré su amiga, el amor
no prohibe la amistad.

ENRIQUE. ¡Gracias!—¡Usted puede hacer
que deje yo de sufrir!

ISABEL. ¿Y tarda usted en decir
la verdad? ¡Vamos á ver!

ENRIQUE. Yo amo á una mujer...

ISABEL. ¡Su nombre!...
(Con rapidez.)

ENRIQUE. ¡Con ese inmenso cariño, (Sin oirla.)
última emocion del niño,
primera ilusion del hombre!
¡Con esa pasion fecunda
que vive entre risa y llanto,
mezcla de respeto santo
y de estimacion profunda!
Sin ella no hay nunca aqui
felicidad ni contento, (Con fuego.)

sin ella no hay un momento
de ventura para mí.
¡Ella me ama! yo lo sé,
pero existe una razon
que manda á su corazon
no amar al mio...

ISABEL. ¿Por qué?

ENRIQUE. Eso es lo que usted verá,
lo que causa mi agonia,
lo que usted, amiga mia,
por mi bien evitará.
Dígale usted que no hay nada
que justifique su empeño,
que nadie es del alma dueño
sino la persona amada. (Con intencion.)
Haga usted que se decida,
sea usted su protectora,
y mi gratitud, señora,
durará lo que mi vida.

ISABEL. ¡Luego es con usted cruel!...
Saber quién es me precisa...

ENRIQUE. Esa mujer es Elisa.

ISABEL. ¡Elisa!...

ENRIQUE. Adios, Isabel.

(Levantándose á pesar suyo, y él saludando y marchándose por el foro.)

ESCENA VI.

ISABEL.

¡Lo sabia! ¡y sin embargo
oirlo me ha estremecido!
¡Oh! ¡nunca me ha parecido
ese nombre tan amargo!
¡Y he de renunciar por ella
á mi bien! y he de dejarla
que sea feliz... ¡y amarla!
¡Esa mujer es tan bella?
Pero... si le ama ¿por qué
su amor no admite? ¿Sabrá
lo que yo siento y querrá
sacrificarse? ¡No á fé!...

Si le quisiera cual yo...
¿cómo renunciar podria?... (Con pasion.)
Si sabe la pasion mia
me tendrá lástima... ¡Oh!... (Con despecho.)
¡Y ella á quien yo he recogido
mi bien me roba inclemente...
yo he criado una serpiente
en mi seno, y me ha mordido!
¡No será!... ¡amor por amor!
yo el suyo aquilataré...
yo su secreto sabré...
(Elisa sale por la izquierda y se sorprende al ver á Isabel.)

ELISA. ¡Isabel!...

ISABEL. (¡Ella! ¡valor!) (Con energia.)

ESCENA VII.

ISABEL, ELISA.

ISABEL. ¿Estás ya mas aliviada?...
(Con fingido interés.)

ELISA. Mejor estoy... fué un vahido...

ISABEL. (Bella es... ¡tarde lo he sabido!...)
¿Y ahora qué sientes?

ELISA. Ya... ¡nada!

ISABEL. Sabes que te quiero mucho,
y mi leal interés...

ELISA. ¡Lo ignoraba, porque es (Sarcasmo.)
la primer vez que lo escucho!

ISABEL. (¡Ah!) No soy de esas mujeres
que hablan mucho y sienten poco.

ELISA. ¡Yo no soy asi tampoco!

ISABEL. ¡Tú cariñosa no eres!

ELISA. Hay algunas ocasiones...
en que ser amable sé.

ISABEL. Mas que en palabras, se vé
el amor en las acciones.

ELISA. Si.

ISABEL. ¿Desde que estás en casa
algo te llegó á faltar?
¿No supe por tí mirar

con solicitud sin tasa?
¿No cuidé constantemente
de tu traje y tu tocado?
¿No te he tenido á mi lado
como aqui continuamente?

ELISA. ¿Y cuándo han faltado en mí
ni en un arranque indiscreto
la gratitud y el respeto (Con frialdad.)
que en tres años la debí?

ISABEL. Faltóme tu confianza.

ELISA. ¿Cuándo usted me la ha pedido?

ISABEL. Basta haberla merecido.

ELISA. ¡No á tanto el deber alcanza!

ISABEL. (¡Ah!) (Conteniendo su ira.)

ELISA. ¡Si usted, al fin mi tia,
despues de morir mi padre,
la miseria de mi madre
no quiso aliviar un dia;
si por antiguas querellas,
en su vengativo anhelo,
sin mirar su desconsuelo
la dejó morir con ellas!
si usted no ha hecho mas por mí,
tras de hacerme tanto daño,
que no dejar que un extraño
me amparára... ¿no es asi?
¿Qué pide á mi corazon
de su cariño vacio,
sino ese respeto frío,
hijo de la obligacion?

ISABEL. Mal me juzgas ciertamente...
(Procurando contener su indignacion.)
mi hermano y yo en muchos años
no nos vimos; como extraños
vivimos continuamente.
Vuestra miseria ignoraba,
y no os socorrí por eso,
tal vez hice mal, confieso
que en saberlo no pensaba;
pero hoy, que á mi lado estás,
castigué en tí mi pasado...
¿te he ofendido?... ¿te ha faltado

alguna cosa jamás?

ELISA. ¡Si! me ha faltado el amor
á que tenian derecho
la lealtad de mi pecho,
mi miseria y mi dolor.
¡Nunca el oro me ha faltado,
tia, para engalanarme, (Sarcasmo.)
usted no podia darme
otra cosa, y me le ha dado!

ISABEL. ¿Sabes que hoy, no sé por qué,
quieres mi enojo excitar?

ELISA. Usted me ha querido hablar
de un pasado que yo sé,
y mis heridas constantes,
que usted no ha cicatrizado,
sangre otra vez han brotado
tiñendo nuestros semblantes!

ISABEL. (En voz baja.)
¡No las antiguas por cierto
hoy en tu semblante llevas,
son otras heridas nuevas
que tú misma te has abierto!

ELISA. ¡Yo! (Con temor.)

ISABEL. Si; no cubras tu faz
con hipócrita altivez,
deja por primera vez
todo tu pasado en paz;
y ¡dime si no hay en tí
hoy un odio mas cruel!
¡dí si no temes por él
lo que sabes que hay en mí!

ELISA. ¡Oh! (Mirándola.)

ISABEL. ¿No es cierto que sin calma
oyes las verdades mias,
y que antes no conocias
el odio que hay en tu alma?
¿No es cierto que alguien causó
ese dolor que encareces?
¿No es verdad que me aborreces
como te aborrezco yo?
(Bajando la voz y Elisa retrocediendo.)

ELISA. ¡Oh! ¡yo no sé aborrecer!

sé sentir mi desventura...

ISABEL. ¡En vano ocultar procura
tu corazon su placer!

ELISA. ¡Usted no entiende, señora,
todo mi horrible tormento!
Ese amor que es mi contento
y mi calma bienhechora,
ese amor en que yo ví
la ventura de los dos...
ese amor... no quiere Dios
que sea ya para mí!
(Con fuego y desesperacion.)
¡Y usted mi dicha ha deshecho
sin saberlo, con su encono!
¡Buena soy, si le perdono
todo el daño que me ha hecho!

ISABEL. ¡Qué! (Sorprendida.)

ELISA. ¡Basta! Libre es ese hombre;
yo no quiero ser su esposa,
para otra mas venturosa
guarde su mano y su nombre.
¡Perdon, señora, y adios!
(Aparece en la puerta del foro D. Eduardo. Elisa se vá por la izquierda.)

ISABEL. ¿Ella le ama y me le cede?
¡No entiendo lo que sucede!

EDUARDO. ¡Estaban juntas las dos!

ESCENA XIII.

ISABEL, EDUARDO, que baja al proscenio.

EDUARDO. Isabel, francos hablemos. (En voz baja.)
¿qué hace ese muchacha aqui?

ISABEL. Es mi sobrina... (Con extrañeza.)

EDUARDO. (Con confianza.) Lo oí;
pero ya nos conocemos,
y no es preciso fingir
para hablarnos cara á cara.

ISABEL. (¡Qué es esto!)

EDUARDO. ¿Usted no repara
que la está haciendo sufrir?

ISABEL. ¡Cómo!
EDUARDO. ¡Vamos, la verdad!...
¿cree usted que no he conocido
su proyecto, y que he caido
en el lazo?
ISABEL. Mi amistad
tiene derecho á saber
todo lo que usted supone...
EDUARDO. ¿Posible es que no perdone
nunca nada una mujer?
ISABEL. (Yo lo que dice no entiendo;
y si mi ignorancia vé
lo que calla no sabré...)
EDUARDO. Dice usted... (Insistiendo.)
ISABEL. (Sonriendo.) ¡Estoy oyendo!
Vamos á ver: francamente,
¿qué supone usted de mí?
(Como sabiendo de lo que se trata y manifestando sin que él lo note gran ansiedad por comprender lo que D. Eduardo dice.)
EDUARDO. ¿Será usted tan franca?...
ISABEL. Si.
EDUARDO. ¿Confesará?...
ISABEL. Ingénuamente.
(Procurando dominar su impaciencia.)
Si usted acierta, le juro
que tendrá mi confesion.
EDUARDO. Pero... ¿obtendré mi perdon
si me equivoco?
ISABEL. ¡Seguro!
EDUARDO. En esa seguridad
voy á hablar...
ISABEL. (Sonriendo.) Tengo interés
en ver si acierta...
EDUARDO. Despues...
ISABEL. Ya lo he dicho. (¡Qué ansiedad!)
EDUARDO. Usted, yo no sé por qué,
despues de alentar mi amor,
con demasiado rigor
premió mi afecto...
ISABEL. Si á fé...
EDUARDO. Loco al ver mi anhelo muerto,

huí de usted y de España,
jurándola eterna saña
y perpétuo olvido.

ISABEL. ¡Es cierto!

EDUARDO. Yo, acostumbrado á vencer,
ya vé usted que ingénuo hablo,
dí mi cobardia al diablo
y me decidí á volver.

ISABEL. Despues de tres años...

EDUARDO. Si;
pero en ellos ni un momento
se borró del pensamiento
la ofensa que recibí.

ISABEL. ¡Raro amor!

EDUARDO. Usted sabia
que de su voz al arrullo,
por amor ó por orgullo,
á buscarla volveria.

ISABEL. Si.

EDUARDO. (Bajando la voz.)
En tan fija confianza,
que el tiempo no ha hecho ilusoria,
se enteró usted de esa historia
y vió en ella su venganza.

ISABEL. (Sonriendo.)
¡Eso ya no está tan claro,
y ser franco ha prometido!

EDUARDO. Usted querer ha tenido
un auxiliar... (Intencion.)

ISABEL. Sin reparo
hable usted... (Animándole.)

EDUARDO. ¿Voy acertando?

ISABEL. Creo que si. (Dominando su impaciencia.)

EDUARDO. Entonces sigo.
Me quiere usted solo amigo,
y por si yo, no aceptando
su ofrecimiento, quisiera
otro cariño estorbar...
esa mujer puede hablar...

ISABEL. ¡Tal vez! pero aunque dijera...

EDUARDO. No finja usted mas; es bella
y me inutilizaria

si refiriera algun dia
mis relaciones con ella.

ISABEL. (¡Ah!) (Sin poder evitar un grito de júbilo.)
Eso es... siga usted. (Sonriendo con calma.)

EDUARDO. ¿Vá bien?...

ISABEL. ¡Mucho!... pero... hable usted mas...

EDUARDO. ¿Son celos?

ISABEL. ¡Puede!...

EDUARDO. ¡Jamás
la he querido!

ISABEL. ¿Eso tambien?...

EDUARDO. Capricho de esos que el pecho
deja solo al interés,
y que se olvida despues
cuando se vé satisfecho.

ISABEL. No creo...

EDUARDO. La conocí
en la desgracia mayor,
y por vencer su rigor
cuanto ella quiso ofrecí.
Ella creyó en mi querer...
yo no estaba enamorado,
y huí entonces de su lado:
hasta hoy no la he vuelto á ver.

ISABEL. ¿Y eso es cierto?

EDUARDO. ¡Si por Dios! (Con ingenuidad.)

ISABEL. (¡Oh, mi venganza!) (Con alegria.)

EDUARDO. Ahora ya
confesará usted.

ISABEL. ¡Quizá!... (Distraida.)

EDUARDO. Y seguirá entre los dos...

ISABEL. (¡No sé qué hacer!)

EDUARDO. ¿Usted fia
en ese recurso?

ISABEL. Yo...
(Sin atenderle. Eduardo nota su agitacion.)

EDUARDO. ¿Qué tiene usted?

ISABEL. Nada. (¡Oh!
(Enriqua aparece sin ser visto.)
¡Enrique! ¡Dios me le envia!)
(Al ver á Enrique venir por el foro, continúa la conversacion.)

ESCENA IX.

ISABEL, EDUARDO, ENRIQUE.

ISABEL. ¿Con que mi sobrina Elisa
(Á Eduardo en vóz alta.)
víctima fué de su engaño?
ENRIQUE. (¿Qué?) (Deteniéndose sorprendido.)
EDUARDO. ¿Por qué le hace á usted daño
un cariño que dá risa?
Si por vencer su virtud
le llegué á ofrecer mi nombre,
faltas son que todo hombre
tiene de su juventud!
ENRIQUE. ¿Qué dice este hombre?
(Bajando con rapidez á Isabel.)
EDUARDO. ¿Eh? (Sorprendido.)
ISABEL. (Con fingida turbacion.) No sé..
parece...
ENRIQUE. Y bien, caballero,
siga usted. (Conteniendo su ira.)
EDUARDO. Yo... (Excusándose.)
ENRIQUE. Es que yo quiero
que usted lo repita. (Fuera de sí.)
EDUARDO. ¿Qué? (Con altivez
ISABEL. ¡Qué es esto! (Con fingida sorpresa.)
ENRIQUE. Perdon, señora;
pero usted siendo su tia
tolerar no deberia
esa calumnia...
ISABEL. Yo ahora
por el honor de mi casa
estaba oyendo al señor.
EDUARDO. (¡Esto fué un lazo!) (Ap. á Isabel.)
(Á Enrique con calma.) En rigor
nada aqui de extraño pasa.
Usted, que asi se interesa
por el nombre de Isabel,
debe respetar por él
esta casa. Á mí me pesa

si hablé con sinceridad...
(Queriendo irse: Enrique le detiene.)

ENRIQUE. ¡Oh! antes de salir de aqui,
si no por usted, por mí
voy á saber la verdad.
¡Elisa!
(Llamando por la izquierda á tiempo que sale ella, y cogiéndola del brazo para bajarla al proscenio.)

EDUARDO. (¿Qué es esto?) (Á Isabel.)

ISABEL. (Con gozo á Eduardo.) ¿Qué?
¡Vivir!

ENRIQUE. ¡Ese hombre está loco! (Á Elisa.)
(Elisa sale con su sombrero de calle en la mano, q u deja en una silla.)

ELISA. ¡Oh! no. (Con terror.)

ENRIQUE. ¿Dónde de esa suerte
iba usted?

ELISA. (Con desesperacion.) (¡Llamo á la muerte
y no me acude tampoco!)

ESCENA X.

ISABEL, ELISA, EDUARDO, ENRIQUE.

ISABEL. Elisa... ¿es verdad? (Dirigiéndose á ella.)

EDUARDO. (¡Los dos!
yo no puedo consentir!...)

ELISA. ¡Cierto! ¡Cierto! (Aterrada.)

ENRIQUE. Sin mentir
como en presencia de Dios.
¡Lo que ha dicho ese hombre!...

ELISA. (Con voz ahogada.) Sí.

ISABEL. Afirma...

ELISA. ¡Cierto, lo sé!

ENRIQUE. ¡Cielos! (Retrocediendo.)

ELISA. ¡Maldígame usté,
pero sáqueme de aqui!

ISABEL. ¡Tú que llevas mi apellido!...
(En el colmo de la indignacion. Eduardo interponiéndose entre las dos y queriendo evitar la prolongacion de la situacion. Enrique como presa de nna idea desgarradora. Isabel dejando adivinar el placer.)

EDUARDO. ¡Señora!...
ISABEL. ¡Estás deshonrada!...
¡Sal de aquí, desventurada!...
¡Yo nunca te he conocido!
ELISA. ¡Oh!! (Con desesperacion.)
ENRIQUE. Usted que escuchó sensible
el amor de un hombre honrado...
usted que amor me ha jurado...
¡si es imposible!... ¡imposible!
ELISA. ¡Oh! perdon...
ISABEL. ¡Huye de mí!
ELISA. ¡Piedad! (Á Enrique.)
ENRIQUE. Jamás la tendré.
EDUARDO. Señora...
(Acercándose á Elisa y ofreciéndola el brazo.)
ELISA. ¡Atrás! ¡yo me iré!
(Se dirige al foro casi cayéndose. Enrique se cubre el rostro. Eduardo quiere seguirla. D. Miguel se presenta y baja al proscenio. Al verle Elisa se precipita en sus brazos, y él la recibe en ellos. Al empezar á hablar él, cae ella de rodillas á su lado.)
MIGUEL. ¿Qué es esto?
ELISA. ¡Socorro! (Cayendo á sus pies.)
MIGUEL. ¡Aqui!

ESCENA XI.

DICHOS, D. MIGUEL.

ISABEL. ¡No la dé amparo ni abrigo!
ENRIQUE. ¡Huya de su ser manchado!
MIGUEL. Si... saldrá... pero á mi lado!...
ISABEL. ¿Cómo?... ¿Con usted?
MIGUEL. (Con entereza.) ¡Conmigo!
(Pausa. Don Miguel, colocando su mano sobre la cabeza de Elisa, que arrodillada oculta su rostro. Momento de silencio.)
¡Era el tiempo en que sin nombre
se celebraba en el mundo
el sacrificio fecundo
de la Redencion del hombre!
En que se ignoraba el bien

que la humanidad lograba;
y en que el Dios-hombre vagaba
en torno á Jerusalen.
Un dia en que el Redentor
cerca á la ciudad andando,
cual siempre iba predicando
la caridad y el amor,
sordo rumor popular
sus oidos llegó á herir,
cual suele á veces rugir
desde sus antros el mar.
Una mujer acosada,
por la turba perseguida,
la vista desvanecida,
la cabeza destrenzada,
llegó en alas del terror,
pobre ante tanto enemigo,
buscando amparo y abrigo
á los pies del Redentor.
—«¿Qué haceis y por qué intentais
castigar á esta mujer?
¿Cuál pudo su crimen ser
cuando asi la amenazais?»—
—dijo, y la turba mas fiera
al ver la presa escapada,
á una voz, lanzó agitada
su acusacion justiciera!
—«No la acojas; no has de oir
su congoja aunque te llame;
es adúltera esa infame,
es nuestra y debe morir!»
—Miró Jesus á la impia,
alzó los ojos al cielo,
cogió una piedra del suelo
que cerca de sí tenia...
Y... «¡es justo! dijo, calmando
la tempestad con su acento,
dadle el castigo al momento
que ella presiente temblando.
La justicia de la tierra
cumplid, aunque es implacable.
¡Comenzad!... ¡*Que el impecable*

tire la primera piedra!»

(Pausa. Todos bajan la cabeza.)

Los brazos no se movieron,
los ojos no se miraron,
todas las bocas callaron,
todas las piedras cayeron:
alzó la mujer su sien...

(Alza la cabeza de Elisa y ellos se apartan.)

¡la turba se desbandó!!!...
y... Jesucristo siguió
su marcha á Jerusalen.

(Al levantar con una mano á Elisa, mientras con la otra señala al espacio, cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Miguel. Puerta al foro y laterales. Muebles modestos, pero de buen gusto.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, D. MIGUEL. La primera sentada; el segundo de pié á su lado.

MIGUEL. No; yo no quiero amargar,
Elisa, tu situacion:
misterios del corazon
nadie debe penetrar.
Llora, al fin eres mujer
y el porvenir te acobarda;
pero tu secreto guarda,
que yo no quiero saber.

ELISA. Yo necesito, señor,
mi corazon desahogar,
y en alguien depositar
la historia de mi dolor.
Á mí ya no me conviene,
aunque oirme no le cuadre,
que el que hoy me sirve de padre
sin oirme me condene.

MIGUEL. Yo al darte en mi casa entrada

cumplí mis santos deberes:
no me importa saber si eres
culpable ó desventurada.

ELISA. Usted juzgará despues,
ya que escucharme rehusan,
si el crímen de que me acusan
desgracia ó delito es.

MIGUEL. ¡Dios su perdon prometió
al que arrepentido está.

ELISA. Dios me ha perdonado ya...
¡pero los hombres aun no!

MIGUEL. Y yo perdonarte ansio.

ELISA. En busca de ese perdon (Con avidez.)
se lanza mi corazon.
¡Escuche usted, padre mio! (Pausa.)
Murió mi padre: ninguna
herencia de él disfrutamos,
y mi madre y yo quedamos
sin amparo y sin fortuna.
Al dintel de la pobreza
llegamos dia tras dia:
mi madre se consumia
de dolor y de tristeza;
y yo, que apenas contaba
diez y siete primaveras,
dias y noches enteras
sin descanso trabajaba,
sin que mi tia Isabel
á mis cartas contestara,
siendo rica, ni aliviara
nuestra situacion cruel.
Un hombre rico, opulento,
un dia siguió mis pasos,
averiguó mis escasos
medios: desde aquel momento
en mi oido sin cesar
cayó el ruido tentador
de una fortuna mejor
y un tranquilo bienestar.
Callé; mis ojos volví
y mis oidos cerré,
y con frio trabajé

y con hambre resistí.
Una noche en que mis ojos
al trabajo se negaban
y que á mi madre miraban
dormida, tristes y rojos...
una de esas noches frias,
en que se espesa el ambiente,
y en que cruzan por la mente
mil imágenes sombrias;
de esas en que ni aun el ruido
se oye del tiempo que tarda,
y en que el ángel de la Guarda
parece que está dormido...
volvió ese hombre... habló de amor,
«te daré cuanto te cuadre,»
me dijo; miré á mi madre
y huí de allí con horror.
Recordé la caridad,
y audaz recorrí y resuelta,
en mi pobre manto envuelta,
las calles de la ciudad.
Á la ajena compasion
mas que á la sangre debí...
Llorando á todos pedí,
escondida en un rincon,
y allí calmaron mi afan
los que me vieron llorando,
cuando á mi casa temblando
volví con honra y con pan...

MIGUEL. ¡Sigue! (Conmovido.)

ELISA. Mi madre admiró
mi lucha un mes y otro mes:
algunos dias despues
me bendijo y espiró.
(Con voz ahogada.)
Viviendo ella fuerte fuí;
pero en mi dolor profundo,
viéndome sola en el mundo,
¿qué me importaba de mí?
Á consolar mi dolor
asíduo á mi lado estaba
el hombre que me brindaba

su cariño protector.
Juróme fé, lealtad,
y en ver mi virtud ufano,
juró premiar con su mano
mi desgracia y mi orfandad.
El que tanto prometió
y juró aliviar mi vida,
viéndome por él perdida
á sus palabras faltó.
Y olvidándose cobarde
de mi vida y su deber,
me dió el mundo á conocer.
Ya para el bien era tarde.
Usted entonces llegó,
miró en peligro mi vida,
y á la pobre desvalida
cariñoso recogió.
Por usted pisé el umbral
donde mi tia moraba,
por usted solo ocultaba
su conducta criminal.
Hoy no hay nada entre los dos;
pero mi fé me asegura
que ella de mi desventura
tendrá que dar cuenta á Dios.
Mi historia entera esta es,
vea usté si fué tan culpada
la mujer desventurada
que llorando está á sus pies.
(Cae de rodillas.)

MIGUEL. ¡Oh! si un infame abusó
de tu inocencia y tu estado,
el cielo te ha perdonado
como te perdono yo.
Dios oyó tu confesion,
y él manda continuamente
al que llora y se arrepiente
un rayo de bendicion!

ELISA. ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias, Dios mio!

MIGUEL. Ahora déjame: yo quiero
hacer mas por tí... y espero...

ELISA. Es en vano...

MIGUEL. Yo confio.
ELISA. ¡Voy de la desdicha en pos!
MIGUEL. Premio la desdicha alcanza.
ELISA. ¡Ah!
MIGUEL. Ten en mí confianza.
ELISA. ¿Pero usted qué intenta?
MIGUEL. Adios.

(La acompaña hácia la izquierda y vuelve al proscenio.)

ESCENA II.

D. MIGUEL, el CRIADO por el foro, que entra apenas queda aquel solo.

CRIADO. Don Eduardo...
MIGUEL. ¿No le has dicho
que no puedo ver á nadie?
CRIADO. Insiste de tal manera
que no sé qué contestarle.
MIGUEL. Dios lo quiere asi sin duda.
CRIADO. ¿Qué decide usted?
MIGUEL. Que pase.
CRIADO. Y si viene...
MIGUEL. Para todos
estoy ya.

ESCENA III.

D. MIGUEL.

Mañana es fácil
que no me encuentren, y quiero
ajustar mis cuentas antes.
Esperé á Isabel y á Enrique
toda la mañana en balde,
y este, á quien oir no quiero,
viene sin que yo le llame.

ESCENA IV.

MIGUEL, EDUARDO.

EDUARDO. ¡Gracias á Dios!
MIGUEL. ¡Caballero!
EDUARDO. He venido ya bastante
sin tener la dicha...
MIGUEL. Estaba
fuera de casa...
EDUARDO. En el lance
de ayer y sus consecuencias,
que deploro mas que nadie,
logró usted mis simpatias.
MIGUEL. Gracias... espero...
EDUARDO. ¡Al instante!
Por una complicacion
de causas inexplicables,
yo comprometí la honra
de una mujer; usted sabe
que intenté seguirla, pero...
MIGUEL. Es verdad... si usted no añade
otra cosa!...
EDUARDO. Anoche mismo
de esta casa á los umbrales
llegué... volví esta mañana
inútilmente...
MIGUEL. Bastante
inútil es esa historia,
puesto que me vé esta tarde.
EDUARDO. Cierto.
MIGUEL. ¿Cuál es el motivo
de su visita?
EDUARDO. Cobarde
seria mi proceder
si de enmendar no tratase
lo que yo...
MIGUEL. No entiendo aun
qué enmienda...
EDUARDO. Voy á explicarme.
Muy torpemente por cierto

cayendo en un lazo infame,
publiqué lo que no era
aun conocido de nadie.
Ahora bien, por mis palabras,
Elisa perdió un amante,
una casa, una familia,
tal vez un marido...

MIGUEL. (Interrumpiéndole.)
Antes
de que usted hablara, ella
rechazó su mano.

EDUARDO. (Maliciosamente.) ¡Diantre!
¡eso es digno!

MIGUEL. Concluyamos.

EDUARDO. Elisa no tiene padres
ni parientes, ni fortuna...
¿no es asi?

MIGUEL. ¡Cierto!... ¡adelante!...
(Con impaciencia.)

EDUABDO. ¡Á mí me toca y no á otro
velar por ella!... Usted hace
mas que debe recogiéndola;
pero estorbará á sus planes
tan molesto sacrificio,
del que vengo á relevarle.

MIGUEL. Usted viene...

EDUARDO. Por Elisa...
¡ya la perdí!... ¡que la salve!...

MIGUEL. Pero aun entender no puedo...

EDUARDO. Pues me he explicado bastante.
¿Qué apoyo tiene en el mundo,
qué posicion?... Puedo darle
todo cuanto necesite...
para vivir... y ¿quién sabe?...
ella misma.

MIGUEL. (Dominando su ira.)
¡Caballero!
¡Creo que basta de ultrajes!
Y á no escudarle mi casa,
que á ninguno escuda en balde,
ha tiempo que mi respuesta
visto hubiera en mi semblante.

¿Por quién me ha tomado usted,
cuando tal propuesta me hace,
comerciando aqui de nuevo
con la desgracia y el hambre?
¡Elisa duerme en el lecho
castísimo de mi madre,
y mientras en él se duerma
no puede comprarla nadie!
Si su padre ya no existe,
yo desde ayer soy su padre:
¡gracias que no pida cuentas
de su honra y que las salde!

EDUARDO. ¡Alí! (Con sonrisa maliciosa.)

MIGUEL. No sé si esa sonrisa,
á mas de necia es infame;
en cualquiera de esos casos,
¡ya me molesta bastante!...

EDUARDO. ¡Lo que me pasa es por cierto
inconcebible!... admirable!
¡Á un hombre que ayer queria
destruir con un enlace
la honra de su apellido,
salvé de tan triste trance,
y en vez de darme las gracias
y su salvador llamarme,
me desafia y conmigo
dentro de un rato se bate!
Á otro, que sobre sí toma
un peso bastante grande,
quiero aliviar y me insulta.
¡Cierto que la cosa es grave!
Cuál fué mi culpa, ni ayer
ni hoy, ni hace tiempo, ya sabe
la mujer que el que le rinde,
con ella no ha de casarse...

MIGUEL. Y usted hizo bien... entonces...

EDUARDO. No trato de disculparme.
¿Quién no tiene asi una historia?
Yo hice lo que todos hacen.

MIGUEL. ¿Y no merece castigo
el ir á asaltar cobarde,
una fortaleza aislada

á quien no defiende nadie?
¿Es bien hecho brindar nombre,
fortuna, comodidades
á la que vé que sucumbe
de miseria y frio y hambre?
¿Y lo hacen todos?... Pues todos
los que son tan miserables
olvidan que tendrán hijas
que pueden quedar sin padre...
Hijas expuestas un dia
á que un seductor infame
las abandone diciendo...
¡yo hago lo que todos hacen!

EDUARDO. ¿Queria usted por lo visto
que en un quijotesco arranque
á la mujer, antes mia,
llevara yo á los altares?

MIGUEL. ¿Usted?... no tal; mis ideas
estan de eso muy distantes.
Diérala yo á quien la amara,
á quien su falta olvidase...
¿Pero á usted que la ha engañado?
Ella pobre, miserable,
perseguida, deshonrada,
para mi conciencia vale
mil veces mas que usted, rico,
opulento, altivo y grande!
¿Usted su esposo? ¡primero
era preciso matarle,
y lavar su impio crímen
con un bautismo de sangre!

EDUARDO. ¿Con que era poco mi mano?
¡Opinion extravagante!...

MIGUEL. ¡No cura heridas de honra
el nombre de un ser infame!

EDUARDO. ¡Don Miguel!...

MIGUEL. ¡Si, por mi vida!
El que de engaños se vale
y con promesas fingidas
á un ser aislado combate;
el que solo vence al débil
es un vil, es un cobarde!

EDUARDO. ¡Basta! esas palabras piden
satisfaccion, y al instante!
MIGUEL. Yo se la daré cumplida,
si es que no tiembla, y es fácil,
el vencedor de mujeres
al ver á un hombre delante.
EDUARDO. Locura es ya con sus años
proponerme ese combate,
á menos que no lo exija
el capricho de ese ángel!
MIGUEL. ¡Cómo!
EDUARDO. ¿Quién habrá en el mundo
que no entienda al escucharle,
que odian al amante antiguo
los celos del nuevo amante?
MIGUEL. Villano, aun en pensamientos,
¡Dios me ayudará á matarle!
EDUARDO. ¡Tarde es para su justicia!
MIGUEL. ¡Nunca para Dios es tarde!
EDUARDO. Mañana á cualquiera hora...
(Le ofrece la mano que D. Miguel no toma.)
MIGUEL. Mi mano no se dá en balde.
EDUARDO. ¡Don Enrique!
ENRIQUE. Son las cinco
(Entrando por el foro.)
y ahí estan; bajo al instante.

ESCENA V.

D. MIGUEL, D. ENRIQUE.

MIGUEL. Le he escrito á usted.
ENRIQUE. Y he venido
suponiendo no encontrar...
MIGUEL. No tema usted.
ENRIQUE. No tardar
tanto hubiera preferido...
MIGUEL. ¿Se bate usted con ese hombre?
ENRIQUE. Ahora, y ya le hago esperar...
MIGUEL. ¿Qué pretende usted lograr?
(Sin contestarle.)
ENRIQUE. ¿Yo? Que ella lleve su nombre.

MIGUEL. Ese hombre se niega.
ENRIQUE. ¡Oh!
y obra en eso como honrado.
MIGUEL. ¡Enrique!
ENRIQUE. Le he disculpado;
lo mismo hubiera hecho yo.
MIGUEL. Usted... (Con extrañeza.)
ENRIQUE. ¿Quién lleva al altar,
sabiéndolo, á una mujer
que no nos puede ofrecer
su casta frente á besar?
MIGUEL. ¡Tambien usted, que atesora
elevados sentimientos,
no tiene otros pensamientos
para la mujer que llora!
ENRIQUE. ¿Y no merece desprecio
la que una pasion alienta
mientras oculta una afrenta
para el que la adora necio?
MIQUEL. No; Elisa fué tan leal
que amando á usted con pasion
no admitió su corazon.
¿Se portó con usted mal?
ENRIQUE. La amé por mi desventura
con tan insensato amor,
que en vez de dejar su honor
presa de su vida impura,
he reclamado de ese hombre
satisfaccion tan cumplida,
que me dará á mí su vida
ó á ella le dará su nombre!
En este papel cerrado (Se le dá.)
mi voluntad está escrita,
si Dios la vida me quita (Con amargura.)
como el amor me ha quitado,
cumpla usted lo que hay en él,
aunque le choque quizás,
sin que ella sepa jamás
que ha sido mio el papel!
MIGUEL. Usted no sabe esa historia.
ENRIQUE. Y no saberla prefiero;
Elisa murió, y no quiero

atormentar mi memoria.

MIGUEL. Si esa mujer sucumbió,
y usted no sabe por qué,
y alzando al cielo su fé
el cielo la perdonó:
si Dios la balanza inclina
hácia su perdon mañana,
¿será la justicia humana
mas recta que la divina?

ENRIQUE. Él en su juicio profundo
dá el perdon y dá el consuelo;
no viven como en el cielo
los que viven en el mundo!

MIGUEL. Y el que con tanta eficacia
salvar quiere su conciencia,
¿no entiende la diferencia
que hay del vicio á la desgracia?

ENRIQUE. Ante el mundo no hay derechos
que alegar en excepciones.
Dios juzga las intenciones
y el mundo juzga los hechos.

MIGUEL. Á las que lloran livianas
Dios aparta de la sima...

ENRIQUE. Dios está muy por encima
de las miserias humanas!

MIGUEL. Por qué no seguir en pos
de su doctrina visible...

ENRIQUE. Porque Dios es infalible
y justo!... y por eso es Dios! (Pausa.)

MIGUEL. ¡Basta!

ENRIQUE. Ese hombre espera ahora
y ya no me pertenezco...

MIGUEL. Enrique. (Dándole la mano.)

ENRIQUE. ¡Adios!

(Conmovido. Aparece Isabel por el foro y queda parada.)

ISABEL. (Á Enrique.) ¿No merezco
ni una palabra?

ENRIQUE. (Saludando friamente.) ¡Señora!...

(Se vá por el foro. Isabel baja al proscenio.)

ESCENA VI.

D. MIGUEL, ISABEL.

MIGUEL. Gracias á Dios.
ISABEL. ¡Y él se vá!
¡Bien adivinaba yo (Con ironia.)
que estaba en su casa!
MIGUEL. Entró
hace un momento.
ISABEL. ¿No está
en ella la que ha robado
ese corazon de roca,
y que ahora sin duda invoca
el perdon de su pasado?
MIGUEL. ¡Isabel! si en condenar
fué usted tan inexorable,
y aqui vive la culpable,
¿qué viene usted á buscar?
ISRBEL. Segun su carta, á saber, (Conteniéndose.)
ya que usted siempre es tan bueno,
lo que en este asunto ajeno
se ha propuesto usted hacer.
En ella ¡el capricho es raro!
que habla de Elisa se infiere
cuando asegura que quiere
tomarla bajo su amparo.
MIGUEL. Cierto.
ISABEL. Yo no creo justo
que una carga tan pesada
tome sobre sí.
MIGUEL. Me agrada.
ISABEL. Aunque sea de su gusto,
no es natural que teniendo
familia, vele un extraño
por quien ha hecho tanto daño
á su apellido.
MIGUEL. ¡No entiendo!
ISABEL. Casas hay de reclusion
en donde puede vivir,
y yo me apresto á seguir

dándola mi proteccion.

MIGUEL. Siga usted...

ISABEL. He concluido.
Mi peticion es legal
y usted aprueba...

MIGUEL. (Con ironia.) ¡Si tal;
está muy bien entendido!
Solo que como los jueces
suelen la causa ignorar,
quiero yo en primer lugar
hacer hoy aqui sus veces.

ISABEL. No sé...

MIGUEL. Pues somos amigos
y no ven nuestras miradas,
ni partes interesadas
ni indiferentes testigos,
aqui en esta soledad
que oculta nuestros agravios
vá á brotar de nuestros labios
toda la horrible verdad.

ISABEL. ¿Cómo?
(Temerosa. Miguel bajando la voz y con intencion reconcentrada.)

MIGUEL. No por el rigor
de su familia ultrajada,
no por conservar honrada
la santidad del honor,
viene usted á proponer
con intencion santa y tierna
una reclusion eterna
para esa pobre mujer:
es que hay celos y hay amor
en ese pecho egoista,
y teme que su conquista
elija un alma mejor.
Usted, que pudo evitar
el escándalo de ayer,
la deshonró con placer
y la arrojó sin pesar!
Y hoy que vé usted que aquel hombre
no eligió á usted por mas bella,
y piensa sin duda en ella,

aunque no la dé su nombre;
hoy, que no vé usted lograda
su satánica intencion,
con rostro de compasion
se presenta enmascarada.
No hay nadie... ¡mi voz discreta
no contará lo que puedo!...
¡Vamos, señora, sin miedo (Con sarcasmo.)
arroje usted la careta!

ISABEL. ¡Si es que está usted en su casa
nadie al vernos lo diria...
y tal vez de groseria
su atrevido juicio pasa!
Que sea verdad ó no
lo que usted me dice aqui,
yo mando en Elisa, si;
soy su único amparo yo!
¡Y las leyes me darán
lo que usted quiere negarme,
si es que me obliga á ampararme
de ellas!...

MIGUEL. ¡Y la ampararán!
Pero yo sabré decir, (Con fuego.)
no á los jueces, sino al mundo,
todo el abismo profundo
que quiere usted encubrir!...
¡Oh... y el mundo me creerá...
siendo malo... aunque mintiera!...
¡Verá usted de qué manera
la historia circulará!
(Con gozo sarcástico.)
Como todos los que un dia
tras de esas gracias corrieron,
é injustamente sufrieron
su helada coqueteria...
dirán... «Al cabo cayó
»la que invulnerable ha sido!...
»¡Ella á un hombre ha perseguido,
»y ese hombre la despreció!...
»¿Y por quién?... Por quien tenia
»un borron en su pasado...
»y por celos la ha encerrado...

»¡y la teme todavia!...»
En coro á la sociedad
lo tendré que repetir...
¡Cómo vamos á reir!... (Con risa.)
¡Verdad, señora!... ¡verdad! (Con voz ronca.)

ISABEL. ¡Oh! basta... ¡Elisa!...
(Llamando y Miguel deteniéndola.)

MIGUEL. ¡Isabel!

ISABEL. ¡Atrás!... ¡yo por ella vengo!

MIGUEL. ¡Y yo en mi casa la tengo!

ISABEL. Por fortuna no está él, (Con ironia.)
y solo puede arrancarla
de mí quien la dé su mano.
¡Elisa! (Llamando.)

MIGUEL. Como un hermano
puedo á mi vez ampararla.

ISABEL. ¡Error! ó yo ó su marido.

MIGUEL. Reflexione usted, señora.

ISABEL. De reflexiones no es hora...
(Sale Elisa por la izquierda.)

ELISA. ¡Aqui estoy!...

MIGUEL. ¿Por qué has venido?
(Interponiéndose entre las dos.)

ESCENA VII.

ISABEL, D. MIGUEL, ELISA.

ISABEL. Yo, que soy en este mundo
tu única familia ya,
vengo á recogerte.

ELISA. (Sorprendida.) ¡Ah!

ISABEL. Y en mi derecho me fundo.

ELISA. Gracias, señora, la doy,
aunque no acierto á entender
cómo arrojándome ayer
viene á recogerme hoy.

ISABEL. Porque es forzoso evitar
que peores pasos des,
y eches la culpa despues
á quien te llegó á arrojar.
Porque basta lo pasado,

porque no es tuya esta casa,
y autorizar lo que pasa
no puede quien sea honrado.

ELISA. Si aqui no puedo vivir
y es suya la razon ya,
una reclusion será
mi casa y mi porvenir.

ISABEL. Eso mismo debe ser;
pero á mí hacerlo me toca.
Don Miguel, mi voz lo invoca...
¡déme usted esa mujer!

MIGUEL. ¡Recuerde que mi promesa
cumpliré por vida mia!

ISABEL. Nos veremos todavia.

(Aparece D. Enrique en el foro algo pálida. D. Miguel corre hácia él. Elisa retrocede. Isabel la mira.)

MIGUEL. ¡Ah!

ELISA. (¡Él aqui!)

ENRIQUE. (¡Verla me pesa!)

ESCENA VIII.

ISABEL, ELISA, D. MIGUEL, D. ENRIQUE.

MIGUEL. (¿Qué hay?) (Ap. con rapidez á Enrique.)

ENRIQUE. (¡Herido gravemente!)
(¡Me falta al verla el valor!)

ELISA. (¡Haz tu voluntad, Señor!)

ENRIQUE. (Deteniendo á Isabel y Elisa, conmovido y con dignidad.)
Un momento solamente;
señora, el hombre que osado, (Á Elisa.)
robándome la ventura,
dió á esa vida la amargura
y emponzoñó su pasado,
sangre del pecho vertiendo
por una mano homicida,
quiere, si guarda la vida,
su perdon.

ELISA. ¡No le comprendo!

ENRIQUE. Ese hombre que á la razon
no quiso iluso ceder,

cercano su fin al ver,
me ha dado una comision.
Honra con honra se lava,
y él que la de usted tenia,
á dar la suya me envia
por si su vida se acaba.
¡Mia usted no puede ser,
de él quiere Dios que usted sea!

ELISA. ¡Satisfaccion no desea (Con dignidad.)
mi desgracia de mujer!
No fuera yo mas honrada
aceptando ese cilicio,
ni tan grande sacrificio
puede serviros de nada.
Déle usted gracias sinceras,
y acepte usted por su accion
de este muerto corazon (Conmovida.)
las ilusiones postreras.
(Enrique permanece inmóvil.)
¡Vamos! (Á Isabel.)

MIGUEL. ¡No tal!

ISABEL. ¡Otra vez!

MIGUEL. Yo aquí soy su protector...
Si usted no fué defensor
nunca, ¿cómo ha de ser juez?
¿Con qué razon que me cuadre
pretende sacar de aquí
á la que yo recogí
de la tumba de su madre?

ENRIQUE. ¡Ah! (Sorprendido.)

MIGUEL. Si. Si usted sin mirar
la honda miseria en que estaba,
en el mundo la dejaba
sin familia y sin hogar;
si usted á su juventud
ni amparo ni ayuda dió,
¿cómo si crueldad sembró
recoger quiere virtud?
Si usted, rica y opulenta,
su honra limpia no ha guardado,
¿cómo á la que ha abandonado
pide tan estrecha cuenta?

¿Cómo á mí que la amparé
y que ayer la traje aqui,
viene á reclamar asi
lo que nunca suyo fué?

ISABEL. (Fuera de sí.)
Vengo á evitar que mañana
decir pueda un atrevido,
que con quien no es su marido
vive la hija de mi hermana.

MIGUEL. Oh!

ISABEL. ¡Que el noble protector
que conmigo se propasa
la trajo á su misma casa
para perderla mejor!

MIGUEL. ¡Señora!...

ISABEL. Y usted que bien (Á Enrique)
el mundo conoce ya,
fácilmente entenderá
esta comedia tambien!

ELISA. Oh! deje usted por favor
que salga de aqui al instante,
que siento arder mi semblante
de indignacion y rubor!

MIGUEL. ¿Conque es decir que asi miden
los viles al hombre honrado,
y que al tenerte á mi lado
cuentas estrechas me piden?
Pues bien; si tiene derecho
el mundo en sus altos juicios
á entender los beneficios
por un prisma tan estrecho,
yo rompo con él desde hoy,
ya que él ha roto conmigo,
y con alta frente sigo
por el camino en que estoy.

ISABEL. Ya no hay nada que me asombre,
¡se amaban antes!

MIGUEL. Señora...
respete usted desde ahora
á la que lleva mi nombre.

TODOS. Oh!...

MIGUEL. ¿No dicen que los dos

nos amamos... yo me avengo.

ELISA. ¡Pero!...

ENRIQUE. ¿Usted?

MIGUEL. Con mi honra tengo
bastante para los dos.
Si ante el mundo pervertido,
que en la miseria te deja,
para que yo te proteja
hace falta mi apellido,
tuyo es, aunque á él no le cuadre,
pues de mi virtud dudó;
no por eso he de ser yo
otra cosa que tu padre!

ELISA. Imposible, yo no soy
digna... no... median abismos.

MIGUEL. ¡Á mis ojos ellos mismos
te han regenerado hoy!

ELISA. ¡Bendito seais, Señor!...
mas yo no puedo admitir...

MIGUEL. ¿No suelen ellos decir
que regenera el amor?
Pues bien, ten mi vida entera,
y si un dia algun aleve
se olvida de lo que debe
á la que es mi compañera;
si una mujer, tu pasado
viene á lanzar en mi oido,
de esas que siempre han vencido,
tal vez porque no han luchado;
si un maldiciente murmura
tu historia desventurada,
yo en Dios fija la mirada
les diré con voz segura...
«¡Es verdad y no me arredra
»vuestra justicia implacable!
»¡Ahí está... que el impecable
»tire la primera piedra!

(Con solemnidad. Todos bajan la cabeza, cae el telon con rapidez.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama titulado La primera piedra, *no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, siempre que se supriman los versos acotados en la escena III del primer acto y en la IX del segundo.*

Madrid 26 *de Octubre de* 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Quedan hechas las supresiones marcadas por la censura.

EL AUTOR.

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

El amor y la moda..... Comedia en un acto y en verso.
Quien á cuchillo mata..... Comedia en un acto y en prosa.
Pedro el marino..... Comedia en un acto y en prosa.
El cuello de la camisa.... Comedia en tres actos y en verso.
A caza de cuervos..... Comedia en tres actos y en prosa.
Las tres noblezas..... Comedia en tres actos y en verso.
Un embuste y una boda.... Zarzuela en dos actos y en prosa.
Todo son raptos..... Zarzuela en un acto y en verso.
En palacio y en la calle... Drama en tres actos y en verso.
Una nube de verano. (Tercera edicion.) ..... Comedia en tres actos y en verso.
Lanuza ..... Drama en tres actos y en verso.
Una Vírgen de Murillo [1]... Comedia en tres actos y en verso.
El beso de Judas..... Comedia en tres actos y en verso.
Una lágrima y un beso..... Drama en cuatro actos y en verso.
La flor del valle. (Segunda edicion.)..... Drama en tres actos y en verso.
La pluma y la espada..... Drama en tres actos y en verso.
Batalla de reinas..... Comedia en cinco actos y en prosa.
El amor y el interes (Segunda edicion.)..... Comedia en tres actos y en verso.
La planta exótica (Segunda edicion)..... Drama en tres actos y en verso.
La paloma y los halcones... Comedia en tres actos y en verso.
El rey del mundo..... Comedia en tres actos y en verso.
La perla negra..... Zarzuela en tres actos y en prosa.
La oracion de la tarde (Quinta edicion.)..... Drama en tres actos y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.

LOS LAZOS DE LA FAMILIA (Segunda edicion)..... Drama en tres actos y en verso.
¡RICO... DE AMOR!..... Drama en tres actos y en prosa.
BARÓMETRO CONYUGAL..... Comedia en tres actos y en prosa.
LA BOLSA Y EL BOLSILLO..... Comedia en tres actos y en prosa.
EL MARQUÉS Y EL MARQUESITO. Comedia en tres actos y en prosa.
LOS INFIELES. [1]..... Comedia en tres actos y en verso.
FLORES Y PERLAS. (Tercera edicion.)..... Drama en tres actos y en verso.
LA AGONIA..... Drama en un acto y en verso.
¡DIOS SOBRE TODO!..... Comedia en tres actos y en verso.
LAS HIJAS DE EVA [2] (Segunda edicion)..... Zarzuela en tres actos y en verso.
EL HOMBRE LIBRE..... Comedia en cuatro actos y en verso.
LA PRIMERA PIEDRA..... Drama en tres actos y en verso.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

TRES NOCHES DE AMOR Y CELOS. Novela original en dos tomos.
LA GOTA DE TINTA..... Novela original en dos tomos.
EL LIBRO DE LAS MUJERES.... Obra traducida en un tomo.

---

1 En colaboracion con D. Narciso Serra.
2 Música de D. Joaquin Gaztambide.

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

OROS, COPAS,

ESPADAS Y BASTOS,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Sr. Aldaz

QUINTA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á tiempo		H. Giner de los Rios y J. Cont. Crooke.	Todo.
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	»
Casado y con hijos	1	José Campo Arana	»
Champagne frappé	1	Miguel Echegaray	»
Céfiro enamorado	1	Luis Pacheco	»
Complicaciones	1	S. Contreras	»
Cortar por lo sano	1	A. Sanchez Ramon	»
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El egoismo	1	E. Segovia	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Entre amigos	1	F. Flores García	»
La cinta azul	1	Enrique Prieto	»
La conciencia	1	José del Castillo	»
La escalera	1	Eduardo Guillen	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Las orejas del lobo	1	José Campo	»
Lazos del corazon	1	R. Leopoldo Palomino	»
Pedro Ponce y Juan Carranza	1	José María Nogués	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por el balcon	1	Enrique Prieto	»
Por indicios	1	F. Boccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Siguiendo la pista	1	Juan Torrecilla	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
Trigninas y filoxeras	1	Jaime Piquet	»
Un rival en la cuna	1	J. Martin y Santiago.	»
Yo pequé	1	Manuel Sala	»
A espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
El primer galan	2	Eusebio Blasco	»
La daga de Alfonso XI	2	Francisco Macarro	»
Lo que ha de ser	2	Ramon Mariscal	»
Marte, Baco, Venus y Terpsícore	2	Enrique G. Bedmar	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Despues de la boda	3	José Campo Arana	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
El cura de San Antonio	3	Ceferino Palencia	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez.	»
Las penas del purgatorio	3	J. Campo Arana (*Mit.*)	»
María Estuardo	3	José Campo	»
Ni la paciencia de Job	3	Miguel Echegaray	»
Valiente noche de Reyes	3	B. de Monfort	Música

OROS, COPAS, ESPADAS Y BASTOS.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª edicion).
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (4.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª edicion.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro.
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (9.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El corpus de sangre. (M. de M. F. Caballero.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

OROS, COPAS, ESPADAS Y BASTOS,

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado en el Teatro del PRINCIPE el dia 23 de Diciembre de 1866.

QUINTA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
CÁRMEN	D.ª FELIPA DIAZ.
ROSA	ELISA BOLDUN.
DOÑA EDUVIGIS	FELIPA ORGAZ.
DON BLAS	D. PEDRO DELGADO.
DON LUIS	ANTONIO ZAMORA.
DON CASTO	JOSÉ GARCÍA.
DON JOSÉ	GREGORIO VIANA.
UN CRIADO	DIAZ.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARIA OMERO DE OSSORIO,

en prueba de cariño y amistad,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Doña Eduvigis; puerta al foro y laterales. muebles elegantes, pero no de gran lujo: butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS, CÁRMEN y ROSA.

La primera aparece en medio de la escena. teniendo á su derecha á Cármen de pie, y á su izquierda á Rosa, bordando en tapicería.

CARMEN. Y lo demas, madre mia,
es no tener dignidad.
EDUV. De esa manera es muy fácil
que te quedes sin casar.
CARMEN. ¿No es preferible mil veces
vivir sola en libertad,
á ser esclava, casándome,
de álguien que me trate mal?
DUV. Si te casas con un bruto
que te pegue, claro está;
pero si eliges un hombre
que tenga buen natural
y te quiera y te contemple,
como mi difunto Juan,

por qué no casarte? Rosa,
qué te parece?

ROSA. (Sin dejar de bordar ni levantar la cabeza.)
Muy mal.

EDUV. Por qué?

ROSA. Porque la mujer
(Con una entonacion de colegiala y mucha inocencia en lss frases de doble sentido.)
vino al mundo nada más
que para buscar marido,
encontrarle, ir al altar,
tener niños y morirse
cuando ya no pueda más.

CARMEN. Esta es la tonta!

EDUV. Á lo ménos
habla con sinceridad.

CARMEN. Yo tambien; á mí me cargan
los hombres.

ROSA. (Sin levantar la vista.)
Pues ahí verás;
á mí como no me cargan...

EDUV. Vamos, Rosita, á bordar;
que si se te va la lengua...

ROSA. Pues claro que se me va.

CARMEN. (Incomodada á Rosa.)
Qué son los hombres?

ROSA. Los hombres?
Unos séres con gaban
y bigotes y reloj...

CARMEN. Qué hacen en el mundo?

ROSA. Amar
y querer á las mujeres;
y las mujeres están
para dejarse querer
sin poderlo remediar.

CARMEN. Qué te gusta en ellos?

ROSA. Todo!

EDUV. Hija!

ROSA. Para no pecar,
¿no me ha dicho usted que siempre
hay que decir la verdad?

EDUV. Sí, pero tan á las claras...

CARMEN. Eso sin duda será
que ya te ha flechado alguno.
ROSA. Ninguno me flecha, estás? (Incomodada.)
CARMEN. Pues cómo dices entónces?...
ROSA. Yo, porque es muy natural!
Cuando estaba en el colegio,
sor María de la Paz,
mi maestra, me decía:
«El hombre es un animal
(Con acento de terror.)
venenoso, tiene uñas
muy largas: sólo en tragar
á las muchachas emplea:
no le escuches por piedad,
que la infeliz que los oye
ó los mira nada más,
en el momento se queda
hecha una estátua de sal.»
Salí de allí, y los miré,
y los oí, y ahí verás;
ni me arañan con las uñas,
ni me llegan á tragar,
ni me truecan en estátua;
y como los juzgan mal,
por eso me gustan todos...
y algunos me gustan más.
EDUV. ¡Bendita sea tu boca
y tu amena ingenuidad!
Bien se ve que eres mi hija,
lo mismo era tu mamá;
pero como es necesario
atender á la moral,
piensa así siempre, Rosita,
mas no lo digas jamás.
ROSA. Y he de hacer lo que mi hermana?
Maldecir y renegar
de los hombres?
ARMEN. (De mal humor.) Respetemos
el genio de cada cual;
tú dices que son magníficos,
yo no los puedo tragar;
á tí todos te convienen,

yo los desprecio á cual más;
sigamos nuestro camino
por el mundo, y al final
veremos cuál de las dos
ha conseguido acertar.

EDUV. Vamos por partes: tu padre,
que en gloria de Dios está,
fué tesorero de hacienda;
y como era natural,
arregló á par de la pública
la suya particular.
Nos dejó quince mil duros,
suficiente capital
para vivir con la renta
las tres, en amor y paz;
pero como hoy es preciso
comer caro y vestir más,
y los tiempos no están bien,
y los novios están mal;
era preciso entregaros
al yugo matrimonial,
dándoos á cada una en dote
cinco mil duros no más,
y guardando yo otros cinco
para no perjudicar
luégo á mis yernos con una
suegra de solemnidad.
Tú, que á los hombres detestas, (Á Cármen.)
me dabas en qué pensar:
ésta, á quien todos le gustan (Por Rosa.)
de mí hacía un azacan,
y mis planes destruíais
sin poderlo yo evitar,
una por carta de ménos
y otra por carta de más.
De repente á un tio vuestro,
propietario de Ceylan,
y á quien sólo conocíamos
de nombre treinta años há,
se le ocurre, por fortuna,
en el acto de testar,
que aquí en España tenía

varios sobrinos...

CARMEN. Mamá, (Interrumpiéndola.)
ya la historia conocemos,
conque no nos digas más.
Ignoraba el nacimiento
de mi hermana.

EDUV. Así es verdad.

CARMEN. Y me nombró por lo tanto
su heredera universal,
siempre que elija marido
en cuatro sobrinos más
que por parte de su madre
deben andar por acá.

EDUV. Como en ese testamento
todos sus nombres están,
conforme ordena la ley
hice al momento insertar
el anuncio en la *Gaceta*
y en el *Diario Oficial;*
y hoy veintidos de diciembre,
que espira el plazo fatal,
desde las doce á las dos
aquí se presentarán.
Cuatro son los pretendientes,
de ellos uno elegirás,
ó segun de tu buen tio
la postrera voluntad,
á la Inclusa de esta córte
irá la herencia á parar.

CARMEN. Cuidado que es fuerte empeño!
¿tengo yo necesidad
de ser más rica?

EDUV. Hija mia,
por mucho trigo...

CARMEN. Qué afan.
Y si ninguno me agrada?

EDDV. Apechuga, y Dios dirá.

ROSA. ¡Ella cuatro y yo ningun: (Afligida.)
adónde está la equidad!

EDUV. Basta ya de despropósitos,
lo que debes piensa y haz! (Á Cármen.)

CARMEN. Mamá, yo renuncio á todo.

ROSA. Al dinero bien está...
pero á los novios...
EDUV. Rosita!
adentro.
ROSA. (Levantándose.) Ya voy, mamá.
EDUV. Quédate tú. (Á Cármen.)
ROSA. (Ap. á Cármen.) (Mira, hermana,
con uno te has de quedar,
dame á mí los otros tres.)
EDUV. Niña! (Á Rosa.)
ROSA. Voy.
CARMEN. (Á Rosa con énfasis.) Se te darán.
(Rosa se va por la izquierda.)

ESCENA II.

DOÑA EDUVIGIS y CÁRMEN.

EDUV. Hijita, ya de hoy no pasa,
es necesario que hablemos
y de una vez terminemos
la comedia de mi casa.
Eres mi hija.
CARMEN. Es así.
EDUV. Jóven, hermosa...
CARMEN. Así es.
EDUV. Ves, cien hombres á tus piés
que mueren de amor por tí.
Cuál es tu proyecto loco?
Habla, pues, que ya te escucho:
¿es que te tienes en mucho,
ó es que los tienes en poco?
Es que quieres un galan
más escogido y mejor,
ó es que no sientes amor
por don Diego ni don Juan?
Es que aún en Madrid no has visto
quien mueva tu pecho fuerte,
ó es que pretendes hacerte
esposa de Jesucristo?
Sácame de esta ansiedad
que mi alegre vida altera,

y dime por vez primera,
hija mia, la verdad.

CARMEN. Bella, segun lo proclaman;
feliz, pues nunca suspiro,
insensible, pues no miro
si sufren los que me aman;
paso contenta mi vida
mientras goza independiente
mi corazon indolente
que á no sufrir me convida;
y entre adoradores mil
no tuercen mi natural
ni el adorno conyugal,
ni el atavío monjil.
Ni el amor mi pecho altera,
ni el altar con fe me llama;
ni infeliz quiero ser dama,
ni monja ser plañidera:
quiero ser libre y dichosa
y á vivir así me ajusto,
que torcería mi gusto
ser casada ó religiosa.
Odio la amante ansiedad,
su afan no me desconsuela,
y esta es, pues, aunque te duela,
la pura y franca verdad.

EDUV. Pero no conoces, dí,
que casarse es menester?
¿Ha nacido la mujer
para vivir sola así?
Te has llegado á figurar
que al darte Dios esa cara,
te ha hecho buena moza para...
comer, dormir y bordar?
Deja tan necio capricho,
y reflexiona si quieres,
que en la escala de los seres
no es soltero ningun bicho.

CARMEN. Pero es que los animales
son mejores que los hombres.

EDUV. Pues ya escampa!

CARMEN. No te asombres,

ellos todos son iguales;
se buscan y se comprenden;
viven sin dolo ni mengua;
como no hablan con su lengua
ni se engañan ni se venden.
Pero el hombre! Envanecido
de ser en todo el primero,
es muy malo de soltero
y es aún peor de marido.
Éste, busca otro querer,
aquel por oro se casa,
el uno, por todo pasa,
otro, pega á su mujer:
el de enfrente, es jugador,
el de al lado, pendenciero,
uno avaro, otro embustero,
otro necio, otro traidor.
Para qué me he de casar?
no es mejor vivir soltera.
si hombre como yo le quiera
no he de poderle encontrar!

EDUV. Y eres tú perfecta?

CARMEN. No;
pero esposa de un doncel,
no me aguantaría él
como me soporto yo...

EDUV. Si todas lo que tú hicieran,
los hombres se acabarían.

CARMEN. Con eso no nacerían
más mujeres que sufrieran.

EDUV. Y la herencia perderás?

CARMEN. Como ninguno me agrade.

EDUV. Cármen, harás que me enfade?

CARMEN. Yo no he de cambiar jamás.

EDUV. Conque no hay forma, ni modo?...

CARMEN. Qué quieres, así he nacido!

EDUV. Sin herencia y sin marido?...

CARMEN. Eso es lo mejor de todo.

EDUV. Todo es inútil?... ¡Señor! (Mirando al cielo.)
túque sabes acertar,
por la Vírgen del Pilar,
mándame aquí un seductor!

Un nuevo don Juan Tenorio,
que por mucho que me aflija,
haga pasar á mi hija
las penas del purgatorio.
Hasta que ella diga: ¡oh!
adoro á ese hombre cruel;
madre, cásame con él,
ántes que me case yo. (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

CÁRMEN.

CARMEN. Cuidado que es fuerte empeño
y súplica extravagante!
si yo no quiero á ninguno,
si yo estoy muy bien sin nadie,
¿por qué ese tenaz prurito
de que oiga á un hombre y me case?
Yo lo que es amor ignoro,
y á juzgar por las señales,
vamos, no vale la pena
de sentir, ni incomodarse.
Bien puede que llegue un dia...
dicen que la carne es frágil...
pero en tanto, esperaré
á que me lo avise álguien.

ESCENA IV.

CÁRMEN y D. LUIS por el foro.

LUIS. Muy buenos dias.
(Con el acento un poco andaluz, pero sin marcarlo demasiado.)
CARMEN. Quién es?
LUIS. Llamo á la puerta, me abren,
y como me dejan solo
y no me acompaña nadie,
á falta de quien me anuncie
tengo yo que presentarme.
CARMEN. Pero...

LUIS. Vive en esta casa
doña Eduvigis Valcárcel?
CARMEN. Sí, señor.
LUIS. (Sacando una Gaceta del bolsillo y leyendo en alta voz.)
«El veintidos
»de doce á dos de la tarde
»se presentarán sin falta
»para un asunto importante
»en la calle de la Luna,
»y frente al café del Ángel,
»en la misma casa del
»molino de chocolate,
»don Luis Contreras, yo soy,
»de Sevilla, comandante;
»don José Contreras, rico
»propietario de Getafe;
»don Casto idem, cosechero
»de Jerez y otros lugares,
»y Blas idem, residente
»en Logroño y comerciante.»
Como ya le he dicho á usted
yo soy el don Luis, y fácil
es comprender que he venido
con el anuncio á enterarme.
CARMEN. Muy bien, tome usted asiento.
(Se sientan. Pausa.)
Esa señora es mi madre.
LUIS. Pues tiene una hija de *órdago.*
(Mirándola fijamente.)
CARMEN. Muchas gracias. (Riéndose.)
LUIS. No la extrañe
mi franqueza.
CARMEN. Es cualidad
muy progia de militares.
LUIS. Le gustan á usted?
CARMEN. Á mí
no suele gustarme nadie. (Con desden.)
LUIS. Tiene usté el gusto difícil,
pero siga usted adelante.
CARMEN. Hasta que estén reunido
los que usted ha citado ántes,

del asunto que los llama
no podemos enterarles.

LUIS. Pues mire usted, yo me alegro.

CARMEN. Por qué?

LUIS. Porque en el instante
que lo sepamos, tendremos
que dejar estos umbrales
y verla á usted poco tiempo
es un castigo muy grande.

CARMEN. Usté es de caballería? (Con intencion.)

LUIS. Sí señora.

CARMEN. Así en el aire
se conoce! (Con ironía.)

LUIS. Muchas gracias.

CARMEN. Yo no he querido faltarle,
lo he dicho sin intencion.

LUIS. No piense usté que me enfade:
el servicio es una cosa
que se nos pega bastante.
Entre soldados y potros,
que no son desemejantes,
y la empajada y el pienso,
y la cuadra y el forraje,
pasamos toda la vida;
y dice el capitan Suarez,
que es de mi escuadron, y fué
de Carabineros reales,
que al buen soldado hay que olerle
desde una legua.

CARMEN. No extrañe
usted que yo le haya olido. (Sonriendo.)

LUIS. Niña, tiene usté un semblante
que si fuera de ordenanza!...

CARMEN. Por Dios!

LUIS. Se llama usted?

CARMEN. Cármen.

LUIS. Si no fuera militar
me hacía un hábito al instante.

CARMEN. Y estaba usted en Madrid?

LUIS. No, de guarnicion en Cádiz,
pero pedí al coronel
licencia; es sujeto amable,

y me la dió por diez dias;
salí anteayer por la tarde.

CARMEN. Es usted casado?

LUIS. Nunca! (Con rapidez.)

CARMEN. Tiene usted gracia! (Sonriendo.)

LUIS. (Con gravedad.) Bastante.

CARMEN. Y modestia! (Con ironía.)

LUIS. Esa era verde
y se la comió un bagaje.

CARMEN. (Ya metió la pata.)

LUIS. Conque
no puede usted enterarme,
así, por cima...

CARMEN. Es cuestion
de una hora ó dos.

LUIS. Que me place,
si está usted aquí conmigo
sola, hasta que yo me canse.

CARMEN. Dispense usté una pregunta...

LUIS. Las que usted quiera, usted mande.

CARMEN. No son ustedes hermanos?

LUIS. Los cuatro, pero ya hace
dos años que no los veo.

CARMEN. (Levantándose.)
Como tendrán que arreglarse
y estarán algo cansados
los que vengan de viaje,
hemos dispuesto una sala
con buena luz, limpia y grande,
para que puedan, si gustan,
descansar y cepillarse.

LUIS. (Levantándose tambien.)
Diga usté... eso del cepillo
es por mí?

CARMEN. No tal.

LUIS. No le hace:
en la boca de una hermosa
hasta los insultos placen.

CARMEN. Pues si usted me lo permite
voy á avisar á mi madre.
(Pasa delante de él.)

LUIS. Lo que es permitirlo, pero...

cuando no hay remedio... ¡qué aire!
qué cuerpo! qué movimientos!
qué mujer, Vírgen del Cármen!

CARMEN. Llamaba usted? (Volviéndose.)

LUIS. Yo no; era
á la Reina de los ángeles!

CARMEN. Don Luis... (Saludando.)

LUIS. Es usted casada?

CARMEN. Como usted, nunca.

LUIS. Bien hace
usted en dejarme solo,
porque ya iba mareándome,
(Haciendo con la mano señal de dar vueltas.)

CARMEN. Dé usted al revés las vueltas.
(Id. al contrario.)

LUIS. Bendita sea su madre
y esta casa, y hasta el
molino de chocolate!

CARMEN. Vaya, gracias! y hasta luégo.
(Qué elegancia y qué donaire!) (Con ironía.)
(Váse por la izquierda.)

LUIS. Qué mujer tan... positiva!
(Aludiendo á lo buena moza.)
y tan... Firme, comandante!

ESCENA V.

D. LUIS.

Yo no sé lo que será
este anuncio extravagante,
pero sea lo que quiera,
se debe hacer el viaje
sólo por ver á esa moza,
decirla agur y largarse.
Está bien puesta la casa,
y ella tiene así... Dios sabe
lo que será... este Madrid...
pues si quieren atraparme
chasco se llevan. Mas no,
los cuatro hermanos... ¡Qué me hace
mucha gracia esa mujer! (Al público.)

CASTO. Bien! (En el foro.)
CRIADO. Pase usted adelante.

ESCENA VI.

D. LUIS y D. CASTO, por el foro.

Este personaje debe ser sumamente grueso y colorado.

LUIS. Casto!
CASTO. Luis!
LUIS. Aprieta, hermano!
CASTO. Qué tal?
LUIS. Y tú?
CASTO. Del viaje
muy cansado.
LUIS. Te va bien?
CASTO. Tan alegre y tan campante.
LUIS. Y las bodegas?
CASTO. Revientan
de líquido.
LUIS. No se hace
buen negocio?
CASTO. Hoy, hijo mio,
hasta el vino se da al traste.
LUIS. Pues la aficion cunde mucho.
CASTO. Pero es á beberlo gratis;
y tú sigues?...
LUIS. El tres mil
del escalafon; algo ántes
del juicio final, saldré
de segundo comandante.
CASTO. Conoces ya pormenores
del asunto que nos trae?
LUIS. No sé más, sino que he visto
á una moza... exuberante:
que espera á que aquí los cuatro
estemos, y que su madre
es la encargada de darnos
explicaciones bastantes.
CASTO. Blas y José vendrán juntos!
LUIS. Si vieras á doña Cármen!...

CASTO. Quién es?
LUIS. Esa buena moza
que vive aquí.
CASTO. Tú ya sabes
que mi genio es encogido,
y que en viendo un miriñaque,
me quedo mudo de tímido
y encogido de cobarde.
LUIS. Yo creí que con los años
variarías de carácter.
CASTO. Las mujeres me producen
un efecto inexplicable.
LUIS. Pero cómo te gobiernas?...
CASTO. Cuando me veo en un lance
terrible, de este frasquito,
(Sacando una botella pequeña del bolsillo del pecho.)
que medio cuartillo hace,
y donde se encierra un mosto
de cincuenta navidades,
sorbo tras sorbo me atizo;
hace el efecto al instante,
y más valiente que el Cid,
más feroz que Calomarde,
hablo, rio, canto, abrazo
y pego, si hay quien me enfade.
LUIS. Gran licor! (Rosita por la izquierda.)
ROSA. Dos caballeros!

ESCENA VII.

D. LUIS, CASTO y ROSA.

LUIS. Otra mujer!
CASTO. Hola!
LUIS. Diantre!
aquí todas son bonitas.
ROSA. Señores... (Saludando.)
LUIS. Cara de ángel,
quién es usted?
ROSA. Hija de
doña Eduvigis Valcárcel.

LUIS. Y hermana por consiguiente
de la encantadora Cármen?
ROSA. Justo.
LUIS. Vamos! ya el anuncio
comprensible se me hace;
son ustedes cuatro hermanas,
divinas por las señales,
y á cuatro hermanos convocan
para uncirles al carruaje
del himeneo.
ROSA. No somos
más que dos.
LUIS. Pues ya dió al traste
con mis cálculos.
ROSA. Mi hermana,
que cumplirá veinte el martes,
y yo, que cumplí quince años
el domingo por la tarde.
LUIS. Quince años? Pues sabe usted
que á juzgar por las señales
están aprovechaditos?
ROSA. Sí señor. (Con gran sencillez siempre.)
LUIS. Cómo?
ROSA. Mi madre
me dice siempre que estoy
ya desarrollada en grande.
CASTO. Creo que opino lo mismo.
LUIS. Vamos! la verdad, no hay nadíe
que la haya hecho á usted til in?
ROSA. Tilin?... todos me le hacen.
LUIS. Demonio!
ROSA. Pero tilin,
como usted ve, no es bastante!
LUIS. Sí, en no llegando á talan
(Imitando á las campanas.)
nunca podrá usted casarse.
ROSA. Justo! y como las mujeres
no tienen otros afanes,
yo ya tengo mucha prisa
de ir haciendo gracia á álguien.
LUIS. Pues si no es más que eso, á mí
me la hace usted.

ROSA. Que me place!
Y nos casaremos pronto?
CASTO. (Pues la chica tiene arranque.)
LUIS. Su edad de usted la disculpa
de esa ingenuidad culpable.
ROSA. He dicho alguna mentira?
LUIS. No! pero hablar de casarse...
en fin, eso no se dice.
ROSA. Ya, pero como se hace!
LUIS. Y tiene razon. Mi hermano
Casto, que es un hombre grave,
la explicará á usted despacio...
CASTO. Hombre, yo!
ROSA. Más gracia me hace
usted; pero este tampoco
me disgusta.
LUIS. (Era muy fácil
con una chiquilla así
que el demonio la enredase!)
ROSA. Vaya! dígame usted algo. (Á D. Casto.)
CASTO. Hace frio.
ROSA. Sí le hace;
pero eso á mí no me importa.

ESCENA VIII.

DICHOS, CÁRMEN y DOÑA EDUVIGIS, por la izquierda.

EDUV. Aquí está: niña, qué haces?
ROSA. Hablar con estos señores.
LUIS. Mira qué moza! (Á Casto, señalando á Cármen.)
CARMEN. (Á D. Luis y á D. Casto.) Mi madre!
LUIS. Señora mia! (Saludando á Doña Eduvigis.)
EDUV. Aquí, Rosa!
LUIS. Ya sabrá usted que nos trae
este anuncio. (Sacando la Gaceta.)
EDUV. Sí señor.
Como creo que no falten
sus otros hermanos...
CASTO. Juzgo
que vendrán, porque aún no es tarde.
EDUV. Dispensen ustedes dos

si para no hacer en balde
una relacion, espero
á que reunidos se hallen.

LUIS. Hace usted bien.

EDUV. Usted es?

LUIS. Luis Contreras, comandante.

EDUV. Y el señor?

LUIS. Mi hermano Casto.

EDUV. Faltan, pues?

LUIS. El de Getafe,
que es Pepe, y el de Logroño,
Blas.

EDUV. El que de ustedes se halle
casado, no tiene nada
qué hacer aquí.

LUIS. Ya! qué diantre!
se trata de boda.

EDUV. Alguno
no es soltero?

LUIS. Dios mediante
creo que los somos todos.

EDUV. Será más reñido el lance.

LUIS. Usted es viuda?

EDUV. Con estas
dos hijas.

LUIS. Que son dos ángeles:
la una, como á mí me gustan,
la otra, como á mí me placen;
y las dos, como las mandan
á enfermos de mi linaje.

EDUV. No son feas, francamente.

LUIS. Ya lo saben ellas.

EDUV. Y hace
mucho que han venido ustedes?

LUIS. Media hora escasa.

ROSA. Á esta parte
estarán mejor.

EDUV. Rosita!

ROSA. Ya estoy. (Bajando los ojos.)

LUIS. Venturosa madre
es usted.

EDUV. Yo?

LUIS. Con retoños
así...
EDUV. Es usted muy amable.
BLAS. Bueno! ya vemos la puerta. (En el foro.)
LUIS. Ellos son!
EDUV. Borda y no alces
la cabeza. (Á Rosa.)
LUIS y CASTO. Blas! (Abrazándose.)
BLAS. Luisillo!
LUIS y CASTO. Pepe! (Abrazándose todos.)
BLAS. Casto!
EDUV. (Vaya un lance!)

ESCENA IX.

DOÑA EDUVIGIS, CÁRMEN, ROSA, D. LUIS, D. BLAS, D. CASTO y D. JOSÉ.

BLAS. Hola, felices!
(Con el acento aragonés, aunque no demasiado fuerte ni cerrado.)
JOSE. Señoras!
(Vestido con gran elegancia; cadena, sortija etc., etc.)
BLAS. Ahora mismo hemos llegado.
JOSE. Perdonen si en este estado...
pero se marcan las horas
en el Diario oficial,
y son cerca de las dos.
EDUV. Si están ustedes, por Dios!
muy bien.
BLAS. Pues! no estamos mal;
pero este es un lechugino (Por D. José.)
y pasar por ordinario...
Como yo soy al contrario,
el pan, pan, y el vino vino!
CARMEN. Qué cuatro tipos! (Á Rosa.)
ROSA. Pues son
los cuatro á cual vale más. (Á Cármen.)
BLAS. Ya la charla está de más,
con que al avío!

EDUV. Atencion!
(Se levanta y saca unos papeles de un secreter.)
CARMEN. (Á Rosa, señalando á D. Blas.)
(Ni siquiera ha reparado
en nosotras el grosero!)
LUIS. (Á D. Blas señalando á Cármen.)
Mira aquel rostro hechicero!
BLAS. (Sentado y sin volver la cabeza.)
Estoy mejor á este lado.
EDUV. (Volviendo y sentándose en medio.)
Voy á leer un momento.
«En el nombre del Señor, (Leyendo.)
»yo cristiano pecador...»
BLAS. Otra!
LUIS. Y qué es?
EDUV. Un testamento.
Paso el preámbulo.
JOSE. Bien.
EDUV. (Leyendo.) «Y digo yo: Don Remigio Valcár-
»cel y Contreras, que teniendo en España
»una sobrina llamada Cármen, hija de mi
»prima doña Eduvigis, la nombro heredera
»universal de todos mis bienes que ascien-
»den á más de dos millones...»
CASTO. Cuerno!
LUIS. Sopla!
BLAS. Chúpate esa!
EDUV. (Leyendo.(«Con la condicion precisa de que
»convoque á cuatro sobrinos que por parte
»de mi madre doña Juana Contreras existen
»tambien en España, y cuyos nombres van
»al final de este documento...»
LUIS. Conque esa es mi prima?
(Levantándose y queriendo abrazar á Cármen.)
EDUV. Esa!
LUIS. Prima!
EDUV. Quieto! (Deteniéndole.)
ROSA. Y yo tambien!
EDUV. (Leyendo.) «Y elija entre los que estén solte-
»ros, el que más le agrade para hacerle su
»marido y partir con él en amor y compa-
»ñía mi fortuna...»

LUIS. Aquí estoy yo!
BLAS. Otra! te callas?
EDUV. (Leyendo.) «Bien entendido que si Cármen y
»sus primos estuviesen ya casados, ó por
»cualquier causa no se verificára el matri-
»monio que deseo en el plazo de seis meses
»despues de mi muerte, pasará la herencia
»íntegra á la Inclusa de Madrid. Firmado
»en él, etc., etc.»
Cumpliendo con lo mandado
á ustedes he convocado.
BLAS. Pues el lance tiene agallas!
EDUV. Esta es la favorecida; (Señalando á Cármen.)
yo su amiga y su parienta,
y á conquistar esa renta
esta casa les convida.
Y como en la suya están
mientras no quieran partir,
no tengo más que decir,
ustedes contestarán.
LUIS. Yo!...
BLAS. Como hermano mayor
me toca hablar el primero:
yo vivir aquí no quiero.
EDUV. Pues agradezco el favor.
BLAS. Si usté á alguno ha de escoger (Á Cármen.)
ha de ser por carambola,
conque así ruede la bola,
señoras, hasta más ver. (Levantándose.)
CARMEN. Permita usted.
BLAS. Ya permito.
CARMEN. Yo, que soy la interesada
aún no les he dicho nada,
y hablar algo necesito.
BLAS. Eso está puesto en razon.
LUIS. Bendita sea tu boca!
JOSE. Ciertamente á usted la toca.
EDUV. Órden!
CASTO. Silencio!
LUIS. Atencion!
CARMEN. (Levantándose.)
No sé por qué causa,

pero es la verdad,
que no me han gustado
los hombres jamás.
De niña tenía
un miedo cerval,
cuando algun barbudo
besaba mi faz;
y ésta antipatía
creció más y más,
cuando fuí creciendo
en juicio y edad.
Jamás he tenido
ni pena, ni afan,
por si me querían
con sinceridad,
y á todos he oido
sentir y jurar,
sin dárseme un bledo
de amor ni amistad.
Si voy á la calle
no quiero mirar,
por si un barbilindo
me sigue detrás:
si voy á los bailes,
renuncio á bailar,
porque no me toque
un hijo de Adan;
si juran que me aman
los dejo jurar;
si flores me dicen,
á mí me es me igual,
y de esta manera
mi pecho se está
sin penas, ni llantos,
tranquilo y en paz.
Si alguno de ustedes
no logra curar
de mi indiferencia
la causa mortal:
sí de ustedes cuatro
uno nada más,
no arranca á mis labios

el sí conyugal,
renunció á la herencia
con facilidad,
que yo sin amor
no me he de casar.
Ya están enterados,
(Con rapidez creciente para concluir.)
ya no hay que hablar más,
he dicho, señores,
me vuelvo á sentar.

LUIS y JOSÉ. Bien!
CASTO. Bravo!
LUIS. Tiene razon.
BLAS. Quietos! ahora á mí me toca.
Esa mujer está loca. (De pronto.)
TODOS. Cómo!
EDUV. y CARMEN. Qué?
BLAS. Sin remision!
yo de perfiles no entiendo,
y siempre la verdad digo
sin amante y sin amigo;
con la cara que estoy viendo,
es una barbaridad,
y de mi opinion no salgo:
ó á esa niña la falta algo,
ó no dice la verdad.
CARMEN. Pues yo le juro que es cierto!
EDUV. Ustedes lo verán pronto.
BLAS. Pues hace usté un papel tonto
aquí, váyase á un desierto.
CARMEN. Yo estoy en mi casa.
BLAS. Sí;
y estará usted divertida
si pasa siempre la vida
solita como hasta aquí.
Ahora el espejo acompaña,
los moños dan alegría,
y se está usted todo el dia
mirando la musaraña.
Mas se morirá su madre,
su hermana se casará,
la cara se arrugará...

CARMEN. Eso...
BLAS. Y aunque no la cuadre
saldrá la pata de gallo;
luégo canas á montones,
sentirá usted desazones
y otras cosas que me callo,
y dirá usted, ¿qué he hecho yo
de mi juventud entera?
y entónces aunque usted quiera
vendrá un hombre, y dirá *no*!
CARMEN. Todo eso bien podrá ser,
pero aquí es otro el asunto.
BLAS. Pues á ese me voy al punto:
vamos, es usted mujer?
CARMEN. Creo que á la vista está.
BLAS. No, porque si no lo fuera
aunque un hombre se volviera
veinte, nada podría hacer.
Su madre de usté asegura
que es usted del sexo bello;
por vosotros hablo, á ello,
vamos á ponerla en cura.
CARMEN. Tiene gracia.
EDUV. Y buen humor.
BLAS. Usted se deja querer,
que despues, Dios sabrá hacer
como siempre lo mejor.
TODOS. Aprobado!
BLAS. (Á Cármen.) Á mí hasta ahora
me importa usted un comino;
puede que andando el camino
me haga usted gracia, señora;
pero mujer sin amor
me da á mí muy mala espina.
LUIS. Pues, hijo, á mí me fascina.
BLAS. Entónces tú estás peor.
CASTO. Yo la creo encantadora.
JOSE. No deja de hacerme chiste.
BLAS. Quién á cuatro se resiste?
Y usted? (Á Rosa.)
ROSA. (Ya llegó mi hora.)
BLAS. Es muda esta niña?

ROSA. No;
pero me mandan callar
siempre que pretendo hablar.
EDUV. Rosa!
ROSA. Nunca miento yo.
BLAS. Bien hecho; no es necesario,
la verdad siempre engalana.
Y es usted como su hermana?
ROSA. No señor; todo al contrario.
TODOS. Ah!
EDUV. Rosa!
BLAS. Señora tia,
déjela usted, por favor.
LUIS. La gusta á usted el amor?
ROSA. No lo tengo todavía;
pero no haré de seguro
más que amar á boca llena,
si es una cosa tan buena
como yo me la figuro.
LUIS. Esto es hablar! mil caballos!
BLAS. Hijos, aquí no hay escollos.
La gustan á usted los pollos?
ROSA. Si tal; y tambien los gallos.
EDUV. Basta, y déjenla de apuros; (Separándolos.)
por ella aquí nadie viene,
es muy niña, y sólo tiene
de dote cinco mil duros.
LUIS. Era hacer conocimiento...
CRIADO. (En el foro.)
El almuerzo está esperando.
EDUV. Sobrinos, vamos andando.
LUIS. Muy bien pensado!
BLAS. Al momento.
Para hablar de nuestra empresa
y darnos á conocer,
es preferible, á mi ver,
hacerlo de sobremesa.
CASTO. Claro.
LUIS. (Á Cármen ofreciéndole el brazo.)
Prima!
CASTO. (Mirando á todos.) Sobra uno.
BLAS. Ese soy yo desde ahora.

JOSE. Rosita, el brazo. (Ella le coge.)
CASTO. (Á Doña Eduvigis.) Señora...
CARMEN. (Sin admitir el brazo de D. Luis.)
No se moleste ninguno,
BLAS. Vamos á correr bromazos.
EDUV. (Colocándole en medio de D. Casto y D. Luis.)
Entónces...
LUIS. Como usted mande.
ROSA. (Cogiéndose del brazo de D. Blas y D. José.)
¡Ay que lástima tan grande
no tener más que dos brazos!
BLAS. En marcha.
EDUV. En marcha, señores.
CARMEN. ¡Toda la familia está!
LUIS. Usted va sola?... así va
el cabo de gastadores.
EDUV. (Á D. Blas, señalando al público.)
No quiere usted invitar?...
BLAS. Ustedes gustan? (Al público.)
CASTO. (Desde el centro.) Qué hacemos?
BLAS. (Al público.)
Pues no marcharse, volvemos
acabando de almorzar.
(Todos se dirigen al foro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS colocada á la izquierda en medio de CÁRMEN y ROSA. Á la derecha D. BLAS, D. LUIS, D. JOSÉ y D. CASTO, todos sentados (1).

EDUV. Ya se almorzó.
BLAS. Y mucho bien!
EDUV. Es hora por consiguiente
de continuar la sesion
de una manera solemne.
BLAS. Decía yo que es forzoso,
pues hay cuatro pretendientes,
y es corto el plazo del tio,
conocer los caractéres.
(Á Doña Eduvigis.)
Usted es una señora
muy campechana y alegre,
sin nada que la distinga

(1) El órden de colocacion de los personajes es el siguiente, empezando á contar por la derecha del actor. D. Blas, Don Casto, D. José, D. Luis, Rosa, Doña Eduvigis y Cármen.

en especial de la plebe.
Quiere casar á sus hijas,
que es lo que más la conviene,
y es de un carácter ambigüo
que ningun peligro tiene.
Cármen es vanidosilla,
de genio atrevido y fuerte,
muy pagada de sí propia
y con el alma de nieve.
Odia al hombre por capricho,
y equivocándose, cree
que si hoy no los necesita,
lo mismo opinará siempre.
La halaga, aunque se lo calla,
que la elogien y la obsequien,
y como es tan buena moza
y tan lindos ojos tiene,
piensa con desden inmenso
que todo se lo merece.
Rosita en sus quince abriles
mentir no sabe, ni puede;
y así con los ojos bajos
y sus colegiales dengues,
siente todo lo que dice,
y no sabe lo que siente.
Tiene aficion como todas
al sexo atrevido y fuerte,
sino que otras disimulan
y ella ocultarlo no quiere.
Esas son las circunstancias
de las señoras presentes;
estos de mi tia y prima
los exactos caractéres;
y como es justo que sepan
á qué deben atenerse,
nos toca á nosotros cuatro
con franqueza independiente
retratar de nuestro genio
las cualidades salientes.
Cármen verá de ese modo
el que aquí más le conviene,
y á quien Dios se la conceda

que San Pedro se la entregue.

CARMEN. Muy bien, primo mio, aunque
la pintura es algo fuerte,
acepto su plan gustosa:
el que ha de empezar que empiece.

JOSE. Irá por órden de edades?

BLAS. Eso no importa; habla, Pepe,
y el que la verdad no diga
que con mis enmiendas cuente.

JOSE. (Levantándose.)
Yo, señoras mias,
(Con petulancia, y animándose sólo al hablar de dinero.)
las debo decir
que tengo mis gustos
desde que nací.
Los sueños poéticos
del vate infeliz,
á mí no me importan
un grano de anís.
He visto que el mundo,
codicioso y ruin,
sólo tras el oro
avanza febril.
He visto que al pobre
le toca sufrir,
aun siendo más sabio
que el mismo Merlin;
y ahorcando los libros
con gozo infantil,
corrí tras las onzas
de aquí para allí.
Metíme en empresas
y siempre feliz,
donde un duro expuse
ganar supe mil.
Ni honores envidio,
ni ciencia hay en mí,
ni á puestos altísimos
anhelo subir;
y sólo ambiciono
y es mi único fin,

tener más millones
que tiene Rostchild.
La ciencia y las artes
me causan esplin,
pues yo sé tan sólo
sumar y partir.
Pues oros son triunfos
en este país,
yo creo que el hombre
sólo ha de pedir
dinero, dinero,
dinero, dinero,
dinero, dinero
si quiere vivir. (Se sienta.)

BLAS. Con exactitud magnífica
te has pintado como eres;
el infierno que te aguante,
y el demonio que te lleve!
Ahí tiene usted, Carmencita,
á su primer pretendiente:
«oros son triunfos,» mas claro,
«tanto vales cuanto tienes.»
Casto!

CARMEN. (Qué nombre tan pulcro!)

ROSA. (Y está de buen año.) (Mirándole de reojo.)

EDUV. Empiece.

CASTO. (Levantándose.)
Yo soy un jóven muy tímido,
(Marcando los esdrújulos cómicamente.)
y como me falta cháchara,
en este mundo misérrimo
no quiero gastar farándula.
La naturaleza próvida
me dió suficiente táctica,
para que pueda mi estómago
en sus regiones magnánimas
depositar sin escrúpulo
unas cantidades bárbaras.
Soy un cosechero práctico
y paso mi vida mágica,
metiendo en este depósito
(Señalando al vientre.)

de mis bodegas las cántaras,
y admirador de Heliogábalo,
nunca me acojo á más cábalas
que á comer jamones máximos (Con regodeo.)
y á remojarlos con Málaga.
Cuando en amante canícula
veo á una jóven simpática,
sólo me vuelvo impertérrito
haciendo dos ó tres gárgaras;
(Saca el frasco del bolsillo.)
y entónces, aunque soy tímido
y no entiendo la gramática,
hablo como un energúmeno
y conquisto como un sátrapa.
Es mi carácter angélico,
es mi voluntad elástica,
y nada me importa un rábano
como cumpla mi pregmática.
El mundo es un cuadrilátero,
donde en proporcion fantástica,
hay alimentos olímpicos
y bodegas aromáticas.
Yo estoy como Sardanápalo
en la mitad topográfica,
y sin meterme en análisis
ni en reflexiones dogmáticas,
cuanto ven mis ojos rápidos
lo meto en la Santa Bárbara.
Este es mi gusto y mi género,
esta mi fibra flemática,
y ya acabé sin escrúpulo
mi pintura biográfica. (Se sienta.)

BLAS. Qué vida tan suculenta!
pues lo mismo ha sido siempre:
ahí tiene usted un marido
que como comer le dejen
se llevará con su esposa
querida, perfectamente.
Gastrónomo infatigable
y bebedor de los fuertes,
del mundo ha hecho una bodega
y de la tierra un pesebre.

Se le irá acortando el cuello,
será... lo que Dios quisiere,
y reventará de un cólico
cuando ménos se lo piense.

CARMEN. Los retratos son exactos.

EDUV. (Qué par!)

BLAS. Luisito!

LUIS. (Levantándose.) Presente!
Las armas son mis únicos antojos,
(Con entonacion valiente.)
el servicio mi sola fantasía,
y hacerme mal soldado no podría
ni una mujer de encantadores ojos.
Mi fortuna, mi amor, mis ilusiones,
en la cruz las encierro de mi espada,
y al lado de mis bravos escuadrones
el oro y el poder no valen nada.
Siempre fiel á mi mágica bandera,
en ella están mis ilusiones solas,
que ella sabe llevar por donde quiera
las magníficas glorias españolas.
No es la constancia mi virtud querida
ni quiero á una mujer en grata calma;
si á una llego á querer más que á mi vida,
á otras las sé adorar con vida y alma.
La rubia para mí no tiene pero;
la morena me roba los sentidos;
por la andaluza sin cesar me muero,
y por la de Madrid me dan vahidos.
Alta me gusta, baja me enamora,
flaca me da placer, gorda me encanta;
me muero por la triste, cuando llora,
me muero por la alegre, cuando canta.
Mi espada y la mujer son las dos cosas
con las que toda mi existencia lleno;
esas son para mí dulces y hermosas
más que la fruta del cercado ajeno.
Ni me ciegan el oro y los honores,
ni el juego, ni el licor me desesperan,
soy feliz si hay contrarios reñidores,
y labios hechiceros que me quieran.
Alegre mi ambicion en esto calla,

y en mi aficcion siguiendo poderosa,
morir quiero en un campo de batalla,
ó en los amantes brazos de una hermosa.
(Se sienta.)

CARMEN. Pues no hay duda que será
feliz quien su nombre lleve!

BLAS. Has hablado como un libro
y tu gusto es excelente:
ahora entro yo, Blas Contreras,
con el permiso de ustedes. (Se levanta.)
Yo soy un riojano
sin vicio alguno,
y ni amo, ni juego,
bebo, ni fumo.
Y el tiempo paso
comiendo lo que tengo
muy descansado.
Pero como es forzoso
que aquí en la tierra
tenga un defecto el hombre
que le entretenga,
yo tengo uno
que me hace andar al *trompis*
muy á menudo.
De todo cuanto siento
nada me callo,
y digo á todo el mundo
lo bueno y malo;
y de este modo,
como á nadie doy gusto
riño con todos.
Que una vieja se pinte
y á mí se acerque,
hago notar á todos
el colorete.
Yo nunca finjo
y digo al mundo entero
cuántas son cinco.
Cuando me gusta un hombre
y soy su amigo,
por defender su causa
con todos riño.

Por el contrario,
cuando un hombre me apesta,
le pego un palo.
Me revientan las farsas
del mundo fino,
odio las ceremonias
y los cumplidos.
Firme en mi tema,
los guantes me dan ira
y el frac me apesta.
No sufro ancas de nadie,
y al más pintado,
al guiño más pequeño
le rompo el cráneo.
De esta manera
apenas paso un dia
sin pelotera.
Dicen, sin que yo lo oiga,
que soy un bruto,
pero al ver una lástima
no soy de estuco.
Y el mes de Enero
por vestir á un mendigo
me quedé en cueros.
Si usté á gustarme llega, (Á Cármen.)
lo diré claro;
y si usted no me gusta
yo no me caso;
que este negocio
aun haciéndose á gusto
suele ser gordo.
Ahora, si nos queremos
y nos casamos,
mire usted muy bien ántes
lo que hace al caso;
porque en mi casa
ni entran primos, ni amigos;
conmigo basta.
No haya aquello de «un jóven
que me ha salvado!»
ni aquello de «mi alma
busca otro espacio;»

porque aquel dia
le rompo á usted el bautismo,
señora mia.
Este soy, este he sido,
y este me encuentro;
quiero quedar muy pronto
afuera ó dentro:
Y más no canso,
si os agradó al discurso,
venga el aplauso. (Se sienta.)

CARMEN. Creo que es muy natural,
que yo conteste tambien:
todos se pintan muy bien,
y me parecen muy mal.
Si ántes hombres no quería
en el mundanal teatro,
ahora que he oido á los cuatro
los odio más cada dia.
Casada con don José,
que el oro sólo repara,
es fácil que me endosara
como letra ó pagaré.
Ni yo mi belleza estanco,
ni por dinero he sufrido,
ni merezco haber nacido
para billete de Banco.
Si me caso con don Casto,
por muchísimo que ahorremos,
ni con un millon podremos
dar á su estómago abasto.
Si de amor estoy inquieta,
por mucho que hable y suspire,
es fácil que no me mire
por comerse una chuleta;
y fuera casarme en vago
ir para siempre al altar
con hombre que para amar
necesita echarse un trago.
Si me caso con don Luis,
y le quiero, como es justo,
me va á dar cada disgusto
que va á temblar el país.

Si por marido le escojo,
á cada nuevo motin
temblaré por verle al fin
del combate, manco ó cojo:
y aunque haya paz transitoria,
temeré que me le quite
ó una rubia de Belchite,
ó una morena de Soria;
y es muy pesada la prueba
[illegible] os desvelos,
[illegible] ener celos
[illegible] hijas de Eva.
Si me caso con usté, (Á Blas.)
y este es el lance peor,
por lo franco y hablador
mil angustias pasaré;
pues por decir la verdad
dirá: «mi mujer es tierna,
»pero tiene mala pierna,»
á toda la asociedad;
y estaré siempre temblando
hasta que Blas haga *mutis,*
de que cuente si mi cutis
está terso ó está blando.
Por todas estas razones
y otras muchas que me callo,
me parece que no hallo
á quien dar los dos millones.
Me parece que hoy por hoy
me quedaré sin casar,
y no quiero más hablar,
y con mi madre me voy.
(Se levantan las tres mujeres.)
Guarden, pues tanto les gustan
los genios que manifiestan;
algunos de ellos me apestan,
y los restantes me asustan.
Serían más accesibles
si fueran más tolerables,
que si hay vicios disculpables
hay defectos insufribles.
Saquen, pues, de una zahurda

una mujer tan remona
que sea avara y glotona,
indiferente y palurda.
Yo franca he sido tambien
con todos los cuatro hermanos;
bésense ustedes las manos
y ustedes lo pasen bien.
(Se va por la izquierda acompañada de Doña Eduvigis y Rosa.)

ESCENA [illegible]

D. BLAS, D. LUIS, D. JOSÉ y D. CASTO.

Pausa, durante la cual se miran unos á otros sin decirse una palabra.

BLAS. Pues nos aplastó, hijos mios!
JOSE. Qué discurso!
BLAS. Y lo peor
es, en el lance en que estamos,
que tiene mucha razon.
LUIS. Qué opinas de esto? (Á D. Blas.)
BLAS. Yo! y tú?
LUIS. Dilo tú primero.
BLAS. Yo?
que nos ha dado una chifla.
LUIS. Y es hermosa como un sol!
has reparado qué hombros?
JOSE. Y qué hacemos?
BLAS. Lo mejor
es volvernos cada uno
por donde vinimos.
JOSE. No!
Y los dos millones?
BLAS. Ya!
JOSE. Crees tú puesto en razon
que se los coma la Inclusa?
BLAS. Hombre! allí estarán mejor.
Tú ya tienes lo bastante.
JOSE. Cien mil duros!... ahí son dos!
LUIS. Hemos sido unos cernícalos

por hacer caso á este atroz.
¿Quién nos mandaba hablar claro
y decir sin aprension
el genio y las cualidades
que dió á cada uno Dios?

BLAS. La verdad siempre es verdad.

LUIS. Si merezco un coscorron.

JOSE. Todos tenemos defectos,
pero era mucho mejor
que los fuera ella mirando
en detalle y no en monton.

BLAS. El hombre debe ser franco.

JOSE. Por San Pedro de Armengol!
El que va á robar á un hombre
le dice: soy un ladron!
tenga usted mucho cuidado
con la bolsa y el reloj?

BLAS. Eso debía de ser.

LUIS. Y cuando vendes tu arroz
y tu trigo en el mercado,
le dices al comprador,
no me dé usted más que siete
aunque pida veintidos?

BLAS. Pues ahora me haces pensar
casi en que tienes razon...
no lo digo, pero callo.

JOSE. Pues eso quería yo,
veros callados á todos;
hacerla á un tiempo el amor,
y luégo, el que ella eligiera
sería como nació.

LUIS. Pues yo no veo camino.

BLAS. No nos trata con rigor?
No nos declara la guerra?

JOSE. Y guerra á muerte...

BLAS. Chiton!
qué domina en la mujer?
el amor propio... Ella huyó
de nosotros, es preciso
que nos busque.

LUIS. Salomon
era un zopenco á tu lado.

CASTO. Pero cómo?
BLAS. Á eso voy yo.
Se escribe una circular
en que dando por razon
un pretexto que la enoje,
renunciamos al honor
de aspirar á sus encantos.
JOSE. Bien pensado!
LUIS. Es lo mejor!
BLAS. Libres ya del compromiso
ponemos nuestra atencion
en Rosa: obsequios, protestas,
declaraciones de amor,
todo para ella y nada
para la otra.
JOSE. Qué horror!
nos van á echar de la casa.
LUIS. Se muere de un sofocon.
BLAS. No habeis visto en el teatro,
siempre con éxito atroz,
El desden con el desden,
de un celebérrimo autor?
pues esa es la medicina
para las hembras de pró.
Aunque una mujer no quiera
al que le da su pasion,
como á otras se dedique
tiembla y rabia de furor,
que la mujer más humilde
tiene desde que nació,
del perro del hortelano
la envidiosa condicion.
JOSE. Bravo!
CASTO. Bien!
LUIS. Eres un Séneca!
BLAS. Escribid.
LUIS, CASTO y JOSE. Dicta.
BLAS. Allá voy.

(D. José se coloca en el extremo de la derecha, escribiendo sobre una mesa. D. Casto saca una cartera del bolsillo, se sienta en una butaca y escribe encima de su vientre. D. Luis en una

mesa á la izquierda, y D. Blas dicta desde el extremo del mismo lado.)

BLAS. (Dictando á D. Casto.)
«Cármen, es usted preciosa,
»pero tiene un pie feroz...»
(Dictando á D Luis.)
«¡Qué lástima, Carmencita,
»que con tal desproporcion,
»tenga un hombro cuatro dedos
»más bajo que el otro!...»

LUIS. (Escribiendo.) Oh!

BLAS. (Dictando á D. José.)
«Si usted no bizcara, Cármen,
»fuera bella como un sol...»
(Escribiendo él mismo.)
«Cármen, usted miente mucho,
»y, yo que tan claro soy,
»renuncio...» y tú, y tú, y tú,
(Á los otros.)
»al inmerecido honor
»de pretender ser su esposa.»
Cuatro cantáridas son;
si las resiste, te digo
que es más valiente que yo.

LUIS. Ya están!
(Todos se levantan y doblan sus cartas.)

BLAS. Al bolsillo, y dárselas
en la primera ocasion.

JOSE. Quién empieza á conquistar
á Rosita?

BLAS. Lo peor
es que urge el tiempo, y es fuerza
dar el primer paso hoy;
decida la suerte.

LUIS. Justo!
que meta en este *chapeau*
cada uno su tarjeta.
(Coge un sombrero y todos meten dentro una tarjeta.)

BLAS. Volved la cara. (Todos la vuelven.)

LUIS. (Moviendo el sombrero para que las tarjetas se confundan.)

Una... dos...
y tres... ya están barajadas.
Mete y saca. (Á D. Blas.)

BLAS. (Mete la mano en el sombrero sin mirar, y saca una tarjeta que lee.)
Casto!

CASTO. Yo?
Es que ya sabeis vosotros
mi cobarde indecision.

JOSE. No tienes el tatarrete?

CASTO. Eso siempre.

BLAS. Pues valor!
Nosotros á prepararnos
para seguir la funcion,
y si encontramos á Cármen
un saludo y se acabó.

JOSE. Buena suerte! (Á D. Casto.)

CASTO. Yo quisiera...

LUIS. Háblala al alma.

BLAS. Ocasion
como esta no la pillas!

CASTO. Pero... hermanitos, por Dios!

BLAS. Á ella!

JOSE. Firme!

LUIS. Al asalto!

BLAS. Viva la conspiracion!
(Se van á su habitacion.)

ESCENA III.

D. CASTO.

CASTO. Se van y me dejan solo!
pero cómo empiezo yo?...
y no hay remedio... está en ello
interesado mi honor.
Mi genio es más agradable
que un pastel de Perigord,
y mi facha es la de un
héroe de Walter Scott;
pero sitiar á una niña
y obligarme de rondon

á hacer con ella el papel
de Jaime el Conquistador,
es el mayor disparate
que se ha hecho en la nacion,
y eso que España es la tierra
donde se han hecho mejor!
(Mirando á la izquierda.)
Y nombrando al ruin de Roma,
luégo asoma... quiera Dios
que por conquistar á una,
no me quede sin las dos!

ESCENA IV.

D. CASTO y ROSA.

ROSA. Está usted solo?
(Desde el dintel de la puerta de la izquierda.)
CASTO. Lo estaba.
ROSA. Y sus hermanos? (Bajando al proscenio.)
CASTO. Se han ido.
ROSA. Ya se ve, pues! con las frescas
que mi hermana los ha dicho,
estarán desesperados.
CASTO. La diré á usted, no atendimos...
ROSA. Los ha puesto como nuevos.
CASTO. Sí?... pues nada hemos perdido.
ROSA. Por qué?
CASTO. Porque ella tampoco
nos ha hecho gracia.
ROSA. Es de fijo?
CASTO. Tal creo... lo que es á mí
me ha hecho feliz.
ROSA. No me explico...
CASTO. Me alegro que estemos solos.
ROSA. Sí?
CASTO. (Voy á ser atrevido.)
ROSA. Por qué?
CASTO. Porque... hace calor!
ROSA. Pues en diciembre es rarísimo:
ya! como está usté tan grueso!
CASTO. (Ya pareció mi individuo.)

No se vaya usted...

ROSA. Qué pasa?

CASTO. Que tengo que hablar muchísimo.

ROSA. Pues empiece usted; yo rabio
porque me hable un hombre...

CASTO. (Hijo!
si esto no te envalentona?...)
El caso es...

ROSA. Soy toda oidos.

CASTO. Pues... hace un fresco notable.

ROSA. Ántes calor y ahora frio...
está usted hecho un barómetro.

CASTO. (Cuando digo que no sirvo!)
Sí... la... (aquí del tatarrete.)
(Saca el frasquito del pecho y se echa un trago.)

ROSA. Qué veo!... Buen provechito.

CASTO. (Animándose.)
Pues sabrá usted que esos ojos
están levantando un cisco
en mi corazon!...

ROSA. (Con alegría infantil.) De veras?

CASTO. Tiene usted unos hoyitos...
y una gracia en ese cuerpo.

ROSA. Y mi hermana?

CASTO. Ya le he dicho
que me apesta; usted tan sólo
reinar puede en mi albedrío.

ROSA. (Saltando.)
Ay! que me hacen el amor,
qué bonito! qué bonito!
siga usted.

CASTO. Rosa... yo... vamos,
me parece que me explico.

ROSA. Ya tenía yo más ganas
de que me quisieran!...

CASTO. (Digo!)

ROSA. Ya puede usté enamorarme...

CASTO. (Pues señor, otro traguito.)
(Vuelve á sacar el frasco y á beber.)

ROSA. Pero usted, cuando enamora
no lo puede hacer sin vino?

CASTO. Él da calor á la sangre...

(Ya voy estando...)

ROSA. Ay, qué ojillos!

CASTO. Pues estos la están diciendo
que su semblante es divino,
que su mano es hechicera,
que su pié es diminutivo...
y que... (Si bebo otro trago
va á haber un cataclismo.)

ROSA. Eso me gusta... adelante.

CASTO. (Me compromete, de fijo.)

ROSA. Qué más?...

CASTO. Que valen sus ojos
más que un buen queso estraquino;
que son sus dientes más monos
que piñones encurtidos;
que sus dos mejillas son
mejor que dos pastelillos,
y que ni el cabello de ángel
es como el suyo, suavísimo.
Cuando usted llora, sus lágrimas
son malvasía legítimo,
y tiene usted en su boca
coñac y rom de lo fino.
¿Qué espárragos de los gordos
son como sus brazos ricos,
ni qué percebes pudieran
ser como sus piés chiquitos?
Sus dos labios encarnados
parecen dos langostinos,
y su nariz es más mona
que un trozo de solomillo.
Mire usted aquí á un hombre (Se arrodilla.)
que al ver un banquete opíparo,
de tanto manjar sublime
sólo pide un bocadito.

ROSA. Qué más?

CASTO. Que la quiero á usted.

ROSA. Y qué más?

CASTO. Que he decidido
amarla y que usted me quiera.

ROSA. Y qué más?

CASTO. Lo que la he dicho.

(Y que esto se va poniendo
un poco resbaladizo.)

ROSA. Y esto es el amor?

CASTO. Parece.

ROSA. Pues es poco divertido.
Yo creí que era otra cosa!...
Y para eso tanto ahinco
en que no mire á los hombres
porque son muy atrevidos,
y que no escuche sus frases,
hijas del infierno mismo,
en que hay peligros horri bles!
Adónde está ese peligro?

CASTO. Está ya... en el tercer sorbo.

ROSA. Pues no saque ustó el frasquito.

CARMEN. (Saliendo por la izquierda.)
Gracias á Dios que te encuentro!

ROSA. Me he divertido muchísimo.

ESCENA V.

CÁRMEN, ROSA y D. CASTO.

CARMEN. En qué?

ROSA. Me han hecho el amor!

CARMEN. Hola!

ROSA. Vaya! y me he reido...

CARMEN. Quién?

ROSA. Nuestro primo don Casto.

CARMEN. Pues me hace gracia el cinismo!
¿Cómo mi mano pretende
si á Rosa dice lo mismo?

CASTO. Porque yo á usted no la quiero...
como reza el papelito.
(Saca su carta y se la da.)
Y adios; tu amor ó la muerte. (Á Rosa.)
(Chúpate esa!) Con permiso...
(Saluda y se va por el foro.)

ESCENA VI.

CÁRMEN y ROSA.

CARMEN. Qué es esto? (Abriendo la carta.)
ROSA. (Reflexionando.) Vaya una cosa
que es el amor!
CARMEN. (Con rabia.) Qué he leido!
quién le ha dicho á ese mostrenco
que es grande mi pie?...
ROSA. Le ha visto?
CARMEN. Aquí lo dice... á ver, hija.
(Enseña el pie á Rosa.)
ROSA. Como es más pequeño el mio!...
(Enseña el suyo.)
CARMEN. Si tú eres un arrapiezo ..
ROSA. Qué quieres... es más chiquito.
CARMEN. Miren lo mocosa!
ROSA. Vaya!...
te da envidia?
CARMEN. Pues es lindo
el amante para darla!
ROSA. De gustos no hay nada escrito.
LUIS. (Desde el foro.)
(Las dos!... daremos el golpe.)
ROSA. Don Luis!
CARMEN. (Este es ya distinto.)

ESCENA VII.

CÁRMEN, ROSA y D. LUIS.

LUIS. (Dirigiéndose inmediatamente al lado de Rosa.)
Encantadora Rosita!
Señora...
(Saludando con frialdad á Cármen.)
ROSA. Muy bien venido.
LUIS. (Á Rosa.) Gracias á Dios que esos ojos
no me escatiman su brillo.
ROSA. ¡Ay, que me hacen el amor
otra vez! (Á Cármen.)

CARMEN. (Enojada.) Ya lo he oido.
LUIS. Hablando aquí de negocios
ántes, qué tiempo perdimos!
CARMEN. Por qué?
LUIS. Porque era mejor
dar las gracias al Altísimo
por haber criado un ángel
de rostro tan peregrino...
ROSA. Como yo?
LUIS. Precisamente.
ROSA. Le agrado yo á usted?
LUIS. Muchísimo!
ROSA. Esto ya me va gustando.
CARMEN. Sepa usted que no permito
tales bromas...
LUIS. No son bromas!
CARMEN. Á lo ménos tenga juicio,
si usted pretende mi mano!
LUIS. Ese es el error...
CARMEN. Qué he oido?
LUIS. Carta canta. (Saca la carta y se la da.)
CARMEN. Es un complot
sin duda...
BLAS. (No, un sinapismo!)
(Cármen abre la carta y lee.)
Se ha mirado usted las manos? (Á Rosa.)
ROSA. Están manchadas?... no atino...
LUIS. Mire usted... aquí... (Cogiéndole una.)
ROSA. No veo...
LUIS. Ya se limpió. (Besándosela.)
CARMEN. Qué he leido!
ROSA. Ay! esto ya es otra cosa...
siento así... como un vahido.
CARMEN. (Adelantándose á D. Luis con energía.)
Cuál es el hombro más alto?
LUIS. Ese!... que tiene de fijo
cuatro dedos más que el otro.
CARMEN. No oyes esto? (Á Rosa.)
ROSA. (Turbada.) No... lo he visto...
CARMEN. Qué tienes? (Á Rosa.)
ROSA. (Señalándose á las manos.) Así... una cosa
entre picor y hormiguillo!

CARMEN. Que soy desproporcionada?...
esto nadie me lo ha dicho!
LUIS. Como la verdad ofende...
CARMEN. Se engaña usted... soy lo mismo
de un lado que otro... mida!
LUIS. Voy... (Deteniéndose de repente.)
(Valor ó soy perdido.)
No tal! si á mí no me importa...
y yo... ni pongo ni quito,
media vara más ó ménos...
si fuera así... (Tocando los hombros de Rosa.)
CARMEN. Primito!
si es burla es algo pesada.
LUIS. El espejo es su enemigo.
CARMEN. (Yéndose á mirar al espejo.)
(Dios mio! será verdad?)
JOSE. (Por el foro.)
Aquí está. (Señalando á Rosa.)
BLAS. (Entrando á Luis.) Va bien?
LUIS. Magnífico!

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA EDUVIGIS, D. BLAS, D. JOSÉ y D. CASTO.

Todos entran acompañando á Doña Eduvigis, y en el momento que ven á Rosa se dirigen á ella.

EDUV. Qué les ha dado?
CARMEN. (Saliendo á su encuentro.) Mamá,
(Le da una de las cartas, abierta.)
lee!
JOSE. (Á Rosa.) Á los cielos bendigo
porque me deja mirar
de cerca tantos hechizos.
ROSA. ¡Ay, otro!...
CARMEN. (Á Doña Eduvigis.) Y eso no es nada.
Vea usted... (Le da la otra carta.)
JOSE. Rostro bonito,
no sabrá usted decir: «quiero»
si un hombre la dice: «envido?»
ROSA. Y eso, qué es?

JOSE. Que usté es más mona
que una doblilla de á cinco,
y que tiene usted más gracias
que un millon en efectivo!
ROSA. Pues si el amor vale tanto
por qué estará prohibido?
CARMEN. Abusa usted de una niña
tambien? (Encolerizada á D. José.)
JOSE. (Dándole la carta.) Como me retiro
de mi pretension...
BLAS. (Al otro lado dándole tambien otra carta.) Y yo
ambiciono hacer lo mismo.
CARMEN. Mamá!
EDUV. Lee las epístolas.
BLAS. (Á Rosa.) Yo soy franco y no la digo
que la quiero como todos,
pero de veras la afirmo
que tiene usted un encanto
capaz de volverme chino;
que es usted una perita
en dulce, y un manojito
de claveles, y un juguete
de lo más mono que he visto.
ROSA. Ay! ya creo que me vuelvo
estátua de sal de fijo!
Bien decía mi maestra.
CARMEN. (Fuera de sí.) Que yo miento? que yo bizco?
EDUV. Esto es un plan combinado.
CARMEN. Si ustedes han concebido
el proyecto de enojarme,
de su proceder me rio...
BLAS. Ya lo estamos viendo.
CARMEN. Sepan
que los desprecio lo mismo.
BLAS. Por eso nos dedicamos
á quien nos gusta muchísimo.
(Los cuatro rodean á Rosa, siendo los que quedan á su lado D. Blas y D. Luis; en el otro extremo Cármen sola, y en medio de la escena Doña Eduvigis.)
EDUV. Señores!... (Queriendo detenerlos.)
CARMEN. (Indicándola que se vaya.) Rosa!
BLAS. Primero

ha de elegir un marido.
ROSA. Quién... yo?...
CARMEN. Pero eso es de veras?
ROSA. Quién me qniere más?
BLAS. Magnífico!
Yo!
JOSE. Yo!
CASTO. Yo!
LUIS. Yo!
EDUV. Poco á poco.
ROSA. Me van á aturdir á gritos!
CARMEN. Basta de farsa.
BLAS. No es farsa!
EDUV. Miren...
LUIS. Ese es un pie digno.
(Señalando al de Rosa.)
BLAS. Así deben de ser los hombros...
iguales. (Señalando los de Rosa.)
CARMEN. Dios me dé tino!
CASTO. Y los ojos sin bizcar,
como Dios manda!
CARMEN. No he visto
igual dsscaro!...
EDUV. Señores!...
tengamos algo de juicio.
BLAS. Hoy es dia de alegría
y está todo permitido.
LUIS. Yo la quiero á usted! (Á Rosa.)
JOSE. Y yo!
BLAS. Hable usted...
ROSA. Qué compromiso!
qué hago yo así... con cuatro hombres?
LUIS. Buscar un cabo.
EDUV. Amiguitos!...
LOS CUATRO. Vamos!!
EDUV. Señores!
LOS CUATRO. Rosita!...
CARMEN. Oigan ustedes!
LOS CUATRO. Rendidos
esperamos...
CARMEN. No me escuchan!
EDUV. No me oyen!

BLAS. Aqui hay maridos...
EDUV. Pero...
LOS CUATRO. Nada...
ROSA. Yo...
LOS CUATRO. Que elija!...
EDUV. Basta!
LOS CUATRO. No...
CARMEN. Que oigan suplico.
LUIS. (De rodillas al lado de Rosita y cogiéndola una mano.)
Rosita encantadora,
escuche usted mi ruego,
y admita el espantoso
amor que siento aquí.
Y pronto en la parroquia
seamos venturosos,
pasando nuestra vida
así... así... así!... (La da tres besos en la mano.)
BLAS. (De rodillas al otro lado, cogiéndola la otra mano.)
Espero con el tiempo
quererla á usted de veras,
y entónces es muy fácil
que usted me quiera á mí.
El santo matrimonio
dichosos puede hacernos:
que Dios nos lo conceda
así... así... así!...
(La da otros tres besos en la otra mano.)
JOSE. (Por encima de la cabeza de D. Luis á Rosa.)
Carruajes y vestidos,
y galas y tocados
casándote conmigo
conservo para tí.
El oro es rey del mundo
y yo le tengo á mares;
pasemos nuestra vida
así... así... así!...
(Haciendo sonar el dinero en el bolsillo del chaleco por tres veces.)
CASTO. (Hablando á Rosa por cima de la cabeza de D. Blas.)
Comidas suculentas
y mágicos manjares

vencer sabrán sin duda
el miedo que hay en tí.
Mi estómago es hermoso,
los dos nos amaremos,
y juntos nos pondremos
así... así... así!...
(Haciendo tres veces ademan de abultársele el vientre.)

EDUV. Señores, uno á uno;
si á un tiempo hablamos todos,
no es fácil que se entienda
tan bárbaro motin.
Si no callan ustedes,
pues ya de broma pasa,
les echo de mi casa,
así... así... así!...,
(Haciendo tres veces ademan de señalarles la puerta.)

CARMEN. Los hombres aborrezco,
detesto sus engaños,
y en ser soltera fundo
mi alegre porvenir.
Permita Dios que un dia
mil hombres me enamoren,
y yo los haga á todos
así... así... así!....
(Haciendo ademan tres veces de saludarles con la mano.)

ROSA. No sé lo que me pasa,
no sé lo que me aflige,
me gustan Pepe y Casto,
me gustan Blas y Luis.
Si aquel que se enamora
de fijo va al infierno,
iremos en volandas
así... así... así!...
(Dando tres saltos pequeños. Todos los personajes repiten á un tiempo su respectiva octava con rapidez, pero sin confundirse las palabras, y ántes de que varien de postura, cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS, CÁRMEN y ROSA.

La colocacion de los personajes idéntica á la del primer acto.

CARMEN. Lo primero no es la boda.
EDUV. Pues qué es?
CARMEN. El amor propio.
EDUV. Si todo ha sido un complot
para despertar tu enojo!
despreciaste á los cuatro,
los llenaste de piropos,
y como es muy natural
ellos hicieron lo propio.
Vieron aquí otra muchacha
de escasísimo meollo;
y dijeron esta sirve
muy bien á nuestro propósito.
Si la broma te ha picado
y si los guardas encono,
ellos bailarán de gusto
de su empeño por el logro.
CARMEN. Y tú, niña, no entendiste (Á Rosa.)

que eras la burla de todos?

ROSA. Pues si tú por una burla
has sufrido tal sofoco,
qué harías si fueran veras?

CARMEN. Hola!...

ROSA. Arrancarme los ojos!

CARMEN. Si creerás que tengo envidia...

ROSA. Como es cuestion de amor propio...
y tú estabas sin ninguno
teniendo yo cuatro novios...

CARMEN. Cómo son tan escogidos!

ROSA. Pues está hoy el tiempo hermoso
para estar desperdiciando
lo que se presente.

CARMEN. Qué oigo!
Miren la colegialita,
y cómo entiende el negocio!...

ROSA. Yo tuve en media hora cuatro
que me adoraban de hinojos...
puede que en veinte años otras
no puedan decir lo propio.

CARMEN. Pero es que tú te figuras
que era cierto aquel embrollo?

ROSA. Como que tengo quince años,
y no gasto el genio hosco,
y no tengo los piés grandes,
y son iguales mis hombros,
y no bizco...

CARMEN. Todavía?...
Dios me libre de los tontos!
No sabes que esas disculpas
de sus cartas eran sólo
para que yo me irritase?...

ROSA. Pues lo han conseguido todo!

CARMEN. Dios me tenga de su mano...

ROSA. Mira; tú rabias, yo bordo;
á tí los cuatro te apestan,
y yo como á nadie odio,
escogeré el que me guste
hoy más, y Cristo con todos.

CARMEN. Pero, mamá, no la oyes?

EDUV. Sí, hija mia, ya la oigo;

pero como dicen bien...

CARMEN. Y se casará á su antojo!

ROSA. Pues no, que estaré esperando
á que me elijas tú el novio!

CARMEN. No harías más que lo justo.

ROSA. Me exponía por tu antojo
á quedarme para monja.

CARMEN. Mejor estado es que el otro.

ROSA. Pues tómale tú.

CARMEN. Muñeca!...

ROSA. Yo á tu gusto me acomodo:
tú, soltera, viste imágenes,
yo, casada, las adoro.

CARMEN. Pues no será!

EDUV. Si marido
no quieres, yo no sé cómo...

CARMEN. No le quiero ni... pintado.

ROSA. Pues yo... pintado tampoco,
le quiero de carne y hueso.

CARMEN. Pero porque veas pronto
que nadie te quiere, y era
lo de ayer farsa y embrollo,
voy á dejarme querer;
voy á fingir que respondo
á sus amantes protestas,
y cuando veas que todos
te dejan á tí por mí,
los contesto un *no* redondo.

ROSA. Volverán á mí los cuatro,
y como yo no me enojo,
tú te quedarás sin uno,
y yo con uno ó con otro.

CARMEN. Vamos!... si es cosa de ahogarla...

EDUV. Yo creí que era forzoso
tomar cartas en el juego;
pero el cielo siempre próvido
ha dispuesto tu castigo (Á Cármen.)
en sus labios candorosos.
Yo siempre á Dios le pedía
un ejemplar poderoso,
que tu opinion castigase
y torciera tus propósitos.

Ahí le tienes.

CARMEN. Sí... pues aunque
sufra penas y sonrojos
y me llamen fea y necia,
yo me callo y me conformo,
porque ni quiero á los hombres,
ni me caso...

EDUV. Ya está el horno
encendido!

CARMEN. Allá veremos.

EDUV. Ya vas perdiendo tu aplomo,
tu glacia! indiferencia
y tu desdeñoso entono.

ROSA. Déjela usté en su manía,
que si á cundir llega un poco,
y algunas siguen su ejemplo,
aquí en Madrid sobre todo,
tocaremos las demas,
no ya á cuatro, sino á ocho.

CARMEN. Bien! (Afectando calma.)

EDUV. (Á Rosa.) (Pínchala.)

ROSA. (Á Eduvigis.) (Y si me pega?)

EDUV. (Hazla rabiar, yo te apoyo.)
Adios, y firme en tus trece. (Á Cármen.)

CARMEN. (Paciencia.)

EDUV. Ya vendrán pronto,
abrúmales á desprecios,
y no los mires al rostro;
pero pues no han de ser tuyos,
presencia el grave coloquio
que han de tener con Rosita,
preludio de su consorcio.

CARMEN. (Dominándose.)
Así lo haré.

EDUV. Dios te ayude;
volveré dentro de poco.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

CÁRMEN, ROSA.

Cármen se pone á bordar al otro lado del velador donde está bordando Rosa, las dos frente al público y sin mirarse una á otra. Pausa.

CARMEN. La seda azul.
ROSA. Toma. (Se la da.)
CARMEN. Es claro
el color. (Tirándola sobre la mesa.)
ROSA. Pues aquí hay otro. (Se la da.)
CARMEN. Casa mal.
ROSA. Lo mismo digo.
CARMEN. No me gusta. (Tirándole.)
ROSA. Á mí tampoco.
(Tirándole tambien. Pausa.)
CARMEN. Te estás burlando de mí?
ROSA. Yo?
CARMEN. Sí, tú...
ROSA. Yo callo y bordo.
CARMEN. Y cuál te hacía más gracia,
vamos á ver?
ROSA. Á mí... todos.
CARMEN. Ya!... te flechaba el avaro,
ó te encantaba el gastrónomo,
ó el militar te aturdía,
ó preferías al otro?
ROSA. No he pensado, pero tú
los irás oyendo, y como
estás desimpresionada,
me aconsejarás.
CARMEN. Supongo.
ROSA. Los cuatro me quieren mucho,
tú me eliges el esposo.
CARMEN. Este color es horrible.
ROSA. Es verdad, es horroroso.
CARMEN. Venga uno verde.
ROSA. Uno verde. (Se le da.)
CARMEN. Es muy feo.

ROSA. Ahí tienes otro.
(Con rapidez y muy mal humor las dos.)
CARMEN. Es malo.
ROSA. Lo mismo digo.
CARMEN. No me gusta. (Tirándole.)
ROSA. Á mí tampoco.
(Tirándole tambien.)

ESCENA III.

CÁRMEN, ROSA, y D. BLAS, por el foro.

BLAS. (Juntas! Silencio profundo!
aquí va á empezar lo gordo.)
Hola, primitas. (Acercándose.)
ROSA. Don Blas!
CARMEN. El riojano, el fenómeno
de franqueza! (Lo que es este
no te conviene.) (Á Rosa.)
ROSA. (Pues otro.)
CARMEN. Qué tal vamos?
BLAS. Mucho bien.
Qué tal, se pasó el enojo?
CARMEN. Como era una broma...
BLAS. Claro.
CARMEN. Yo no miento nunca.
BLAS. Qué oigo!
pues no dice usted á voces
que odia á los hombres?
CARMEN. Los odio.
BLAS. Pues ahí está, como esa es
una mentira de á fólio.
CARMEN. Si sabrá usted más que yo?
BLAS. Usted odiará á su antojo
á los que ha visto hasta ahora,
y eso al fin, segun y como:
pero como hay otros muchos...
CARMEN. Como yo no los conozco...
BLAS. Otra, pues! y si entre ellos
se presenta algun buen mozo
y usté al verle dice: chico,
qué hacemos aquí nosotros?

CARMEN. No lo diré.
BLAS. Pues peor
para usted: vamos, pimpollo, (Á Rosa.)
levante usté esos ojitos
ó voy á creer que estorbo.
ROSA. Los bajo porque me miran,
que si estuviéramos solos
ya los alzaría.
BLAS. Así
me gusta: nada de embrollos,
la verdad ántes que nada.
CARMEN. Le gusta á usted este corzo?
(Enseñando el bordado.)
BLAS. Mire usté, á mí los venados
ni en pintura.
CARMEN. Y este fondo,
casa aquí bien?
BLAS. Yo no vengo
á dar lecciones de monos:
vengo á ver á Rosa.
CARMEN. (Con ironía.) Vaya!
no le ha entrado poco pronto
el amor.
BLAS. No se le tengo.
LAS DOS. Ah!
BLAS. Me gusta más que un poco,
y para tenerla mucho
la miro, la hablo y la oigo.
CARMEN. Es usted franco? (Levantándose.)
BLAS. Muy franco.
CARMEN. Entónces déme su apoyo,
y diga á sus tres hermanos (Con gravedad.)
que es mal hecho por antojo
ó venganza, de una niña
burlarse.
BLAS. Ni por asomo.
CARMEN. Que si yo no los agrado,
lo cual para mí es notorio,
con no hacerme caso alguno
se concluye este negocio;
pero que no es de leales,
por despecho ó por encono,

pretender que la inocencia
les sirva de trampantojo;
que los desprecia mi hermana
tanto como yo los odio;
y que esta casa es muy suya
portándose de otro modo.
Usted es franco y no debe
enojarse si le copio.

BLAS. Francamente, usted me gusta:
esas frases y ese tono
son muy decentes ¿estamos?
y yo desde ahora respondo
que no andaremos en farsas
necias, ni con requilorios:
el que quiera de verdad
á Rosita, que haga el oso;
pero al que lo haga por broma,
soy capaz de hincharle el morro.

CARMEN. Gracias: la forma es durilla, (Sonriéndose.)
pero es muy bueno su fondo,
y soy su amiga. (Dándole la mano.)

BLAS. Me alegro,
ya verá usted si me porto.

ROSA. (Levantándose.)
Pero eso quiere decir
que me he quedado sin novios!

BLAS. Cuántos años tiene usted?

ROSA. Quince.

BLAS. De aquí á diez y ocho
va usté á tener una lista
de tres ó cuatro kilómetros.

ROSA. Y usted me quiere? (Con tristeza cómica.)

BLAS. Yo?
soy muy bruto para esposo,
y usted necesita un chico
más adamado y más pollo.

CARMEN. Esa no es una razon.

BLAS. No es razon?

CARMEN. Usté es buen mozo.

BLAS. Pues por eso no me gusta
tener que hacer un corcobo (Bajándose.)
para decir: «alma mia;»

es mejor rostro con rostro
lo que pasa por el alma,
irlo leyendo en los ojos.

CARMEN. Que con su palabra cuento...
(Á D. Blas, llevándose á Rosa.)

ROSA. Á que me los quita todos. (Llorando.)

BLAS. Lo dijo Blas... (Con gravedad cómica.)

CARMEN. Pues entónces,
amigo, punto redondo.
(Váse por la izquierda con Rosa.)

ESCENA V.

D. BLAS.

Y ella será lo que quiera,
pero tienes unas caidas...
ha descubierto la trama;
me cogió el flaco la indina,
y por la verdad es fuerza
recoger velas... Familia!
(Acercándose á la puerta de la derecha y llamando á sus hermanos.)
cada mochuelo á su olivo.
Chicos! (Llamando.)

LUIS. (Asomándose á la puerta.)
Nos llamas?

BLAS. Aprisa.

ESCENA VI.

D. BLAS, D. LUIS, D. CASTO y D. JOSÉ, saliendo por la derecha.

BLAS. Se ha descubierto el pastel.

CASTO. El pastel es cosa mia.

BLAS. Cármen lo ha entendido todo.

JOSE. Pues para eso era la filfa.

BLAS. Y me ha dicho que yo os hable.

LUIS. Ya escuchamos.

BLAS. Y que os diga,
que dice ella que nosotros

somos una gatería.

LUIS. Cómo!

BLAS. Que si no nos gusta,
que la dejemos tranquila,
y que no hagamos pensar
en otra cosa á Rosita.

LUIS. Y tú que le has dicho?

BLAS. Yo!...
que tiene razon.

LUIS. Maldita
sea tu franqueza, amen!

BLAS. Hombre!

LUIS. Seguir la mentira;
decir que estamos los cuatro
locos de amor por la niña
y hacerla saltar.

BLAS. Pues hijos,
esto es cosa concluida;
el que á Rosa pretenda
no es ya de mentirijillas;
y el que á Cármen enamore
veremos cómo se explica.

JOSE. Yo quiero los dos millones,
lo demas no me fascina.

BLAS. Hombre, por qué no te casas,
si al oro sólo te inclinas,
con la Caja de Depósitos?

JOSE. Porque no me la darían,
que lo que es las ganas...

CASTO. Yo
quiero por la razon misma
á Cármen; con dos millones
puede uno pasar la vida
gastando en comer seis años
mil reales todos los dias.

LUIS. Á mí, que sólo me gustan
las mujeres por sí mismas,
y que ni viejas ni feas
me agradan, aunque sean ricas,
me gusta Cármen muchísimo,
pues como Serra decía,
es muy maestra marchando

y tiene muy buena pinta,
mas tambien me gusta Rosa
así... por lo pequeñita,
pues ya sabes, la pimienta
es chica, y pica y repica.
De modo que la que me oiga
amante y mejor me admita,
será con dote ó sin dote
la moza que ha de ser mia.

CASTO. Y tú? (Á D. Blas.)

BLAS. Cármen me hace gracia,
pero se me hace la fina,
y yo quiero una mujer
basta como yo, que sirva
para dar un puñetazo
si algun moscon se le arrima;
que no haga dengues por todo,
y que cuando quiera diga
«aquí estoy yo, el cura espera;
á la parroquia en seguida.»

CASTO. Conque es decir?

BLAS. Que nos vamos;
que si tú no la conquistas, (Á D. Casto.)
ó tú, lo cual es difícil, (Á D. José.)
hacemos la despedida.

LUIS. Y no era mejor seguir?

BLAS. Mi palabra ya está dicha;
he prometido por todos
tener decoro y cumplirla:
conque hablar lo que se sienta,
la verdad moronda y lisa,
porque al que no me haga caso
le voy á romper la crisma.

LUIS. Oh! lo que es con amenazas...

BLAS. Otra que Dios! ya te irritas;
pues bien, nos la romperemos.

CASTO. Vamos... (Conteniéndolos.)

JOSE. Pues bueno estaría...

BLAS. Es que á mí tu espada... (Á D. Luis.)

CASTO. Blas!

JOSE. Ya basta.

CASTO. Cese la riña...

entre hermanos!

BLAS. Está bien: (Conteniéndose.
preparemos en seguida
los equipajes, y en marcha.

CASTO. Eso voy á hacer.

BLAS. Aprisa.

LUIS. Yo os sigo dentro de poco;
es justo que me despida.

JOSE. Todos lo haremos.

BLAS. Dejadle;
cayó el de caballería.
(Se van por la derecha.)

ESCENA VII.

D. LUIS.

LUIS. Lo que es irme sin dejar
con decoro el pabellon
no es cosa muy regular:
pues no tendrán que hablar
despues en el escuadron!
Haber dos mozas aquí
de esas á quien dice Dios:
«esto lo sé hacer así!»
y quedarse aquí las dos
y ninguna para mí!...
Lo que es por eso no paso,
oh!... y ahora que estoy vacante,
y que en despecho me abraso
por la moza de Alicante
que no me quiso hacer caso!
Nada, aquí siento mis reales,
y aunque me hagan sufrir luégo
penas á la suya iguales,
á esas dos mozas juncales
yo las haré entrar en fuego.
Otra cosa es desertar,
y yo no quiero pasar
por cobarde, mientras pueda;
ya oigo el ruido de la seda,
por la derecha, alinear!

ESCENA VIII.

D. LUIS y ROSA.

ROSA. Ay! usted?
(Bajando al proscenio sorprendida de ver á Don Luis y volviendo la cara para no mirarle.)
LUIS. Yo soy, Rosita.
Cómo!... no verme desea?
ROSA. Pues!...
LUIS. Por qué razon maldita
pone una cara tan fea
quien la tiene tan bonita?
ROSA. Porque la escena de ayer
me ha hecho, aunque tarde, saber
que ninguno me quería,
y que por mí, todavía
nadie me puede querer.
LUIS. Se ha visto usted al espejo?
ROSA. Sí señor.
LUIS. Vaya! ¿y qué tal?
ROSA. Aunque el que tengo ya es viejo,
cuando con él me aconsejo
no me parezco muy mal.
Si yo soy como me pinta
(Jugando con la cinta del cinturon.)
y no me miente por vicio...
LUIS. No tal; me dice esa cinta
(Señalando al cinturon.)
que ya ha entrado usted en quinta
y es útil para el servicio.
ROSA. Cuando digo que ya sé
que broma lo de ayer fué...
Y así los hombres se portan?
los demas nada me importan
aunque finjan; pero usté...
LUIS. Conque yo la importo más?
Pues bien! no me vuelvo atrás.
Me gusta usted.
ROSA. Sí?
LUIS. Remucho.

ROSA. No lo creo aunque lo escucho.
LUIS. Qué no me cree?
ROSA. Jamás! (Volviendo la cara.)
(Pausa.)
LUIS. Vuelva usted, niña, esa *cara*,
(Marcando algo todas las paranomasias.)
que amor con amor se *cura*;
y si usté bien lo repara
el que como yo se *apura*,
debe decírsele *apara*.
ROSA. Usté anda de ceca en *meca*,
y quiere volverme *mica*
para que me ponga hueca;
pero el que de todos *pica*
ya sé yo por lo que *peca*.
LUIS. Le digo á usted que la *cosa*,
se puede quedar en *casa*,
y que es usted tan hermosa,
que tengo ya el alma *rasa*
por esa cara de *rosa*.
ROSA. Si fuera cierta esa *tema*,
puede que dijera, *toma*.
(Alargando la mano.)
LUIS. Qué mano! si es una yema, (Ella la retira.)
siquiera por[illegible]e *quema*
deje usted que me la *coma*.
ROSA. Soy de Madrid.
LUIS. Hola! *gata*?
ROSA. Justo; y que no vea *gota*
cuando su amor me retrata.
LUIS. Tiene esa mano una *mota*
que me aturde y que me *mata*.
ROSA. Hoy su amor está de *gala*.
LUIS. Hija, si no tengo *gola*.
(Llevándose la mano á la garganta.)
ROSA. No le parezco tan mala,
porque al venir á esta *sala*
me ha visto usted á mí *sola*.
LUIS. Que no vista sino *pana*,
si no es ya cierta mi *pena*;
y si yo quiero á su hermana
que no me den más que *avena*

ó me manden á la *Habana*.

ROSA. No creo...

LUIS. Vuélvame *moro*
si desde hoy á nadie *miro*;
si no cree usted que la adoro
voy á que me coja un *toro*,
ó voy á pegarme un *tiro*.

ROSA. Usted lo dijo y me *apura*,
pero si le digo *apara*,
tenga por cosa segura
que la broma cuesta *cara*,
y que en la iglesia está el *cura*.

LUIS. Me aplastó.

ROSA. Cayó la *gasa*.

LUIS. Amor que en boda se *guisa*,
casi de la raya pasa.

ROSA. Sólo está en punto la *masa*
despues de escuchar la *misa*.
(Cármen aparece en el dintel de la puerta de la izquierda, y se detiene.)

LUIS. Estoy mal. (Retirándose un poco.)

ROSA. Pues tome *soda*? (Burlándose.)

LUIS. Me ahorcara con una *seda*.

ROSA. Eso ya no está de moda.

LUIS. Cuándo se acaba la *veda*? (Acercándose á ella.

ROSA. Cuándo? Despues de la *boda*.
(Con sonrisa maliciosa.)
(Rosa se va por la izquierda cambiando una mirada con Cármen, que baja poco á poco al proscenio.)

ESCENA IX.

D. LUIS y CÁRMEN.

LUIS. Casarme! feroz palabra.

CARMEN. Le parece á usted bien hecho
volver á hacer la comedia
que los cuatro ayer hicieron?

LUIS. Ha oido usted?

CARMEN. Poco ó nada,
pero lo bastante creo
para adivinar que siguen

en su ridículo empeño.

LUIS. Yo... (Sincerándose.)

CARMEN. Y me prometió su hermano
que enmendarían el yerro?

LUIS. Él como los otros dos
está su equipaje haciendo.

CARMEN. Para qué? (Sorprendida.)

LUIS. Para marcharse.

CARMEN. Y la herencia?

LUIS. Como luégo
usted los despreciaría;
la dan calabazas ellos.

CARMEN. Ah! y usted?

LUIS. Yo me he quedado
á despedirme un momento
de Rosa.

CARMEN. Y de mí?

LUIS. Lo mismo.
(Esta mujer tiene un cuerpo!)

CARMEN. Tanto les asusto?

LUIS. Digo!
No odia usted al sexo feo?

CARMEN. Sí; tal vez, porque aún no he visto
quien me haga variar de empeño.

LUIS. Nunca la ha dicho á usté un hombre:
morena, por tí me muero!

CARMEN. Pero lo han dicho tan suaves,
tan melosos y tan necios,
que si todos son lo mismo
nada en no escucharlos pierdo.

LUIS. Conque á usted le gusta?...

CARMEN. Un hombre
que lo sea.

LUIS. Ya comprendo.

CARMEN. Que tenga arranque, que exija,
que mande, que tenga genio,
que sea, en fin, lo que yo,
vamos, lo que yo merezco.

LUIS (Acercándose á ella decidido, y retrocediendo en el acto.)
Pues entónces... (Guarda, Pablo,
esta quiere verme preso

en sus redes, y despues
darme un sofion estupendo!)

CARMEN. Decía usted... (Animándolo.)

LUIS. Que yo soy
tan tímido!

CARMEN. Sí, lo creo.
Á ver, míreme usté un poco?

LUIS. (Ay, si la miro me pierdo!
digo! y si la otra me escucha!)

CARMEN. Vamos!...

LUIS. Señora, no puedo:
(Llevándose la mano á la frente.)
tengo los ojos tan malos!

CARMEN. Si se irá usté á poner ciego!
(Queriendo apartarle la mano.)

LUIS. Es fácil. (Ay, que me toca!)

CARMEN. Á ver? (Apartándole la mano.)

LUIS. Si el mal está dentro.

CARMEN. Parece usté un colegial!

LUIS. (No tienes tú mal colegio.)

CARMEN. Y tambien usted se marcha...

LUIS. Á poner tierra por medio:
aquí se vive, señora,
en un compromiso eterno.

CARMEN. Conque la herencia del tio
irá á la Inclusa? (Sentándose.)

LUIS. Bien hecho.

CARMEN. Qué lástima!
(Enseña un poco el pie por debajo del vestido.)

LUIS. (Enseña el pie!)
Conque, señora, hasta luégo.
(Dirigiéndose á la derecha.)

CARMEN. Es que me ha dado un vahido.

LUIS. Sí, voy...
(Vuélvese con rapidez, retrocediendo en el acto.)
llamaré corriendo.
(D. Blas asoma la cabeza por la puerta de la derecha y vuelve á esconderse.)

CARMEN. No hace falta: quién dijera
(Levantándose despechada.)
que los bravos del ejército
se asustaban por tan poco!

BLAS. (Me va á tener por un memo.)
CARMEN. (Él vendrá.) (Mirándole.)
LUIS. (Yendo hácia ella decidido.)
(Si ella lo quiere.)
BLAS. (Sacando la cabeza.)
Comandante, que te veo!
LUIS. (Quedándose parado.)
(Firme!)
CARMEN. (Por vida del hombre!...
Un instante más y venzo
y le veo de rodillas,
y me rio y le desprecio.)
LUIS. (Á Blas, que ha salido.)
Mil gracias. Que usted se alivie. (Á Cármen.
CARMEN. Pero...
LUIS. Me esperan adentro.
Ahí tiene usté á mi hermano.
Creo que con él no hay riesgo.

ESCENA X.

CÁRMEN y D. BLAS.

CARMEN. (De mal humor y con rapidez.)
Y es usted el hombre
tan bueno y tan franco,
que aquí me juraba
cortar el engaño
conque á Rosa todos
ayer embromaron?
BLAS. Y es usted, señora,
la moza de cántaro
que nunca con hombres
quiso echar un párrafo,
y á todos los mira
con rostro inhumano?
CARMEN. No he visto yo misma
aquí hace ya un rato
que Luis proseguía
su plan comenzado,
buscando de Rosa
amantes halagos?

BLAS. No he visto ahora mismo
que estaba usté echando
á Luis el anzuelo
con gracia y con garbo,
para que cayera
á sus piés postrado?

CARMEN. Quién cree en los hombres?

BLAS. Pues ya me hago cargo.

CARMEN. Si todos son unos.

BLAS. Muy falsos, muy falsos,
pero y las mujeres,
dónde las dejamos?

CARMEN. Hombre que aquí jura
que tiene el descaro
de decir á todos
lo bueno y lo malo;
que nunca ha mentido,
que le llaman záfio
porque lo que siente
publican sus labios,
y luégo una farsa
compone á su agrado
en que miente amores
con necio descaro,
ni es bueno, ni es noble,
ni grave, ni honrado,
ni recto, ni digno,
ni justo ni franco.

BLAS. Mujer que detesta
al género humano,
y quiere ser monja,
y piensa en el claustro,
y luégo al primero
que no la hace caso
pretende cazarle
con gracia y con garbo:
y al ver que á su hermana
quieren tres ó cuatro,
de rabia se muere
y quiere pegarlos,
ni á mí me convence,
ni piensa en el claustro,

ni es franca, ni buena,
ni vale dos cuartos.

CARMEN. Y usted se figura (Acercándose á D. Blas.)
que yo hubiera estado
soltera ni un dia
queriendo evitarlo?

BLAS. La habrá dicho amores
algun ente raro,
algun pollo *cursi*,
ó un cojo, ó un manco!

CARMEN. Dios me dé paciencia!
Está usté engañado,
me han querido muchos
muy ricos, muy guapos!

BLAS. Quererse es muy fácil,
casarse es el caso.

CARMEN. Porque no he querido.

BLAS. Porque no ha pegado.

CARMEN. Sabe usted, primito,
que me va gustando
el modo que tiene?

BLAS. Pues ya me hago cargo.

CARMEN. Quiere usté aquí mismo
ver cómo me caso?
(Cada vez más incomodada.)

BLAS. Yo seré el padrino.

CARMEN. No quiero espantajos.

BLAS. Tan feo me encuentra?

CARMEN. Tan feo y tan raro
que si no hubiera otro
me iba al otro barrio
con palma en la caja
y hocico de á palmo.

BLAS. Vamos, Carmencita,
que no soy tan raro.

CARMEN. Sería avaricia
pedir otro tanto.

BLAS. Conque á los millones
se los lleva el diablo?

CARMEN. Si usted no los pide...

BLAS. Jesús! ni pensarlo.
Con usted encima

fueran muy pesados.
CARMEN. Como soy tan fea...
BLAS. El perfil no es malo,
pero el frente es cosa
de no soportarlo.
Conque hasta la vista
CARMEN. (Fuera de sí.)
Conque hasta otro rato.
BLAS. Escribir la boda!
CARMEN. Mandar en llegando!
(Yo estalllo!)
BLAS. (Yo trino!)
CARMEN. (Yo bufo!)
BLAS. (Yo rabio!)
(D. Blas se va por la derecha. Todo el final de esta escena debe decirse con gran rapidez.)

ESCENA XI.

CÁRMEN, poco despues DOÑA EDUVIGIS y ROSA, por la izquierda.

CARMEN. Quién me habia de decir
todo lo que está pasando!
Llamarme un hombre á mí fea!
Y es buen mozo; vamos, vamos,
si lo escucho y no lo creo!
EDUV. Conque se nos van los cuatro?
CARMEN. Vayan benditos de Dios!
EDUV. Y perderás esos cuartos?
CARMEN. Y qué quiere usted?
EDUV. Y luégo
te querrás casar al año
con álguien que valga ménos
y que sea un pelagatos!
CARMEN. Mas záfio que Blas y Luis
es difícil.
ROSA. (El villano
en cuanto oyó hablar de boda
dió media vuelta!)
EDUV. No alcanzo
en qué se funda tu empeño. (Á Cármen.)

CARMEN. Pero si no me hacen caso,
he de ir yo misma á decirles,
«quién me quiere?»
EDUV. Eso es lo malo
á eso los cuatro venían
y espantaste á los cuatro.
CARMEN. Y quién vence sin luchar?
EDUV. Ah! conque era eso? Acabáramos!..
CARMEN. No era eso; pero te juro
que es tan terrible mi estado,
que diera hoy por un amante
buen mozo, valiente y guapo,
los dos millones enteros.
EDUV. Tú! (Sorprendida.)
CARMEN. Yo... para que ese bárbaro
viera que á mí me sobraban
maridos.
EDUV. Tal te ha tratado?
CARMEN. Me ha llamado fea.
EDUV. En broma!
CARMEN. Sí, para bromas estamos.
EDUV. Elige á Luis.
CARMEN. Ese es memo.
ROSA. (Ay, no digo yo otro tanto!)
EDUV. En fin, pues tú lo has querido,
tienes que pasar el trago;
á bien que para ser monja
tienes ya lo necesario:
esta tendrá así más dote.
CARMEN. Pues no señora, me caso
con el primero que llegue
para poder publicarlo.
EDUV. Te ha picado la tarántula?
CARMEN. La ira.
EDUV. Dios me ha escuchado;
al cabo caiste.
CARMEN. Yo?
ROSA. Silencio!
EDUV. Aquí estan los cuatro.

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS.

D. Blas, D. Luis, D. Casto y D. José salen por la derecha llevando cada uno en la mano una maleta ó saco de noche. Salen en fila por el órden en que están nombrados, y se colocan en silencio frente al público. Eduvigis en medio de Cármen y Rosa, en el extremo izquierdo del proscenio. Pausa.

EDUV. Qué es esto? ya de viaje,
pues... y el poryecto del tio? (Silencio.)
CASTO. (Aquí se va á armar un lío.)
LUIS. (Habla.) (Á D. Blas.)
BLAS. (Tenme el equipaje.)
(Le da á D. Luis el saco de noche y se adelanta.)
Como nuestra amada prima
no puede á los hombres ver,
y es fiera, que no mujer,
cuando á ella un hombre se arrima;
nosotros sin suficiencia
para evitarla un disgusto,
nos vamos con mucho gusto,
aunque se pierda la herencia.
Dios le dé la gloria al tio,
y tengámosle en memoria:
aquí paz y despues gloria,
buenas noches y al avío.
EDUV. Pero si no entendí mal
hay alguno que á mi Rosa
pretendió hacerla su esposa.
LUIS. (Ten las maletas.) (Á D. Casto.)
(Adelantándose, á Doña Eduvigis.) No tal:
yo dije que era un pimpollo,
que era bella y seductora,
que su cara me enamora
y eso, señora, es el bollo;
pero ella me habló de union
como era muy justo y santo,
y el bollo me asustó tanto
que ahí tiene usté el coscorron.

EDUV. Pero esas frases sencillas
no son lo mismo, á mi ver,
que las de alguno que ayer
(Mirando á D. Casto.)
la juró amor de rodillas.

CASTO. (Tenlos sacos.)
(Á D. José, á quien da todas las maletas, adelantándose.)
Yo lo hacía
para que Cármen saltara.

CARMEN. Gracias.

EDUV. Y José?

JOSE. (Tirando las maletas en el suelo y adelantándose.)
Yo para
lo mismo, señora mia.

EDUV. Es decir que ustedes dos (Á D. Casto y D. José.)
á una farsa se prestaban...

CASTO. Ya ve usted.

EDUV. Y la engañaban?...
vayan benditos de Dios.
Pero usted... (Á D. Luis.)

ROSA. (Á Doña Eduvigis.) Deja al señor
ya que yo le tuve á raya,
que con su tropa se vaya,
que ya vendrá otro mejor.

LUIS. Mejor que yo? (Adelantándose.)

ROSA. Mas leal.

LUIS. Es que yo la quiero á usté.

ROSA. Pues hermano, no hay de qué;
ya ha llegado tarde y mal.

LUIS. Sí?

EDUV. Y usted?

CARMEN. (Á Doña Eduvigis.) Deja á don Blas,
que ese no sabe mentir,
y luégo nos va á decir
que tú pescándole estás.

BLAS. Nada de eso; yo, señora,
quiero verla armelita.

CARMEN. Me caso.

BLAS. Será bonita
la eleccion Y cuándo?

CARMEN. Ahora.

Con don Casto ó don José.
(Al oir esto D. Casto y D. José se adelantan.)

EDUV. Con cualquiera de los dos?

BLAS. Vengan los sacos y adios.
(Sin cogerlos todavía.)
Los quiere? (Á Cármen.)

CARMEN. Ni los querré;
mas me verá usted casada.

BLAS. Es que ellos no admitirán,
ó conmigo reñirán.

TODOS. Y por qué?

BLAS. Pues ahí es nada
He de consentir que sean
esposos de una mujer
que no los puede querer
y en ridículo se vean?
No, señor; si usted se esponja, (A Cármen.)
yo al matrimonio me opongo;
viva usté así... como un hongo
hasta que se meta monja.

CARMEN. Pues yo me quiero casar.

BLAS. Con algun otro, no digo,
pero con ellos... ¡conmigo
sería mas regular!
(Con una salida de tono.)

CARMEN, ROSA y DOÑA EDUVIGIS.
Qué?

LUIS. Cómo?

CASTO. Calla!

JOSE. Pues hombre!

CARMEN. Si soy fea.

LUIS. (Á D. Blas.) Criatura!

BLAS. Para meterla en cintura.

LUIS. Jesús! (Santiguándose.)

BLAS. Y qué hay que te asombre?

LUIS. Que ella no te puede ver.
(Pasa en seguida por detrás al lado de Rosa.)

BLAS. Y yo la miro rabiando:
ya nos estamos tratando
como marido y mujer.

ROSA. (Falso!) (Con rapidez á Luis.)

CARMEN. Si usted me aborrece. (Á D. Blas.)

BLAS. Y usté á mí.
CARMEN. Rabia le tengo,
por eso no le detengo.
LUIS. (Casaca?) (Á Rosa.)
ROSA. (Á D. Luis.) (Sigo en mis trece.)
LUIS. Ya tendrías que rabiar... (Á D. Blas.)
qué pareja! siempre á gritos.
BLAS. (De repente.)
Las maletas, hermanitos,
que aquí nos van á pescar.
(Coge cada uno precipitadamente su saco de noche, se le echa al hombro y se dirigen al foro; de repente se vuelven, tiran las maletas y bajan con rapidez dirigiéndose D. Blas á Cármen y D. Luis á Rosa.)
BLAS. Es usted una embustera.
LUIS. Sabe usted más que Merlin.
CARMEN. Para qué vuelve usté al fin?
BLAS. Yo, para que usté me quiera.
CARMEN. Pero le gusto á usted yo?
BLAS. La verdad, más de lo justo.
ROSA. Allí está el cura. (Á D. Luis.)
LUIS. Me asusto.
No hay mas remedio?
ROSA. Que no.
BLAS. Es usted dueña de hacer (Á Cármen.)
una que sea sonada,
puede usted quedar vengada
y aplastarme á su placer;
pero yo que nunca miento
aunque la vida me cueste,
la digo á usté que está este
(Señalando al corazon.)
que en la garganta le siento;
que sus ojos me dan grima,
y que al irme de su lado
creo que el cielo estrellado
se va á venir encima.
Conque basta de ficcion (Arrodillándose.)
indigna de un riojano,
aquí tiene usted mi mano;
calabazas ó perdon.

LUIS. (Á Doña Eduvigis.)
Señora, esta niña es mia:
de sangre no tengo gota,
aquí tiene usted en derrota
toda la caballería.
Jamás me pensé casar
y ménos así... de pronto;
pero se vuelve uno tonto
sin poderlo remediar.
Bendiga usted nuestra union,
húndame usted en el abismo
ó me la llevo ahora mismo
á mandar el escuadron.

CARMEN. (Á Doña Eduvigis.)
En fin, hay que transigir.

EDUV. Todos se casan, ya ves!

CARMEN. Que no haya riñas despues. (Á D. Blas.)

LUIS. Ya hemos caido!

BLAS. Á vivir!

JOSE. (Gastaría los millones
en moños! Sigo soltero.)

CASTO. (Con el matrimonio fiero
se hacen malas digestiones.)

CARMEN. Para que nadie se inquiete (Á D. Blas.)
es fuerza... (Señalando al público.)

BLAS. Y si se incomoda?

CARMEN. Pues que se ha acabado en boda,
como siempre, este juguete,
habla tú que eres tan claro.

BLAS. Ya verás.
(Adelantándose al público con decision y turbándose.)
Pues... la... ¡mujer! (Retrocediendo.)
Mejor lo puedes tú hacer...
¡Con ese no me descaro!

CARMEN. (Al público.)
El autor de este humilde juguete,
y yo cumplo en su nombre el encargo,
sólo quiso en honor de las fiestas
que pasarais alegres el rato.
Si algun dia logró en otras obras
ver brillar en los ojos el llanto,
hoy será muy feliz si consigue

ver lucir la sonrisa en los labios.
Implorar el perdon es bastante;
fuera mucho pedir un aplauso,
cuando sólo os ha dado esta noche...

JOSE. Oros!
CASTO. Copas!
LUIS. Espadas!
BLAS. Y bastos!

(El último verso puede tambien decirle Cármen, ó á un tiempo los interesados y Cármen, ó el fino entero el primer actor.)

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice

Madrid 11 *de Octubre de* 1866.

El censor interino,

LUIS FERNANDEZ-GUERRA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Amor que empieza y amor que acaba..	1	Sres. Dalmau y Fernandez Caballero....	L. y M.
Chanteuse par amour.....	1	D. D. Henrion.....	M.
De los toros.....	1	B. de Monfort.....	M.
Don Ramon y Don Roman.....	1	B. de Monfort.....	M.
El domador de fieras.....	1	J. Campo-Arana (*Mitad*).	L.
El impuesto de guerra.....	1	B. de Monfort.....	M.
El güinero celoso.....	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
El lucero del alba.....	1	Manuel Fernandez..	M.
Entre dos tios.....	1	Manuel Nieto.....	M.
Hélóise et Abelard.....	1	Mr. H. Litolff.....	M.
Hércules y Alcides.....	1	D. B. de Monfort.....	M.
La casita blanca.....	1	B. de Monfort.....	M.
La Chanson du primtemps.....	1	Mr. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger.....	1	Mr. Robert Planquette..	M.
La jota aragonesa.....	1	Sres. Navarro y Fernandez Caballero.....	L. y M.
La matancera.....	1	D. Manuel Fernandez...	L. y M.
La pecadora, cancion.....	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero.....	L. y M.
La saint Nicolás.....	1	Mr. Robert Planquette..	M.
La venta del Enano.....	1	D. B. de Monfort.....	M.
Le Chevalier Gaston.....	1	Mr. Robert Planquette..	M.
Les Rendez vous galants.....	1	Mr. Robert Planquette..	M.
Las hijas del tambor mayor.....	1	D. R. L. P. de Guzman.	L. y M.
Las guarachas.....	1	Manuel Fernandez..	L. y M.
Los amantes de Rosita.....	1	B. de Monfort.....	M.
Los negros catedráticos.....	1	Manuel Fernandez...	L. y M.
Memnon.....	1	Mr. Grisard.....	M.
Nos matamos.....	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
Paille d'avoine.....	1	Mr. Robert Planquette..	M.
Sonó la flauta.....	1	Sres. Cuartero y Taboada	L. y M.
Skating-Ring.....	1	D. B. de Monfort.....	M.
¡Hierra!.....	1	José Campo-Arana..	L.
Truenos y rayos.....	1	B. de Monfort.....	M.
Espiridion en Vulcano.....	2	Rafael Taboada. *Mit.*	M.
L'amour et Son Carquois.....	2	Mr. Ch. Lecocq.....	M.
La clave.....	2	D. Campo-Arana (*Mitad.*)	L.
Azulina.....	3	B. de Monfort.....	M.
Corona contra corona.....	3	Calisto Navarro.....	M.
El reino de las sombras.....	3	B. de Monfort.....	L.
El Sr. de Juan Abad.....	3	B. de Monfort.....	M.
La Boite de Pandore.....	3	Mr. H. Litolff.....	M.
La campane de Corneville.....	3	Mr. Robert Planquette..	M.
Les cloches de Corneville.....	3	Robert Planquette..	M.
Niniche.....	3	Boullard.....	M.
Un teatro en el infierno.....	3	B. de Monfort.....	M

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

2

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ORACION DE LA TARDE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Co sas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El oneeno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amant Chinchon.
Lo mejor dados...
Los dos sabios españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla un casero.
La hija del Rene.
Los extren
Los dedos bedes.
Los éxtasis
La posdata la carta.
La mosquiterta.
La hidrofol
La cuenta dpatero.
Los quid pros.
La Torre de tres.
Los amantes Teruel.
La verdad espejo.
La banda de ondesa.
La esposa de ho el Bravo.
La boda de Cdo.
La Creacion Diluvio.
La gloria de.
La Gitana d rid.
La Madre de Fernando.
Las flores de Juan.
Las apariencias.
Las guerras s.
Lecciones de.
Los maridos
La lápida maria.
La bolsa y el llo.
La libertad renela.
La Archiduq.
La escuela amigos.
La escuela de perdidos.
La escala del.
Las cuatro enes.
La Providen
Los tres banc.
Las huérfanas Caridad.
La ninfa Iris
La dicha en e ajeno.
La mujer dello.
Las bodas de cho.
La cruz del ro.
Los pobres d rid.
La planta ex
Las mujeres.
La union en
Las dos Rein
La piedra fil
La corona d lla (alegoria
La calle de tera.
Los pecados padres.
Los infieles.
Los moros de
La segunda nta.
La peor cuña
La choza del reño.
Los patriotas
Los lazos del
Los molinos nto
Le agenda de largo.

Llueven hijo

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi so
Martin Zurba

LA ORACION DE LA TARDE.

CUARTA EDICION.

LA ORACION DE LA TARDE,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado con extraordinario éxito por primera vez en el teatro del Circo el 25 de Noviembre de 1858.

CUARTA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, FACTOR, 9
1862.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTA IMPRESA EN LA SEGUNDA EDICION.

«Los Sres. D. Luis Mariano de Larra, autor del drama en tres »actos y en verso titulado *La Oracion de la tarde*, y D. Enrique »Perez Escrich, autor de *El Cura de aldea*, drama tambien en »tres actos y en verso, en vista de las voces públicas que acusa»ban al primero de haber aprovechado para su drama el pensa»miento de la obra del segundo, nombraron por árbitros para »ventilar esta cuestion á los Sres. D. Juan Eugenio Hartzen»busch, D. Tomás Rodriguez Rubí, D. Juan de la Rosa Gonza»lez y D. Narciso Serra; los cuales, despues de haber leido y »comparado con detenimiento ambas obras, y visto representar »el un drama y el otro, han extendido el acta siguiente:

»Nosotros los abajo firmados, elegidos árbitros para decidir »acerca de la originalidad del drama *La Oracion de la tarde* con »relacion al *Cura de aldea*, hemos acordado, segun nuestro leal »saber y entender, que ambas obras son completamente distin»tas, en la disposicion de su plan, en los caractéres que se em»plean para el desarrollo del argumento, en su versificacion y en »sus escenas, usándose en ambas únicamente de un mismo re»curso dramático que produce el desenlace; recurso que ha po»dido muy bien emplearse en ambas obras sin haberle tomado »un autor del otro, por pertenecer aquellas á un mismo géne»ro. Y en cumplimiento de nuestro encargo lo firmamos en »Madrid á 28 de Diciembre de 1858.=Juan Eugenio Hartzen»busch.=Tomás Rodriguez Rubí.=Narciso Serra.=Juan de la »Rosa Gonzalez.

»Los interesados, en vista de esta declaracion, manifiestan al »público, que por su parte no han contribuido ofensiva ni des»honrosamente á las voces arriba expresadas; y que al aceptar la

»opinion de sus compañeros, deponen en aras de la razon y la »justicia sus resentimientos personales, como cumple á escrito»res que exaltan en la escena *el perdon de las injurias* [1] y *el amor »al prójimo* [2].=Luis Mariano de Larra.=Enrique Perez Es»crich.»

Justo es que el autor consigne en estas páginas lo que la prensa y el público de Madrid han dicho de la ejecucion de esta obra en sus veinte primeras representaciones consecutivas. Si gloria corresponde al poeta que crea, no menos le toca al actor que interpreta creando; y si bien es cierto que mal podria D. Julian Romea, el actor mas querido del público, haber representado el carácter de D. Diego de Mendoza á no haberle yo escrito, no es menos cierto que el público le hubiera apreciado mucho menos á no haberle él representado. Comprendiéndolo asi los espectadores, siempre nos han llamado á ambos á la conclusion de la obra, que juntos y á la misma altura deben marchar el actor y el poeta, confundiéndose y amalgamándose de tal modo que, desapareciendo sus entidades personales, no ofrezcan al público mas que el conjunto de sus dos ideas.

La que como la actriz Doña Josefa Hijosa interpreta el difícil carácter de Margarita en los primeros años de su carrera artística, á mucho debe aspirar en ella. Sírvale este testimonio de estímulo, ya que, en union con todos los demas actores, ha dado á mi obra un realce y causado en el público una de esas impresiones que tarde ó nunca se olvidan.

LUIS MARIANO DE LARRA.

---

1 Pensamiento de *La Oracion de la tarde*.
2 Pensamiento de *El Cura de aldea*.

DEDICATORIA DE LA PRIMERA EDICION.

A mi Hijo.

Ignoro, vida mia, el éxito que tendrá este drama, uno de los que mas he pensado y sentido; pero casi me atrevo á esperar que será bueno, llevando al frente de sus versos la sonrisa de un ángel. En él se enaltece el *perdon de las injurias,* y su intencion religiosa disculpará sin duda sus errores literarios. Tu padre que, como tu ilustre abuelo el inolvidable Fígaro, no ha tenido pocas que perdonar en su corta carrera de escritor público, solo quiere que cuando puedas leerle, encierres en tu alma cristiana el tesoro de la religion, fuente de todo bien; y ¡ojalá cuando cruces el áspero camino de la vida y tu padre no te preste ya en el mundo la sombra de su cariño, te acuerdes de rezar siempre por su memoria *la oracion de la tarde*!

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIA.....	Doña Amalia Gutierrez.
MARGARITA (11 años) *..	Doña Josefa Hijosa.
BRÍGIDA.....	Doña Felipa Orgaz.
D. DIEGO DE MENDOZA..	D. Julian Romea.
D. GONZALO DE LUNA..	D. Victorino Tamayo.
GASPAR.....	D. Pedro de Sobrado.
VILLADIEGO.....	D. Ricardo Morales.
UN ALCALDE.....	D. J. Maré.
MOZO 1.º.....	D. »
IDEM 2.º.....	D. »
IDEM 3.º.....	D. »

Mozas y mozos del pueblo.

La accion pasa en *Robledo*, á seis leguas de Madrid, el año de 1718.

---

* En los teatros de provincia este papel puede hacerle una niña de menor edad, si es posible, y si no la dama jóven, variando en este caso en doce años todas las citas de fechas en que se dice diez.

Archivo Teatral
CILDÁ
San Pablo 21-BARCELONA

Propiedad de Eduardo Mejía

ACTO PRIMERO.

Casa pobre. Muebles antiguos y modestos. Dos puertas laterales, una en el foro, que dá á la calle del pueblo, y á cuyos dos lados hay dos ventanas bajas con rejas que dan al exterior: estas y aquella con hojas grandes que cierren por dentro. Á la izquierda del espectador un armario escritorio con cortinas. A la derecha una mesa grande de nogal: un sillon grande de baqueta y varios taburetes. Algunos cuadros en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, GASPAR, que aparece mirando á la puerta de la izquierda.

GASP. (Llamando.)
¡Brígida! ¡Brígida! ¡Vamos!
Cuando digo que no vale
esta mujer para nada...
¡Brígida!

BRIG. (Saliendo.) ¡Que el diablo cargue
con vos y con vuestras voces!
¿No he dicho que voy?

GASP. (Con mal humor.) ¡Y si hace
dos horas que estoy llamando!

BRIG. ¡Y si hace tres que es en balde!
¿No he dicho que estoy vistiendo
á la rapaza?

GASP. ¿Y no sabe
que son las ocho y que cantan
las vísperas esta tarde?
BRIG. ¿Qué mas?
GASP. ¿Que mañana es
la fiesta en Robledo?
BRIG. (Impaciente.) ¡Dále!
GASP. ¿Y todo el pueblo en la iglesia
estará ya?...
BRIG. ¡Pues que aguarde!
Yo no puedo con la carga
que dan todos en echarme,
ni tengo manos que sobren
ni quehaceres que me falten.
Yo he de cuidar de la casa,
yo he de vestirme y calzarme...
acompañar á la niña
cuando entra y cuando sale...
yo he de haceros la comida...
la cena... el almuerzo... ¡el diantre
que haga todo lo que hago
con sesenta navidades!
GASP. ¡Y á qué viene ahora esa sarta
de reconvenciones!
BRIG. Nadie
me ayuda y Brígida siempre
ha de estar en todas partes.
Mi señor don Diego á caza
ó en el monte paseándose,
siempre solo, siempre triste,
siempre sin querer cuidarse
de irme aliviando de un peso
que es, para mi edad, muy grande.
Vos, digno criado suyo,
siempre pidiéndome parches
para esa herida, mas vieja
que su tos y sus achaques.
La huérfana, que debia
con mas justicia ayudarme,
siquiera por lo que come
sin que lo sude y lo gane,
siempre á vueltas con las flores,

cuando no llorando á mares,
ó sentada cuando hay luna
en la reja ó en la calle,
esperando alguna cosa
que ha de venir por el aire,
y que segun lo que tarda
justo es que ya no la aguarde.

GASP. Tambien es Brígida injusta
con esa niña... (Con sentimiento.)

BRIG. Pues ¿qué hace?

GASP. Ser desgraciada. (Con gravedad.)

BRIG. Ese oficio
no dió de comer á nadie;
y puesto que á ella por serlo
se le dá aqui un hospedaje,
razon es que por lo mismo
con buena cara le pague.

GASP. Y en diez años que aqui vive
con nosotros, vive mártir.
Don Diego solo con ella
tiene endiablado carácter:
vós... buena y caritativa
con el primer miserable,
solo con ella sois dura,
exigente é intratable!...
La misma niña...

BRIG. (Interrumpiéndole.) ¡Esa es otra!
¿Me deja acaso un instante?
Ya la peino... ya la visto...
ya la... ¡eso si! tiene un ángel
para mí, que... ¡ella es muy mala...
pero su gracia y su... ¡vale
mas dinero!... asi con ella
está tan chocho su padre!
Me hace rabiar... pero...

MARG. (Saliendo por la izquierda, con una trenza caida y la otra puesta.)
¡Brígida!
¿y esta trenza?... (Con calma.)

BRIG. ¡Ay! ¡al instante!...
(Corre á ella y se arrodilla para acabar de peinarla, lo que hace mientras sigue la escena.)

ESCENA II.

MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAR.

BRIG. ¡Gaspar la culpa ha tenido!...
GASP. Te juro que... (Disculpándose.)
MARG. ¿Y señor padre?...
GASP. Salió temprano...
MARG. ¿Y sin verme?...
GASP. ¿Él?... no quiso despertarte;
pero entró en tu cuarto y...
MARG. (Sonriendo con malicia.) ¡Si!
¡que no le ví yo!...
BRIG. (Levantándose.) ¡Cómo!...
MARG. (Bajando al proscenio.) Antes
de entrar, sentí sus pisadas;
y en castigo de que hace
tres dias que apenas quiere
que le miren ni le hablen,
me hice la dormida!
GASP. ¡Oiga!
MARG. Yo dejé que se acercase,
y con el rabo del ojo
ví que con triste semblante
me estaba mirando. Luego
fué bajándose... bajándose...
y dándome un beso, envuelto
entre dos suspiros grandes,
se fué otra vez de puntillas
sin que lo sintiera nadie!
GASP. Pero y al sentir su beso
¿por qué tú no le llamaste?...
MARG. ¡Porque aquella cara triste
me daba miedo! ¿qué haces, (Á Brigida.)
que me tiras?...
BRIG. ¡Ya está el lazo!
(Acabando de peinarla.)
GASP. ¡Vamos aprisa, que es tarde,
y habrá empezado el sermon!
MARG. ¿Estoy bien?...
BRIG. ¡Oh, como un ángel!

¡Vamos! (Dirigiéndose al foro.)

MARG. ¿Y Maria? (Deteniéndola.)

BRIG. ¡Toma!
¡estará donde Dios sabe!...

GASP. Tal vez ya en la iglesia...

BRIG. No,
la vi hace poco sentarse
en el cenador del huerto!

MARG. ¡Yo no voy sin ella!...

GASP. ¡Padre
puede que te esté esperando...

MARG. Yo no voy sin ellla... (Insistiendo.)

BRIG. Es fácil
que venir no quiera...

MARG. (Mirando á la derecha.) ¡Mírala!
(Corriendo á su encuentro con alegria.)
¡Maria!

MAR. (Abrazándola.) ¡Hija! ¡Dios os guarde!
(Á Brígida y Gaspar, que bajan otra vez.)

ESCENA III.

MARIA, MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAR.

MARG. ¿Estás mala? (Con interés.)

MAR. ¡No!

MARG. ¿No vienes
á la funcion de esta tarde?

MAR. No pensaba... (Distraida.)

MARG. Yo no quiero
ir sin tí!... ¡Brígida!... ¡parte!...

BRIG. ¿Cómo?... ¿no vienes conmigo?
(De mal humor.)

MARG. Ni contigo ni con nadie,
mas que con ella. ¡Gaspar!
acompáñala!...

GASP. ¡Al instante!...

BRIG. ¡No señor!... don Diego manda
que yo siempre te acompañe,
y no me muevo. (De mal humor.)

MARG. (Con dulzura.) Nosotras
vamos corriendo...

BRIG. ¡No le hace!
GASP. ¡Pero si quisieren ir juntas!...
BRIG. ¡Sin nosotros... no me place!
Yo represento aqui al amo,
y no cedo.
MAR. Vamos... (Dirigiéndose al foro.)
MARG. (Á Maria.) ¡Cállese!...
(Se acerca á Brígida, y la acaricia con zalameria.)
¡Viejecita!... ¿no conoces
que nos estorbas?...
BRIG. (Enojada.) ¿Qué?...
MARG. ¡Márchate!
BRIG. ¡Nunca!
MARG. ¿Si tú eres muy buena,
por qué inflexible te haces?...
Vete. Tenemos que hablar
de cosas muy importantes
que tú no debes oir...
BRIG. Si... pero... (Resistiéndose.)
MARG. Tú vas delante
y nos escoges dos sitios
á tu lado...
BRIG. Pero...
MARG. (Impacientándose.) ¡Dále!
si nos vamos al momento...
BRIG. Ni por esas... (Decidida.)
MARG. (Amenazándola.) ¡Vé lo que haces!
ó nos dejas aqui solas,
ó esta noche al acostarme
no hay beso!...
BRIG. (Con temor.) Si asi te pones...
MARG. ¡Si te vas... otro al marcharte!...
BRIG. ¡Hará de mí lo que quiera
el arrapiezo!
(Se dirige á ella para darle un beso; pero Margarita la conduce á la puerta del foro.)
MARG. ¡En la calle!
BRIG. ¡Gaspar! ¿qué haces ahí parado,
si no quiere que haya nadie?...
Hacedla venir al punto. (Á Maria.)
MAR. Bien.
MARG. (Á Brígida dándola un beso, en el dintel de la puer-

ta del foro.)

¡Reza por mí diez salves!

(Brígida y Gaspar bajan por el foro izquierda cerrando la puerta.)

ESCENA IV.

MARIA, MARGARITA. Momento de pausa, durante la cual, Maria distraida completamente, baja la cabeza y Margarita la contempla.

MARG. Maria, ya de hoy no pasa;
ser buena me prometiste,
y cada dia mas triste
te miran todos en casa.
¿Quién causa te pudo dar
para ahogar tus alegrias?
Esto te exijo hace dias,
y hoy me lo vas á contar.

MARIA. ¡Niña! ¡tú quieres leer (Con tristeza.)
en mi triste porvenir!
¡ni te lo puedo decir
ni lo puedes entender!

MARG. Once años tengo... (Con gravedad.)

MARIA. El dolor
solo, del dolor es juez.

MARG. Si no entiendo de una vez,
tú me lo explicas mejor.

MARIA. Nada tengo, mi tristeza
es de mi carácter hija...

MARG. ¡Hija que tanto te aflija (Con malicia.)
mal para su madre empieza!

MARIA. Margarita... nada tengo...

MARG. Puedes callar lo que sientas,
Maria; pero á que mientas,
francamente, no me avengo.
Nada á mí se me escapó, (En voz baja.)
y estoy dada á Belcebú...
yo soy mas niña que tú...
tú mas cándida que yo.

MARIA. ¡Maliciosa tan temprano!

MARG. ¿Aun no te das por vencida?

¡Voy á pintarte tu vida
á ver si malicio en vano!...
Al punto que te despiertas
y yo á escondidas te miro,
lo primero es un suspiro
que casi á exhalar no aciertas.
Te levantas mientras tanto
y vas con Brígida á misa,
tu oracion no empieza en risa...
pero siempre acaba en llanto!
Vuelves con los ojos rojos
y que yo los miro ignoras...
Cuanto mas pasan las horas
mas se enrojecen tus ojos.
Vas al huerto; de sus plantas
y de sus encantos gustas;
si alguien te llama, te asustas,
y si te miran te espantas.
Te ven, si sales quizás,
por el monte y sus veredas;
si hay fiesta, en casa te quedas,
si hay baile, tú nunca vas.
Por la noche te colocas
cabe la luz á bordar,
los ojos sin levantar
de los estambres que tocas.
Y... no sé si con el frio
sobre una flor ya bordada (Con intencion.)
alguna lágrima helada
vá á servirle de rocio... (Movimiento de Maria.)
Yo lo he visto... mi mirada
nunca de inexacta peca...
la lágrima estaba seca,
la flor estaba manchada.
Dan las ánimas, y padre,
segun su costumbre santa,
de su sillon se levanta
para rezar por mi madre.
Concluida la oracion
nos bendice hasta otro dia...
tú lloras siempre, Maria,
al darnos su bendicion.

Tu sueño es harto intranquilo,
y alguna vez me despierta...
Si no es la pintura cierta
de tu vida... dilo... ¡dilo!

MARIA. Margarita, son antojos
que casi me hacen agravios...

MARG. Cuando suspiran tus labios
los estan viendo mis ojos.

MARIA. Aunque eso en mi vida halles,
no son justos tus rigores...

MARG. ¡No exijo yo que no llores,
sino que no me lo calles!...

MARIA. Margarita... una pregunta...
y respóndela con calma...
¿tú tienes madre?...

MARG. (Con tristeza.) ¡Mal alma!
¿no sabes bien que es difunta?

MARIA. ¿Tienes padre?

MARG. Si; ¿qué esperas
con preguntas tan impias?...

MARIA. Di, Margarita, ¿qué harias
si tampoco le tuvieras?...

MARG. ¡Oh!... (Con pesar.)

MARIA. Tú, que madre has tenido
y padre tienes... repara
cuando esté triste mi cara
que no los he conocido.
Que si por mí procuraron
los que huérfana me vieron,
prestada leche me dieron,
prestado amor me otorgaron.

MARG. Perdona á mi irreflexion
que te haya afligido asi...
pero ¿no tienes aqui
amparo, amor, proteccion?...
Mi padre ¿no lo es hoy tuyo
y con tu afecto se ufana?...
¿No te tengo por hermana
yo, que en tu tristeza arguyo?...
Pues ¿por qué no halla consuelo,
y en su malestar se aferra,
la que vé amor en la tierra

que plugo negarle al cielo?...

MARIA. ¿Y quién te dice que yo
soy á vuestro amor ingrata!

MARG. En tu tristeza insensata
¿no lo estás diciendo?...

MARIA. No;
tú no puedes comprender
la razon en que me fundo;
tú no sabes que en el mundo
hay mil modos de querer.
Puede haber una palabra
que en un hijo no haga mella;
mas el huérfano vé en ella
lo que su desdicha labra.
La voz de un padre concilia
la pesadumbre mayor;
mas la voz de un bienhechor
no es la voz de la familia.

MARG. Y si el cariño de aquel
que niña te recogió
y de tu vida cuidó
no excita amor para él,
¿por qué entristece tu pecho
y en él hace mayor daño
el cariño de un extraño (Con intencion.)
que nada en tu amparo ha hecho?

MARIA. ¿Qué?... (Sorprendida.)

MARG. ¿Piensas que yo no miro? (Con malicia.)
¿Por qué tus miradas van
en pos de ese capitan,
que solo te dió un suspiro?...
¿Por qué le siguen tus ojos
cuando le ves en la villa,
y el color de tu mejilla
se esconde en tus labios rojos?
¿Por qué si jamás en tí
sembró afecto y alegria,
por qué si le viste un dia
le quieres ya mas que á mí?..

MARIA. Margarita... (Turbada.)

MARG. ¿No lo ves?...
¿por qué tan turbada estás?

(Movimiento de Maria, que intenta irse.)
¿Adónde impaciente vas
si no te ayudan los pies?...

MARIA. Locura tuya... (Con sonrisa forzada.)

MARG. ¡Oh! ¡que no!

MARIA. Aprension tuya...

MARG. ¡Tampoco!

MARIA. Pues yo tu cariño invoco... (Suplicante.)
no hablemos mas...

MARG. Se acabó.
¿Confiesas?...

MARIA. Te he suplicado
que estés muda...

MARG. Ya lo estoy...

MARIA. Lo que me preguntas hoy.
ni yo me lo he preguntado.

MARG. Basta... ¿al cabo te enojaste?...

MARIA. No.

MARG. Pruébalo con un beso...

MARIA. ¡Tómale!... (Se le dá.)

MARG. Vamos... ¿qué es eso?...
(Con malicia: Maria la mira suplicante.)
nada me digas: triunfaste.
(De pronto, y como si se le ocurriera una idea.)
¡Ay, que estan en la funcion!
Verásme sufrir la riña
cual si no fuera una niña...
¿Adónde estará el sermon?

MARIA. Vamos. (Dirigiéndose al foro.)

MARG. Y si es que encontramos
al capitan... no suspires ..
para que tú no le mires
yo te haré una seña, ¿estamos?
(Salen las dos por el foro izquierda. Apenas se las vé pasar por delante de la reja, aparecen en la calle frente á la puerta D. Gonzalo y Villadiego, entrando despues en la escena.)

ESCENA V.

D. GONZALO, VILLADIEGO.

VILL. Salen y á la iglesia van.
GONZ. Déjame mirarla ahora...
¡qué bella!... qué encantadora!...
(Entra en la casa seguido de Villadiego.)
VILL. ¡Despachemos, capitan!...
GONZ. Nadie hay en la casa...
VILL. Si,
pero venir puede gente,
que está el dueño de ella ausente...
GONZ. ¡Y pensar que vive aqui!...
¡que habrá mil veces tocado
cada mueble!... que á esas rejas
no quiso escuchar las quejas
de mi pecho enamorado...
¿No adviertes que hace un momento
aqui se hallaba presente!...
¿no notas en el ambiente
el aroma de su aliento?
VILL. Solo noto por mi mal
que pueden pasar y vernos,
y que es mejor no exponernos
á algun encuentro fatal...
GONZ. Ella siempre sola viene,
y hoy sin remedio he de hablarla...
VILL. ¡Id á la calle á esperarla,
que eso es lo que mas conviene!...
GONZ. ¡No, que hará lo que otros dias!...
con Margarita se vá
y sola vuelve...
VILL. ¡Quizá!
¡eso es lo que tú querrias!
mas si otras veces lo hizo
¿por qué tú aqui no te entraste
y como hoy la esperaste
y tu afan se satisfizo?
GONZ. Porque Brígida ó Gaspar
estaban entonces dentro.

VILL. Temo otro peor encuentro
si dá don Diego en llegar.
GONZ. Ella esta carta ha de ver,
y en su cuarto... (Dirigiéndose á la izquierda.)
VILL ¡Empresa vana!...
tambien es el de su hermana,
y vas á echarlo á perder...
GONZ. ¿Dónde, entonces?... (Buscando por la escena.)
VILL. Lo mejor
es no andar con papelitos...
mas secreto estará á gritos
que en papeles ese amor...
GONZ. Este será su bordado...
(Mirando un cesto de labor que hay en la mesa.)
VILL. Eso es una conjetura...
GONZ. Aqui dentro.. (Coloca dentro la carta.)
VILL. ¡Qué locura
pensar que está bien guardado!
GONZ. ¡Fio en Dios!
VILL. ¿Á qué has venido?
¿Está hecho ya? .. ¡Vamos luego!
GONZ. Déjame aqui, Villadiego...
VILL. ¡Toma las de mi apellido!...
GONZ. ¡No, déjame aqui mirar
los objetos que ella mira!...
¡el aire que ella respira
déjame aqui respirar!
VILL. ¡Tanto es tu amor que darás
en los Orates por loco!...
GONZ. ¡Si me ama María un poco,
qué me importa lo demas!...
VILL. Vamos, señor...
GONZ. ¡Dices bien!
(Dirigiéndose al foro.)
tal vez llegue y es distinto...
VILL. ¡Ella! lo que es el instinto...
(Llegando á la puerta, y mirando á la izquierda.)
reflexiona...
GONZ. Calla y ven.
(Se esconden detrás de la puerta, y apenas entra María, salen á la calle.)

ESCENA VII

MARIA.

¡Oh! ni al salir ni al volver...
se habrá cansado quizás ..
si no he de mirarle mas...
¡Dios no lo puede querer!
¡Él es mi única alegria
aunque le mire de lejos!
¡Sin él no tiene reflejos
la luz ni encantos el dia!
¡Oh! ¡que no me llegue á hablar!
que no me pida cariño...
mi corazon es tan niño
que no le podrá engañar!...
(D. Gonzalo habrá entrado dos versos antes, y al volver ahora Maria la cabeza se halla frente á frente con él, y retrocede asustada.)

ESCENA VI.

MARIA, D. GONZALO.

GONZ. ¡Maria!... (Con pasion.)
MARIA. ¡Caballero...
dejadme!...
GONZ. Hablaros quiero;
mirad que en mi amargura
tan solo esta ventura
inesperada, célica,
ambicionar soñé!!...
MARIA. Mirad... (Turbada.)
GONZ. ¡Mirad mi anhelo;
dejad que llame al cielo,
que á la escondida estrella
dirija su querella
el miserable náufrago
que en el alta mar se vé!
MARIA. ¡Favor, Dios mio!
GONZ. Os juro

que mi cariño es puro,
que es mi pasion sincera,
como el rubor que altera
esas mejillas cándidas
por las que muero yo!
Pues tanto he procurado
estar á vuestro lado,
si tanta dicha cobro,
si un punto veros logro,
¿quereis que calle tímida
mis pensamientos?

MARIA. (Turbada y á pésar suyo.) No.

GONZ. Dos meses há, Maria,
que te ama el alma mia,
dos meses que mis quejas
se estrellan en tus rejas,
dos meses que mis lágrimas
vertiendo estoy por tí.
Responde al desvario
que siente el pecho mio,
devuélveme la calma
que al verte perdió el alma,
ó por lo menos déjame
morir de amor aqui.

MARIA. ¡Qué frases nunca oidas,
pensadas ni sentidas
que tuve por agravios
me dicen vuestros labios
que no rechaza el pérfido
cobarde corazon? (Con expansion.)
Dejadme, caballero;
oiros mas no quiero;
que á vuestra voz parece
que mi alma se estremece,
que aliento al pecho fáltale...
¡que muere la razon!

GONZ. Mi amor..

MARIA. Sé que es el mundo
abismo tan profundo,
tan fácil el camino
de su hondo torbellino,
que rueda en él sin límites

aquel que un paso dá!..
Que aquel que un punto cede
volver al bien no puede;
que el que una vez vacila
vé ciega su pupila,
que estoy, señor, oyéndoos
y yo... ¡vacilo ya!
¿Por qué mi pecho late,
por qué mi fé combate,
por qué vuestra memoria
alcanza la victoria
de que mi mente cándida
no piense sino en vos?

GONZ. ¡Porque es amor consuelo
que emana desde el cielo,
porque es su lumbre pura
que alumbra la ventura
la irrecusable dádiva
para creer en Dios!
La tímida ovejuela,
la cándida gacela,
la tigre vengativa, (Con creciente entusiasmo.)
cuanto en el mundo viva
y tenga aliento y ser,
de amor al santo ruego
brotar verá su fuego,
que amor impuso leyes
á esclavos como á reyes,
naciendo de las lágrimas
de la primer mujer.

MARIA. ¡Adios! (Suplicándole que se vaya.)

GONZ. Quizá imprudente
dejé que en el torrente
de mi cariño inmenso...

MARIA. Solo en el riesgo pienso...
harto os he dicho...

GONZ. ¡Mírame!...

MARIA. ¡Salid, que es tarde ya!

GONZ. Si llega á vuestra reja,
¿querreis oir la queja
de aquel que sin ventura
eterno amor os jura?

MARIA. Mi falta es ser incrédula...
GONZ. ¿Veros podré?...
MARIA. ¡Quizá!
Soy huérfana...
GONZ. ¡Yo honrado!
MARIA. ¡Soy pobre!
GONZ. Yo soldado.
MARIA. Oscuro mi linaje.
GONZ. No hareis al mio ultraje...
MARIA. ¡Mi amor primero entrégoos!
GONZ. ¡El último tendrás!
Me amais...
MARIA. (Turbada.) ¡Tal me parece!
GONZ. Mi amor bien lo merece...
MARIA. ¿Sabreis amarme mucho?
GONZ. ¿Amaros?... (Con locura.)
MARIA. Ruido escucho. (Aterrada.)
¡Saldré á las diez!
GONZ. Espérote.
MARIA. ¿Me olvidareis? (Rápido y en voz baja.)
GONZ. (Con fuego.) ¡Jamás!
(Sale precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA VIII.

MARIA.

¡Ah! gracias, gracias, Señor!...
al fin... al fin soy amada,
al fin una mano amiga
podrá ya enjugar mis lágrimas.
¡Ya no estoy sola en el mundo
como hace un instante estaba!
Si no es su pasion engaño,
si son ciertas sus palabras,
fálteme la luz del dia
si la de su amor me falta!
¡Tú, Madre de Dios, la única
que conocí en mi desgracia,
vierte un rayo de ventura
en mi vida solitaria
que aliento preste á mi espíritu,

que fecundice mi alma,
que enjugue mis tristes párpados..
ó me los cierre mañana!

ESCENA IX.

MARIA, D. DIEGO, por el foro izquierda. Entra, y apenas vé á Maria, deja ver en su rostro una expresion de disgusto. Maria le vé y le responde con una amabilidad temerosa.

DIEGO. ¡Dios te guarde!
MARIA. Y él á vos... (Turbada.)
¿Venis cansado? (Al ver que se sienta.)
DIEGO. ¡No tal!
(¡Siempre su voz me hace mal!)
¿Sola?... (Sin mirarla.)
MARIA. Si.
DIEGO. (¡Solos los dos!...)
¿Margarita?...
MARIA. Con Gaspar
y Brígida en la funcion.
DIEGO. ¿Tú no fuiste?...
MARIA. Oí el sermon
y volví... no han de tardar.
DIEGO. (¡Eterna lucha! Su acento
atrae á veces el mio,
y otras le rechaza impio
con ímpetu violento...
Dios las facciones le dió
de la mujer que adoré,
y en quien mi honra cifré
y que mi honra ultrajó.)
MARIA. (¡Siempre ese desvio eterno
que hace cruel su beneficio!)
DIEGO. (¡Siempre sin ver un indicio
que trueque en gloria este infierno!
¡Oh! basta ya de agonia,
que mi injusticia me espanta,
y el cielo su voz levanta
contra su crueldad!...) Maria...
MARIA. Señor... (Con timidez.)
DIEGO. (¡Esa voz!...) (Con disgusto.)

Tiempo hace
que hablar queria contigo,
no el protector, el amigo...
¿Plácete el cambio?

MARIA. ¡Me place!

DIEGO. Injusto contigo fuí,
tal vez sin razon ninguna...

MARIA. Yo siempre, por mi fortuna,
generoso y noble os ví.
Há doce años que murieron
los que mi niñez cuidaron,
los que por mí procuraron
y de padres me sirvieron.
Su afecto era tan profundo
y yo los amé de suerte,
que su inesperada muerte
me dejó sola en el mundo.
Entonces vinisteis vos
al pueblo con Margarita,
y con piedad infinita
me recogisteis los dos.
Si por vosotros aliento
libre de mi suerte impia,
y si me dais cada dia
ella amor y vos sustento,
¿cómo no veros, señor,
con aliento agradecido,
si por vos he conocido
la gratitud y el amor?

DIEGO. ¿Recuerdas... si en tu niñez (Con intencion.)
te vió algun dia tu padre?

MARIA. Nunca... (Con tristeza.)

DIEGO. ¿No viste á tu madre
jamás?...

MARIA. ¡Ni una sola vez! (Con tristeza.)
Siempre viví con aquellos
que pobremente vivian
y por hija me tenian...

DIEGO. ¡Infeliz!... ¡reza por ellos! (Levantándose.)
¡Ellos no hicieron correr
por tus mejillas el llanto!
¡No merecen otro tanto (Con amargura.)

los que te dieron el ser!
¡Ese es del crímen el fruto!
Por un hora de placer
sembrar luego por do quier
lágrimas, deshonra y luto!
¡Vosotros sin compasion
la visteis llorar de hinojos...
las lágrimas de esos ojos
serán vuestra maldicion!
Alza la frente, Maria,
y á mi insensatez perdona,
si no arranqué la corona
de mártir que en tí veia.
No me comprendes... lo sé...
ni me comprendas jamás...
Desde hoy en mi amor tendrás
todo el que hasta hoy te negué.
Basta de amargas ideas
que hacen mi vida enojosa...
tú mereces ser dichosa
y yo quiero que lo seas.

MARIA. Yo lo soy al ver en vos
este cambio inesperado...

DIEGO. (¡Hasta hoy que la he perdonado
no me ha perdonado Dios!)
¡Ya no soy tu bienhechor,
soy sosten de tu virtud...
yo no quiero gratitud...
yo necesito tu amor!

MARIA. ¡Ah, señor!... (Conmovida.)

DIEGO. ¡Ven á mi lado!...
desde hoy ya no mas enojos.
Ven y enjuga aqui tus ojos, (Abrazándola.)
infeliz, que harto has llorado.
¡Déte mi pecho consuelo...
que nada desde hoy te aflija...
serás mi hija... mi hija...
(Luchando consigo mismo.)
y que me bendiga el cielo!
¡Mi amor será tan profundo
como lo fué mi desvio!

MARIA. ¡Oh, gracias, gracias, Dios mio!

(Con expansiva alegria y reconocimiento.)

DIEGO. ¡Ya no estás sola en el mundo!

ESCENA X.

MARIA, D. DIEGO, MARGARITA, BRÍGIDA, GASPAR, que entra por el foro izquierda.

BRIG. ¡No corras!
(Á Margarita, que entra corriendo y se dirige á Don Diego.)

MARG. Si es que está padre...

DIEGO. ¡Margarita!...

MARG. (Mirándole.) ¡Tú has llorado!...

DIEGO. No tal... aprensiones tuyas...

MARG. Y ella tambien... ¡es extraño!
(Mirando á los dos alternativamente.)

DIEGO. ¿De dónde vienes?...

MARG. De ver
á la Vírgen.

DIEGO. ¿Y has rezado?

MARG. Por tí siempre.

DIEGO. ¡Eres muy buena!

MARG. Muchas gracias. (¿Y él?)
(Ap. con rapidez á Maria.)

MARIA. (No.)

BRIG. Vamos.
(Á Gaspar; ambos se dirigen á la puerta izquierda, y salen por ella.)

ESCENA XI.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO.

MARG. Señor don Diego Mendoza,
¿quiere ucé... sin que riñamos,
decirme por qué nos deja
tanto tiempo solitarios?

DIEGO. ¿Curiosidad ó cariño? (Sonriendo.)

MARG. Curiosidad... ¡Vamos claros!
¿Tan mal se está en esta casa,
que sale de ella temprano

y no vuelve hasta la noche?
¡Tanto le aman los extraños,
que por ellos á los suyos
deja á solas tanto rato?

(En este momento sale Brígida con una luz, que coloca en la mesa: detrás sale Gaspar: Maria se sienta al lado de la luz, y Brígida al otro extremo de la mesa.)

DIEGO. ¡Ven aqui! (La sienta sobre las rodillas.)
MARIA. No; una caricia
no es una respuesta: ¡al grano!
DIEGO. ¡He ido al monte!
MARIA. Pues el monte
tiene bien pocos encantos.
Chaparros... zarzas... espinos,
y culebras y lagartos...
aqui en casa, aunque haya bichos,
¡al menos no son tan raros!
¡Y mañana, que es la fiesta
del pueblo, y hay baile y pasos
de procesion... pensais iros
tambien?...
DIEGO. No, ya no me marcho...
BRIG. ¿No sabes, niña, que nunca
se pregunta á padre?...
DIEGO. Vamos,
no la riñas.
BRIG. Es preciso;
ó el dia menos pensado
trastorna toda la casa.
MARG. Si... pues los besos volaron
por hoy... (Levantándose.)
GASP. ¿Y mis espejuelos?... (Buscando.)
BRIG. ¿Y yo qué sé?...
GASP. ¡Ah! se quedaron
anoche dentro del libro.
(Abre la Biblia, que estará sobre la mesa.)
¿Leemos?...
MARG. Aun es temprano,
y tengo que hablar con padre
en secreto...
BRIG. ¡Renacuajo!

MARIA. ¡Ah!
(Cayéndosele la carta de entre el bordado: Margarita la vé, y la cubre con el pié rapidamente.)
DIEGO. ¿Qué?...
BRIG. ¿Qué es eso?...
MARG. No es nada.
Maria, que se ha asustado
al ver una mancha; ¡yo
la eché!... ¡perdona! (¡Debajo!)
(Ap. á Maria, alzando el pié y dejándola descubierta para que la coja.)
MARIA. (¡Oh!) (Cogiéndola turbada.)
MARG. (¡Cartita? ¡El capitan
no pierde el tiempo!) Volvamos
á nuestra conversacion,
señor padre!
DIEGO. Aqui te aguardo.
(Vuelve Margarita á sentarse sobre las rodillas de su padre.)
MARG. ¿Sabeis lo que el señor cura
dijo en el sermon?...
DIEGO. ¡Veamos!
MARG. Cuando llame á vuestra puerta
(Bajando la voz y con intencion.)
un hombre necesitado,
no le deis una limosna
con ágrio gesto ó mal trato,
que la caridad ordena
consolar al desdichado,
y la caridad mal hecha
mas que caridad es fausto!
DIEGO. Dice bien el señor cura...
MARG. ¿No me comprendes?... (Con intencion.)
DIEGO. No alcanzo.
MARG. El otro dia trajisteis (Marcadamente.)
para hacerme á mí un regalo,
un pobre palomo herido
que os hallasteis en el campo.
Tomélo, y en vez de darle
agua y comida y dejarlo
curarse solo ó morirse,
le abrigué con mis dos manos,

le puse en la herida aceite,
le dí besos, le hice halagos,
no le dejé en cuatro dias
sin calor y sin cuidados,
y ayer andaba ya solo
alegre, contento y sano!
¿Hice bien?...

DIEGO. ¡Muy bien hiciste!

MARG. ¿Y sabeis lo que he logrado?

DIEGO. No.

MARG. Que el pobre me conoce
de tal modo, que si paso
por el huerto, abre sus alas,
y con vuelos y con saltos,
colocándose en mi hombro
y dándome picotazos,
parece como que dice
¡muchas gracias! ¡me has curado!

DIEGO. Bien... ¿y qué? (Pausa.)

MARG. ¿Veis á Maria,
señor padre?...

DIEGO. Si...

MARG. ¡Pensadlo!
(Se levanta y se dirige á la mesa, quitando á Gaspar el libro en que esté leyendo.)

DIEGO. (¡Oh! la leccion de esa niña
ha sido para mí un bálsamo!
¡El paso que yo dí antes
la inocencia le ha aprobado!)

MARG. Trae el libro, que ya es hora. (Á Gaspar.)
¿Leo, (Á D. Diego.) padre? (Sentándose en medio.)

BRIG. ¿En qué quedamos?

GASPAR. Tú pondrias la señal...

MARG. ¡Aqui está!...

DIEGO. ¡Dios me ha inspirado!...

MARIA. (¡Oh! yo temo que adivinen
mi turbacion. ¡Cuánto le amo!)

MARG. (Leyendo en voz alta, sin intencion dramática ninguna y con la mayor naturalidad.)
[1] «La justicia eterna caerá sobre los mal-

---

1 Levítico, XXIV.

»vados, y las iras del Dios de los justos des-
»plomarán la ciudad maldita...
»Y serán consumidos por los pecados de
»sus padres y los suyos.
[1] »Hasta que paguen sus maldades y las
»de sus mayores.»

DIEGO. ¡Ah! no, Margarita... eso...
(Levantándose con la mayor agitacion.)
no puede ser...

MARG. ¡Está claro!...
(Leyendo, sin comprender á su padre.)
«Los pecados de los padres caerán sobre
»sus hijos hasta la cuarta generacion.
»Y los réprobos serán castigados por los
»pecados de sus padres y los suyos.»

DIEGO. ¡Si! ¡Dios lo dice!

MARIA. ¿Qué es esto?
(Todos le miran, sin comprender su turbacion creciente.)

DIEGO. ¡Lee, Margarita, otro párrafo!
No al Dios justo, sino al Dios
misericordioso llamo... (Con ansiedad.)

MARG. (Abriendo la Biblia por otro lado, y leyendo en voz alta; como antes.)
[2] «Si tu enemigo tiene hambre, dále de
»comer; si tiene sed, dále de beber, y Dios
»te recompensará.»
(Movimiento de asentimiento y agrado en Mendoza.)
[3] «Cuando os pusiereis á orar, si teneis
»algun odio contra alguno, perdonadle, para
»que vuestro Padre, que está en los cielos,
»os perdone tambien á vosotros vuestros pe-
»cados.»

DIEGO. Si...

MARG. [4] «Habeis oido que se dijo: «amarás á tu
»prójimo y aborrecerás á tu enemigo;» pero

---

1 Jeremias, V.
2 Proverbios, 21, cap. XXVI.
3 S. Márcos, 25.
4 S. Mateo, 42.

»yo os digo: «amad á vuestros enemigos y
»haced bien á los que os aborrecen, y orad
»por los que os persigan y calumnien.»

DIEGO. Eso es...

MARG. «Porque si vuestra alma está llena de ren-
»cores, por mas oraciones que hiciereis, no
»os salvaré.

»Si vuestro corazon está lleno de odio, por
»mas beneficios que hiciereis, no os amaré.

»Si vuestras manos estan llenas de sangre,
»por mas oraciones que hiciereis, no os es-
»cucharé.»

DIEGO. ¡El Dios que perdona
es el Dios de los cristianos!

(En este momento se oye á lo lejos dar las ánimas en la iglesia, de modo que no interrumpa la representacion.)

¡Las ánimas! (Todos se levantan.) Ven, Maria,
llámame desde hoy tu padre.

MARIA. ¡Ah! (Corriendo á sus brazos.)

MARG. ¡Bien! (Con alegria.)

DIEGO. ¡Reza por tu madre!...
y tú tambien, hija mia... (Á Margarita.)
de hoy mas no estará conmigo
quien vé llorar y no llora;
porque al bendecirte ahora
hoy á tus padres bendigo.

(Las dos se arrodillan á sus dos lados, y las bendice.)

Que si fueron sus acciones
causa de tu acerbo llanto,
siempre el perdon es mas santo
concedido entre oraciones.
¡Rezad con fervor y anhelo
para que á su puerto arriben:
la oracion de los que viven
abre á los muertos el cielo!

(Ambas quedan de rodillas rezando. D. Diego extiende las manos sobre sus cabezas y alza al cielo los ojos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una plaza á la salida de Robledo Á la izquierda del espectador, en segundo término la fachada de la iglesia con verja de hierro saliente y semicircular; desde la primera casa del mismo lado una tapia que se une á la iglesia, y por la que se ven las copas de los árboles. Frente á la puerta de la iglesia, y en el centro del teatro, una cruz de piedra con su base de lo mismo. Á la derecha del público la fachada de una casa que hace esquina; prolóngase en esta direccion el pueblo hasta el foro, en el que de frente al público, en último término, se vé la casa de D. Diego con puerta y rejas practicables. La escena está iluminada durante todo el acto por la luz de la luna, sin que por eso esté oscura ni un momento.

ESCENA PRIMERA.

El ALCALDE, MOZOS y MOZAS del pueblo.

Al levantarse el telon, aparecen todos formando varios grupos, viendo bailar á unas cuantas parejas y animándolas con sus voces de alegria. El Alcalde estará sentado al lado de una mesa, sobre la que habrá dos pellejos de vino y jarros de barro: algunos mozos alumbran el cuadro con hachones. Terminado el baile se levantan los mozos, y quedan las mozas formando corro sentadas en el suelo.

Mozo 1.° ¡Por la Vírgen de Robledo!
¡nuestra señora del Olmo!
(Todos gritan.)

ALC. ¡Bien por el brindis, muchachos!
(Levantándose.)
MOZO 2.° ¿Quién le autoriza? (Y bebiendo en una jarra.)
ALC. ¡Yo y todo!
que para eso soy Alcalde
hoy dia quince de agosto,
del año de gracia, mil
setecientos diez y ocho!
MOZO 1.° Y diga el señor Alcalde,
¿por qué dá ejemplo en el sorbo,
y no nos le dá en las danzas
burlándose de nosotros?
ALC. Porque dice una premática
que hoy han de obedecer toos,
que el vino es para los viejos
y el baile para los mozos.
MOZO 1.° ¿Y si queremos bailar
y beber á un tiempo?
ALC. (Con énfasis.) ¡Móstruos!
¿no sabeis que el vino tapa
los sentios y los ojos?
¿Cómo hacer pasos derechos
si está torcio el meollo?
MOZO 1.° Pero...
ALC. ¡Basta, no se bebe! (Murmullos.)
¡Yo lo mando! (Dando con la vara en el suelo.)
MOZO 2.° ¡Nadie el mosto
nos ha quitao hasta ahora!
ALC. ¡Yo le quito y no soy tonto!
¡empues del último paso,
se tomará el primer sorbo!
¡siga el baile!
TODOS. ¡Siga el baile!
MOZO 1.° (¡Por vida del viejo chocho!)
(Se repite el baile, y terminado entre gritos, el Alcalde vuelve á levantarse, y poniéndose al lado de la mesa, dice:)
ALC. ¡Primer pellejo de vino!
TODOS. ¡Victor el Alcalde!
ALC. Mozos,
á beber cuanto se quiera;
pero aquel que sea mas flojo

y le vea entre dos luces
antes de que den las ocho,
duerme la mona en la cárcel;
con que ojo al Cristo y mucho ojo!
(Cogen un pellejo entre cuatro, y los demas mozos cogiendo las hachas y los jarros, se dirigen al foro izquierda. Villadiego sale por detrás de la iglesia y los detiene. El Alcalde se queda en el corro de las mozas con un jarro de vino en cada mano, de los que bebe alternativamente.)

ESCENA II.

El ALCALDE, MOZAS, MOZOS, VILLADIEGO.

VILL. ¿Adónde vá ese difunto?
Mozo 1.º ¿Le conoce?
VILL. Le conozco;
y como he sido su amigo
quisiera echarle un responso.
Mozo 1.º Forastero, aqui á los muertos
los enterramos nosotros.
VILL. Pero... (Tratando de coger un jarro.)
Mozo 1º. ¡Cuánto vá que el jarro
en la cabeza le emboco? (Amenazándole.)
MILL. ¿Cómo se entiende?
Mozo 1.º ¡Á mí, chicos!...
VILL. ¡Villanos! (Echando mano á la espada.)
ALC. ¡Eh! ¿qué alboroto
es ese?
VILL. ¡Señor Alcalde, (Bajando al proscenio.)
son ellos!
Mozos. ¡Es él!
Mozo 3.º ¡Los mozos
del pueblo no le conocen!
VILL. ¡Ni quiero!
Mozo 2.º ¡Á que le acogoto!
ALC. ¡Basta! ¿Quién eres?
VILL. Yo soy,
para que me sirvan todos,
Juan Villadiego, criado,
muy bien criado en Pancorvo,

que naciendo para amo
se quedó en criado solo.

ALC. Hable en romance y no en griego.
¿Eres forastero?

VILL. Sóilo.

ALC. ¿Y qué quieres?

VILL. ¡Beber vino,
como constante devoto
de la Vírgen, cuya fiesta
celebra hoy el pueblo todo!

ALC. Forastero, aqui no hay vino
para el que no vino al corro...
vino tarde, porque el vino
vino aqui para nosotros.

MOZOS. ¡Victor el Alcalde!

VILL. ¡Victor
la hospitalidad!

MOZO 1.° (Cogiendo el pellejo.) ¡Al hombro!
(Se retiran todos con el Alcalde al foro izquierda.)

VILL. Pues de aquel corro me echan,
¿me admiten en este corro? (Á las mozas.)

MOZA 1.ª ¡Aqui todo el mundo cabe!

VILL. ¡Adentro pues!... (Entra en el corro.)

MOZA 1.ª (Á otras, aparte.) ¡Es buen mozo!

VILL. (Mirando á un lado y á otro.)
¡Me parece que este viño
emborracha mas que el otro!

ALC. Vosotras teneis licencia (Á las mozas.)
para murmurar del prójimo,
que en noches de jubileo
los pecados no son gordos.

ESCENA III.

MARIA, MARGARITA, GASPAR, el ALCALDE, MOZOS y MOZAS.
Salen de la casa del foro Maria, Margarita y Gaspar, y bajan al proscenio.

GASP. ¡Dios guarde á la compañia!

MOZO 2.° ¡Viejo Gaspar, aqui hay mosto!

GASP. ¡No me gusta bautizado!

MOZO 1.° Este es moro.

GASP. Vóime al moro.
(Se queda bebiendo con ellos en el foro izquierda.)
MARG. Dios guarde al señor Alcalde
de malas rondas... (Saludándole.)
ALC. ¡Pimpollo!
Dios te guarde de las uñas
de mi alguacil...
MARG. (Á las mozas, que se estrechan.) ¡Haced corro!
MOZA 1.ª Si tú vinieras mas sola,
cabrias mas. (Mirando á Maria.)
MARIA. (¡Qué sonrojo!)
MOZA 1.ª No hay mas que un sitio.
MARG. (Tomando el que le ofrecen.) Pues ese...
es para mi hermana...
(Hace pasar á Maria y ella se queda fuera.)
MOZA 1.ª ¡Cómo!
MARG. ¡Si no le ofrecen, le pido;
si no me lo dan, le tomo!...
VILL. ¡Viva la rapaza!
MARG. Viva
Periquito entre ellas.
ALC. (Bebiendo.) ¡Otro!
MARIA. (¡No está!) (Mirando á todas partes.)
MARG. Mirad cómo bebe
el alcalde Juan palomo,
yo me lo guiso, yo...
MARIA. (Reprendiéndola.) ¡Calla,
Margarita!
ALC. (Á los mozos.) ¡Último sorbo!
MARG. ¿No servis vos de escudero (Á Villadiego.)
á un capitan muy buen mozo,
que gusta de las muchachas?
VILL. Y en género tan gustoso
no fuera galan de gusto
quien no gustára lo propio.
¡Soy el escudero, niña!
MARG. ¿Y el amo, no viene al corro?
VILL. No le gusta el mucho ruido...
MARG. Temerá quedarse sordo.
(En este momento aparece D. Gonzalo mirando á todas partes, hasta que vé á Maria.)

ESCENA IV.

MARIA, MARGARITA, MOZAS, el ALCALDE, VILLADIEGO, los MOZOS y D. GONZALO.

GONZ. ¡Allí está! (Con alegria.)
MARIA. (¡Ah!) (Viéndole. Todas la miran.)
MARG. (Mirando al capitan y á Maria.)
¿Qué? ¿te has pinchado?
Si lo dije, toma este otro.
(Le quita un alfiler, que tira, y le dá uno mejor.)
TODAS. ¡El capitan! (Viendo á D. Gonzalo.)
MARG. Forastero, (Llamándole.)
¿no quiere acercarse al corro?
¡Ved que se juega á la rifa,
y ya van sacadas ocho!
GONZ. ¡Yo iba á suplicarlo, niña!
MARG. (¡Prudencia, y alza los ojos!)
(Con rapidez á Maria mientras se acerca D. Gonzalo á las mozas.)
ALC. Dió fin la estacion primera.
Ahora á la plaza con todo,
que hace juegos de artificio
el hijo de Anton Chamorro.
TODOS. ¡Á la plaza!...
(Entran en la casa la silla del Alcalde y la mesa con el pellejo vacio.)
GONZ. (Ap. á Maria.) (¿Ni un momento?...)
MARG. ¡Que nos miran! (Ap. á D. Gonzalo.)
ALC. (Señalando el pellejo lleno.) ¡Venga el otro!
MARG. (Mientras Maria y las Mozas se levantan, y los Mozos vuelven de la casa.)
Capitan... ¡cuatro palabras
solamente! (Llevándosele á un extremo.)
GONZ. ¡Cuatro y ocho!
MARG. ¿Quereis bien? (Con intencion.)
GONZ. Mas que á mi vida.
MARG. ¿Quién le fia?...
GONZ. Yo respondo.
MARG. ¿Libre?... (Con mucha rapidez hasta el fin.)
GONZ. Tanto como el aire.

MARG. ¿Leal?
GONZ. ¡Como tal me porto!
MARG. ¿Constante?...
GONZ. Mas que ninguno.
MARG. ¿Sincero?...
GONZ. ¡Como yo solo!
MARG. Gracias, ¡y Dios os lo pague!
(Saludando y queriendo retirarse; D. Gonzalo la detiene por el foro.)
GONZ. ¡Tambien pregunto!...
MARG. Y respondo.
GONZ. ¿Quiérenme?
MARG. ¡Asi lo parece!...
GONZ. ¿Para siempre?
MARG. ¡Y aun es poco!
¿Será su esposa?...
GONZ. ¡Lo afirmo!
¿Lo desea?...
MARG. ¡Lo supongo!
GONZ. ¡Un abrazo! (Queriendo abrazarla.)
MARG. (Esquivándole.) No le admito,
¡puede hacerle falta.... á otro!
ALC. ¡Á la plaza! (Sale por la derecha.)
GASP. (Á Margarita.) Niña, ¿vamos?...
MARG. Ahora voy.
GASP. Juntos nosotros
hemos de irnos...
(La coge de la mano y salen por la derecha con las mozas y los mozos, que se llevan el otro pellejo y las hachas.)
MARG. (Al salir.) ¡Ven, Maria!...
(Maria, que ha quedado la última, vá á salir y don Gonzalo la detiene.)
GONZ. Un instante... (Suplicante.)
MARIA. No... (Vacilando.)
GONZ. ¡Uno solo!

ESCENA V.

MARIA, D. GONZALO.

MARIA. Ved que al punto notarán (Turbada.)

que me han perdido de vista.

GONZ. La alegria es egoista,
y todos alegres van.

MARIA. ¿Qué quereis?

GONZ. ¡Veros y hablaros
en mi amor puro é inmenso...
y deciros cuanto pienso,
y oiros y contemplaros!...

MARIA. Harto me comprometí
con vuestra carta primera...

GONZ. ¿La leisteis?... (Con fuego.)

MARIA. (Bajando la voz.) Toda entera...

GONZ. ¿Dónde la guardais?

MARIA. Aqui. (Señalando al pecho.)

GONZ. Anoche, bien de mi vida,
sola estuvo mi tristeza;
¡muy mal vuestro amor empieza
si sus promesas olvida!

MARIA. Con gusto á veces se inmola
ante el malestar la calma;
¡yo no os ví, porque mi alma
necesitaba estar sola!

GONZ. ¿Y dónde hubiera encontrado (Con fuego.)
mas consuelo que en la mia?
¡Abre el corazon, Maria,
á quien el suyo te ha dado!
Dos meses há que te adoro
y que tu semblante empaña
una pesadumbre extraña,
cuyos motivos ignoro.
Esa profunda tristeza
me desalienta y disgusta,
tal vez porque mal se ajusta
á tu edad y tu belleza.
¿Qué misterio hay en tu vida
que asi tu existencia embarga?
¿Por qué una flor tan amarga
quieres guardar escondida?

MARIA. ¡Muy tristes son sus colores! (Con amargura.)

GONZ. ¿Por qué, pues, no la derrumbas?

MARIA. No, dejadla; hasta en las tumbas
se dejan crecer las flores.

GONZ. ¡Maria, yo ese pesar
que me cuentes necesito!...
¡Si llorar es un delito
quiero contigo llorar!

MARIA. Huérfana y pobre he nacido;
y aunque decis que soy bella,
siempre ha alumbrado mi huella
la estrella del desvalido.
Como hay mil plantas sin nombre
que tiñen la verde alfombra
y crecen entre la sombra
sin que las advierta el hombre;
que en su desventura santa
porque tener vida puedan,
se entrelazan y se enredan
en el tronco de otra planta;
flores de cerrado broche;
que en ignorada agonia
ni ven el fulgor del dia
ni las auras de la noche;
que solas nacen y crecen,
solas alientan y viven,
solas el aura reciben
y solas desaparecen,
tambien hay seres sin nombre
que viven en triste duelo,
sin la compasion del cielo,
sin las sonrisas del hombre:
seres que como esas flores
de la suerte se acobardan
aunque ~~en sus pétalos guardan~~ entre sus hojas guardan
rico manantial de amores:
seres con amor profundo
que viven tristes sin calma,
que tienen aliento y alma
y estan solos en el mundo.
Para ellos nunca hay placeres,
para ellos siempre hay dolores...
yo soy una de esas flores,
yo soy uno de esos seres. (Pausa.)
Mi padre nunca bendijo
la cuna que me meció;

mi madre nunca me dió
el beso que alegra al hijo.
Y mis diez primeros años
cumplí tristes y sombrios,
mirando semblantes frios,
pidiendo besos extraños.
Un dia el hombre me vió
con quien desde entonces vivo,
y su generoso abrigo
su honrado pecho me dió.
Pero tampoco un momento
hallé la felicidad:
¡el que siembra caridad
recoge agradecimiento!
No amor; jamás puede harllarle
el que duda en concederle...
¡Amor! ¡Para recogerle
es necesario sembrarle!

GONZ. Yo te lo exijo, Maria;
yo que te le doy tan santo;
no ya en tus ojos el llanto
tu vida aumente sombria.
Yo mi amor, puerto seguro
á tus desdichas ofrezco,
yo, que tambien le merezco,
que te le consagro puro.
No anuble duda ninguna
tu mirada cariñosa;
mañana serás esposa
de don Gonzalo de Luna.

MARIA. ¡Ah! (Sin dar crédito á lo que oye.)

CONZ. Yo no tengo mas bienes
que el porvenir de un soldado...
pero viviendo á tu lado
¿qué mas rico?... Dí... ¿qué tienes?...
¿No admites mi oferta?

MARIA. Si.

GONZ. ¡Premio logra tu virtud!

MARIA. ¡Amor tengo y gratitud!

GONZ. ¡Amor solo quiero en tí!

MARIA. ¡El mio es grande y profundo!
Por vos vivo y en vos pienso...

¡si el vuestro no es tan inmenso
dejadme sola en el mundo!

GONZ. ¡Eterno el mio ha de ser!

MARIA. ¡No os equivoqueis por Dios,
que solo, Gonzalo, en vos
vé su dicha esta mujer!...
¡Y si un olvido hace daño
al alma mas venturosa,
¿qué hará en la que no es dichosa
el último desengaño?...

GONZ. ¡No temas!...

MARIA. Cuando el olvido
de un amor un pecho hiere,
si late aun, si no muere
al crudo dolor rendido,
es porque otras afecciones
le consuelan con su encanto,
es porque otro amor tan santo
le dá nuevas ilusiones.
Asi el pesar se concilia
y á no sucumbir se aviene
el ser dichoso que tiene
padres, hermanos, familia...
Justo es que vivir codicien
los que ven, si sufrir suelen,
que hay ojos que los consuelen,
brazos que los acaricien;
pero á mí el dolor me aterra
de una esperanza perdida...
¿qué seria de mi vida
sin ningun lazo en la tierra?...
¡Oh, no! ese amoroso anhelo
que yo escuchaba indecisa,
es la primera sonrisa
que he visto por mí en el cielo...
¡De ella irá mi vida en pos
cuanto tú me quieras mas!...
¡Que no me falte jamás
esa sonrisa de Dios!

ESCENA VI.

MARIA, GONZALO, MARGARITA por la derecha.

MARG. ¡Maria! (Llamando desde dentro.)
MARIA. ¡Ah! (Asustada.)
MARG. (Saliendo.) Padre ha llegado...
MARIA. ¡Adios. (Con rapidez á Gonzalo.)
MARG. Los fuegos acaban
y aun no se nota tu ausencia.
Señor capitan... ¡dejadla!...
MARIA. ¡Gracias! (Á Margarita.) ¡Adios! (Al Capitan.)
GONZ. ¡Oh, confia
en mi amor y en mis palabras!
(Maria se vá por la derecha.)
MARG. ¡No direis que yo no tengo
á los que se quieren lástima!
GONZ. ¡Oh, ven aqui! (Quiere abrazarla.)
MARG. (Apartándole.) ¡No soy ella,
capitan, que soy su hermana!
GONZ. ¡Serás la mia!
MARG. (Con curiosidad.) ¿Qué? ¿hay boda?
GONZ. ¡Si tal!
MARG. ¡Qué aprisa se anda!
Dios os haga bien casado... (Le bendice.)
Capitan... hasta mañana.
(Se vá por la derecha, saludándole.)

ESCENA VII.

D. GONZALO.

¡Bien hayas, noche apacible!
¡noche serena, bien hayas!
Ya tu luz no saldrá nunca
para alumbrar la desgracia,
ya en su corazon de ángel
el sol verterá sus galas,
y á los rayos de su lumbre
se abrirá feliz su alma.
Tú, menos triste que sueles,

luna bella, y menos pálida,
has protegido esta noche
mi amor y mis esperanzas!
Tú, noche tranquila, has sido
la aurora de un bien que avanza:
¡bien hayas, noche apacible!
¡noche serena, bien hayas!

ESCENA VIII.

D. GONZALO, VILLADIEGO, por la derecha.

VILL. Aqui está: véngoos buscando,
capitan. (Con un pliego en la mano.)
GONZ. ¿Qué ocurre?
VILL. Acaban
de traer un pliego.
GONZ. Dámele.
VILL. La contestacion no aguardan.
GONZ. ¿Quién le trajo?
VILL. Un ballestero,
de la avanzada inmediata.
GONZ. No sé qué temor...
(Coge el pliego, le abre y le lee á la luz de la Vírgen de la tapia de la izquierda.)
¡Qué veo!
Órden de partir sin falta
á la córte con el tercio
esta noche!...
VILL. ¿Aviso?...
GONZ. ¡Aguarda!
(Paseándose con agitacion y pensando.)
¡esta noche!...
VILL. Hacer se pueden
las seis leguas de jornada
sin reventar los caballos
antes que despunte el alba.
GONZ. Mas sin verla no es posible...
¡Oh! yo necesito hablarla...
¡mejor que eso! aun es temprano...
Avisa al alferez Arias,
que todos esten dispuestos,

y tú vé á buscarme á casa
de don Diego de Mendoza.

VILL. Nadie habrá en ella.

GONZ. ¿Qué causa?...

VILL. Que como aun dura la fiesta
y los fuegos en la plaza...
allí estará todavia (Con malicia.)
lo que vos buscais...

GONZ. Te engañas.
¿Has visto á don Diego?

VILL. Turbio
se vé allí... la gente es tanta...
que no le he visto...

GONZ. Buscarle
necesito sin tardanza...
(D. Diego aparece por la derecha.)
pregunta... inquiere...

VILL. (Viéndole.) Miradle,
que se dirige á su casa.

GONZ. ¡Véte! (Villadiego se vá por la izquierda.)
¡Hidalgo! (Llamando á D. Diego.)

DIEGO. ¿Qué se ofrece?

GONZ. (¡Cumplí pronto!) Dos palabras.
Diego baja al proscenio, observando á D. Gonzalo con atencion.)

ESCENA IX.

D. GONZALO, D. DIEGO.

GONZ. Dispensad, señor don Diego,
que os detenga en tal paraje...

DIEGO. Mi casa os dará hospedaje. (Dirigiéndose á ella.)

GONZ. Urge el caso...

DIEGO. ¡Decid luego!

GONZ. Cuantos de vos me han hablado,
tan bien, don Diego, lo hicieron,
que en mí el pesar encendieron
de no haberos aun tratado.
Y eso alienta mi valor,
que no todo el mio tengo,
porque hoy á pediros vengo

un señalado favor. (D. Diego le mira sorprendido.)
No esteis de verme turbado
ni receleis con afan...
Soy, don Diego, el capitan
del tercio aqui acantonado.

DIEGO. Licencia el hidalgo deme
para dejarle advertido
de que yo nada he temido...
¡Quien obra bien, nunca teme!

GONZ. Verdad es: por eso yo
nunca he temido enojaros,
don Diego, al llegar á hablaros.

DIEGO. Mi voz os interumpió...
Seguid...

GONZ. Dos meses escasos
hace que vivo en Robledo,
y el por qué deciros puedo,
que nunca oculté mis pasos.
Ya afianzado en el trono
nuestro rey Felipe quinto,
recordó que este recinto
víctima fué de su encono,
y que en medio de la guerra
que combatió su derecho,
y á España tan pobre ha hecho,
perdió no poco esta tierra.
Á su futuro reposo
acudió el rey diligente,
que el que es lidiando valiente
es venciendo generoso.
Yo, con poderes honrados
vine con tropa y doblones
á dar indemnizacionos
á los mas perjudicados.
Quien mi comision alcanza
no está mal en su carrera,
que nunca se dá á un cualquiera
cargo de tal confianza.

DIEGO. Mucho el empleo os abona...
Seguid, que impaciente espero.

GONZ. No lo tomeis por ligero
elogio de mi persona;

sino solo como prueba
de mi honradez conocida,
y exacta y justa medida
del paso que á vos me lleva.
En dos meses que aqui estoy
con mi obligacion cumpliendo,
continuamente estoy viendo
un ángel por donde voy,
que cumplirá, no os asombre,
con su envidiale cariño,
las ilusiones del niño
y los encantos del hombre.
No del amor que me abrasa
os cansarán mis suspiros,
ese ángel vengo á pediros
que teneis en vuestra casa.

DIEGO. ¡Maria! (Despues de un momento.)

GONZ. Maria, si,
es la que vive en mi pecho;
la que de la vida ha hecho
una gloria para mí.
Vos, que su orfandad cuidasteis,
y niña la recogisteis,
y amparo y techo la disteis
y por su virtud velasteis,
podeis hacerla dichosa
ademas de agradecida;
podeis alegrar mi vida
dándomela por esposa.

DIEGO. Absorto estoy de escucharos,
si no me pesa de oiros,
pero ni sé qué deciros
ni tengo qué contestaros.
Honrado es vuestro deseo
y harto me debe alegrar,
que no pudiera aspirar
Maria á mejor empleo.
Á ser, capitan, mi hija,
yo la diera tal esposo;
mas no siéndolo es forzoso
que su voluntad exija.
Ella la intencion sabrá

con que á hablarme habeis venido,
y despues de haberme oido
lo que ella quiera se hará.

GONZ. Gracias entonces os doy,
pues me haceis afortunado...

DIEGO. No os entiendo...

GONZ. Ya he logrado
su consentimiento hoy.

DIEGO. ¿La hablasteis? (Con extrañeza.)

GONZ. Aqui hace poco.

DIEGO. ¿Y os escuchó?...

GONZ. Enajenada. (Con sencillez.)

DIEGO. Y os respondió...

GONZ. Enamorada.

DIEGO. ¡Estais loco!

GONZ. ¡No estoy loco!
Injusto es por vida mia
que tal noticia os asombre.
Yo le ofrecí amor y nombre,
ni amor ni nombre tenia.

DIEGO. ¡Es verdad! (Bajando la cabeza.)

GONZ. Vió que un hidalgo
queria dichosa hacerla...
yo empecé por ofrecerla
cuanto soy y cuanto valgo.

DIEGO. ¿Y al dejar mí compañia (Asombrado.)
de algun pesar no dió muestra?

GONZ. Ella es huérfana en la vuestra
y vá á ser dueño en la mia.

DIEGO. Yo su orfandad amparé,
su existencia protegí...

GONZ. Yo su alma á la vida abrí
al darle mi amante fé.

DIEGO. Tambien el amor se olvida. (Con amargura.)

GONZ. Por mí vivirá estimada...

DIEGO. Tal vez mas que apasionada
os estará agradecida.

GONZ. ¿Por qué mi fé destruir? (Con intencion.)

DIEGO. Mirar por ella es mi empeño...

GONZ. Bien mirais al darle dueño...

DIEGO. Es que yo... (¿Qué iba á decir?)
(Dominándose instantáneamente.)

(¿Qué es esto? Si el corazon
me recuerda hoy mi deber,
este hombre ha venido á ser
sin duda mi expiacion!)

GONZ. ¡Ved, don Diego, que os escucho...
y ved que no sois su padre!...
Para que mi amor no os cuadre
habeis de decirme mucho...
(Con dignidad y sentimiento.)

DIEGO. Solo he querido decir,
que aunque el amor os abone,
justo es que ella reflexione
mucho, antes de consentir.
Dejad que en tal peticion
pueda pensar con mas calma,
y el placer que siente el alma
se sujete á la razon.

GONZ. La mia vé con afan
que no me habeis contestado...

DIEGO. (¡No sé lo que me ha pasado!)
Teneis razon, capitan.
Quien se porta como vos
mi apoyo franco merece...

GONZ. Que me la negais parece.

DIEGO. ¡Os engañais!

GONZ. ¡Juzgue Dios!

DIEGO. Para Maria os admito...
prenda de ello es este abrazo. (Le abraza.)
Solo os pido un breve plazo...
creed que lo necesito!...

GONZ. ¡Imposible!

DIEGO. ¿Qué decis?

GONZ. Esta noche he de marchar,
y certeza he de llevar
de verla mia.

DIEGO. (Sorprendido.) ¿Partis?...

GONZ. Órden tengo que me impida
quedarme aqui y escucharos...
ni puedo el plazo otorgaros
ni dilatar mi partida.
Por eso sin aguardar
al nuevo dia, os hablé,

y por eso os obligué
mi deseo á contestar.

DIEGO. Vais á la córte?

GONZ. Á allí voy.

DIEGO. Y volveis...

GONZ. Por mi deseo
en cuanto llegara...

DIEGO. ¡Os creo!

GONZ. Mirad que impaciente estoy.

DIEGO. (No mas dudar...) Venid pues...
y busquemos á Maria:
si ella en vuestro afecto fia...
si ella os ama... vuestra es!

GONZ. ¡Ah! ¡gracias... vamos... mirad!
(En este momento aparecen por la derecha Maria, Margarita y Gaspar con direccion á la casa.)

DIEGO. ¡Ella es!

GONZ. ¡Vereis si miento
al pintaros su contento!

DIEGO. ¡Venid, Maria!...
(Llamando á Maria, que se vuelve al oirle. Margarita y Gaspar se paran.)
¡Aguardad!
(Á D. Gonzalo, aparte y con gravedad.)

ESCENA X.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO, GASPAR.

MARG. ¡Padre aqui!... ¡Que Dios os guarde!
(Corriendo para saludarle, y viendo á D. Gonzalo)
(¿Y el capitan?)

MARIA. (Al ver á Gonzalo.) ¡Ah!

DIEGO. (Observándola.) (¡Turbóse!)
¡Margarita, con Gaspar
y Brígida te recoge!...

MARG. (¡Quieren hablar en secreto!...)
Es temprano... (Suplicante.)

DIEGO. Buenas noches.
(Con gravedad amable enseñándole la casa.)

MARG. (Que me despiertes si entras
y estoy dormida.) (Ap. á Maria.

GASP. (Acercándose.) Las once
son ya, señor...
DIEGO. Retiraos...
MARG. (¡Ya te doy el alboroque!
¡Señor padre, y el de marras...
á boda trasciende!) (Ap. á Maria.)
(Á una seña de D. Diego.) ¡Vóime!
(Gaspar y Margarita entran en la casa, cuya puerta se cierra. Á poco se vé la luz en la habitacion por una de las rejas.)

ESCENA XI.

MARIA, D. DIEGO, D. GONZALO.

MARIA. (¡Temblando estoy!)
GONZ. (Mirándola.) (¡No me mira!)
DIEGO. (¿Qué pasa en mi alma esta noche?)
Maria...
MARIA. ¡Señor!
DIEGO. Acércate...
Acercaos... (Á D. Gonzalo: ambos lo hacen.)
¿Le conoces?
(Examinando á Maria con atencion y ansiedad.)
MARIA. Si. (Denunciando su turbacion.)
DIEGO. ¿Desde cuándo?
MARIA. ¡Há dos meses!...
DIEGO. ¿Y tú le amas?...
MARIA. Desde entonces.
(Bajando la vista.)
DIEGO. Con él hablaste hace tiempo...
MARIA. No, señor, solo dos noches.
DIEGO. ¡Dos! (Sorprendido.)
MARIA. Ayer fué la primera...
DIEGO. ¡Muy aprisa el amor corre!
Él te ama...
MARIA. (Sonriendo.) ¡Asi me lo dijo!
DIEGO. Bien, ¿y tú le correspondes?...
MARIA. Si fijó en la pobre huérfana
sus hidalgas intenciones,
poco con mi amor le pago
aunque mi amor sea enorme!

DIEGO. Él tu mano me ha pedido...
MARIA. Con ella el aliento dóile.
DIEGO. Yo esperaba tu respuesta...
MARIA. ¡Á su voluntad es dócil!
DIEGO. Á nadie en la tierra tienes (Con emocion.)
mas que á mí; ¡tú no conoces
cuánto te quiero! Yo mismo
lo ignoraba hasta esta noche.
Natural es que procure
que tu suerte se mejore:
solo te falta á mi lado
una posicion y un nombre...
él te le dá, tú lo aceptas...
y yo debo estar conforme.
Capitan... vuestro deseo
cumplido se vé.
GONZ. ¡Dios oye
los votos justos, y el mio
era sincero, era noble!
DIEGO. Eres buena, eres honrada...
justo es que la dicha logres.
¡Capitan, á vuestra vuelta
venid á verme!
MARIA. (Sorprendido.) ¿Os vais?...
GONZ. (Con pesar sincero.) Vóime
donde mi deber me llama.
DIEGO. ¿Volvereis pronto?
GONZ. Conforme
es mi deseo, mañana
volveria.
DIEGO. No se enoje
si antes de partir le hago
varias preguntas.
GONZ. Os oye
mi deseo: á contestaros
dispuesto estoy..
DIEGO. Vuestro porte,
vuestro lenguaje y conducta
indicios me dan mejores
que nada de vuestra cuna.
GONZ. Hidalgo soy.
DIEGO. ¿Rico?

GONZ. Pobre
quedé á la muerte de un padre,
que murió há trece años.
DIEGO. ¿Dónde?
GONZ. En Salamanca. Fué rico,
segun dicen, cuando jóven;
pero la adversa fortuna
á su vejez persiguió le,
y no me dejó en herencia
mas que su honor.
DIEGO. (Con interés.) ¿Vuestro nombre?
GONZ. Gonzalo de Luna.
DIEGO. (Trastornado y fuera de sí.) ¡Cielos!
GONZ. ¿Qué teneis?
MARIA. ¿Qué es eso?
DIEGO. (Cogiendo á D. Gonzalo y preguntándole con agitacion creciente.)
¿Lope
se llamaba vuestro padre?
GONZ. Cierto...(Sin comprender.)
DIEGO. (Fuera de sí.) ¡Maldicion entonces!
GONZ. ¿Qué decis? (Con extrañeza.)
DIEGO. Calma un momento.
Decidme, Gonzalo, ¿ese hombre
era tambien?...
GONZ. (Con dignidad.) Capitan
de los tercios españoles
que militaron en Flandes
y Portugal.
DIEGO. ¡Dios, acórreme!
¿Sobrino fué del de Lerma?
GONZ. ¡Es así!
DIEGO ¿Vino á la córte
dos años... (Con ansiedad.)
GONZ. (Con sencillez.) ¿Le conocisteis?
DIEGO. ¡Pluguiera al cielo que me oye!
GONZ. ¡Acabad!
DIEGO. Rayo del cielo!
Insensato, ¡y no conoces (Fuera de sí.)
en mi gesto, en mis miradas...
no te está diciendo á voces
mi mano, que está sedienta

de la sangre que en tí corre!

MARIA. ¡Jesus! (Aterrada.)

GONZ. ¡Don Diego!

DIEGO. ¡Y tú, imbécil,
en mi camino te pones!
¡Doces años há que venganza
respiran mis oraciones!...
¡Doce años há que maldigo
todos los dias tu nombre!

GONZ. ¡Oh, acabad! Mi sangre hierve.
(Con ira reconcentrada.)

MARIA. ¡Ved mi tormento! (Suplicante.)

DIEGO. ¿Tú rompes
tambien el silencio? Calla, (Fuera de sí.)
que mi honor tu acento oye
y me horroriza tu vista!
Salgamos... (Á D. Gonzalo.)

GONZ. Tened: ¿adónde?

DIEGO. ¡Donde sangre de Mendoza
ó de Luna el suelo moje!

MARIA. ¡Por piedad! (Interponiéndose.)

GONZ. (Dominándose.) Raro es por cierto
ver la calma en el mas jóven:
¡agradezcan vuestras canas
que no las tiene el que os oye!
¿Qué causa os dí yo en mi vida
para tan ciegas razones,
ni cómo á quien viene á honraros
denostais audaz y torpe?

DIEGO. ¡Á honrarme, vos! Vuestro padre
de su honra antigua olvidóse,
y tendrán siempre que estar
sin honra sus sucesores!

GONZ. ¡Dios de Dios!

MARIA. ¡Favor! ¡teneos!

DIEGO. ¡Calla!

MARIA. ¡Socorro! ¡no me oyen!
(Asómase Margarita á la reja.)
¡Socorro!

GONZ. ¡Venid, Mendoza!

MARIA. ¡Favor! (Desesperada.)

DIEGO. Venid.

MARG. (Saliendo de la casa.) ¡Esas voces!

ESCENA XII.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO, D. GONZALO y GASPAR, que sale detrás de Margarita: al verlos D. Diego se acerca á D. Gonzalo y le habla aparte.

DIEGO. (¡Silencio!) (Con rapidez.)
MARIA. ¡Gaspar! (Corriendo hácia él.)
MARG. ¿Qué pasa, (Con miedo.)
señor padre?
DIEGO. ¡No deis voces!
MARIA. ¡Margarita!... no te apartes
de su lado! (Suplicante.)
MARG. ¡Padre! (Se le acerca.)
MARIA. (Á Gaspar.) ¡Corre!
DIEGO. ¿Qué quieres? Déjame.
(Á Margarita, procurando, aunque en balde, dominar su emocion, cada vez mas creciente.)
MARG. ¡Vente!
MARIA. ¡Vete, Gonzalo! (Suplicante.)
DIEGO. ¡Repórtese
el hidalgo!
MARIA. ¡Vírgen mia!
¡Compasion!
MARG. ¡Padre! ¿no me oyes!
DIEGO. Si...
MARG. Es tarde y nunca me acuesto
sin rezar mis oraciones...
y sin que tú me bendigas...
¿No rezamos esta noche?...
DIEGO. (¡Oh! su hijo es inocente.)
(Despues de una lucha interior.)
MARG. ¿Callais?...
DIEGO. (¡Que Dios le perdone!)
Idos... y dad al olvido, (Á D. Gonzalo.)
capitan, mis expresiones...
Idos, y evitad que el cielo
en mi camino os arroje...
GONZ. Volveré, aunque á vos no os cuadre:
dos razones son mi guia:

una, el amor de Maria;
otra, el honor de mi padre!
(Con dignidad y decision.)

DIEGO. No me hableis ni un punto mas;
¡ya vuestro padre murió!
y en cuanto á Maria, no
ha de ser vuestra jamás.

MARIA. ¡Ah! (Aterrada.)

GONZ. ¿Vos me direis por qué? (Con ira.)

DIEGO. ¡Ved mi calma!

GONZ. ¡Ya la mia (Fuera de sí.)
no ha de aguardar hasta el dia!

DIEGO. (¡Ved mi hija!)
(Ap. á D. Gonzalo, con una expresion aterradora.)

GONZ. ¡Volveré!
Maria... ¡adios!

MARIA. ¿Dónde vais? (Con desesperacion.)

GONZ. (¡Forzoso me es el dejarle!...
¡Oh! ¡yo volveré á matarle!)

MARIA. ¡No, Gonzalo! ¡no volvais! (Con terror.)

GONZ. Adios, y pensad la afrenta
que en mi nombre habeis echado:
yo volveré tan honrado
que os pida de mi honra cuenta!

DIEGO. ¡Dios si volveis os envia (Con ira.)
para vengarme ofendido!
¡Ay de vos si cuenta os pido,
capitan, de la honra mia!

MARG. ¡Padre! (Deteniéndole.)

MARIA. ¡No mas! (Id. á Gonzalo.)

GONZ. (Irónicamente.) ¡Ira vana!

MARIA. ¡Ved que mi alma se destroza!

GONZ. ¡Hasta mañana, Mendoza!

DIEGO. ¡Capitan, hasta mañana!
(Ambos con aire amenazador. Antes de separarse cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche y aparece la escena alumbrada y dispuesta del mismo modo que á la conclusion de dicho acto.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, GASPAR.

BRIG. ¿Aun no vino?
GASP. Mas temprano
que siempre salió del pueblo.
¿Y Maria?
BRIG. Algo aliviada;
se levantó hace un momento,
y allí está con Margarita.
Entrambas saber quisieron
si de su excursion continua
habia vuelto don Diego.
GASP. Aun no.
BRIG. Pero vos, que anoche
presenciásteis el suceso,
¿no podeis decirme nada?
GASP. Brígida, nada de nuevo.
Ya os lo dije esta mañana,
y me ratifico en ello.
¡Oh! si no salimos pronto

se matan, sin mas remedio.

BRIG. ¿Pero ellos se conocian?

GASP. ¿Yo qué sé?

BRIG. Pero el suceso
¿por qué fué?

GASP. ¡Quién lo supiera!
Entramos á recogernos,
y el amo dijo á Maria
que se quedara con ellos.
Margarita, que á la reja
puesta los estaba oyendo,
fué la primera que á un grito
me llamó: salimos luego,
y si bien los dos trataron
de ocultar por un momento
la ira que los cegaba
al vernos salir tan presto,
en el llanto de Maria,
en sus frases y sus gestos
claramente se mostraba
lo que escondian sus pechos.
Ambos despues de mirarse,
de ira y de coraje ciegos,
con voz vengativa y ronca
«¡hasta mañana!» dijeron.

BRIG. Pasó el dia sin embargo,
y nada ocurrió.

GASP. Del pueblo
se fué anoche el capitan
con todos sus ballesteros.

BRIG. ¡Grave debe ser la causa!
¡Si yo lo estaba diciendo!
Diez años hace que el amo
y Margarita vinieron
á la aldea y me tomaron
á su servicio, y en ellos
maldito si en esta casa
hubo un dia de contento.
La huérfana recogida,
la tristeza de don Diego,
todo á pensar inducia
que algun oculto misterio

daba á la familia toda
un color sombrio y serio.

GASP. Malicia de vuestros años...
sospechas de vuestro ingenio.
Desde que al pueblo vinimos
nunca la paz y el sosiego
estuvieron mas á gusto
que bajo este humilde techo.
Ese capitan sin duda
es la causa del enredo.
¡Mala pascua si aqui vuelve,
como ha prometido hacerlo!

BRIG. Pero vos, que habeis servido
á nuestro amo tanto tiempo,
¿nada sabeis de su vida
que pueda explicarnos esto?

GASP. Yo le he servido en campaña
y juntos volvimos luego
á la córte, donde el ama
dió su alma al Dios de los cielos,
cuando Margarita apenas
cumplido habia año y medio:
desde aquella triste fecha
huyó el placer de don Diego;
y un dia vendiendo casa...
rentas... salimos huyendo
de la córte, adonde nunca
desde entonces hemos vuelto.
Á los dos meses, Maria,
sin parientes y sin deudos,
fué recogida en la casa;
ese el único suceso
es, que ha pasado en diez años
de quietud y de aislamiento.

BRIG. Todo eso no explica nada
de lo de anoche...

GASP. Lo veo;
pero ni yo sé otra cosa,
ni lo entendeis, ni lo entiendo.

BRIG. Ved... Margarita y Maria.
(Mirando á la izquierda.)

MARIA. ¡Ah!... dejadnos un momento. (Saliendo.)

BRIG. ¿Cómo? (Con mal humor.)
MARG. ¡Brígida, retírate!
Gaspar... (Las dos se inclinan.)
BRIG. (Siguen los secretos.)
(Ap. á Gaspar al marcharse por la izquierda.)

ESCENA II.

MARIA, MARGARITA, GASPAR.

MARG. ¿Desque se fué esta mañana
no ha vuelto padre? (Con interés.)
GASP No ha vuelto.
MARIA. Di, Gaspar, ¿y tú no has visto
al capitan por el pueblo?
GASP. No tal; si ha salido anoche
para Madrid con el tercio.
MARG. Pero ¿volver no le viste?
GASP ¡No es fácil!
MARIA. ¡Oh! ¡gracias, cielo!
MARG. Mira, Gaspar... (Con amabilidad.)
GASP. ¿Qué se ofrece?...
MARG. Ya sabes cuánto te quiero...
¿no es verdad?...
GASP. ¡Pues bueno fuera
que no lo hicieses! Al hecho.
MARG. ¡Gaspar... es fuerza que salgas!
GASP. ¿Y adónde? (Con extrañeza.)
MARG. Justo es que estemos
con gran cuidado por padre.
GASP. ¡Él siempre dá esos paseos!...
MARG. No importa... sal y pregunta
si le han visto... y vuelve presto...
MARIA. Mejor es que nos le traigas...
elige tú mismo un puesto
desde donde verle puedas
con facilidad.
GASP. ¿Y luego?...
MARG. ¡Ven á avisarnos al punto
que le veas desde lejos!
MARIA. Gaspar... ¡yo te lo suplico!
GASP. Bien, ya voy.

MARG. ¡Yo te lo ruego!
GASP. ¡Válgate Dios por muchachas!
MARG. ¡Gaspar! mas aprisa... (Con impaciencia.)
GASP. Vuelo.
(Sale por el foro y cierra la puerta.)

ESCENA III.

MARIA, MARGARITA.

MARIA. ¡No puedo mas, Margarita!
Á cada instante sospecho
que se habrán otra vez visto...
MARG. ¿Qué temes? (Con ansiedad.)
MARIA. ¡Todo lo temo!
¡Es el capitan valiente...
y tu padre estaba ciego...
y son injurias mortales
las que ambos ayer se hicieron!
MARG. ¿No dices tú que mi padre
accedió á todo primero?
MARIA. Si, pero al oir el nombre
del que iba ya á ser mi dueño,
pálido, encendido en ira ..
¡solo de acordarme tiemblo!
comenzó á injuriarle altivo
y á denostarle soberbio.
¡Vanas fueron sus razones,
inútiles mis lamentos;
y á no salir tú... á mi vista
vertieran su sangre ciegos!
MARG. ¡Tal vez un error de nombre!...
MARIA. No: con minucioso empeño
le preguntaba tu padre
por el suyo... y cada nuevo
indicio que descubria
de ser de su odio el objeto,
mas se inmutaba su rostro
y enronquecia su pecho!
¡Se odian! ¡se odian, Margarita!...
¡ya para mí no hay remedio!
MARG. Pero... dicen que ha partido

el capitan...

MARIA. ¡Por lo menos,
Margarita, le he perdido
para siempre! Si oye el cielo
mis súplicas, ¡nunca, nunca
volverá!...

MARG. Mas tú...

MARIA. ¡Oh! no quiero
que mi bienhechor exponga
su vida... yo se la debo;
y entre su dicha y la mia,
su existencia es lo primero.

MARG. ¿Mas tú al capitan no amas?

MARIA. ¿Y qué importa?... ¡tanto tiempo
he vivido sin que nadie
le pida amor á mi pecho,
que sin sorpresa ninguna
á vivir sin amor vuelvo!
¡Yo ya estoy acostumbrada
á la soledad y al tédio! (Con amargura.)
¡Tal vez, la poca costumbre
del placer, me hubiera muerto!

MARG. ¡Tú mientes!...

MARIA. ¡No, creeré siempre
que mi cariño era un sueño!

MARG. ¡Tú te engañas á tí misma!

MARIA. ¡Si, Margarita; y no puedo! (Con expansion.)
¡Que quererle es imposible,
y con el alma le quiero!

MARG. Déjalo, yo hablaré á padre;
él es generoso, es bueno,
y jamás ha rechazado
mis súplicas ni mi acento.
Yo le diré lo que sufres...
yo sé leer en su pecho...
y si feliz no te hace,
podrá consolarte al menos.

MARIA. No, deja que su rencor,
para hablarle, tenga término,
como le tiene el mañana
horrible de ayer, que aun temo!

MARG. ¡Y ese Gaspar, que no viene!

MARIA. ¡Si se han visto!
MARG. No por cierto.
Maria, ya el capitan
no volverá en algun tiempo,
y adivinar será fácil
la llave de este misterio.
Vaya, Maria, no llores;
mira que á pensar no acierto,
y que... aunque yo quiera darte
valor... ¡Vamos, no le tengo!
(Gaspar entra por el foro con alegria.)

ESCENA IV.

MARIA, MARGARITA, GASPAR.

GASP. ¡Ya viene don Diego!
MARG. ¿Solo?
GASP. Solo.
MARG. (Á Maria.) ¡Retírate adentro!
¡Maria; yo voy á hablarle!
MARIA. ¿Qué has de hacer tú?...
MARG. ¡Ya veremos!
MARIA. Mira, mejor es dejarle
á sus solas un momento,
y si está tranquilo, entonces
hablarle mejor podemos.
MARG. Tienes razon, pero cuenta
que yo he de hablarle primero.
GASP. ¡Ya llega á la plaza! (Mirando por la ventana.)
MARG. Vente,
Gaspar.
GASP. Adopto el consejo.
(Todos se van por la izquierda. Se abre la puerta del foro, y aparece D. Diego: entra, se quita el sombrero y viene á sentarse al lado de la mesa.)

ESCENA V.

DIEGO.

¡Horrible dia! aun resuena

su odiada voz en mi pecho!
¡Hasta mañana! me dijo,
¡Hasta mañana!... y no ha vuelto.
Ha hecho bien... ¡que Dios anoche
logrando evitar mi intento,
nos ahorró por un milagro
un crímen horrible y cierto. (Pausa.)
¡Oh, cómo tras de diez años
de vergonzoso misterio,
el corazon mal dormido
vuelve á despertar soberbio!
¡Cómo las perdidas fuerzas
recobrando van su imperio,
y cómo la débil sangre
hinche apresurada el pecho!
La antigua herida del alma,
que ya cicatrizó el tiempo,
reciente y fresca parece,
segun el dolor que siento.
¡Nunca, Gonzalo de Luna,
quieras salirme al encuentro:
tu nombre me pide sangre,
y sed de la tuya tengo! (Pausa.)
¡Diez años! ¡y yo era honrado!
¡y desde entonces temiendo
voy que en mi mismo semblante
adivinen mi secreto!
¡Desde entonces sin descanso
á la soledad me entrego;
desde entonces huyo el rostro,
desde entonces tengo miedo! (Levantándose.)
¡Cuántas noches despertando
sobresaltado en el lecho
he sorprendido á mi boca
entre sollozos diciendo!... (Baja la voz.)
«¿Adónde estás, honra mia,
que te busco y no te encuentro?»
¡Y aun en mi mismo retiro
me busca el destino adverso?...
¡Oh, si vuelves! oh, si vuelves,
capitan, sálvete el cielo! (Con ira.)

ESCENA IV.

MARGARITA, D. DIEGO.

MARG. ¡Padre! (Desde la puerta izquierda.)
DIEGO. (Volviéndose repentinamente y dominándose.)
¿Quién es? ¡Margarita!
¿Qué me quieres? (Rápidamente.)
MARG. (Adelantándose.) Yo... (Con timidez.)
DIEGO. ¿Qué es eso?
MARG. Nada, ver si habiais venido.
DIEGO. Si, Margarita... ya he vuelto...
¡Déjame!
MARG. (Llorando.) ¡Ya no me amas!
DIEGO. ¡Oh! ¿qué dices?... (Con ansiedad.)
MARG. Que ni un beso (Sollozando.)
me has dado há dos dias.
DIEGO. ¿Cómo?...
MARG. Que ahora me despides ..
DIEGO. (Disculpándose.) Vengo
cansado...
MARG. Si yo te busco...
¡si que me busques no quiero!
DIEGO. ¡Ah, perdóname, ángel mio!
Ven aqui! (Trayéndola á su lado.)
MARG. (Con alegria.) ¡Gracias al cielo!
DIEGO. ¡Tú no sabes que en la vida
hay instantes muy acerbos!
MARG. Sí lo sé: cuando te olvidas
de mi amor: ¡deben ser esos!
DIEGO. ¡Esos son! (Con gravedad.)
MARG. ¡Y yo pensaba
de tan horribles momentos
que un beso de vuestra hija
los ahuyentaba mas presto!
DIEGO. Y es asi... ¡tú no comprendes
lo que por tu amor he hecho!
¡sin tí tal vez no viviera!
¿Me quieres?...
MARG. ¡Asi te quiero!
y ahora que solos estamos

y que eres amable y bueno,
me vas á contar la causa
de tus penas...

DIEGO. ¡No las tengo!

MARG. La mentira es un pecado...

DIEGO. ¿Y qué?...

MARG. Que me estais mintiendo. (Con respeto.)

DIEGO. ¡No tal!

MARG. ¿Pensais ¡egoista!
que basta á los que os queremos
vuestra palabra? No basta...
pruebas hacen falta y hechos.
Si, señor; quiero reñiros,
y mi riña de hoy no es juego.
¿Pensais vos que nos alegra
que andeis por montes y cerros
un dia tras otro dia,
triste, solitario y sério?
¿Pensais que vuestros pesares
son tan libremente vuestros
que no ha de hacer en nosotros
ninguna falta el saberlos?
¡Pues os engañais, y mucho!

DIEGO. Margarita...

MARG. Once años tengo,
y si mi padre está triste,
conocer la causa quiero.

DIEGO. Conténtate, Margarita,
con ignorarla mas tiempo.

MARG. Bien... si soy niña, calládmela
y á mi pesar me contento;
¿pero Maria no tiene
sobre vos ningun derecho?
¿No es vuestra hija adoptiva?
¿No os quiere como yo os quiero?
¿Es justo que en vuestro rostro
no vea nunca el contento?...

DIEGO. La otra noche...

MARG. (Interrumpiéndole.) La otra noche
hubo caricias y besos,
y anoche... ¡lo que es anoche,
el susto, padre, fué bueno!

DIEGO. ¡No me hables de anoche!
MARG. Entonces
hablaré de hoy.
DIEGO. ¡Eso quiero!
MARG. ¡Todo el dia hemos estado
llorando en nuestro aposento!
¡Hacer llorar á una hija!
Veamos: ¿está bien hecho?
DIEGO. Pero tú... ¿por qué llorabas?
MARG. Porque ella llora... ¡por eso!
porque yo la quiero... ¿estamos?
y desde niña la veo... (Enternecida.)
y porque no tengo hermana
ni madre, y años enteros
pasaron partiendo juntas
el trabajo y el recreo;
la misma casa, velando;
la misma alcoba, durmiendo.
DIEGO. ¡Oh, es verdad! (Pensativo.)
MARG. ¡Porque ella llora
y echa á sus padres de menos,
é iba á ser feliz y vos
la condenais á no serlo!
DIEGO. Yo no; ¡la cólera eterna
en su fallo justiciero!
MARG. ¡Si ella le quita la dicha,
dejadla vos el consuelo!
(Maria aparece en la derecha.)
DIEGO. ¡Oh, si, hija mia, que venga
y desde hoy llore en mi seno!
MARIA. Padre y señor... (Corriendo á D. Diego.)
DIEGO. ¡En mis brazos,
hija mia!
MARG. ¡Asi te quiero!

ESCENA VII.

MARIA, MARGARITA, D. DIEGO.

DIEGO. ¡Aqui puedes ya llorar (Abrazándola.)
de tu suerte los desvios!
¡aqui estan los duelos mios

y te pueden contestar!
¡No ya tu voz en mi oido
resonará como extraña,
que mi pesar te acompaña
y harto, infeliz, has sufrido!

MARIA. Eso hoy al cielo pedí:
mi pena será menor
si en vos encuentro el amor
que para siempre perdí.

DIEGO. ¡Para siempre! ¡El cielo trunca
(Con solemnidad.)
tu porvenir lisonjero!

MARIA. Mas la causa por que muero... (Tímidamente.)

DIEGO. ¡No quieras saberla nunca!
¡No me obligues á que hable,
que harto te dice mi afan!
¡Entre tí y el capitan
hay un abismo insondable!
Y por tu dicha te pido,
aunque mi ruego te asombre,
que eches su faz y su nombre
en la mansion del olvido.
¿Adónde está, me dirás,
el sitio donde le lanzas?
Donde van las esperanzas
que ya no vuelven jamás.

MARIA ¡Ay de mí, que no podré!

DIEGO. ¡Tambien el dolor se olvida!
¡Yo no pensaba en mi vida
abrazarte... y te abracé!
No mas me preguntes hoy,
que contestarte no puedo.

MARIA. ¡Sola y sin amor me quedo!

DIEGO. No tal, que el mio te doy...
y aunque mucho no te cuadre,
consuele el mal que te afana
el cariño de una hermana
y la bendicion de un padre.
Desde hoy en mí le tendrás.

MARIA. ¿Y el que causa mi desvelo?

DIEGO. ¡Maria, ruégale al cielo
que no vuelva aqui jamás!

MARG. ¿Tanto, padre, os ofendió,
que es perdonarle imposible? ..
DIEGO. Margarita... no es posible
hablar mas; todo acabó.
Enjuga, Maria, el llanto
que en mi corazon resbala,
que no es mi razon tan mala
cuando yo siento otro tanto.
Confia en quien me ha otorgado
resignacion y cordura.
¡El que vé tu desventura
fuerzas debe haberte dado!
MARIA. ¡Él tambien me dará olvido!
Pídeselo con empeño.
DIEGO. Tu amor, Maria, era un sueño.
(Se abre de repente la puerta del foro y aparece D. Gonzalo. Todos los personajes marcan su sorpresa, segun la idea que les agita á su presencia.)
MARG. ¡Él! (Dando un grito.)
MARIA. ¡Jesus! (Aterrada.)
DIEGO. ¡Dios lo ha querido! (Pausa.)

ESCENA VIII.

MARIA, MARGARITA, D. DIECO, D. GONZALO.

DIEGO. ¡Vuestra venida es ya vana (Levantándose.)
(Con dignidad y procurando dominar su ira.)
y mi corazon destroza!
GONZ. «Hasta mañana, Mendoza,»
os dije... y aun es mañana.
DIEGO. ¡Idos! (Con furia reconcentrada.)
GONZ. Mal me conoceis...
ó vuestro dicho olvidasteis.
Para hoy aqui me retasteis,
Mendoza, aqui me teneis.
DIEGO. No querais probar mi encono...
GONZ. ¡Ved que no estoy satisfecho!
DIEGO. Cuanto daño me habeis hecho,
capitan... yo os le perdono! (Con ca ma.)
GONZ. Nunca perdon necesita (Con dignidad.
quien cree no merecerle,

y haceis mal en concederle
al que no le solicita. (Sombriamente.)

MARG. Idos, capitan, y ved
la calma con que os habló.

GONZ. ¡Ni puedo tenerla yo,
ni agradezco la merced!

MARIA. ¡Yo tambien rogaba á Dios
no miraros mas aqui!
¡Idos, Gonzalo, por mí,
y olvidadme!... (Con acento desgarrador.)

GONZ. (Con ira.) ¡Tambien vos!
¡Oh, mas mi mente se exalta
indiferente al miraros!
¡Mendoza, yo vengo á daros (Con furia.)
la sangre que os hace falta!

DIEGO. ¡Callad! (Esforzándose á tener calma.)

GONZ. Yo vengo á pediros
de vuestras palabras cuenta,
á menos que, en vuestra afrenta,
no querais hoy desdeciros.

DIEGO. ¡Basta ya! ¿saber quereis (Fuera de sí.)
por qué os negué yo su mano,
y por qué llamé villano
á vuestro padre?...

GONZ. ¿Aun volveis?...

DIEGO. Bien. Salid. (Á Maria y Margarita.)

MARG. (Con terror.) ¡Padre!

MARIA. (Suplicante.) ¡Señor!

DIEGO. ¡Dejadme!... nada temais.

MARG. ¿No salir de aqui jurais? (Temblando.)

DIEGO. Si, que aqui estamos mejor. (Con acento terrible.)

MARIA. ¡Piedad! (Á Gonzalo.)

GONZ. ¿La tiene el cruel?

MARG. ¡Padre, piensa en mí!

DIEGO. (Sin oirla.) Si... deja.
(Se dirige al foro y cierra la puerta y la ventana.)

MARIA. ¡Cierra la puerta y la reja!

MARG. ¡Oh, yo velaré por él!
(Á una mirada aterradora de D. Diego se retiran Maria y Margarita por la izquierda, en medio de la mayor agitacion. D. Diego baja al proscenio y vuelve á recobrar su aparente calma.)

ESCENA IX.

D. DIEGO, D. GONZALO.

DIEGO. ¡Con prudencia os recibí,
y sin ira os escuché!
Dios, que mi justicia vé,
sabrá hacermela hoy aqui.
Aun es tiempo... y os le doy...
la paz mi conciencia invoca,
y ved, Luna, que mi boca
nunca ha dicho lo que hoy!

GONZ. Hablad. (Impasible.)

DIEGO. (Con intencion.) Voy, ¡mas reparad
que el que sepa mi secreto,
firma en el acto el decreto
de su misma muerte.

GONZ. (Con gravedad.) ¡Hablad!

DIEGO. ¿Qué es lo que quereis saber?...

GONZ. ¡Lo que á vos tal vez no os cuadre!
La memoria de mi padre
he venido á defender.
¡Vos la ultrajasteis!

DIEGO. (Con ira creciente.) ¡Seguid!

GONZ. Y yo por infame os tengo,
y á pediros cuentas vengo.

DIEGO. Sacad la espada, y oid.
(Sacan ambos las espadas, que desnudas cruzan encima de la mesa. D. Diego le coge de la mano y le baja al proscenio, donde despues de mirar con temor á todos lados, dice lo siguiente, en voz muy baja y marcando todos sus afectos con la pasion mas reconcentrada. Pausa.)
Ayes lanzando del pecho
que hondo dolor torturaba,
una mujer respiraba
difícilmente en su lecho.
¡Aun en mi mente la miro! (Abstraido.)
¡Era una noche sombria,
y aquella mujer rendia
á Dios su postrer suspiro!
De pié... á su lado y tocando

con su mano un crucifijo,
pálido, inmóvil y fijo
estaba un hombre llorando, (Con emocion.)
y en una cuna dormida
una niña reposaba,
ignorando aun cómo acaba
de irse el alma de la vida!
De pronto, lanzando un grito
la enferma, al sentir la muerte...
extendió la mano inerte
dándole al hombre un escrito...
(Con la voz ronca por la emocion y los sollozos ahogados.)
¡Y vino la luz del dia...
la mujer no respiraba...
el hombre rezando estaba...
y la niña sonreia! (Pausa.)
Pasó un dia... y dos... y tres;
dejó el hombre de llorar,
y fué el escrito á buscar
para cumplirlo...
(Saca un papel del pecho, que arruga convulsivamente al verle. Dominándose, dice.)
¡Este es!
Ya comprendeis lo que siento
y el ¡ay! que al tocarle exhalo.
(Dominando su ira por un momento.)
¡Aun es tiempo! ¡Idos, Gonzalo!

GONZ. ¡Seguid! (Impasible.)

DIEGO. Escuchad atento.

(Baja mas la voz, y lee la carta temblando.)
«Entre la muerte y la vida
»os escribo este papel;
»¡mirad, Diego, que vá en él
»mi postrera despedida!
»¡Yo quiero que mas no ignores
»cuán infeliz fué mi suerte,
»que mas allá de la muerte
»no hay venganzas ni rencores!
»Niña, con vos me enlazaron,
»y yo, Diego, no os amaba;
»cuando el sí en el templo os daba,

»mis labios os engañaron.
»¡Mi falta primera es [1]
»la que mi mal asegura;
»la que empieza por perjura,
»culpable es siempre despues!
»Deja que al morir exija,
»con honda pena de tí,
»tu maldicion para mí,
»tu perdon para mi hija!
»¡Su padre, en pobre fortuna,
»vió morir su antigua gloria,
»no maldigas la memoria,
»Diego, de Lope de Luna!»

GONZ. ¡Ah! (Aterrado y cayendo de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos.)

DIEGO. «En Robledo la han criado, (Leyendo.)
»Maria tiene por nombre;
»socórrela, y no te asombre
»mi crímen por mí contado.
»Y si por mí y por su padre
»la tienes ódio profundo,
»vé que está sola en el mundo,
»y que hoy ha muerto su madre!»
(Pausa. D. Gonzalo baja la cabeza abatido.)
Nunca en diez años despierto
este papel he leido. (Fuera de sí.)
¡Gonzalo, tú lo has querido;
la antigua herida has abierto!
¡Vé si estas frases villanas
causa son de mi deshonra!...
¡Tu padre ultrajó mi honra...
tu padre manchó mis canas!

GONZ. ¡Oh! (Levantándose.)

DIEGO. Si... y aunque no te cuadre
este empeñado tormento,
siempre te dirá mi acento...
¡ladron de honras fué tu padre!

GONZ. ¡Oh! ¡Callad! (Conteniendo su furia.)

DIEGO. Que hables te exijo...

---

1 Esta carta no puede llevar acotaciones. El actor ha de sentirla, y sin esto, todas las advertencias serian inútiles.

¡Contesta, hijo de ladron! (Fuera de sí.)

GONZ. ¡Mendoza, teneis razon, (Con locura.)
pero ved que soy su hijo!

DIEGO. ¡Justo es que unidos esten
los que junta un lazo humano!
¡Tú eres hijo de un villano!
¡villano serás tambien!

GONZ. ¡No mas! ¡matadme! (Ciego de cólera.)

DIEGO. (Cogiendo la espada.) ¡Eso ansio!

GONZ. ¡No!... (Retrocediendo aterrado.)

DIEGO. ¡Cobarde!

GONZ. (Sin poder contenerse.) (¡Oh, de esa suerte!)

DIEGO. ¡Ven á que te dé la muerte
ó á dármela!

(Cogen ambos las espadas y al querer salir Margarita dando un grito entra en escena, seguida de Maria y Gaspar y Brígida que se quedan retirados.)

MARG. ¡Padre mio!

ESCENA X.

MARIA, MARGARITA, BRÍGIDA, D. DIEGO, D. GONZALO. GASPAR.

DIEGO. ¡Qué! (Volviéndose aterrado al oirle.)

MARG. Nada, como era tarde,
(Disimulando su agitacion.)
y creo habeis acabado...

GONZ. Si tal... ya hemos terminado.
(Envaina su espada.)

MARG. Pues entonces... Dios os guarde.
(Despidiéndole.)
¡Brígida! (Llamándola, con angustia.)

DIEGO. ¿Qué haces?

MARG. ¡Gaspar! (Idem.)
Nada, padre, que ya es hora...
(Ambos se acercan.)
¿no es verdad? (Á Brígida y á Maria.)

DIEGO. ¿De qué?

MARG. (Sonriendo.) ¿Lo ignora?
de leer y de rezar.
Darán las ánimas presto...
¿No os vais?... (Á D. Gonzalo.)

GONZ. (Con gravedad.) Rezar os veré...

MARG. Es que yo me cortaré
de seguro...
(Sonriendo: indica á Diego que se siente en su sillon; lo que hace á pesar suyo. D. Gonzalo está á la izquierda del teatro, cruzado de brazos y con la cabeza inclinada.)
¿Aqui... no es esto?
Ese es tu sitio. (Á Maria.) ¡Este es el mio!
(Todos se colocan como al final del primer acto.)
Vos no le teneis...
(Sonriendo con intencion forzada á Gonzalo.)
¡Gaspar!
¡el libro!...
(Gaspar se le dá sin comprender lo que pasa.)
Voy á empezar
adonde quedé... (¡En Dios fio!)
(Todos estan pendientes de la voz de Margarita.)

DIEGO. (Á Gonzalo.) (Disimulad y esperad...
pronto se acaba...) (Se sienta.)

GONZ. (Inclinándose.) ¡Aqui espero!

MARG. ¡Oid tambien, caballero!
¡aqui habla Dios! ¡escuchad!
(Leyendo ya con intencion dramática que se adivina á través del temblor de su voz.)
«Cuando os pusiereis á orar, si teneis »algun odio contra alguno, perdonadle, para »que vuestro Padre, que está en los cielos, »os perdone tambien á vosotros vuestros pe»cados.»

DIEGO. (Interrumpiéndola.) No, no quedamos ahí...
mas arriba... en otra hoja...
(Quita el libro á Margarita y busca en él.)

MARG. ¡No tal!...

DIEGO. Deja que recoja...

MARG. No, padre...

DIEGO. ¡Si... lee aqui!
(Con voz ronca encontrando la página y marcándola con el dedo el sitio en que ha de leer.)

MARG. (Leyendo á pesar suyo.)
«Los pecados de los padres caerán sobre »sus hijos hasta la cuarta generacion, y los

»réprobos serán castigados por los pecados
»de sus padres y los suyos.»
No es aqui donde quedamos... (Con expansion.)
(Volviendo á buscar.)

DIEGO. Antes de ayer lo decias... (Insistiendo.)

MARG. Eso hace ya muchos dias... (Turbada.)
muchos... que lo hemos pasado!

DIEGO. Las faltas del padre... (Con acento sombrio.)

MARG. (Con energia.) Insisto...

DIEGO. ¡Caen en el hijo despues!... (Continuando.)

MARG. Aquello era de Moisés...
(Levantándose y con un grito sublime.)
¡lo de hoy es de Jesucristo!
(Pausa larguísima. Profundo silencio. D. Diego baja la cabeza pensativo. Margarita lee cada vez con mas intencion.)
«Si tu enemigo tiene hambre, dále de »comer; si tiene sed, dále de beber, y Dios »te recompensará.»
(Conforme vá leyendo Margarita con intencion, todos los personajes fijan su vista en D. Diego, que baja los ojos y reflexiona.)
«Porque si vuestra alma está llena de ren»cores, por mas oraciones que hiciereis, no »os salvaré.
«Si vuestro corazon está lleno de odio, »por mas beneficios que hiciereis, no os »amaré.
«Si vuestras manos estan llenas de san»gre, por mas oraciones que hiciereis, no os »escucharé.»
(Pausa. Margarita cierra el libro y se le dá á Gaspar. Se levanta y se acerca á D. Diego, que estará abstraido completamente.)
¿Tienes tú rencor alguno
despues de lo que has oido?... (Pausa.)

DIEGO. ¡No le tengo! (Con gravedad.)

MARG. ¡Dios me ha oido!...
Capitan... ¿y vos?... (Con rapidez.)

GONZ. ¡Ninguno!

MARIA. ¡Ah!
(Respirando con alegria. D. Diego y D. Gonzalo se

acercan uno al otro.)

DIEGO. (Vuestra hermana es Maria...
y lo ignora...)

GONZ. (Partiré.)

DIEGO. ¡Maria! (Llamándola con cariño.)

MARIA. ¡Todo lo sé!
(Llorando y en voz baja, á D. Diego, aparte.)
¡Padre y Señor!

DIEGO. (Abrazándola.) ¡Hija mia!
¡Ven tú tambien, ángel bueno (Á Margarita.)
de esta noche y de mi alma!
Tú has vertido en mí la calma
y has apartado el veneno.
De hoy mas no vereis en mí
ni dolores ni desvio:
¡harto sufrió el pecho mio
mientras con rencor viví!
(Vuelven á tocar las ánimas como en el acto primero.)
¡Las ánimas! Tú, Maria,
ya desde hoy tienes un padre.

MARIA. ¡Ah!

MARG. ¡Bien!

DIEGO. ¡Reza por tu madre,
y tú tambien, hija mia!
De hoy mas no estará conmigo
quien vé llorar y no llora...
(Se arrodillan todos menos D. Diego y Gonzalo.)
¡porque al bendecirte ahora
hoy á tus padres bendigo!
Que si fueron sus acciones
causa de perpétuo llanto,
siempre el perdon es mas santo
concedido entre oraciones.
Rezad con fervor y anhelo
para que á su puerto arriben,
¡la oracion de los que viven
abre á los muertos el cielo!
(Gonzalo sale por el foro, el cuadro final es el mismo del primer acto.)

FIN DEL DRAMA.

No hallo inconveniente en que se represente este drama, titulado La oracion de la tarde.
Madrid 25 de Noviembre de 1858.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

OBRAS DRAMATICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

El amor y la moda.....	Comedia en un acto y en verso.
Quien á cuchillo mata.....	Comedia en un acto y en prosa.
Pedro el marino.....	Comedia en un acto y en prosa.
A caza de cuervos.....	Comedia en tres actos y en prosa.
Las tres noblezas.....	Comedia en tres actos y en verso.
Todo son raptos.....	Zarzuela en un acto y en verso.
En palacio y en la calle...	Drama en tres actos y en verso.
Una nube de verano. (Segunda edicion.).....	Comedia en tres actos y en verso.
Lanuza.....	Drama en tres actos y en verso.
Una Vírgen de Murillo [1]...	Comedia en tres actos y en verso.
El beso de Judas.....	Comedia en tres actos y en verso.
Una lágrima y un beso.....	Drama en cuatro actos y en verso.
La flor del valle. (Segunda edicion.).....	Drama en tres actos y en verso.
La pluma y la espada.....	Drama en tres actos y en verso.
Batalla de reinas.....	Comedia en cinco actos y en pros
El amor y el interes (Segunda edicion.).....	Comedia en tres actos y en verso.
La planta exótica.....	Drama en tres actos y en verso.
La paloma y los halcones...	Comedia en tres actos y en verso.
El rey del mundo.....	Comedia en tres actos y en verso.
La perla negra.....	Zarzuela en tres actos y en prosa.
La oracion de la tarde (Quinta edicion.).....	Drama en tres actos y en verso.
Los lazos de la familia.....	Drama en tres actos y en verso.
¡Rico... de amor!.....	Drama en tres actos y en prosa.
Barómetro conyugal.....	Comedia en tres actos y en prosa.
La bolsa y el bolsillo.....	Comedia en tres actos y en prosa.
El marqués y el marquesito.	Comedia en tres actos y en prosa.
Los infieles. [2].....	Comedia en tres actos y en verso.
Flores y perlas. (Segunda edicion.).....	Drama en tres actos y en verso.
La agonia.....	Drama en un acto y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.

2 En colaboracion con D. Narciso Serra.

3 0112 115885060